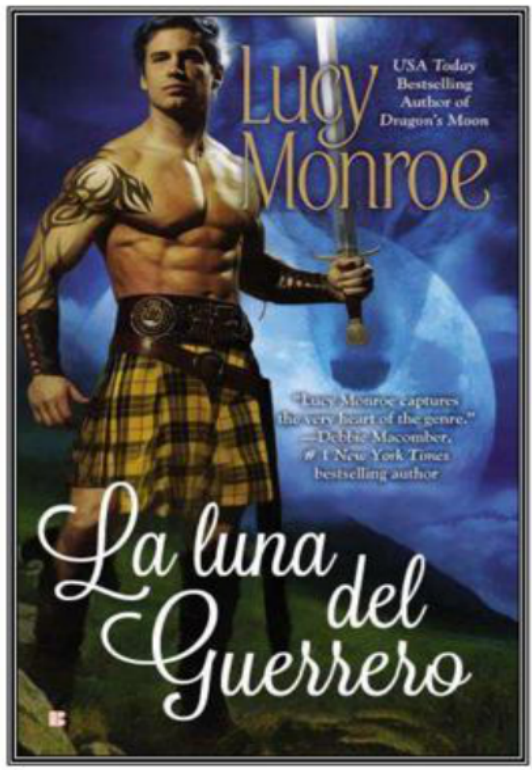
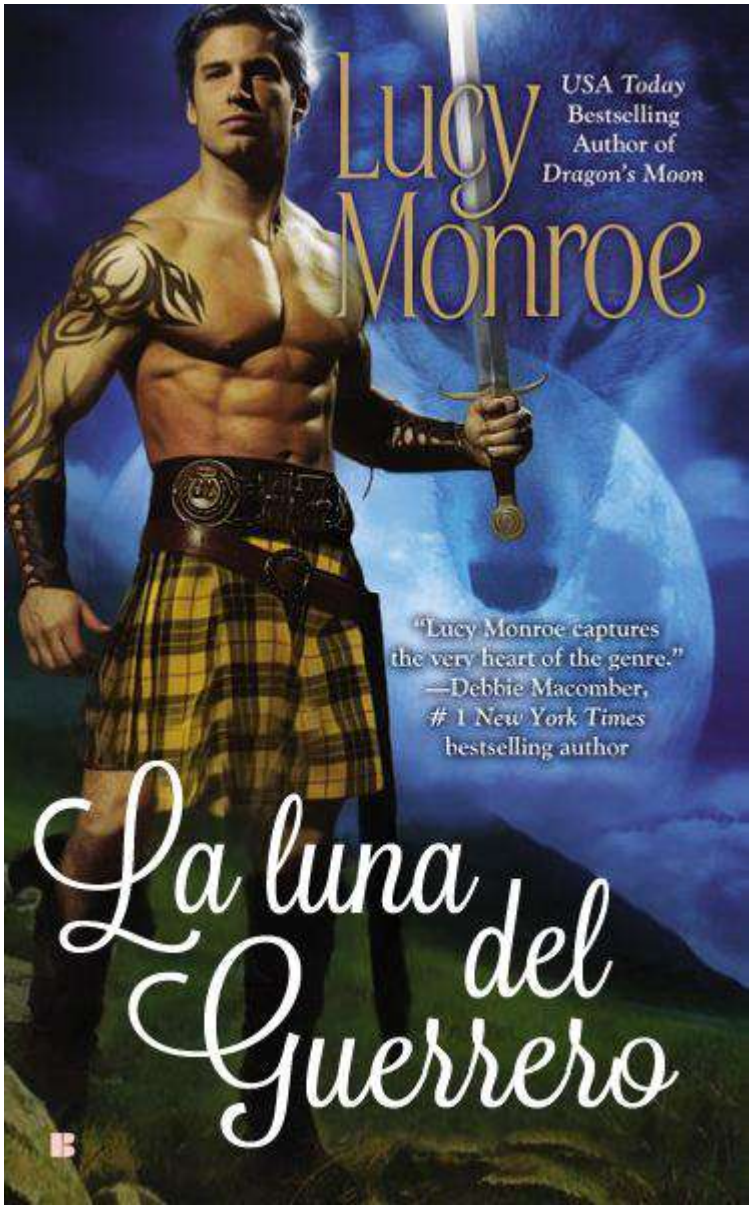

USA Today
Bestselling
Author of
Dragon's Moon
Lucy
Monroe
"Lucy Monroe captures
the very heart of the genre."
—Debbie Macomber,
#1 New York Times
bestselling author
La luna del Guerrero



LUCY MONROE

LA LUNA DEL

GUERRERO

5º Hijos de la Luna.

ARGUMENTO

El lobo cambiaforma Chrechte, Caelis, le dio la espalda a su amante humana Shona por lealtad a su

manada. Seis años después, cree que está muerta.

Pero se equivoca…

Al ser rechazada por Caelis, Shona fue obligada a

casarse con un barón inglés. Ahora huye del

heredero del difunto barón. Decidida a proteger a sus hijos, se dirige al norte, a la isla Balmoral, a la única familia que le queda. Y en su huida se topa con el único hombre que nunca desearía volver a ver… y

el único quien podría ser capaz de salvarla.

Tan poderoso y carismático como siempre, Caelis

ha recibido la responsabilidad de salvar a su manada

del corrupto laird que los gobierna. Sin embargo, en

esta ocasión, se niega a abandonar a su compañera sagrada. Perdió a Shona una vez y jura que nunca volverá a separarse de ella. La pasión y el amor impulsan a Shona a unirse con él. Pero ella se pregunta si realmente está antes que su manada o si

nada ha cambiado entre ellos…

Prólogo

Los inicios

Hace miles de años, Dios creó a una raza tan feroz que incluso sus mujeres eran temidas en batalla. Era un pueblo guerrero en todos los aspectos, ya que rechazaba someterse a cualquier gobernante que no fuera de los suyos… sin importarle cuán grandes fueran las fuerzas enviadas para someterlos. Sus enemigos decían que luchaban como animales. Sus enemigos vencidos no decían nada, porque hacía mucho que estaban muertos.

Eran considerados un pueblo primitivo y bárbaro porque teñía su piel con tatuajes de tinta azul. Los diseños eran por lo general simples. Una bestia solitaria era representada como un contorno sin adornos sobre sus corazones. Los líderes eran marcados con elaborados brazaletes tatuados alrededor de sus brazos, como símbolos que hablaban de su fuerza y valor en batalla. Los compañeros llevaban tatuajes que revelaban su vínculo.

Y aun así, sus enemigos nunca habían sido capaces de descubrir el significado de ninguno de los azulados tatuajes.

Unos suponían que eran símbolos de su naturaleza guerrera y de hecho, en parte, tenían razón. Ya que las bestias representaban una parte de ellos mismos, algo que aquel pueblo feroz e independiente mantenía en secreto bajo pena de muerte. Era un secreto que habían guardado a través de siglos de existencia, mientras la mayoría emigraba por todo el territorio europeo hasta instalarse en el inhóspito norte de Escocia.

Sus enemigos romanos los llamaron Pictos, un nombre aceptado por otros pueblos de su tierra y las tierras al sur… Ellos se llamaban a sí mismos Chrechte.

Su salvaje gusto por la lucha y la conquista venía de una parte de sus naturalezas que sus equivalentes absolutamente humanos no disfrutaban. Porque este pueblo feroz era uno de cambiaformas.

Los tatuajes azulados en su piel eran marcas realizadas como parte de un rito de transición, cuando su primer Cambio ocurría. Algunos tenían el control de ese cambio. Otros no lo tenían, y estaban sometidos al poder de la luna llena hasta que participaran en el

sagrado acto del sexo. Las mujeres de todas las especies

experimentaban su primer cambio a su forma animal y ganaban el control de este con la llegada de su primer sangrado femenino.

Algunos cambiaban en lobos, otros en grandes felinos y unos pocos en aves de rapiña: águilas, halcones y cuervos.

Una cosa que todos los Chrechte compartían era que no se reproducían tan rápida o prolíficamente como sus hermanos y hermanas completamente humanos. Aunque fueran una raza temible y su astucia estuviera realzada por un entendimiento de la naturaleza que la mayoría de los pueblos no poseía, no eran temerarios y no los gobernaba su naturaleza animal.

Un guerrero podría matar a cientos de sus enemigos, pero si ella o él morían antes de tener descendencia, la muerte ocasionaría una inevitable reducción de la raza.

Algunos clanes Pictos y aquellos conocidos con otros nombres en diferentes partes del mundo, ya se habían extinguido en vez de sucumbir a los inferiores, pero multitudinarios humanos que los rodeaban.

Los Faol de las Highlands Escocesas eran demasiado inteligentes para enfrentarse al final de su raza, por eso prefirieron mezclarse. Esos cambiaformas lobos vislumbraron el futuro. A la llegada del noveno siglo, Kenneth MacAlpin subió al trono escocés. Era descendiente de los Faol de los Chrechte a través de su madre, sin embargo, su naturaleza humana era la predominante.

No era capaz de “cambiar”, pero eso no lo detuvo de reclamar también el trono Picto (como se le llamaba en ese entonces). A fin de garantizar su monarquía, traicionó a sus hermanos Chrechte durante una cena, matando a toda la Familia Real de su raza, y se consolidó para siempre la desconfianza hacia los humanos por sus pares Chrechtes.

A pesar de esta amarga suspicacia, producto de la siempre presente traición de MacAlpin, los Faol de los Chrechte se dieron cuenta de que podrían morir luchando contra la creciente y usurpadora raza humana, o podrían unirse a los clanes celtas.

Se les unieron.

Para lo que atañía al resto del mundo, aunque muchos vivían para dar

testimonio de su antigua existencia, el que había sido considerado el pueblo Picto no existía más.

No estaba en su naturaleza ser gobernados por cualquiera que no fuera uno de ellos, en dos generaciones, los clanes celtas que habían asimilado a los Chrechte fueron regidos por jefes de clanes cambiaformas, quienes compartían sus naturalezas con lobos. Aunque la mayoría de los integrantes humanos no lo supieran; a unos cuantos se les confiaron los secretos de sus parientes. Aquellos que lo sabían eran conscientes de que traicionar el código de silencio significaba una muerte certera e inmediata.

Historias sobre otras razas cambiaformas, los Éan y Paindeal, se contaban alrededor de las fogatas o a los pequeños antes de ir a dormir. No obstante, como la

mayoría de los lobos no habían visto a ningún otro cambiaforma, salvo a ellos mismos en generaciones, comenzaron a creer que las otras razas solo eran un mito.

Mas los mitos no surcan los cielos con negras alas centellando en un azul iridiscente bajo el sol. Los mitos no viven como fantasmas en el bosque, aunque respiren el aire como cualquier otro hombre o animal. Los Éan no eran un mito; eran aves con capacidades más allá del simple cambio de su forma.

Muchos podrían ser perdonados por creer que las historias del príncipe de los Éan únicamente eran una leyenda. ¿Ya que quién había escuchado de un hombre que cambiara no sólo en la forma de un cuervo, sino que también en aquel dragón místico de las ancestrales historias?

¿Pero si el dragón fuera real, entonces también lo sería los *conriocht*? Esos Faol que se rumoreaba habían defendido a la raza en la antigüedad y eran capaces de cambiar no sólo en un lobo, sino en una temible bestia: en hombre lobo.

Capítulo 1

Abandonar a tu compañera sagrada es como abandonar a tu misma alma.

—LEY SAGRADA CHRECHTE,

TRADICIONES ORALES

1150, D.C. Feudo Sinclair, Highlands Escocesas,

Reinado de Dabíd macMaíl Choluim, Rey de Escocia

—¡Mamá, son gigantes!

No fue el grito excitado de su hijo el que envió una punzada de dolor a través de la cabeza de Shona, sino la vista de guerreros con los colores de los Sinclair aproximándose a toda velocidad en caballos tan grandes como sus dueños.

Y ninguno de ellos sonreía en señal de bienvenida.

El dolor de cabeza había llegado junto con un gran lobo pardo, el cual había trotado junto a su comitiva durante gran parte de la mañana. Sólo que el martilleo de su cabeza no se fue cuando la bestia lo hizo.

Temerosa de que el animal atacara, había cabalgado tensa en su silla de montar con una daga lista. No obstante, éste había mantenido su distancia, marchándose finalmente justo antes de que el sol del mediodía lanzara su sombra.

La mente y los sentidos de Shona, ya tensos hasta el punto de la extenuación con lo acontecido antes de este viaje, estaban mucho más cerca del desfallecimiento gracias a la aparición del lobo.

Pero Shona no se rendiría. Las vidas de sus niños y la de sus dos leales amigos dependían de que ella mantuviera la cordura y la compostura.

Así que, tomó a su hija, quién había estado montando a turnos con los compañeros de Shona, Audrey y su hermano gemelo, Thomas, y llevó a la pequeña Marjory a su propia montura. Y luego ella había

continuado como si el lobo no le estuviera causando el susto de su vida.

Shona había esperado que su suerte continuara, como había sucedido milagrosamente durante casi dos semanas desde el inicio de su desesperada carrera hacia el norte, pero eso ya no sería así.

Muy avanzada la noche anterior alcanzaron las tierras de los Sinclair, de alguna manera habían logrado evadir a quienquiera que su hijastro hubiera enviado tras ellos, así como evitado a los habitantes de los territorios por los que ella y su pequeño grupo habían pasado.

Hasta ahora.

No tenía problema en comprender cómo su hijo de cinco años había confundido a los guerreros que se acercaban con gigantes. Como algunos hombres de su antiguo clan, estos Highlanders fácilmente eran una cabeza más altos, y medio cuerpo más anchos que cualquier caballero que hubiera jurado lealtad a su fallecido esposo.

Considerando el horror del que ella huía, Shona desearía que estos hombres imponentes fueran del clan por el que había venido al norte a buscar refugio. Serían más que capaces de proteger a su pequeña tropa, pero ella no tenía amigos o familia entre los Sinclair.

Ellos no se tomarían a bien lo que percibirían como la transgresión de una inglesa al entrar sin autorización en sus tierras. Sólo podía esperar que el laird les permitiera atravesar a salvo sus tierras, aunque sólo fuera para deshacerse de ella y sus compañeros.

Ella *debía* llegar hasta la isla Balmoral.

Era la única oportunidad que tenían de seguridad, su única esperanza de conservar la vida de su hijo y su propia virtud. O lo que quedaba de ella.

Allí, al menos, tenía familia. Aunque la relación fuera algo distante y no había dudas de que su llegada provocaría sorpresa. Únicamente podía rezar que esta no fuera poco grata.

—No son gigantes, corazón mío, sólo son guerreros del clan que tienen su hogar en estas tierras. —Shona intentó infundir confianza en su voz, mientras que su propia mente divagaba por la alarma y la preocupación.

—¿En serio? —preguntó Eadan, sus ojos, del mismo azul violeta de su

padre, estaban llenos de asombro.

—¿Son guerreros Highlanders? —preguntó Audrey antes de que Shona tuviera la oportunidad de confirmar sus palabras a su hijo—. Son enormes.

—Supongo que es la forma de las Highlands. —Y entre los clanes que lindaban con las Highlands también, como en el que había crecido.

Audrey miró de soslayo a su hermano gemelo.

—Quizás aún os falte crecer, pero aun así no creo que alcancéis su estatura.

Thomas pareció disgustado.

—No sabéis eso.

Shona no podía imaginar por qué ellos siquiera especulaban. Thomas era inglés, igual que su hermana, hijos de un barón menor cuyo feudo lindaba por el oeste con el de su esposo muerto y a sólo unos cuantos kilómetros de la tierra reclamada por el rey escocés.

Audrey y Thomas ya no tenían un hogar al que regresar… no desde que su hermano mayor había asumido la baronía.

La dormida hija de Shona se movió en sus brazos.

—¿Mami, esos son gigantes?

Para todos, Marjory era tan diferente como la noche del día de su hermano de cinco años. Menuda como Shona, con los mismos ojos verdes y rizos rojos, era callada y tranquila (algo en que no se parecía en nada a su madre).

Marjory adoraba al hermano mayor quien era tan grande para su edad y seguro de sí mismo al punto de ser temerario. Tan parecido a su padre para que eso causara dolor al corazón de Shona, aunque nunca había permitido que nadie lo viera.

—Son los guardias del laird que vienen a saludarnos —aseguró, su voz mantuvo una estremecedora templanza a pesar de la flagrante mentira.

Una mirada a sus dos compañeros adultos le dejó patente que sus palabras no los habían engañado. Pero ninguno de sus hijos estaba asustado y eso era lo que importaba.

Shona simplemente necesitaba creer que el Sinclair era un hombre mejor que los que había habido en su vida. Su reputación como un líder feroz pero justo había llegado incluso a las lejanas tierras del sur como a Inglaterra y había motivado su elección de viajar a través de sus tierras en vez de tomar una ruta más peligrosa hasta su destino final.

Montaron durante diez minutos más antes de encontrarse con los guerreros Sinclair.

Shona detuvo su caballo y el resto de sus compañeros siguió su ejemplo.

—¿Quiénes sois y qué hacéis en nuestras tierras? —Aunque las palabras del gran guerrero fueran bruscas y su comportamiento absolutamente feroz, Shona no sintió miedo.

Algo en el hablar del hombre le hizo creer que no les haría daño. Quizás era el destello de preocupación en sus ojos cuando miró a sus hijos. El guerrero Sinclair habría sido extraordinariamente apuesto si no fuera por la llamativa cicatriz en su mejilla, pero Shona no se sintió atraída por él.

Sólo una vez en su vida había deseado a un hombre, a pesar de haberse casado con otro. Y eso no había cambiado. Y tampoco creía que eso pudiera ocurrir. No obstante, no lamentaba su indiferencia al sexo opuesto.

Ella no podía confiar en ellos y era mejor mantenerlos alejados y dejar su corazón única y exclusivamente para sus hijos.

—Soy Shona, lady Heronshire, busco paso seguro a través de las tierras de vuestro laird para visitar a mi familia en la isla Balmoral. —Las palabras eran formales, pero las pronunció en un impecable gaélico… su lengua natal.

—¿Conseguiste esa cicatriz en una batalla? —preguntó Eadan en gaélico antes de que el guerrero tuviera oportunidad de contestar a las palabras de Shona.

Audrey jadeó, pero Shona sólo suspiró. Su hijo no podía evitar que cosas así salieran de su boca.

La atención del feroz guerrero se dirigió a su hijo de cinco años y él estudió estrechamente a Eadan durante varios y largos segundos, Shona se ponía cada vez más nerviosa con cada uno que pasaba. ¿Por

qué ese interés en su hijo?

La sorpresa llameó brevemente en la mirada gris del gigante antes de estrecharla en inexplicable especulación.

—Así es. ¿Cabalgas como el protector de tu madre?

Shona no entendía la reacción del hombre ante su hijo, a menos que fuera el hecho de que un niño inglés tan pequeño hablara tan bien gaélico. Ella les había hablado a sus dos hijos en su lengua natal desde sus nacimientos de tal forma que ambos se comunicaban fluidamente en gaélico e inglés.

Al igual que ella.

Aunque quizás su hijo lo hiciera mejor que ella. Su dominio del inglés excedía al de Shona, a pesar de los años que ella había vivido en ese país.

Eadan hinchó su pequeño pecho de niño e hizo todo lo posible por fruncir el ceño como los guerreros delante de ellos.

—Lo hago.

—Suenas como un escocés, muchacho, pero te vistes como un *sassenach*.

—¿Qué es un *sassy patch*? —susurró Marjory desde su refugio en el regazo de Shona.

—Un inglés —contestó el gran guerrero, con una casi imperceptible sonrisa por la curiosa pronunciación de la palabra de su hija, demostrando que él había escuchado la pregunta quedamente pronunciada.

—Oh. — *¡Pop!* , el pulgar de Marjory entró en su boca. Ese era un hábito que Shona y Audrey intentaban con ahínco eliminar, pero la niña todavía se chupaba el pulgar cuando se sentía muy cansada o nerviosa.

Después de dos semanas de penoso viaje y toparse con hombres que se parecían más a gigantes que a soldados, la pequeñita sin duda se sentía cansada y nerviosa.

Shona suspiró otra vez.

Esto devolvió la atención del gigantesco hombre a ella.

—Soy Niall, primero al mando del laird Sinclair. Mis hombres y yo la acompañaremos al torreón.

—Gracias. —Lo que Shona realmente hubiera querido decir era *gracias, pero no.*

Prefería dirigirse directamente a la isla. Estaba cansada de viajar y no se sentiría segura hasta conseguir la promesa del laird Balmoral de otorgarles protección a ella y su pequeña tropa.

No obstante, rechazar la hospitalidad de otro laird, no sólo se consideraría grosero, sino que sin duda ellos terminarían por llevarlos al torreón sin que les importara lo que ella pudiera decir sobre el asunto.

Shona había aprendido hace mucho que algunas cosas estaban más allá de su control.

*

*

El torreón era una fortaleza, muy superior a la del feudo MacLeod donde había crecido y aún más formidable que la de su difunto esposo. La alta muralla que rodeaba el hogar del laird y las torres de guardia eran de piedra, aunque los edificios en su interior estaban hechas en su mayoría de madera.

El torreón se encontraba en lo alto de una mota1, la colina artificial sólo era accesible por un camino tan estrecho que ella supo que Niall le diría que no podían llevar a sus caballos. Incluso a esta distancia, el torreón parecía lo suficientemente grande para acomodar fácilmente a cincuenta o más en el gran salón. La naturaleza imponente de la

edificación la hizo desear que su familia fuera del clan Sinclair. Ella sólo podía tener la esperanza de que los Balmoral vivieran igual de seguros.

El patio de armas estaba ocupado por guerreros y miembros del clan por igual, muchos que parecían interesados en los recién llegados. Y ligeramente suspicaces, si los ceños fruncidos que sus compañeros y ella recibían al pasar significaban algo, 1

La *mota* es un montículo realzado de tierra, parecido a una pequeña colina, regularmente artificial, sobre la que se erguía el clásico castillo medieval de estilo normando. *(N. de la T.)*

pero la hostilidad abierta que podría haber esperado hacia los atuendos ingleses, estaba sorprendentemente ausente.

Niall detuvo su caballo y los guerreros lo imitaron. Shona hizo que su cansada yegua se detuviera, tan fatigada como se sentía no estaba segura de lo qué haría si el caballo las hacía caer a Marjory y a ella.

—¿Entonces debemos desmontar? —preguntó Audrey, su tono no mostraba más entusiasmo ante la perspectiva del que Shona sentía.

Shona abrió la boca para contestar, sólo para perder cualquier esperanza de hablar cuando su mirada se posó sobre un guerrero de pie cerca del área abierta delante de la herrería. El hombre, que era casi tan alto y tan fornido como Niall, llevaba los colores de su antiguo clan y no usaba camisa bajo el plaid MacLeod que le confiriera alguna pizca de civilización.

Estaba de espalda a ellos y su indiferencia a los forasteros ingleses era más que obvia.

Pero ella no podía proclamar la misma apatía.

No cuando cada centímetro de su arrogante postura le era tan familiar como la crin de su yegua después de pasar una semana en su silla de montar.

Su cabello negro era un poco más largo de lo que había sido hace seis años, los tatuajes azules que cubrían su hombro y brazo izquierdo eran una nueva adición, y sus músculos eran más abultados, pero ella estaba absolutamente segura de la identidad del guerrero MacLeod que se encontraba con tanta seguridad entre los Sinclair.

Caelis. Su amado. *Su pérfido*.

Incluso el sonido de su nombre en su mente hacía que su corazón latiera mucho más rápido y que apretara las manos en puños.

Embustero, gritó la voz en su mente que nunca se había quedado totalmente silenciosa aunque se hubiera visto obligada a casarse con otro hombre. *Mío*, gritó el corazón que había aprendido que no podía confiar en amar ni poner su amor a los pies de este hombre.

Ella le había dado su amor y su inocencia.

Él le había devuelto esos regalos con promesas falsas y, por último, el repudio.

Había creído que nunca lo volvería a ver, había estado segura que sus caminos no se cruzarían a su regreso a Escocia.

Después de todo, no había ido a casa, a su antiguo clan y había procurado evitar sus tierras en el viaje hacia el norte. No tenía deseo alguno de entrar en contacto con su antiguo laird y menos aún con su antiguo pretendiente.

Cuán cruel era el destino al dictar y asegurarse, que al contrario de la costumbre de su antiguo clan de mantenerse aislados, este hombre estuviera aquí el único día que ella pasaría en el torreón Sinclair.

La yegua de Shona sacudió la cabeza debido al fuerte agarre con el que sostenía las riendas y agradeció que ya no estuvieran moviéndose. Sostener de esa forma las riendas era camino asegurado para ser arrojada al suelo incluso desde el lomo del caballo más leal.

Marjory dormía, inconsciente tanto de por cuán poco se había salvado, así como de su nuevo entorno y del cataclismo que sucedía en el interior de su madre.

Como si Caelis pudiera sentir el peso de la mirada de Shona, él se dio la vuelta.

Despacio y sin mostrar evidencia de curiosidad, su mirada violeta se deslizó sobre ella, su expresión era desdeñosa cuando tomó nota de su ropa inglesa.

Pero Shona podía decir el momento en que la reconoció, casi un segundo después él se dio cuenta que no sólo era una inglesa, sino una mujer de su pasado.

Se cuerpo se tensó, abrió los ojos ampliamente con una sorpresa tan

absoluta que hubiera sido divertido si ella no se sintiera tan devastada de que él apareciera otra vez en su vida ya tumultuosa.

Él intentó dar un paso y tropezó.

Qué raro. Era un hombre de pie firme. ¿Quizás otro de los guerreros le había hecho tropezar? Los hombres jugaban entre ellos de esa forma.

A la par que esos absurdos pensamientos flotaban por su mente, el miedo gritaba a través de su cuerpo. Caelis no podía ver a Eadan. Su hijo nunca podía conocer al hombre que había negado su misma existencia y rechazado a la mujer a quien había afirmado amar.

Debían irse. *Ahora. El laird de los Sinclairs tendría que quedarse sin el placer de conocerlos*.

Ese único pensamiento le dio las fuerzas para apartar la mirada de Caelis, sacudiendo la cabeza en todas direcciones, buscando frenéticamente a Eadan.

Él ya estaba en tierra, su mano sostenía la gigantesca manota de Niall, un hombre más pequeño estaba muy cerca del enorme guerrero, hablándoles a los dos con una sonrisa encantadora.

Shona deseaba gritarles para que *por favor* pusieran de vuelta a su hijo en su caballo y que se apartaran de su camino. Pero ninguna palabra salió de sus labios. No se podía mover, ni hablar, su pánico la dejó tan rígida como la misma muerte.

Aunque la necesidad de escapar continuaba atravesándola, ella supo que eso era algo imposible.

Aunque si pudiera obligarse a moverse para clamar la ayuda de Niall y que éste regresara a su hijo al caballo, a ella y a sus compañeros no se les permitirían dejar el feudo Sinclair sin ver a su laird. Eso ya se había decidido.

Y como había sucedido demasiadas veces en su pasado, Shona sabía que estaba sujeta a los caprichos de los hombres que poseían autoridad sobre ella. En esta ocasión, sólo era por haber entrado en las tierras de los Sinclair, pero eso no le importaría al laird Sinclair.

Era un hombre con poder.

Exigiría obediencia.

Así era como se hacían las cosas.

La desesperación cayó sobre Shona casi ahogándola.

El muchacho estaba fuera de la línea de visión de Caelis, pero eso le daba poco consuelo a Shona.

¿Tan pronto en como el guerrero viera a su hijo sentiría el vínculo? Sabría la verdad, no importaba cuánto le gustaría a él negarla.

Pero lo que él haría con esa verdad, era algo que ella no podía adivinar. Nada bueno para ella. Había descubierto en los últimos seis años que los hombres raramente hacían elecciones que beneficiaran a las mujeres.

Sobre todo que le ayudaran a ella.

Caelis sólo había sido el primer hombre en la larga lista de su vida que había hecho patente esa verdad.

— *Shona*…

Ella bajó la mirada y vio que tanto Audrey como Thomas estaban allí, de pie junto a su yegua. Audrey extendía las manos para tomar a Marjory de forma que Shona pudiera desmontar.

¿En qué momento sus amigos habían desmontado de los caballos?

—¿Estáis bien? —preguntó Thomas, su voz expresaba clara preocupación. Audrey y él ostentaban idénticas expresiones de preocupación—. Hemos dicho vuestro nombre tres veces.

—Yo… no… —contestó con honestidad antes de que pudiera controlar su lengua.

—¿Qué pasa? —Moviéndose muy rápidamente, Niall estuvo allí casi de repente—.

Lady Heronshire, ¿necesita ayuda para desmontar?

Él también extendió los brazos.

—Deme a la niña.

Dejando caer las riendas del caballo, Shona envolvió los brazos alrededor de su hija en un movimiento reflejo de protección.

—No la toques. —El gruñido vino desde detrás de Niall y luego Caelis estaba allí, empujando al otro guerrero lejos del caballo de Shona.

Niall giró hacia el otro hombre, devolviéndole el golpe y gritando:

—¡Infiernos!

—Ella es mía —gruñó Caelis, su voz se parecía tanto a la de un animal que las palabras eran apenas perceptibles.

—Cálmate —ordenó Niall, sonando menos enfadado por alguna razón, aunque no retrocedió—. La inglesa…

—No es inglesa.

—¿Ves cómo viste? Es una dama, Caelis. Detente y piensa.

Pero Caelis parecía no atenerse a razones, su agresividad no disminuyó un ápice.

Y Shona no lo entendió. En ninguna fantasía de este momento podría haber imaginado que Caelis la reclamaría a ella… ¿o era a su hija a quién él reclamaba?

Nada de esto tenía sentido.

En ese momento Marjory decidió despertar, retorciéndose para sentarse.

—¡Mamá! Quiero bajar.

Caelis saltó como si una flecha lo hubiera herido, su mirada se posó en la niña en los brazos de Shona. Alguna gran emoción contorsionó sus facciones, y luego sus ojos azules, como los de su hijo, se encontraron con los de ella, la acusación en estos era inequívoca.

Ella le devolvió la mirada, desafiante, furiosa como no había estado desde la noche en que él le dijo que todo entre ellos se había acabado.

Todo el miedo que había sentido durante los últimos meses, la cólera que había experimentado ante la perfidia de los hombres desde que él la traicionó hacía seis años, seguida por la traición de otros —incluyendo la de su propio y querido padre—, avivó esa furia de una forma que de ser posible, su mirada lo hubiera quemado hasta convertirlo en ceniza.

Él echó la cabeza bruscamente hacia atrás, la sorpresa volvía a

mostrarse en sus apuestas facciones, ésta vez mezclada con confusión.

De ser posible, su sorpresa hizo que Shona se pusiera aún más lívida. ¿Creía que había olvidado el modo en que la había usado y desechado? ¿Creía que ya no se lo tendría en cuenta?

Se engañaba por completo si así lo había creído.

Ella nunca olvidaría. Cada día sería un recordatorio vivo.

Pero Shona ignoraba qué era lo que *confundía* a Caelis. ¿Creía que sólo porque él no la quiso ningún otro hombre la querría en matrimonio?

Arrogante canalla.

—¿Mamá? —La voz preocupada de Eadan se elevó de donde se encontraba junto a Niall.

Necesitaba decirle a su hijo que todo estaba bien, pero no podía apartar la mirada del rostro de Caelis mientras él miraba por primera vez al hijo que ambos habían concebido.

El niño que él le había dicho jamás sucedería.

Ella había sido una ingenua y le había creído. Nunca volvería a cometer ese error.

Capítulo 2

La fuerza de un Faol es insignificante ante la ira de su compañera.

—LACHLAN DE LOS BALMORAL

El guerrero cayó desmayado.

Con un gran batacazo que resonó cuando los grandes y sobre desarrollados músculos de su cuerpo golpearon el suelo.

Caelis había lanzado una mirada a su hijo, abrió ampliamente sus ojos azules en un reconocimiento que muy pronto se convirtió en horror y luego se desplomó en tierra como una piedra.

Varias personas, los Sinclair y los amigos de Shona por igual, hicieron sonidos con variados niveles de conmoción y volumen.

Con el corazón en la garganta, aunque no sabía por qué se preocupaba por el canalla, Shona no les prestó ninguna atención a ellos hasta que su hijo habló.

—¿Está muerto? ¿Cómo milord?

El hecho de que su primer esposo hubiera insistido en que el niño se dirigiera formalmente a todos, incluyéndolo, nunca le había parecido a Shona tan absurdo aunque apropiado como en ese momento en que Eadan contemplaba el cuerpo inconsciente del padre con quien compartía su sangre.

Niall sacudió la cabeza y se apartó del otro gran soldado, como si un guerrero desmayado fuera algo que no llamara la atención.

—Nay, muchachito. Está vivo, sólo está tomando una siestecita.

—¿En la tierra? —preguntó Eadan, parpadeando indeciso ante Niall.

—Aye.

—Se desmayó —dijo el hombre más pequeño quien antes había estado hablándoles a su hijo y a Niall, con cierta cantidad de regocijo en su

voz.

—¿Como una de las damiselas en las historias que nos cuenta Audrey?

Niall resopló una risa.

—Aye, justo así.

—¿Audrey? —preguntó el hombre pelirrojo más pequeño—. ¿No vuestra madre?

—Mamá no nos cuenta historias donde la damisela se desmaya o necesite ser rescatada. En todas sus historias, los caballeros y las princesas luchan lado a lado.

Milord decía que eran tonterías, pero a Marjory y mí nos gustan —dijo Eadan con incondicional lealtad.

—Eso está bien —dijo Niall con una palmadita a la cabeza de su hijo —. Ve con Guaire y los demás al torreón.

—¿Y mamá? —Eadan le dirigió una mirada preocupada, permaneciendo vacilante en su lugar.

Shona ni siquiera pudo formar una sonrisa de consuelo para él, pero sí logró decir:

—Acompaña a sir Guaire, corazón mío —dijo Shona con la garganta sumamente constreñida.

—Aquí —Niall levantó los brazos—. Deme a la niña.

—Mi nombre es Marjory. —Su hija decidió informar al enorme hombre.

—Aye, muchacha, lo escuché y es un nombre hermoso. ¿Vendrás conmigo?

Marjory giró y hundió el rostro en el pecho de Shona, su naturaleza tímida se impuso.

Thomas se adelantó.

—Venid, bollito de tarta, el tío Thomas os llevará.

Marjory negó con la cabeza, sin apartar la mirada del capullo de seguridad que había creado para ella.

Shona se habría reído si hubiera podido hacerlo. La obstinada timidez de su hija le era demasiado familiar.

—¿Cómo bajará vuestra madre del caballo si no la soltáis? —la engatusó Audrey.

Pero en vano.

—Nos quedaremos aquí. Es cómodo —proclamó Marjory con una voz amortiguada por el cuerpo de Shona.

—¿Marjory, no queréis conocer al laird? —preguntó Thomas.

Esa fue una mala elección de palabras porque Marjory se aferró a Shona con más fuerza y muy claramente gritó su negativa.

Caelis gimió y se movió en la tierra. Fatalmente, esa acción fue lo que hizo que Marjory soltara su tenso agarre sobre la cintura de su madre y se diera vuelta para ver cómo el hombre grande se sentaba en el suelo.

—Caíste. —La observación de Marjory obtuvo un confundido asentimiento—. Yo tomo siestas, pero Eadan no. Los chicos grandes no toman siestas.

Marjory hablaba con una mezcla de inglés y gaélico, que Shona estaba acostumbrada a interpretar. La mirada perpleja en el rostro de Caelis dijo que él no lo estaba. Shona sabía que él, al igual que ella en su clan, había aprendido un inglés rudimentario, por tanto no se sintió sorprendida cuando la confusión masculina finalmente terminó.

—Normalmente no tomo siestas, princesa.

—Yo no soy una princesa.

Shona jadeó, estaba tan impresionada por la amabilidad de Caelis para con su hija.

Él le lanzó una mirada, pero no la prolongó.

—¿Estás segura? Pareces una. —Caelis se puso de pie, se sacudió el polvo e hizo caso omiso de las miradas curiosas de los Sinclair que los rodeaban. Aparentaba sentirse totalmente impasible por haberse desvanecido delante de un patio lleno de personas.

Hace seis años, no se habría sentido tan inmutable al revelar alguna debilidad.

—Mi papá era un barón.

—¿Ya no lo es? —preguntó Caelis.

—Está muerto. Mi hermano es el barón ahora, pero no creo que Eadan y yo le gustemos.

De las bocas de los niños sale la verdad.

Esta vez cuando Caelis miró a Shona, sus ojos permanecieron sobre ella.

—¿Eres viuda?

—Sí.

—Bien.

—Esa no es una respuesta civilizada cuando te enteras que el esposo de una mujer ha muerto —le reprochó.

Aunque ella no podía decir que sentía pena por la muerte de Henry, el hecho de haber quedado sola en el mundo, *otra vez,* sin siquiera la circunstancial protección del barón, era a duras penas causa de regocijo.

—No soy un hombre civilizado.

Ella no discutiría esa afirmación. Hubo un tiempo en que el lado salvaje de la naturaleza de Caelis le había atraído muchísimo. Pero eso ya no era así.

—Aun así, no comprendo por qué crees que mis actuales circunstancias son *buenas*.

Shona se había liberado de un yugo sólo para encontrarse en riesgo de caer víctima de otro mucho más excesivo.

Caelis se encogió de hombros.

—Es bueno porque no tendré que matarlo.

Shona jadeó, incapaz de comprender por qué expresaba ese sentimiento.

—No puedes decir tales cosas delante de mis hijos.

El arrepentimiento llameó en los ojos de Caelis, pero su mandíbula adoptó una posición obstinada que ella recordaba demasiado bien para su propia comodidad.

—Por favor, perdóname por hablar así delante de ti, princesa.

Marjory se rio bajito.

—¿Y yo? —exigió Eadan.

—Eres un chico grande, ¿tienes cinco veranos, no es así? —preguntó Caelis.

Eadan asintió con la cabeza y no formuló sus usuales preguntas para averiguar cómo podía saberlo el hombre.

—La conversación de un guerrero no te afectará —dijo Caelis con seguridad.

Eadan hinchó el pecho ante la alabanza implícita y asintió solemnemente.

—A veces un hombre debe hacer lo que necesita hacer.

Caelis dirigió su mirada hacia Shona.

—Eso es lo que un guerrero de los clanes diría.

—Mi abuelo me lo dijo.

—¿Dónde está tu abuelo ahora?

Los ojos de Eadan se llenaron de dolor.

—El caballo le dio una coz y él murió.

—¿Qué caballo?

—El mío.

—No era tu caballo, corazón mío. Sólo era el caballo en que te puso un hombre estúpido. —Shona odiaba la culpa con la que luchaba su hijo debido al fallecimiento de su adorado abuelo.

—El hermano mayor de Eadan lo puso sobre un caballo sin probar. Percival afirmó que ignoraba que el caballo fuera tan temperamental. Mi padre murió salvando a mi hijo —le dijo ella a Caelis.

—Ese no es un hermano. —El tono de Caelis no toleraba réplica.

Shona fue salvada de responder por su hijo.

—No, lord Percival es un hombre malo. No lo quiero como hermano. Mamá dijo que no tengo que llamarlo así, si no quiero, ahora que estamos en Escocia.

—Bien.

Eadan asintió con la cabeza.

—Aye.

Oh, que el Dios de las alturas le diera fuerzas. No sobreviviría a esta reunión con su corazón o su cordura intactos.

El niño y el hombre eran tan parecidos.

—Shona… —la voz de Audrey le recordó que todavía debía desmontar de su caballo.

Dirigió la mirada a Marjory. La niña parecía menos reticente a su nuevo entorno.

—¿Ahora dejarás que Audrey te cargue? —le preguntó.

Marjory se sacó el dedo de la boca con un sonoro *pop* y negó con la cabeza.

Caelis las observó y luego miró a su hijo.

—Tu hermana no quiere bajar.

—Es tímida con los extraños.

—Ya veo.

—Si yo fuera más grande, vendría conmigo.

Caelis asintió con porte serio.

—¿Y si yo te alzó hacia ella?

Eadan consideró esto antes de asentir con la cabeza.

—Vendrá a mí —dijo con seguridad.

Caelis tomó al muchacho, una profunda emoción cubrió sus facciones cuando su hijo le rodeó el cuello con un brazo por estabilidad. Shona deseó gritarle y decirle también que era un hombre muy estúpido.

Si él sentía el vínculo tan profundamente en esos momentos, ¿por qué siquiera había negado la posibilidad de que pudieran tener un niño? ¿Por qué le dijo que no podían casarse?

Caelis se inclinó e inhaló una larga bocanada de aire contra el cuello de Eadan, su gran cuerpo permaneció rígido durante varios segundos en respuesta al aroma de su hijo. Él solía hacerle eso a Shona, y los recuerdos evocados al verle hacérselo a su hijo no fueron bienvenidos.

—Caelis —dijo ella bruscamente.

Él levantó la mirada, sus ojos azul violáceos estaban llenos de tal pena que ni siquiera ella podía negar que este momento era realmente significativo para él.

—¿Aye? —Su voz salió tensa, como si incluso esa única palabra viniera con un gran esfuerzo.

Ella negó con la cabeza, su propia garganta estaba demasiado apretada para hablar.

—Vamos por Marjory —le recordó Eadan al hombretón, claramente a gusto en los brazos de su padre.

Caelis asintió con la cabeza, el movimiento fue tembloroso.

—Aye, vamos. —Él se acercó a la yegua, su sujeción sobre Eadan era estable.

El hijo de Shona extendió los brazos hacía su pequeña hermana. Él no dijo nada, sólo miró a Marjory con expectación.

Y Marjory estiró sus bracitos hacia él. Parecía como si no notara al enorme guerrero que los cargaba a ambos mientras la bajaban del caballo. Caelis dejó a los niños al lado de Niall y Guaire, en lugar de con Audrey o Thomas.

Shona encontró eso esclarecedor. Confiaba en el guerrero escocés, aunque fuera de un clan diferente, sobre los ingleses a los que no conocía. Lo cual significaba que él ya tenía confianza en Niall, un Sinclair. Algo raro, pero no tan extraño como el hecho de que Caelis estuviera allí en las tierras de los Sinclair.

Los viajes de Caelis eran lo que menos le preocupaba a Shona en esos momentos.

Lo que realmente importaba era que Caelis se preocupaba de que sus hijos estuvieran protegidos.

Esa era más preocupación de la que había mostrado por ella hacía seis años.

Guaire se acuclilló para estar a la altura de los ojos con Eadan y comenzó a hablar suavemente con los niños.

Shona suspiró, permitiendo que sus rígidos músculos se relajaran. El dolor corrió ascendentemente desde su zona lumbar, por su columna hasta sus hombros. No hubiera podido sofocar su gemido de agonía, aunque lo intentase.

Desmontar de la yegua sería más que complicado; sería imposible. Quizás podría inclinarse sobre un lado y sólo dejarse caer al suelo como Caelis.

Antes que tuviera cualquier posibilidad de preocuparse por ello, unas grandes manos se cerraron alrededor de su cintura y la posaron en tierra.

Sin embargo, Caelis no la liberó, una vez que sus pies pisaron el suelo. La sostuvo, su cara era un tratado de emociones que ella ya no sabía cómo llamar con este hombre.

—Debes soltarme.

—Nay.

—Es indecoroso. —Por no mencionar que era completamente peligroso para su compostura ganada con tanta dificultad.

La calma emocional que llevaba como una fachada para proteger a aquellos que dependían de ella comenzaba ya a resquebrajarse bajo la tensión de los últimos meses.

Caelis emitió un sonido de disgusto.

—No eres una inglesa para que te preocupen esas cosas, no importa las ropas que vistas.

—Si me hubiera preocupado de esas cosas cuando fui una mujer más joven, no habría sido forzada a tomar muchas de mis elecciones más

difíciles. —Empujó la mano contra su pecho para apartarlo, sabiendo que el contacto adicional sería arriesgado.

Y en efecto, sus manos desearon quedarse presionadas contra la piel caliente, sobre el músculo fuerte y la suavidad del desgastado plaid. No podía ceder ante tal debilidad y obligó a sus manos a caer a los lados otra vez cuando vio que su intento no tenía efecto en el hombretón.

En cambio, Caelis reaccionó a su intento de liberarse acercándola aún más.

—Puedo explicártelo.

—¿Explicar? —En un inicio ella no comprendió sobre lo que le estaba hablando.

Y luego entendió. ¿Creía que podría *explicarle* lo de hacía seis años? No existía explicación para esa clase de traición.

Ella negó con la cabeza vehementemente, su emoción amenazaba con sobrepasar la calma a la que se aferraba.

—Nada de lo que digas podrá deshacer jamás lo que hiciste, lo que yo he tenido que soportar durante estos seis años.

Un espasmo de arrepentimiento cruzó el rostro de Caelis, pero rápidamente fue sustituida por la obstinación que ella una vez encontró tan confortante.

—Aun así escucharás lo que tengo que decirte.

—Lo haré —dijo con mordacidad—. Cuando los clanes se inclinen ante el rey de Inglaterra.

Ni en sus peores pesadillas podía imaginarse que ese día llegara y por lo que sabía tampoco Caelis.

Él frunció el ceño cuando entendió el significado de sus palabras.

— *Mo toilichte2* —susurró como si las palabras en sí mismas tuvieran el poder de curar la brecha entre ellos—. Había cosas de ti que no sabía, que *no* podía saber en ese entonces.

—Yo ya no soy tu *felicidad*, como tú ya no eres *mi* guerrero. —Sacudió la cabeza, intentando otra vez alejarse—. *Por favor*. Déjame ir.

Quizás Caelis notó cuánto le costaba suplicarle o quizás simplemente decidió que ya la había sostenido durante demasiado tiempo, pero las grandes manos que cubrían sus hombros cayeron y ella fue capaz de alejarse.

—Cualquier conversación que desees entablar tendrá que esperar hasta que la dama inglesa haya hablado con nuestro laird. —El tono de Niall no dejaba espacio a la discusión.

Sorprendentemente, Caelis no lo hizo. Simplemente asintió con la cabeza.

—Los acompañaré al torreón.

El recordatorio de que su discusión estaba siendo escuchada por otros, muchos que apreciarían el parecido entre Caelis y su hijo, casi como si uno de ellos se reflejara en un espejo, provocó que el calor de la vergüenza avanzara lentamente por el cuello de Shona. Ya debería estar acostumbrada a esto, pero la picadura de la humillación todavía escocía profundamente.

Caelis la miró, sus cejas oscuras estaban fruncidas sobre su mirada azul.

—¿Estás bien?

Contestar sinceramente no era un lujo que Shona pudiera permitirse, así que simplemente asintió e indicó que deberían comenzar su marcha al torreón.

Niall hizo exactamente eso, guiándolos a todos por el estrecho camino, la mano de su hijo todavía sostenía firmemente la manota del guerrero. Sus miembros no querían funcionar, se sentía tan cansada y acalambrada después de tantos días de cabalgata, que Shona caminó con dificultad en la retaguardia.

Shona tropezó. Su agotamiento —combinado con el estado casi irreal de haber vuelto a encontrarse cara a cara con Caelis después de seis años y todo lo que había sucedido en ese laso—, la volvía torpe.

Audrey la tomó de la mano, regalándole a Shona una sonrisa reconfortante, y Thomas le ofreció su brazo.

2 Mi felicidad en gaélico. *(Nota de la autora)*

El gruñido detrás de ellos debería haber hecho que el joven inglés apartara el brazo ofrecido. Ciertamente envió un escalofrío por la columna de Shona.

Pero Thomas sólo frunció el ceño sobre su hombro al gran guerrero que se había ubicado detrás de ellos.

—Sé lo que sois y vos perdisteis vuestros derechos sobre ella. Ofreceré asistencia a mi amiga y si ella la acepta, se la daré.

Shona sintió una punzada de humillación al darse cuenta que sus amigos eran conscientes de que *este* hombre era el padre de su hijo mayor y no el hombre al que ella había llamado esposo durante poco más de cinco años.

Pensó en la extraña expresión de Thomas, diciendo *que* en vez de *quien* a Caelis, pero ella no lo mencionó. Preferiría no reconocer la mortificante verdad.

Quizá él consideraba a Caelis un monstruo tan grande como el barón de quien era hijo. Durante seis años, Shona ciertamente había creído eso… o al menos se había convencido de hacerlo.

Sin tener en cuenta la debilidad de Shona e indiscreciones pasadas, el juvenil ímpetu y la firme lealtad de Thomas la conmovieron.

—Gracias, Thomas. —Ella extendió el brazo hacía el de él.

Pero la mano de Caelis estaba allí, su cuerpo empujó al hombre más joven tal como había hecho con Niall momentos antes.

—Él no *te* lo agradecerá si tengo que desafiarlo por mis derechos.

Thomas palideció. Por segunda vez en pocos minutos, Shona estuvo llena de furia por este hombre.

—¡No harás nada de eso! No tienes derechos sobre mí. Renunciaste a ellos cuando me abandonaste hace seis años.

—Fue tu familia quien dejó el clan, no yo.

Ella se detuvo, haciendo que la pobre Audrey se detuviera a su lado para que Shona pudiera fulminar con la mirada al hombre.

—Ni siquiera *intentes* fingir que fue así. Escuché tus mentiras una vez, pero nunca volverán a dictar mi vida.

Caelis se estremeció como si sus palabras lo hubieran herido, aunque ella sabía que eso era imposible.

—No te equivoques: independientemente de mis errores del pasado, desafiaré a este joven si vuelve a intentar interponerse entre mi compañera y yo.

Él hablaba de ella como un animal, y Shona deseó que lo fueran. Los animales no abandonaban a aquellos que elegían como compañeros, pero este hombre muy humano innegablemente la había abandonado.

Si a Caelis le hubiera importado, no habría rechazado a Shona ante su propio padre.

Una sofocante emoción se elevó en su interior ante el recuerdo y sintió el ardor de las lágrimas en sus ojos. Parpadeó furiosamente, decidida a no dejarlas caer.

Caelis juró, aparentando sentir dolor, como si ella pudiera creerle.

Ella no lo haría.

—No soy tu compañera. No soy tu esposa. Ni siquiera soy tu antigua prometida.

—Las amonestaciones nunca habían sido leídas—. No soy *nada* tuyo.

Sin otra palabra, él tomó su mano y deslizó la otra mano libre alrededor de su cintura con una gentileza impropia para un hombre que amenazaba a otras personas.

Shona estaba muy cansada para continuar luchando con él.

Él tomó tanto de su peso para que ella pudiera caminar mientras continuaban subiendo el sendero.

Después de varios pasos en silencio, Caelis dijo quedamente:

—En eso, Shona, estás muy equivocada. No sólo eres la madre de mi hijo, eres *mía*.

Y te convenceré de esa verdad. Con el tiempo.

—¡Nunca volveré a ser tuya! —De donde vino la energía o la voluntad para gritar, ella no podía decirlo, pero su voz cargaba toda la desesperación y convicción que sentía en ese momento.

Marjory, quien le daba la mano a Guaire, giró hacia atrás para mirar a Shona.

—¿Por qué gritas al hombre agradable, mami?

¿Hombre agradable? ¿Su hija había perdido el juicio? A Marjory no le gustaban los extraños y ahora decidía que Caelis, el hombre que había dicho que habría matado a su padre si no estuviera muerto ya… era *un hombre agradable*.

Quizás la cordura de Shona no estuviera tan intacta como creía. Quizá todo esto era una pesadilla realmente extraña y pronto despertaría.

Podía tener la esperanza.

Capítulo 3

El acoplamiento sagrado tiene preeminencia sobre cualquier otro poder entre los Chrechte, incluso sobre el del líder de la manada, celi di y la autoridad paternal.

—LEY SAGRADA CHRECHTE,

TRADICIONES ORALES

Considerando la majestuosidad de la fortaleza y la fuerza de sus defensas, el torreón en sí mismo era más bien modesto. No tenía nada de la ostentación que el fallecido esposo de Shona, el barón de Heronshire, había sido tan propenso en mostrar.

El gran salón podría acomodar fácilmente una gran asamblea del clan, pero las colgaduras de seda sobre las paredes, tan comunes en el hogar de un barón inglés para denotar su riqueza y estatus, estaban claramente ausentes. Ningún mueble superfluo adornaba la cavernosa habitación.

Las largas mesas y los bancos que acomodaban al laird y sus guerreros eran de madera clara; ninguna talla especial, ni siquiera en la silla del laird.

No había duda de dónde se sentaban el laird y su dama, porque esas dos sillas eran las únicas ante las mesas del salón. No obstante, existía una agrupación de otras sillas cerca de la gran chimenea, que tenían cojines con los colores del clan. Pero Shona no tenía duda de que los cojines eran para proporcionar comodidad, en vez de espectáculo.

Una encantadora mujer rubia tenía un pergamino de cuentas delante de ella, que Guaire miró ceñudo al entrar.

—Creía que íbamos a revisarlo juntos, mi señora.

—Esperaba ahorrarte el trabajo, Guaire.

El hombre pareció afligido y Niall lanzó una carcajada.

—Sabes que de todas formas sentirá la necesidad de revisarlos en persona.

Lady Abigail sonrió, la picardía brillaba en sus ojos castaño claro.

—¿Así lo crees?

—Realmente os gusta tomarme el pelo, mi señora —dijo Guaire con un poco de exasperación.

—Mamá, no debes tomar el pelo —dijo un muchachito al lado del laird—. Tú te sientes tan *decepcionada* cuando le tomo el pelo a Drost.

—Eso es porque todavía no has aprendido a no presionar tanto para que tu hermano no se vea obligado a recurrir a las lágrimas o la violencia, Brian —dijo Abigail con una risa musical.

Shona había oído rumores de que la señora de los Sinclair sufría de sordera, pero esta mujer parecía escuchar tan bien como las demás personas.

—No me gustará que me tome el pelo aun si aprende a hacerlo —dijo el muchacho quien debía ser Drost desde el otro lado de su padre.

Brian parecía agudamente interesado en la espada que su padre afilaba, mientras su hermano, quien se parecía demasiado a él para no ser su gemelo, dibujaba cuidadosamente con carbón de leña sobre una tableta de arcilla.

Eadan marchó hasta la mesa y se presentó a sí mismo.

—Soy Eadan. Tú eres Drost. —Señaló al muchacho que entregaba a su padre una tela para limpiar el aceite de la lámina de su espada—. Y tú eres Brian. —Señaló al otro niño—. Escuché que así lo decían.

Su hijo era tan inteligente, Shona a menudo se maravillaba de lo rápido que captaba el mundo que lo rodeaba.

Ambos muchachos parecieron impresionados. Pero Drost observó neutramente:

—No llevas los colores del clan.

—Tu ropa es graciosa —añadió Brian con una clara opinión.

Abigail jadeó y parecía lista para intervenir, pero Eadan no le dio oportunidad.

—Son inglesas —dijo con un encogimiento de hombros.

Brian frunció el ceño.

—No nos gustan los ingleses.

Esta vez, Abigail se puso de pie con un salto y giró para quedar enfrente de su hijo, una expresión feroz en su rostro.

— *Yo* soy inglesa.

— *Solías* ser inglesa —agregó el laird, quien había permanecido en silencio hasta ahora—. Sin embargo… —Inmovilizó a su hijo con una mirada que *en la actualidad*

intimidaría a Shona, ni que decir cuando había sido una niña pequeña —. Saben muy bien que no odiamos a *todos* los ingleses.

El bufido de ofensa de Abigail sólo hizo que su marido se encogiera de hombros, como si le dijera que eso era lo mejor que podría esperar. Claramente era una vieja discusión entre ellos.

—Mi hermana y yo os gustaremos —dijo Eadan con falso alarde, tirando a Marjory a su lado.

El temblor de preocupación en la voz de Eadan hizo que Shona deseara abrazarlo para llevarse ese miedo, y también a Marjory. Quien permanecía de pie con los ojos muy abiertos y el pulgar metido firmemente entre sus dientes.

Pero Shona sabía que esto sólo era el principio de lo que enfrentarían en su vuelo hacia la seguridad.

Los Highlanders no eran conocidos por sentir cariño hacia los ingleses.

Respirando aire para fortalecerse, hizo una reverencia ante el laird y su dama.

—Soy lady Shona, viuda del segundo barón de Heronshire. Esta es mi compañera y amiga Audrey, y su hermano, Thomas.

Deliberadamente omitió el nombre del padre de sus amigos ya que ninguno de ellos deseaba reconocer a un hombre que los había vendido como siervos aunque su propia riqueza claramente descartaba la necesidad para haber hecho algo así.

Ella señaló a sus hijos.

—Mi hijo ha creído conveniente presentarse a sí mismo; esta es mi hija, Marjory.

Shona se enderezó, haciendo todo lo posible por esconder su fatiga e inquietud, sin sorprenderse cuando Caelis la atrajo a su lado.

Él no había soltado a Shona a través del difícil trayecto al subir el sendero y al entrar en el gran salón. Había logrado mantener su proximidad incluso cuando se acercaron al laird Sinclair claramente decidido en dar toda clase de impresiones incorrectas.

Antes de que el laird o su dama pudieran contestar, Niall le dijo a Eadan con mucha más seguridad de lo que su hijo había mostrado:

—Por supuesto que les gustarás, muchachito. En el fondo eres un fino muchacho escocés.

Shona no reprochó al guerrero Highlander su falta de modales, no cuando buscaba consolar a su hijo.

—¿Lo soy? —preguntó Eadan.

El laird había estado mirando con interés pensativo a su hijo. La mirada del Sinclair se deslizó hacia Caelis, para luego volver de nuevo a Eadan. Cuando la luz del entendimiento alboreó en su semblante, no le pasó desapercibido a Shona.

Otra vez, sintió que el calor de la vergüenza cubría sus mejillas. Nunca había pensado volver a ver a Caelis, mucho menos exponer su pasado tan inexorablemente a cualquiera a quien se molestara en observarlo cerca de su hijo.

—Lo eres, al igual que tu madre es una fina muchacha escocesa —respondió Guaire por Niall.

Shona le envió una mirada de gratitud, a la que él contestó con una cálida sonrisa.

Ninguna condena allí; no como en los ojos de sus propios padres, incluso cuando su madre había respirado su último aliento hacía dos años, y luego en la de su padre recientemente.

Ninguno había perdonado a Shona por avergonzarlos del modo en que lo había hecho. Al menos, no habían pagado su descontento hacia ella con Eadan. Sus abuelos lo habían amado mucho.

Aunque ambos hubieran dejado en claro que pensaban que la buena voluntad del barón de criar a Eadan como su propio hijo compensaba totalmente cualquier deficiencia que mostrara como padre.

Eadan asintió, como si algo encajara en el interior de su mente como a menudo parecía hacer.

—Eso está bien. Entonces yo soy escocés. Podemos ser amigos.

—No hablas como los ingleses —dijo Drost en la lengua del pueblo de su madre, quizás para demostrar que como Eadan… él podía.

—Mamá dice que Marjory y yo debemos hablar tanto la lengua gaélica como la de los ingleses. A milord no le gustaba, pero aunque le pegaba a mamá, ella no dejaba de hablarnos a la manera de su pueblo.

Caelis gruñó, su cólera palpitó alrededor de ellos como truenos en el cielo.

—¿Te pegaba?

—Eso no tiene importancia. —Su marido no había sido el peor de hombres, pero tampoco el mejor.

Sólo la había golpeado algunas veces y siempre había sido más amable después.

Aunque eso nunca significó que le pidiera perdón. Pero claro, él no había creído estar equivocado.

—Entonces es algo bueno que vuestra madre haya regresado a las Highlands. A nadie se le permitirá pegarle aquí. —La voz del laird estaba teñida con absoluta autoridad.

—¿Y a mí? —preguntó Eadan con un ceño fruncido y una reveladora mirada hacia su hermana—. ¿Permitirán que alguien me pegue?

—¿El barón te pegaba? —preguntó Niall, su tono de voz era sereno, pero la expresión en sus ojos era glacial.

Eadan bajó la mirada.

—Una vez, pero mamá le gritó. Dijo que le destriparía mientras dormía si volvía a hacerlo. Se supone que no debía oírlo. Creían que dormía sobre mi estómago, porque mi espalda y trasero me dolían demasiado. Pero no podía dormir. Estaba llorando en silencio.

—¿Y no volvió a usar la vara en ti? —insistió Guaire.

Shona sólo quería que la tierra se abriera y se la tragara. Si el precio para mantener seguro a su hijo era su orgullo, lo pagaría de buena gana, pero eso no significaba que cada tira de carne de su espíritu no sangrara.

—No. Sólo bramó un poco. Le dijo a mamá que no podía hablarle así, pero él nunca volvió a pegarme. Me amenazó una vez, pero le dije que mi verdadero padre era un guerrero gigantesco, que él vendría y mataría a milord. Él me creyó.

—¿Tu *verdadero* padre? —preguntó el laird Sinclair con cuidado.

De repente, Eadan guardó silencio, enviando una afligida mirada a su madre.

Ella lo contempló, sin saber qué decir en absoluto. Nunca le había dicho a Eadan que Henry no era su padre, aunque estuvo tentada una o dos veces.

Incluso el detestable hijo de Henry, Percival, ignoraba que Eadan no era su pariente de sangre. Podría haberlo adivinado mientras Eadan crecía ya que el único parecido entre él y el barón había sido el color oscuro de cabello que el anciano tenía reputación de haber poseído en su juventud.

Caelis finalmente la liberó.

Shona rechazaba reconocer el abandono que la embargó, pero en ese momento se sentía más vulnerable de lo que se había sentido desde que dejó Escocia embarazada por un hombre que la había rechazado categóricamente.

Audrey se adelantó para deslizar su brazo alrededor de la cintura de Shona.

—Todo estará bien, querida amiga.

Shona simplemente sacudió la cabeza. ¿Cómo podría ser posible? El mayor miedo para el que jamás estaría preparada a enfrentar la miraba en esos momentos a la cara con la ferocidad de una bestia salvaje.

En su desesperación por salvar la vida de su hijo, Shona se arriesgaba ahora a perderlo ante el padre que había negado incluso la posibilidad

de su concepción.

El mismo hombre que en ese mismo instante caía sobre una rodilla delante de *su* hijo.

—Nadie se enfadará contigo por decir la verdad, ¿me *entiendes*, Eadan?

El muchacho asintió.

—Tú dijiste tu *verdadero* padre. ¿Por qué?

— *Tú* lo sabes —dijo Eadan en un susurro feroz que todos oyeron.

Un frío glacial bañó a Shona mientras que su respiración se volvía errática. ¿Su hijo sabía que Caelis era su padre? ¿Cómo?

Era imposible. No sólo le era imposible creer que su hijo supiera que Henry no era su padre, sino que de alguna manera Eadan hubiera adivinado quien *era* Caelis… eso la desconcertaba profundamente.

—Aye. Realmente lo sé —dijo Caelis, sin exhibir ni una gota de la incredulidad que acechaba a Shona, maravilla y cálido afecto brillaba en sus ojos azules—. Y mi corazón se regocija por este conocimiento, pero necesito que me digas cómo lo supiste.

—Oh. ¿Entonces te gusto? ¿Crees que soy un fino muchacho escocés?

El sonido roto que salió de Shona hizo que Caelis se tensara, pero él no se apartó de su hijo.

—Lo hago —prometió con absoluta solemnidad.

—Quieres un pequeño muchacho. En los sueños lloras por mí, deseando que estuviera contigo.

—¿Sueños?

—Los sueños verdaderos. Esos que se realizan.

—¿Has tenido otros sueños *verdaderos*? —preguntó Caelis.

Eadan contempló a Shona, pidiendo permiso para hablar.

Ella asintió con la cabeza. Sabía sobre los sueños verdaderos. O creía hacerlo, pero él sólo le había hablado sobre dos. Y Shona siempre se había preguntado si los sueños habían sido más las ilusiones e

imaginación de su hijo que algo más.

Siempre había considerado el sueño sobre su hija y el incidente en el lago como algo no profético.

Claramente su hijo no se los había contado todos. ¿Quizá su incredulidad inicial había sido demasiado evidente para él?

—Soñé que milord moría y lo hizo. Soñé que Marjory caía en el lago y se golpeaba la cabeza. Mamá la salvó de *augarse*.

—A *ho* garse —corrigió Shona automáticamente.

Eadan asintió y repitió obedientemente.

—Ahogarse.

—Oh, Santo Cielo, es otra Ciara. ¿Sabías que Caelis era de sangre real? —

preguntó Abigail a su esposo.

Él no contestó, pero miró furtivamente a Shona, Abigail se tranquilizó como si lo hubiera hecho.

Shona no tenía idea de quién era Ciara, o lo que Abigail quiso decir con que Caelis era de sangre real. En cualquier otro momento, habría exigido respuestas, insistiendo entender, pero apenas era capaz de mantener la compostura en ese instante.

El agotamiento la golpeaba más despiadadamente de lo que su marido hubiera hecho jamás, la mención de los «dones» de su hijo le ocasionaban una preocupación adicional que en esos momentos Shona simplemente no podía soportar.

—Soñé contigo —le dijo Eadan a Caelis—. Un montón de veces. Especialmente desde que dejamos la baronía. Sabía que te encontraríamos aquí.

Shona jadeó. Esa era información que nunca le hubiera gustado conocer. ¿Pero le hubiera creído a su hijo o habría vuelto a pensar que sufría de ilusiones? ¿Aunque con extrañas semejanzas entre la realidad y sus sueños?

—Me alegra mucho que hayas soñado conmigo —le dijo Caelis a su hijo—. Me alegro mucho más de que hayas venido a las Highlands y así podamos volver a ser una familia.

Las rodillas de Shona se habrían doblado si Audrey no la hubiera sostenido. Shona tenía sus propios sueños, pero *no* habían sido proféticos y ella sabía sin ninguna duda que *nunca* se realizarían.

Que él estuviera allí y hablara como si todo hubiera sido decidido sin que ella dijera nada… eso era demasiado. Otra vez, un hombre en quien no confiaba le quitaba sus opciones. ¿Cómo lucharía contra él? La ley y la tradición estarían firmemente del lado de Caelis.

Shona sintió que las aguas se cerraban sobre su cabeza mientras que el aire se volvía más y más difícil de meter en sus pulmones.

—También tienes que amar a Marjory. —Eadan no tenía problemas en hacer sus propias demandas. No era la primera vez que veía semejanzas entre padre e hijo—.

Ella es tu hija como yo soy tu hijo. Mis sueños así lo dicen.

—Naturalmente.

Su hijo aceptó fácilmente el acuerdo de Caelis con una firme cabezada de aprobación, pero Shona no podía ser tan confiada. Aun si él dijera la verdad, ella no deseaba unir su vida con este hombre después del modo en que la había herido tan profundamente hacía seis años.

Entonces, increíblemente, la hija extremadamente tímida de Shona, quien se escondía en las faldas de su madre a la primera señal de un extraño, soltó la mano de su hermano y se abalanzó sobre Caelis. Marjory extendió las manos al alto guerrero para que la alzase.

Él estaba tan concentrado en Eadan, que Shona no creía que Caelis hubiera visto el gesto, pero él se dio la vuelta y tomó a la muchachita en sus grandes brazos sin vacilación o pausa.

El mundo se volvió negro en los bordes, pero Shona no aceptaría el consuelo bendito de la inconsciencia. Inhaló con más fuerza, aferrándose a Audrey, suplicándole silenciosamente ayuda a la otra mujer.

Audrey, amiga verdadera como era, reforzó su agarre y le preguntó a lady Abigail si no tendría una copa de vino aguado.

La atención de Abigail se apartó del espectáculo de los hijos de Shona abrazando al hombre que apenas habían conocido ese día. Cuando sus ojos aterrizaron en Shona, se abrieron ampliamente y la preocupación llenó su mirada.

—Por supuesto.

Caelis se dio la vuelta en ese momento, como si de alguna manera estuviera armonizado con la angustia de Shona. Se puso de pie con Marjory en sus brazos.

Shona levantó la mano en un movimiento para que se detuviera y habló moviendo mínimamente los labios.

—No te acerques más.

La mano que no sostenía a su hija se cerró en un puño en su costado y su expresión se endureció.

—Shona…

—No. —Ese fue Thomas hablando sorpresivamente. Movió su cuerpo de tal forma que fuera una barrera física entre Shona y Caelis—. Habéis forjado esto con vuestras acciones. No sé cómo nuestra Shona ha llegado a encontrarse en este apuro, pero le habéis causado graves perjuicios en el pasado, al romper la ley sagrada y deshonrando vuestra propia naturaleza. El muchacho a vuestro lado es el testimonio de ello.

Increíblemente, Caelis no se esforzó en negarlo. De hecho, él asintió, su mandíbula estaba tallada en roca, Shona ni entendía, ni quería ver el tormento empañar su mirada azul violeta.

El propio rostro de Thomas era más hosco de lo que jamás le había visto Shona.

—Os ha dicho que os alejaras. Así que alejaos.

—¿Entonces eres su protector? —preguntó Caelis con peligro en su voz.

—Soy su *amigo*.

Audrey añadió:

—Uno más verdadero de lo que vos habéis sido. Thomas y yo estuvimos allí las pocas veces que el temperamento del barón vencía su sentido común. Mi hermano le enseñó al muchacho que reclamáis como vuestro a sentarse en su primer caballo.

Como yo, él hizo de enfermera tanto para Eadan como Marjory, cuidando sus fiebres infantiles cuando ni el barón, ni su hijo, ni

siquiera los presumidos sirvientes que empleaban quisieron levantar un dedo para ayudar.

Caelis hundió la cabeza y luego la levantó para encontrar la mirada de Thomas.

—Estoy en deuda contigo.

—Sí, pero más importante es que lo estáis con Shona.

Caelis asintió con la cabeza, su mirada se deslizó de regreso a ella. El anhelo que Shona vio debía ser un truco de la luz.

Él era quien había dicho que su amor no significaba nada entre ellos. Que las promesas de matrimonio que le había hecho en las noches que compartieron su pasión, no sucedería.

No contento con esto, Caelis había hecho una declaración oficial de falta de intención, diciéndole tanto a su madre como a su padre que ya no la cortejaría.

Ellos habían aceptado su rechazo sin emitir comentario y sin discutir, diciéndole a Shona que era lo mejor. En ese momento ignoraban que llevaba un hijo. Así como ella.

Había tenido un presentimiento y llevado aparte a Caelis para expresarle sus preocupaciones, pero él negó firmemente cualquier posibilidad de que pudiera llevar un hijo suyo en su matriz. Había ido tan lejos como para decir que si esperaba un niño, este debía ser de otro hombre.

Enferma por los recuerdos e incapaz de verlo un momento más, ella se apartó.

Él hizo un sonido que era tanto negación y súplica, pero ella lo ignoró. Como él había ignorado su mendicidad y desesperadas palabras de amor hacía seis años.

—¿Mamá? —La pequeña mano de Eadan tiró de la suya.

Shona bajó la mirada hacia su hijo, siempre tan hermoso para ella pese a los recuerdos que su rostro mantenía vivo.

—¿Sí, mi corazón?

—Estás triste.

—No. —Ella no mentía.

Ella sentía mucho más que tristeza.

La desesperación luchaba por tomar el control, pero no sucumbiría. Ella era más fuerte.

—Puedo olerlo —reprendió Eadan.

Él siempre estaba diciendo cosas así.

Shona le apretó la mano.

—Estoy bien.

—Está cansada —corrigió Audrey—. Demasiado agotada para preocupaciones y los ajetreos de esta discusión.

Por suerte, la copa de vino aguado llegó en ese momento, entregada por una sonriente mujer joven que parecía ser la princesa que Caelis había llamado a Marjory.

—Bebed, ayudará —dijo con voz confortante—. Soy Ciara, la hija mayor de laird Talorc y Abigail.

Ella era muy cercana en edad a Abigail para no ser adoptada, pero Shona era demasiado educada para no comentarlo.

—Gracias.

Pero ya no le quedaba más fuerzas para la cortesía.

—De nada. Madre está muy excitada con que la visite una inglesa y así poder compartir noticias de su antigua patria.

—Las noticias de Inglaterra nunca son agradables a mis ojos —opinó el laird.

Ciara se rio.

—Cuidad lo que decís, Padre, o esta noche se usará una habitación de huéspedes más, de eso estoy segura. Y no creo que sea una con una cama cómoda.

Sorprendentemente, en vez de ofenderse, todo el mundo se rio de esto, incluyendo al mismo laird.

Las bromas continuaron alrededor de Shona, pero ella no les prestó ninguna atención. Bebió el vino aguado en pequeños sorbos, orgullosa de no requerir que Audrey la asistiera llevándole la copa de madera a los labios.

En un momento dado, todos dejaron de hablar. Y ahora todos la miraban, un aire de expectativa indicaba que alguien le había preguntado algo que esperaba que contestara.

—¿Lo siento? —Shona contempló a Audrey para preguntarle qué era lo que se había perdido.

Pero la mujer inglesa simplemente negó con la cabeza.

—Estas conversaciones pueden esperar. Está claro que lady Heronshire necesita descansar. Si lo permitís vuestros hijos pueden quedarse con los míos hasta que se sirva la última comida, podéis descansar en la recámara de invitados, milady —dijo Abigail con modales perfectos y en un inglés claramente nativo.

Shona deseaba aceptar sin reparos, pero no conocía a esta gente, a pesar de lo que sabía *de* ellos. También debía considerar a Caelis y su deseo indiscutible de reclamar ahora a Eadan como su hijo.

¿Podría Shona confiar en los Sinclair para dejarle permanecer en el torreón con el niño?

—No os preocupéis, me quedaré con ellos —ofreció Thomas—. A Brian y Drost les gustará el juego de palitos que le enseñé a Eadan el invierno pasado.

—Nos gustan muchísimo los juegos —concordó Drost, obviamente intentando consolar a la mujer adulta que se caía a pedazos en el gran salón de su padre, Shona quería llorar.

Ella logró formar una sonrisa muy forzada en respuesta.

—Gracias.

—Os acompañaré —dijo Audrey, demostrando su leal apoyo hacia su amiga y la capacidad de ver correctamente que Shona había alcanzado el límite de sus fuerzas.

Después que durmiera, volvería a ser fuerte, pero en esos instantes, Shona sólo podía ceder a las circunstancias que la sobrepasaban.

—Me daréis vuestra palabra —le dijo a Niall, echando mano a los instintos cuando la razón era demasiado difícil de emplear—. De que no permitiréis que Caelis se lleve a mi hijo. Eadan y Marjory estarán seguros bajo vuestra protección y la de Thomas.

La lealtad del joven no tenía igual en esa habitación, pero era un joven inexperto de diecinueve años. Ningún verdadero contrincante para el guerrero curtido en que Caelis se había convertido.

—No haré algo así —afirmó Caelis, intentando hacerlo sonar como una promesa.

Pero hacía mucho que había dejado de confiar en sus promesas. Así que, Shona lo ignoró, exigiendo con la fiereza de su expresión que Niall le diera *su* palabra.

El guerrero desfigurado asintió con la cabeza.

—Aye. Tenéis mi palabra.

—Rezaré para que tenga más valor que la última vez en que un escocés me dio su palabra.

Niall colocó el puño sobre su corazón y dobló la cabeza ante ella.

—Por mi honor y el de mi clan, mantendré a salvo a aquellos que le son tan queridos.

Una genuina sonrisita tocó los labios de Shona ante esa promesa. Le estaba asegurando que también mantendría a salvo a Thomas y se sintió agradecida al

punto de las lágrimas. Una reacción débil y tonta que estaba segura se debía a que *estaba* cansada.

Con un movimiento de cabeza en reconocimiento, se dio la vuelta antes que alguien pudiera ver las pruebas de sus emociones.

Eadan, Marjory, Thomas y Audrey eran los únicos seres queridos que le quedaban a Shona en el mundo entero.

No sólo moriría por protegerlos, sino que también mataría por ellos. Y así lo descubriría el canalla de Percival, el nuevo barón de Heronshire, si tenía el atrevimiento y estupidez de perseguirla a su propio hogar en las Highlands Escocesas.

Capítulo 4

No existe una cama más fría que una sin tu compañera.

—BARR DE LOS DONEGAL

Caelis observó cómo su compañera sagrada dejaba el gran salón, su lobo aullaba con la necesidad de seguir la menuda forma femenina, su cuerpo hormigueaba con el deseo de cambiar.

Pero como había hecho tantas veces en los últimos seis años, Caelis obligó a su bestia a contenerse.

Su hermosa compañera no querría nada de eso.

El olor de Shona solía ser la más deliciosa de las fragancias tanto para él como para su lobo, aunque ella nunca hubiera conocido a la bestia. Toda a brezo salvaje y lluvia de verano, él se había sentado fuera de la cabaña de su padre en su forma de lobo, inhalándola durante horas.

Ahora el olor acre de la amargura se propagaba desde ella en olas cuando estaba cerca.

Ese drástico cambio en su compañera no era algo fácil de aceptar, sobre todo si sus propias acciones lo habían ocasionado.

Había sobrevivido los últimos seis años atesorando las promesas de amor eterno de Shona en su interior donde nadie pudiera verlas, ponerlas en duda o condenarlas.

Había sabido que no merecía su amor después de defraudarla como lo hizo, pero no había tenido opción.

Aunque ella no lo supiera, él había tomado toda la culpa sobre sus hombros. No había querido aumentar el resentimiento de su laird hacia Shona, dándole tiempo para que se diera cuenta del error que había cometido. En gran medida porque cuando sus padres decidieron dejar el clan, Shona fue con ellos sin mostrar ninguna vacilación.

Caelis nunca consideró que ella pudiera abandonar a su pueblo *o a él*.

Había creído que tendría tiempo para hacer cambiar la opinión de su alfa sobre su emparejamiento y así compensar a Shona el daño que le había causado.

Caelis había creído en su futuro aunque le dijeran que no tenían uno. El que su padre abandonara el clan había sido una circunstancia imprevista. El hecho de que Shona fuera con él impresionó al corazón de Caelis. Ella le había dado la espalda a toda una vida entre su clan, amigos aunque no familia.

El clan era su familia. Era lo que se les había enseñado desde la infancia.

Y Caelis había creído que el amor de Shona era incluso más fuerte que la voluntad de su alfa.

No había amor en sus hermosos ojos verdes cuando se posaban *ahora* en Caelis. En el peor de los casos estaban inundados con una furia llena de dolor y en el mejor de una desconfianza tan aguda que cortaba en dos el centro de su alma.

Esas profundidades esmeraldas ni siquiera habían mostrado el parpadeo más breve de alegría la primera vez que él la divisó en el patio, nada del alivio o la felicidad que él sintió ante este reencuentro accidental. No compartía su placer por haber concebido un hijo.

Si pudiera, Shona negaría la paternidad de Eadan. Caelis lo había visto en sus ojos, pero el muchacho se parecía demasiado a Caelis para poder afirmar que no era suyo.

En Shona, Caelis sólo percibía resentimiento hacia él.

Aunque pudiera ser merecido, él odiaba esto… casi tanto como había aborrecido cada segundo del tiempo en que estuvieron separados.

Había pasado seis años ansiando nada más que reunirse con ella. Ella había pasado esos mismos años despreciándolo por completo.

Aunque le había creído a su laird en que Shona *no* era su auténtica compañera y más tarde en sus mentiras (cuando le informó que ella había muerto, algo que después llegó a cuestionar pero que nunca pudo tener la certeza), Caelis nunca dejó de sentir dolor por ella.

No había habido un día en esos seis años que no hubiera deseado tener a la compañera de su corazón a su lado.

Pero estaba claro que ella preferiría estar en presencia de una rata enferma que con él.

Confiaba en los dos lobos *ingleses* y hasta en Niall más que en Caelis.

A Shona le preocupaba que él se llevara a su hijo. Su promesa de lo contrario no había tenido ningún impacto en ella. Denigró su palabra como si tuviera menos valor que los tratados fronterizos firmados por un rey inglés.

Pero no era el único que había roto sus promesas.

Ella había jurado que nunca dejaría de amarle y que siempre le pertenecería.

Quizá no tenía razón o derecho a esperar que mantuviera tal promesa, pero él y su lobo compartían una sensación de traición que simplemente no podían quitarse.

Estaba claro que Shona tampoco entendía la determinación de Caelis de hacer de todos ellos una familia.

Su deber para con su gente les impediría estar juntos durante un tiempo. Pero ahora que sabía dónde estaba y que en efecto era su auténtica compañera, nada los mantendría separados permanentemente.

Caelis había empezado a dudar de la afirmación de su laird, de que únicamente Uven podía identificar al auténtico compañero de los miembros de su manada, un año después de que Shona dejó su clan. El lobo de Caelis se había vuelto cada vez más difícil de controlar después de que ella se fue y sólo la dedicación de Caelis a su manada y su deber lo mantuvo entre los MacLeod en vez de correr tras ella.

Pero Caelis creyó en Uven, el laird de los MacLeod y alfa de la manada, porque creía que era un gran hombre. Caelis aceptó las palabras del otro hombre como verdad cuando no habían sido nada más que arteras mentiras.

Fue difícil admitir que se había equivocado tanto con el otro hombre y demasiado fácil dudar de sí mismo después de que el laird le informó que Shona estaba muerta.

Su lobo no fue tan fácil de convencer, aunque se sometió sin cuestionar —al entonces— más poderoso lobo alfa.

De todos modos, la bestia añoraba a la mujer que ya no estaba en sus vidas. El deseo nunca disminuyó y el lobo rechazaba el toque de cualquier otra mujer, no importaba cuántas adorables Faol hizo desfilar Uven ante él. Aunque Caelis creyó durante un tiempo que Shona estaba muerta, ni siquiera intentó aparearse con otra.

Sólo había comenzado a dudar de esa mentira el año pasado, cuando comenzó a cuestionar muchas cosas más que la clara predisposición de su laird hacia acoplamientos únicamente entre Chrechte.

Ese hombre estúpido y prejuicioso le había costado a Caelis cinco años de la vida de su hijo. Aunque el deber no dictara a Caelis que volviera a su clan y desafiara a Uven por el mando, el conocimiento de lo que las mentiras del hombre le habían costado personalmente hacía necesario el desafío.

—Hombre agradable —dijo Marjory por segunda vez ese día, acariciando la cara de Caelis—. No estés triste.

Él le sonrió a la pequeñita.

—Todo estará bien, *mo breagha*.

Ella se rio bajito.

—No soy hermosa.

—Te pareces mucho a tu mamá. —Aunque el cabello rojo y rizado de Marjory fuera más un halo de finos rizos de bebé y los largos rizos de su madre cayeran como una cascada por su espalda—. En efecto eres hermosa.

—Mis sueños dicen que somos una familia —dijo Eadan cerca de su cadera—.

Pero no creo que mamá quiera que lo seamos.

Caelis se acuclilló, cuidando de mantener a Marjory segura en sus brazos y encontró la mirada azul de su hijo.

—Entonces tendremos que convencerla, ¿no es así, hijo mío?

Su voz casi se quebró en la palabra *hijo*, pero él era un guerrero y no mostraría tal debilidad. Suficiente malo era haberse desmayado en el patio de armas como una mujer en la corte.

—Podemos intentarlo —dijo Eadan con vacilación—. Mamá no

cambia fácilmente de opinión.

—Recuerdo eso sobre ella. —Aunque sus inclinaciones obstinadas casi nunca se habían mostrado con él, las había visto con demasiada frecuencia en la forma que se relacionaba con los demás.

—No quería estar con Percy. Por eso nos marchamos muy lejos. A mí tampoco me gusta Percy.

—¿Quién es Percy? —preguntó Niall.

—Mi no-hermano.

—Percival. —Shona lo había mencionado, recordó Caelis—. ¿El nuevo barón?

Eadan asintió con la cabeza.

—Tiene una esposa, pero ningún niño. Deseaba que mamá fuera su *limón* y le diera niños. Pero ella no le dejará que se quede con nosotros.

— *Lehman*, quería convertirla en su *lehman*. —Percival habría convertido a Shona, su ex-madrastra, en su amante con todas las responsabilidades y ninguno de los privilegios de su esposa.

Era monstruoso y asqueroso, y algo que sólo se podía esperar de un barón inglés, aunque nunca le diría eso a Abigail.

La furia llenó a Caelis, pero hizo todo lo posible para que su semblante no lo mostrara y asustase a los niños.

—En mis sueños, los hombres a veces se convierten en lobos pero las mujeres nunca se convierten en limones3.

Él no corrigió la pronunciación de su hijo, pero realmente se preguntó por ello.

3 *Lemon* «limón» en inglés tiene una pronunciación muy similar a *lehman* «concubina, amante», de allí el juego de palabras que la autora usa para mostrar la inocente confusión de Eaden *(N. de la T.)*

—¿Qué es un limón? —preguntó Niall, sin embargo.

El ceño fruncido de Eadan se convirtió en uno de sorpresa por la

pregunta.

—Es una fruta amarilla. Ácida. Mamá me leyó sobre ella de un libro escrito por un sacerdote en Italia. Milord era muy aficionado a las escrituras de la Iglesia.

—Ya veo. —Caelis no hizo ningún intento de esconder su sonrisa—. Percy no convertirá a tu madre en su *limón* o en nada más.

Eadan asintió con total acuerdo.

—Mamá no le dejará.

—Yo tampoco.

—Bien. Mamá no es tan grande como cree que es.

Niall se rio.

—A mí me parece bastante grande.

—Mamá es pequeñita, pero fuerte —contestó Eadan lealmente—. Seré más alto que ella muy pronto. Ella siempre lo dice.

—Aye. —La emoción amenazó con ahogar a Caelis.

Este niño de pie ante él, con ojos azules del mismo tono violáceo y rostro oval como el de suyo… era *su* hijo. El fruto de la sagrada pasión que había compartido con su auténtica compañera.

Porque sólo una auténtica compañera podría quedar embarazada de un Chrechte cuando era humana.

Todos los argumentos de su antiguo laird contra el emparejamiento quedaban hechos añicos ante esa verdad. Shona no sólo había dado a luz, sino que la capacidad realzada de su hijo de oler indicaba que pasaría por el cambio en su forma de lobo cuando alcanzara la edad.

Caelis se estremeció al pensar lo que le habría pasado a su hijo si hubiera cambiado sin una manada que lo protegiera. Pero él tenía una manada.

Una *inglesa*.

Él contempló a Thomas, quien ya estaba enseñando un juego con palillos a los hijos gemelos del Sinclair, su hija recién nacida dormía la siesta de la tarde en la segunda planta.

Caelis llevó a Marjory donde Thomas y los niños jugaban en el suelo del gran salón. Bajó a la muchacha y de inmediato ella agarró la mano de su hermano. Eadan la tomó, como si estuviera acostumbrado a hacerlo y la llevó hacia donde estaban los demás.

Caelis se sentó en el suelo al lado de Thomas.

—Enséñame este juego —exigió.

El joven lobo simplemente asintió con la cabeza y le explicó las reglas. Habían jugado un rato, e incluso consiguieron que la pequeña Marjory participara, cuando Caelis preguntó:

—¿Cómo llegasteis a ser amigos íntimos de mi compañera?

—Su padre nos buscó. No sé cómo sabía de nuestra verdadera naturaleza, o la de nuestra madre, pero el administrador era bien consciente de esto y nos quería cerca por si Eadan hacía la transición.

—¿Qué pasa con vuestra familia?

—Mi padre es un barón menor y no quería nada de nosotros, los descendientes de su *lehman*.

—¿Sabía él que ella era Chrechte?

La pena contorsionó las facciones juveniles de Thomas.

—No. Nunca lo supo y ahora ella está muerta.

—Lo siento. —Caelis había perdido a sus propios padres, enterándose recientemente que esto había sido obra del mismo hombre que se había introducido en la vida de Caelis como un segundo padre.

Uven había jugado al mentor y el padre de Caelis, y en todo momento había sido culpable de las traiciones más atroces.

—Ella nos amaba, pero el destino escogió mal a su auténtico compañero —

prosiguió Thomas con una voz tranquila mientras dirigía el juego de los niños—.

Nuestro padre es un hombre difícil, sin amor en su corazón para aquellos que usa tan cruelmente.

—¿Cómo murió ella?

—Fiebre. Estaba embarazada otra vez, pero quizás era demasiado mayor para llevarlo a término. De todos modos, ella y el bebé murieron. Eso fue hace cinco años.

Padre aceptó el pago del barón de Heronshire para que nosotros entráramos en su casa como compañeros personales y criados de su señora esposa.

—Las costumbres de los ingleses están más allá de mi entendimiento —dijo Caelis con disgusto.

—Fue el padre de Shona quien instigó la transacción. Como dije, él deseaba que nosotros estuviéramos cerca por si su nieto hacía el cambio.

—Eadan lo hará —dijeron al unísono, Caelis y Talorc, laird de los Sinclair.

Los demás habían permanecido en el gran salón, observando jugar a los niños, bastantes silenciosos entre sí, aunque Caelis no dudaba que Abigail y Talorc dialogaban a través de su vínculo de compañeros.

Ciara asintió su acuerdo.

—Su lobo ya es fuerte en él.

—Shona todavía ignora la existencia de los Chrechte —observó Caelis.

—Sí. —Thomas no sonaba contento con esto—. No había ninguna manada cerca, pero nuestra madre nos enseñó que no podíamos compartir nuestro secreto a menos que fuera de extrema necesidad.

—El emparejamiento constituye una necesidad extrema, en caso que no lo sepáis

—dijo Abigail con más mordacidad de lo usual y una mirada de vieja censura a su marido.

—Aye. Aunque no se explica cómo no te diste cuenta que ella era tu auténtica compañera cuando está claro que compartisteis el vínculo físico del amor… —Talorc permitió que la crítica quedara inconclusa,

pero no había duda de su desaprobación.

—Mi laird me dijo que ella no lo era y por eso no creí en Shona cuando me dijo que creía estar embarazada. Se lo pregunté a Uven y él dijo que no era posible. Que Shona no podía ser mi auténtica compañera; como mi alfa, sabría si lo era. Yo sabía que los emparejamientos entre humanos y Chrechte eran raros, pero lo había esperado fervorosamente. Me sentí muy enfadado por tener que dejarla ir; no pensaba claramente en ese entonces.

La admisión fue difícil de hacer.

Ciara frunció el ceño.

—A menos que tuviera el don, una alfa no tiene más habilidad de detectar al compañero de alguien que cualquier otro miembro de la manada.

—Sé eso. Ahora. —Habría sido una gran ventaja haber sabido esta verdad de su herencia hace seis años.

Había demasiadas cosas que Uven de los MacLeod había ocultado a su gente en su búsqueda para controlar al clan y la manada de manera absoluta.

—Cometiste un error infernal —observó Niall sin rencor, pero tampoco sin compasión.

—Lo hice. —Pero Shona le perdonaría una vez que entendiera.

La naturaleza indulgente de su dulce compañera estaba tan arraigada en ella como su terquedad.

Concentraría su atención en llegar a conocer a sus hijos mientras la mujer que él y su lobo ansiaban reclamar dormía en el piso de arriba.

*

*

Shona despertó en la oscuridad absoluta a altas horas de una noche sin luna.

Había pasado mucho tiempo desde que había dormido bien, profunda y cómodamente en una cama sabiendo que no sería interrumpida.

No estaba segura porqué sabía que esta cama era absolutamente segura, pero lo hacía, en ese lugar de su cerebro que no estaba del todo bajo la influencia de la consciencia del despertar. ¿Entonces, por qué el impulso de levantarse?

La siguiente pregunta que su cerebro siempre conjuraba al despertar contestó a la primera.

La sensación de que algo no estaba *correcto* la empujó a despertarse por completo cuando su cuerpo quiso volver a dormir.

¿Dónde estaban sus hijos? Recordaba haber venido a la habitación de huéspedes del torreón Sinclair para una muy necesaria siesta, pero eso debía haber sucedido hace horas.

Debía haber dormido durante la última comida, la hora de acostarse de los niños y buena parte de la noche. Aunque Shona no podía estar segura de cuan tarde era sin ver la posición de las estrellas en el cielo, pero por lo renovada que se sentía debía significar que había dormido toda la tarde y gran parte de la noche.

Ella extendió la mano para sentir el borde de la cama y de inmediato se dio cuenta de dos cosas. La primera era que estaba en el centro y la segunda que Audrey ya no estaba en la habitación.

Eso la preocupó casi tanto cómo no saber dónde estaban sus hijos. Aunque Audrey no era ninguna tonta, con diecinueve años tenía una visión menos prejuiciosa del mundo que Shona.

Eso la hacía vulnerable a aquellos que pudieran engañarla y usarla, como Shona lo había sido hace seis años.

Con movimientos cada vez más urgentes, Shona usó sus manos para encontrar su camino alrededor del cuarto. En un anaquel que sobresalía de la pared cerca de la cabecera de la cama, sus dedos encontraron una vela y sílex. Era un lujo inesperado, pero rápidamente hizo uso de este y encendió la vela.

El brillo de una sola vela disipó la oscuridad, aunque las esquinas de la habitación permanecieron en las sombras. Shona divisó una forma oscura que asumió era la ropa que Audrey habría sacado para ella del pequeño atado de las posesiones que tomó al volar de la baronía de Heronshire. Agarró la tela, dándose cuenta que Audrey había sacado el vestido de terciopelo verde de Shona.

Sacudiendo su cabeza ante la tontería de Audrey, Shona se puso la

ropa libre del polvo y suciedad del viaje, a diferencia del vestido con el que había llegado. Le llevó

tiempo asegurar las mangas, pero correr por el torreón sólo en camisola no era una opción.

Sobre todo después de los meses pasados en la baronía, cuando el más inocente de los gestos había sido tomado como invitaciones que nunca tuvo intención de ofrecer.

No perdió tiempo en cepillar o retirar su cabello. Tampoco buscó sus zapatos.

Shona tenía que encontrar a sus hijos y esperaba no despertar a todo el torreón al hacerlo. Pero si esto era lo que hacía falta, los despertaría.

Salió presurosa por la puerta y casi tropezó con la forma de Caelis. Él se sentaba justo delante de su puerta, mirando los alrededores como si intentara entender de dónde provenía el peligro. Su gran cuerpo contrajo sus músculos, incluso en su posición en el suelo.

—¿Qué haces fuera de mi habitación? —exigió Shona en un susurro, deseando no haber notado algo atrayente de su aspecto físico.

Él se puso de pie con una fluida gracia que ella había trabajado mucho en olvidar.

—¿Qué haces corriendo a tan altas horas de la madrugada? —preguntó él en vez de contestar.

—Busco a mis hijos.

—Duermen en la habitación junto a la tuya. Tus campeones están allí también, guardando el sueño del muchacho y la muchachita. —El tono de descontento de Caelis insinuaba que no le complacía eso tanto como a Shona.

Su propio corazón, el cual había estado golpeando hasta casi salírsele del pecho, adoptó un ritmo más normal.

—¿Cuál?

Él indicó una puerta a la derecha con una inclinación de su cabeza en esa dirección.

De inmediato ella se dirigió hacia allí, pero Caelis extendió el brazo,

cerrando su mano alrededor de su muñeca.

—¿A dónde vas?

—A verlos. —Ella habló lentamente como si él fuera un niño no muy inteligente.

—Los despertarás.

Ella no tenía esa intención, pero esa no era su mayor preocupación en ese momento.

—No haré ruido.

—Eadan te oirá. —La certeza en el tono de Caelis señalaba que de alguna manera ya sabía sobre la aguda capacidad de su hijo de detectar el sonido.

—Sin embargo, los veré.

—¿Por qué? Te he dicho que descansan con tus amigos. ¿No confías en Thomas y Audrey para vigilar a los niños?

—Por supuesto que lo hago, pero sólo tengo tu palabra de que Eadan y Marjory están detrás de esa puerta, a salvo y durmiendo pacíficamente.

Caelis echó la cabeza hacía atrás como si ella le hubiera abofeteado con toda la furia con la que hubiera querido hacer hace seis años. En ese entonces, había estado demasiado enamorada para hacerle daño, a pesar de su traición.

Ahora, no vacilaría.

—¿No confías en mi palabra? —preguntó con sorpresa demasiado real para ser fingida.

Ella fue golpeada por su propio sentido de irrealidad.

—¿Lo *espera* s? ¿De mí?

—Aye.

—Entonces eres un tonto más grande de lo que yo fui hace seis años.

—Te he dicho que había razones para lo que pasó entre nosotros. —Y sonó como si esperara que ella escuchara por completo toda una lista.

—Lo que pasó es que hiciste promesas que no tenían más sustancia que la niebla de la mañana. —Y ninguna explicación podría cambiar eso.

—Quería decir mis promesas cuando te las dije.

¿Se suponía que eso debía importarle a ella? Shona tiró de su muñeca del agarre de Caelis.

—Pero no después.

Él había roto sus votos y ella había terminado casada con un anciano cuyas caricias habían estado cerca de llevarla a la locura. Si no hubiera tenido a sus hijos, Shona no habría sobrevivido estos últimos años.

Estaba segura de ello.

Shona se alejó, con la intención de encontrar a Eadan y Marjory. Caelis no intentó detenerla otra vez.

Ella empujó la puerta, pero esta no cedió. Si Caelis, en efecto le había dicho la verdad, entonces Audrey o Thomas debían haber puesto la barra al otro lado.

Apreció la dedicación de sus amigos por la seguridad, pero Shona no volvería al cuarto de huéspedes sin confirmar el bienestar de sus niños.

Llamó suavemente a la puerta, sabiendo que los hermanos dormían incluso más ligeramente que su hijo.

Sólo pasaron unos segundos antes que la puerta se balanceara hacia dentro, revelando el semblante soñoliento de Thomas.

—Deseáis ver a los pequeños —supuso él.

Ella asintió.

Thomas retrocedió y Shona entró en el cuarto. La vela que llevaba lanzó un suave brillo sobre el espacio, revelando ropas de cama en el suelo donde obviamente Thomas había estado descansando. También había una cama similar a la que Shona había dormido, pero ésta se encontraba mucho más atestada con Audrey en el medio y Eadan y Marjory a ambos lados de ella.

Los ojos de Audrey estaban abiertos, pero no se movió. Obviamente no

deseaba molestar a los niños, regaló a Shona una pequeña sonrisa de consuelo. Eadan se movió, haciendo un ruido suave, pero no despertó, demostrando sólo lo agotadora que había sido para él la última semana.

Shona no habló, pero simplemente lanzó una mirada de interrogación a Audrey.

La mujer rubia realizó una infinitésima cabezada, diciéndole a Shona que todo estaba bien.

Thomas la acarició en el hombro.

—Os despertaremos por la mañana cuando se levanten, si todavía estáis dormida.

Él habló quedamente, su boca muy cerca de su oído.

Ella asintió, premiándoles a ambos con una sonrisa agradecida antes de volver al pasillo. Caelis estaba de pie allí, mirando con el ceño fruncido a Thomas mientras Shona cerraba la puerta detrás de ella.

Shona se dio la vuelta para enfrentar al hombre que rápidamente estaba llegando a ver como su némesis.

—No puedo imaginar lo que encuentras tan desagradable en el joven Thomas, pero un día se convertirá en un guerrero excelente con gran honor. Deja de fulminarlo con la mirada.

—Él ya es un hombre.

—Sólo tiene diecinueve. —Lo cual era tres años más que la edad en que generalmente se reconocía la entrada en la virilidad, pero Thomas todavía era muy *joven*. A pesar de sus propias experiencias, veía el mundo a través de ojos que creían en la bondad y honor inherentes de los hombres—. Es casi un niño. —Aunque sabía que a él no le agradecería que lo dijera.

—Se toma demasiadas familiaridades contigo.

—Es mi amigo.

Caelis permaneció impasible.

—Así lo ha afirmado hace poco.

Capítulo 5

Los Chrechte son más fuertes que los humanos, pero no superiores a ellos.

Ellos son nuestros hermanos, tal como los Faol son hermanos de los Paindeal y Éan.

—TRADICIONES DE LOS CAHIR

El tono de voz de Caelis daba entender que no estaba más contento con su amistad con Thomas de lo que estaba con la supuesta *familiaridad* del joven con ella.

Shona se encogió de hombros mentalmente. Los sentimientos de Caelis eran de poca importancia para ella.

—Es verdad.

Consideraba a Audrey y Thomas los hermanos que sus padres nunca fueron bendecidos para darle. Shona nunca los había considerado sirvientes como hacía su esposo y el resto del señorío.

—¿Todos tus *amigos* hombres te susurran palabras al oído como un amante?

—Estás loco. Thomas se parece tanto a un amante como a un… un *pescado*. Él y Audrey son mis amigos más queridos. —Sus únicos amigos verdaderos, si debía ser honesta.

Shona no había permitido a nadie más que a ellos traspasar los muros que construyó alrededor de su corazón después de que este hombre la traicionara y sus padres la rechazaran debido a eso. Había sentido la impotencia de los gemelos ante los destinos elegidos para ellos por un padre insensible porque se parecía mucho a su propia historia.

Cierto, su padre se había preocupado, pero había estado igualmente seguro que sabía lo que era mejor para ella, y obligarla a casarse con el barón fue una de sus prioridades.

—Tengo con ellos una deuda de honor por cuidar de ti y los niños.

Había dicho algo así antes. Ahora no tenía más sentido para ella que en ese entonces.

Pero no intentaría desengañarlo. Si sentía alguna obligación con Audrey y Thomas, quizás se sintiera más inclinado a ayudarles a estar a salvo, aunque no lo hiciera con la misma Shona.

—Regreso a la cama. —Se dio la vuelta para volver sobre sus pasos a su habitación.

—¿Todavía te sientes cansada? —preguntó, manteniendo el paso con el de ella.

—No. —De hecho, no lo estaba, pero tampoco quería vagar por los pasillos de un torreón dormido.

—¿Entonces podemos hablar? —preguntó Caelis, sonando menos exigente de lo que nunca le había escuchado.

Shona se detuvo ante su puerta, alzando la vista al único rostro masculino que alguna vez provocó deseo en ella.

Ahora mismo, después de todo, su necesidad por él era un estruendo en su bajo vientre. Había estado segura que esa parte de ella estaba muerta, pero un día en su compañía y sabía que eso no era así. Lo deseaba tanto como alguna vez lo hizo, pero *no* lo tendría.

Forzando a un lado esa necesidad visceral, preguntó con no poca cantidad de incredulidad.

—¿Deseas hablar de los problemas entre nosotros *ahora*, a estas horas?

—Aye.

—Eso apenas se puede considerar un comportamiento apropiado. —Sacudió la cabeza. No para rechazar su propuesta, sino maravillada por su audacia.

—No me importa que no sea apropiado.

—Nunca te importó. —Pero ella había creído que tenía el honor de hacer de lo impropio un comportamiento correcto.

Él no lo tuvo.

—Hubo un tiempo en que te habrías reído de este sentido inglés de la propiedad tras el cual procuras esconderte ahora.

—Aprendí por qué es importante el comportamiento apropiado. —Como protección para lo que le había pasado a ella, en primer lugar.

—Por favor, Shona. Escúchame hasta el final.

¿Francamente? No sentía ninguna predisposición a hacerlo, pero necesitaba la información de lo que Caelis planeaba hacer ahora que sabía que tenía un hijo. Si él

hubiera negado a Eadan, todo sería muy simple. Iría a la isla Balmoral como lo había planeado y apelaría a la piedad de su parentela… aunque los lazos fueran muy tenues.

Pero ahora Shona temía perder a su hijo con su padre tanto como su huida de Inglaterra fue espoleada por su terror de perder a Eadan por las diabólicas maquinaciones de Percival.

—No alejarás a mi hijo de mí —le juró a Caelis mientras abría de un empujón la puerta de su recámara.

—Esa no es mi intención.

Shona se dio la vuelta para quedar frente a él, permaneciendo inmóvil en el umbral, sin dejarle entrar en su habitación.

—Una vez te burlaste de mí con palabras que no correspondieron a tus acciones; esta vez no me engañarás tan fácilmente.

—Déjame explicártelo —dijo Caelis otra vez, con más súplica que demanda.

Era tan extraño escuchar hablar de esa forma al fuerte guerrero, que se encontró asintiendo y retrocediendo para permitirle entrar en la recámara.

Había un arcón bajo contra una pared y Shona lo usó para sentarse, ignorado la misma existencia de la cama y esperando que Caelis hiciera lo mismo.

Habría ido al gran salón, pero no quería que nadie escuchara por casualidad su vergüenza y menos aún deseaba ser atrapada en una posición comprometedora con Caelis.

—Encuentro raro el que hayas estado durmiendo fuera de mi puerta

—dijo ella mientras que Caelis andaba de un lado a otro de la habitación, sin iniciar esa gran explicación a la que había aludido.

—No estaba durmiendo.

—¿Entonces qué hacías?

—Haciendo guardia. —Caelis se paró delante de ella—. Luchando contra mi necesidad de entrar.

Ella casi se rio.

—¿Quieres hacerme creer que después de hacerme a un lado hace seis años, tu pasión por mí arde tan brillante que te mantiene despierto durante la noche vigilando fuera de mi habitación?

Eso era absurdo. Si la hubiera deseado como ella a él, nunca la habría repudiado.

—Aye.

—No soy tan ingenua. —¿Creía que debía mentirle para así poder estar cerca de su hijo?

¿Por qué quería ahora a Eadan, cuándo antes fue tan rápido en rechazar hasta la posibilidad de que estuviera embarazada?

Sus pensamientos daban vueltas en su cabeza como el baile de corte más complicado.

—Sólo obstinada. —Él suspiró, pasándose la mano por la cara—. No recuerdo que fueras tan obstinada *conmigo*.

Porque había *deseado* entregarse a él y debía soportar su propia vergüenza. Al menos la había conocido lo suficiente para ser consciente de su naturaleza obstinada con los demás.

Cuando no dignificó sus palabras con una respuesta, él volvió a suspirar, viéndose completamente enfadado.

—No he tenido consuelo físico durante seis años. Tú te casaste con otro.

—Primero, no tengo ninguna razón para creerte. Y no lo hago —aclaró ella—.

Segundo, no puedes llamar a lo que pasó entre el barón y yo como

consuelo.

No cuando la más mínima caricia del anciano sobre la piel de Shona la humillaba, no cuando la usaba como la golfa que su madre la había llamado al descubrir que Shona esperaba un hijo sin tener un pretendiente, mucho menos un esposo a la vista.

—No quiero oír sobre ello —dijo Caelis con hondo sentimiento.

Ella no tenía intención de contarle nada sobre su vida que no necesitara saber.

—Tenlo por seguro, no lo harás.

—Marjory es suya.

Shona sólo asintió una vez en reconocimiento.

—Eadan es mío.

Esta vez Shona simplemente lo miró fijamente, negándose a confirmar o negar la declaración.

—¿Lo negarías? —acusó Caelis, aunque ella no había hecho algo semejante.

—Tú fuiste quien me dijo que si estaba embarazada debía ser de otro hombre. —

Sus dedos se curvaron alrededor de los bordes del arcón, apretándolo con tanta fuerza que pudo sentir su propio pulso en ellos—. ¿No lo recuerdas?

—Me sentía enfadado por tener que dejarte ir. Volqué esa furia sobre ti. —La culpa cubrió sus facciones esculpidas—. No lo quise decir. Obedecía las órdenes de cesar mis atenciones sobre ti. Sabía que esas palabras te apartarían como nada más lo haría. Tu lealtad y determinación eran demasiado fuertes para rendirte de otra manera.

Ella no sabía lo que él quería decir con tener órdenes de cesar sus atenciones, aunque podía suponerlo, pero Caelis había sido demasiado diestro en sus métodos.

—Tus esfuerzos tuvieron un éxito espectacular. Habría estado feliz con vivir el resto de mis días sin volver a verte.

Porque deseaba con todas sus fuerzas que esa afirmación fuera

realidad, ésta salió con toda la convicción de la que carecía su corazón.

El brillo de la vela no era brillante, pero iluminaba lo suficiente de su hermoso rostro para revelar el dolor que cruzó y se instaló en la mirada azul violeta de Caelis.

—Para mi gran pena.

—No te creo. —¿Sería una mentira si ella quisiera que fuera verdad?

Otra vez, él pareció sorprendido… incluso herido… por su falta de fe en él.

—Nuestro laird rechazó mi solicitud de emparejarme contigo. —Había un timbre de sinceridad en su voz que no pudo ignorar.

Más importante aún, las palabras sonaban concordantes con los actos del laird de su antiguo clan. Uven no era un hombre amable ni justo. Tenía sus favoritos entre los miembros del clan y sólo ellos podían esperar su apoyo y beneplácito. Todos los demás debían sacrificarse por obtener el favor de los pocos y atesorados favores.

A menudo la propia hija de Uven sufría por su mano, aunque Caelis nunca lo había creído. Mientras ellos habían tenido un noviazgo casi idílico antes de que Caelis la rechazara, un tema en el que nunca estuvieron de acuerdo fue la verdadera naturaleza de su laird.

La falta de lealtad de Shona, como él lo llamaba, solía enfurecer en demasía a su amado guerrero.

Porque, a diferencia de su familia, Caelis nunca había sido testigo del lado feo del laird MacLeod.

—Eras uno de sus favoritos —le recordó a Caelis.

—Lo *era*.

No le preguntó qué había cambiado las cosas. El mismo hecho que estuviera entre los Sinclair, en vez de con su antiguo clan hablaba de un gran distanciamiento entre laird y vasallo. Y ella recordó el auténtico proceder de su antiguo laird. Nada que él hiciera la sorprendería.

Pero algunas cosas eran menos probables que otras.

—¿Quieres que crea que nuestro laird rechazó a uno de sus favoritos?

—No creía que fuéramos una buena pareja. Fue firme al decir que no eras mi compañera.

Allí estaba esa palabra otra vez, como si fueran animales, pero no importaba como lo llamara Caelis. Compañera, esposa o incluso querida, ninguno de los títulos

encajaba con el lugar que ella ocupaba en su vida. Nunca lo habían hecho, no importaba cuánto hubiera deseado creer lo contrario en algún momento.

—No creyó que fuera lo bastante buena para ti. —No había entendido por qué el laird tenía tal antipatía hacia algunos miembros de su clan, pero el hecho no podía negarse.

Él creía que la familia de Shona no era digna de su atención y reemplazar a su padre como senescal sólo había sido uno de los muchos menosprecios contra ellos.

Caelis no negó su interpretación de los acontecimientos.

Ella suspiró.

—¿Y esa es tu magnífica explicación?

Caelis saltó, abrió ampliamente los ojos y luego los estrechó como si su reacción lo sorprendiera.

—No tenía otra opción, sólo rechazarte.

—Tenías una opción. Podrías haber dejado el clan cuando mi familia lo hizo.

—El laird nunca me habría dado el permiso para marcharme.

—Y aun así aquí estás. —Viviendo entre otro clan pero vistiendo aún los colores de los MacLeod.

Quizás el distanciamiento no era tan grande como había pensado en primer lugar.

En realidad, podía no haber ningún distanciamiento en absoluto, a pesar de lo que afirmaba Caelis.

La sensación de desaliento que la embargó no tenía sentido y decidió no hacerle caso.

—Es complicado. —Y él estaba claramente poco dispuesto a compartir la naturaleza de esa *complicación*.

—Puedes ahorrarme los detalles.

Eso pareció sorprenderlo otra vez.

—Solías ser muy curiosa.

—Lo único que quiero saber de ti, Caelis… lo *único* que me importa saber… es si intentarás robarme a mi hijo.

—No lo haré.

Quería creerle, por su propio bien. Quería sentir alivio ante la difícil promesa. Pero *no* podía confiar en sus promesas, ya que no creía que esto pudiera ser tan simple.

Caelis había reclamado verbalmente a Eadan. Alejarse ahora sería poner en tela de juicio su honor de guerrero. Él no lo haría por bien de Shona, o el de su hijo. De eso, no tenía dudas.

—¿Entonces no te opones a que sigamos nuestro viaje a la isla Balmoral tan pronto como el laird Sinclair nos dé su permiso? —No lo creía, pero necesitaba presionar a Caelis a que le revelara sus proyectos.

—¿Por qué a la isla Balmoral?

—Tengo familia allí.

—No lo sabía.

Shona se encogió de hombros. Las confidencias que habían compartido o *no* hace seis años no tenían importancia el día de hoy.

—¿Quiénes?

—Mi bisabuela era de la isla. Su hermana también se casó y tuvo hijos. Lo último que escuché es que algunos de su generación como los de la mía aún viven allí.

—¿No los conoces?

—No ha habido ningún contacto directo entre las dos ramas de la familia en muchos años, pero estoy segura que mis parientes Balmoral darán la bienvenida a mis hijos y a mí en su clan. —Al menos, así lo

esperaba con gran fervor.

Todo lo que había aprendido del clan de origen de su bisabuela señalaba a personas que daban gran valor a la familia y la lealtad. Un clan del que podía esperar los mantuviera a salvo, a ella y sus hijos, de los deseos de un inglés codicioso.

—El clan Balmoral es un buen clan. He pasado el último año entrenando con un grupo especial de sus soldados.

Eso al menos explicaba lo que estaba haciendo tan lejos de las tierras MacLeod.

Aunque el hecho de que su antiguo laird enviara a uno de sus soldados a entrenarse bajo el mando de otro no concordaba con la presuntuosa arrogancia que ella recordaba.

—¿Qué haces aquí entonces? —Shona sabía que los Balmoral y Sinclair eran aliados, y que Caelis permaneciera en el torreón en su camino hacia el sur tenía sentido, pero él era más que un huésped de paso allí.

Eso estaba bastante claro.

—Más entrenamiento con los Sinclair.

Las cosas debían haber cambiado mucho desde que dejó a su clan.

—Ya veo.

Él esperó por su siguiente pregunta con una paciencia que no recordaba de su pasado juntos.

—¿Así que planeas regresar al clan MacLeod? —preguntó sin ocultar su esperanza.

La expresión de Caelis se volvió muy seria.

—Aye.

—No alejarás a mi hijo de mí.

—Te lo dije, no tengo intención de separar a la madre del hijo.

—¿Pero? —Sabía que había un pero. ¿Por qué Caelis debía fingir que no lo había?

—No puedo vivir entre los Balmoral. Tengo obligaciones con mi pueblo. Tengo que volver con los MacLeod.

—¿En realidad eso qué tiene que ver conmigo o con mis hijos?

— *Nuestros* hijos —enfatizó, finalmente revelando sus auténticos colores—. Si yo no vivo entre los Balmoral, naturalmente tú y los niños tampoco lo haréis.

—No volveré a ese clan. —Su antiguo laird no había sido un hombre bueno, no importaba lo que Caelis creyera.

—No inmediatamente, no, pero una vez que me libere de mi deber, tú y nuestros hijos me acompañareis.

Ella se rio entonces, el sonido lindaba con la histeria. El hombre estaba completamente chiflado.

—Hablas como si existieran promesas entre nosotros, planes de estar juntos como una familia. No hay nada de eso.

Su voz se elevó y la histeria se hacía más patente. Inhaló y exhaló mientras intentaba vencer la aplastante sensación de pánico.

—Nosotros *tendremos* el futuro con el que soñamos hace seis años. —Él cayó de rodillas delante de ella, sus grandes manos envolvieron las de ella—. Ya no quiero vivir sin mi auténtica compañera por culpa de un alfa corrupto.

—Tus palabras no tienen ningún sentido, Caelis.

—Me perteneces. Tan simple como eso.

¿Él realmente no podía creer eso?

—Ah, no. No es para nada simple. *No* te pertenezco. —Aunque su corazón la llamara mentirosa—. Quizá lo hice hace todos esos años, pero no ahora. Nunca otra vez.

—Nunca es mucho tiempo, muchacha.

—Y a veces mucho tiempo no basta. —Cuando el volver a ver a Percival, el nuevo barón de Heronshire, nunca sería un tiempo muy corto.

Había pensado lo mismo de Caelis, pero el corazón que se encontraba inactivo cuando salió de Escocia comenzó a revolotear otra vez. La

verdad era que ese revoloteo sólo traía dolor en esos momentos.

Pero una parte muy diminuta de ella se alegraba de no estar tan muerta por dentro. Había sentido emoción por sus hijos, pero este se concentraba en un lugar diferente a esa parte de su corazón que había estado durmiendo durante los últimos años.

Un lugar que en algún momento le había dado su mayor alegría como la pena más devastadora.

—Te haré cambiar de opinión —le prometió él—. Estamos destinados a estar juntos.

—Solía creerlo. —Había estado segura en lo más hondo de su alma que ella y este hombre tenían un futuro glorioso juntos.

Una historia de amor escrita en sus corazones y sus cuerpos tan profundamente, que los nietos de sus hijos se la contarían a sus pequeños. La pérdida de su fe en el futuro había dolido casi tanto como perderlo a él.

—Créelo otra vez.

—No. —Había sido herida en demasía por este hombre y por sus propios sueños.

Nunca volvería a darles cabida en su corazón.

La mirada imposiblemente azul de Caelis se posó sobre la suya.

—Sobre algunas cosas en la vida, no tenemos opción.

—¿Quieres decir como hace seis años? —preguntó dulcemente.

Una expresión de alivio (que no dudaba que ella *finalmente* había entendido) cubrió las facciones de Caelis.

—Exactamente como hace seis años.

—Entonces eres un hombre muy incompetente, Caelis de los MacLeod. Hace seis años, tú en realidad sí tenías una opción.

—Te dije…

—Que nuestro laird nos negó el derecho de casarnos en el clan —interrumpió ella—. ¿Pero qué significa eso? Que tu amor y su respeto por él excedían a cualquier pequeño sentimiento que hayas podido

sentir por mí. Me negaste. *Negaste a nuestro hijo*. Por la mera palabrería de un déspota mayor al hombre del cual huyo en estos momentos. No te atrevas a afirmar que no tenías opción. ¡Tenías una muy verdadera opción, Caelis, y la tomaste!

—No lo entiendes.

—¿Crees que no? Sé esto. Si la opción hubiera sido mía hace seis años, habría huido del clan, abandonado a mi familia y te hubiera seguido a través de las aguas si hubiera sido necesario para que pudiéramos estar juntos. Tú ni siquiera pudiste ir conmigo a otro clan.

—¡No podía! —Su bramido fue más fuerte que el de ella, pero este no la impresionó.

—Entonces vuelvo a decirlo, Caelis, fuiste un hombre muy incompetente. Y yo te creí un guerrero de corazón.

—Lo soy. ¡Cómo te atreves a dudar de mi espíritu de lucha!

—¡Cómo te atreves *tú* a reclamarme algo cuando nunca luchaste por el derecho de estar conmigo! —Caelis se puso de pie, irguiéndose sobre ella, su rabia era una fuerza palpable rodeándolos.

Ella no se sintió impresionada.

—Creí que él deseaba lo mejor para mí. Como dijiste, era uno de sus favoritos. Me aseguró que como mi alfa podía saber qué no eras mi auténtica compañera. ¿Cómo podía saber que mentía?

—Deseabas creerle. Deseabas creer que algunos del clan eran más importantes y superiores a otros. Deseabas ser uno de esos seres *superiores*. —Ella puso todo el escarnio que sentía en esa palabra, dejándole saber a Caelis cuán *poco* superior consideraba a un hombre que la abandonó como él lo había hecho.

El rostro masculino se contorsionó como si se contuviera en decir algo de gran importancia. Finalmente, él dijo:

—Aye.

—Diría que lamento que hayas perdido tu lugar, pero no lo haré. Mientras más tiempo hubieras mantenido el favor de ese hombre, habrías perdido más de tu humanidad.

—No sabes cuán verdaderas son tus palabras —dijo Caelis, con voz

apagada, su cara se encontraba en sombras y por tanto Shona no pudo leer su expresión.

Ella no tenía que responderle. Él había elegido, no importaba cuanto afirmara que no, y lo había hecho pobremente.

Caelis se sentó en el borde de su cama, dejando su olor atrás, aunque ella no se lo diría. Siempre había sido sensible a este, deleitándose en su proximidad aunque ella no pudiera verlo.

Él bajó la mirada al suelo, como si este pudiera tener las respuestas que buscaba.

—Hay cosas que no te dije entonces. Cosas que tendrás que saber ahora.

—Suenas muy misterioso.

Él asintió con la cabeza, su expresión era seria.

—Es un gran misterio, un secreto que los humanos que tienen el privilegio de conocer deben guardar bajo pena de muerte.

—Dices *humanos* como si pensaras que tú eres algo más excelso. —¿Este era verdaderamente el hombre al que había amado?

Su sentido de superioridad y vanidad excesiva podría incluso rivalizar a los de Percival.

—No mejor… ahora entiendo eso… pero tampoco lo mismo. —La expresión de Caelis le suplicaba que lo entendiera.

Pero una vez más, sus palabras eran más bien confusas que explicativas.

—¿Alguna vez comenzarás a tener sentido? —exigió con aspereza—. No importa qué te hizo creer tu glorificado laird, *no* eres un ser superior.

—Soy Chrechte —soltó Caelis con exasperación, poniéndose de pie de un salto y apartándose como si estuviera frustrado por su comportamiento obstinado.

¿Realmente? Si persistía en intentar unirlos como una familia, pronto se enteraría que ella era capaz de mucha más obstinación que esta.

¿Y todo el misterio sobre los Chrechte? No era algo tan misterioso

después de todo. Todos en el clan sabían sobre el grupo de guerreros que eran considerados la élite entre los soldados.

Ella puso los ojos en blanco.

—Así lo escuché en más de una ocasión hace seis años sobre ti y otros.

Considerabas tus habilidades como guerrero algo más para separarte.

Él giró hacia ella, la sorpresa crecía cada vez más en la expresión de Caelis mientras Shona seguía hablando.

—Mis habilidades como guerrero *están* por encima de la de otros hombres y Chrechte —declaró con afrenta.

—Y yo soy una dama inglesa con título proclamado y poco más. ¿Sabes cuánto me ha apartado del resto? —preguntó mordazmente—. Ni una pizca. Todavía soy madre, amiga, mujer con menos injerencia en mi vida que el administrador que dirigía las fincas de mi difunto esposo.

—Ignoras todo lo que no deseas oír —acusó, su frustración era cada vez mayor de manera obvia.

Ella lo miró airada, su propia ira crecía a la par que la de él.

—Si quieres que te oiga, puedo sugerirte que intentes hablar con sentido, en vez de pronunciar los desvaríos de un idiota arrogante.

—¡No soy un idiota!

—Bien, ciertamente tampoco eres el señor de la lógica.

—Soy un cambiaforma —aulló prácticamente—. Ser Chrechte significa que comparto mi naturaleza con un animal. El mío es un lobo.

El corazón de Shona casi se detuvo en su pecho. Lo había llamado chiflado, pero no lo había querido decir. No creía realmente que hubiera perdido su capacidad de pensar y comportarse racionalmente.

Su presente conversación la dejaba fría por el temor.

—Para con esas tonterías. Por favor, Caelis, no hables como un demente —le suplicó.

Él simplemente sacudió la cabeza y luego se quitó el plaid con pocos movimientos.

Él no hizo amago de acercársele, pero de todos modos ella saltó fuera del arcón, avanzando furtivamente hacia la puerta y su vía de escape.

—No. Caelis. No te tomaré en mi cama.

—Aye. Lo harás, pero no ahora mismo.

Ella negó con la cabeza, su corazón latía tan rápido en su pecho que le dolía.

Él alzó la cabeza, olfateando el aire y luego la miró con preocupación.

—No tienes nada que temer, Shona. No de mí.

—Me has hecho más daño que ningún otro —discrepó lisa y llanamente.

Esa era una mentira que ella simplemente no podía aceptar.

—Déjame mostrarte por qué.

¿Qué esperaba que hiciera ella? ¿Darle permiso? Sólo deseaba salir de la habitación, pero antes que pudiera moverse hacia la puerta sin la barra puesta, un destello de luz rodeó a Caelis.

De pronto, donde él había estado de pie ahora había un gran lobo de color oscuro.

Capítulo 6

Se debe tener una razón extrema para revelar la verdadera naturaleza de los Chrechte a un humano. Ya que traicionar ese conocimiento por descuidado es invitar a una muerte segura.

—TRADICIONES ORALES CHRECHTE

Shona parpadeó lentamente. Quizás era *ella* quien había perdido su comprensión de la realidad, pero cuando volvió a abrir los ojos, el lobo todavía estaba allí.

Retrocedió hacia la pared, el miedo mezclado con incredulidad hizo que su estómago se contrajera. Cuando sus hombros encontraron la dura y rígida barrera, gimió.

El lobo gimoteó, inclinando la cabeza a un lado como si intentara decirle que no tenía nada de qué preocuparse.

—¿Caelis? —preguntó con voz temblorosa. Y de inmediato se reprochó por hacerlo—. No, él no es un lobo. No puede ser. Mis ojos me engañan.

El lobo cruzó la habitación sigilosamente, acercándose a ella.

Todo su cuerpo tembló con terror y confusión atenazadores.

—No, aléjate.

El lobo se detuvo, soltando un breve ladrido que sonaba tanto a Caelis cuando se sentía exasperado con ella. Shona jadeó.

—¿Caelis? —volvió a preguntar.

La cabeza del lobo se movió de arriba a abajo.

—¿Pero cómo? Esto no es posible. —Sabía que no lo era.

No importaba cuánto la engañasen sus ojos, los hombres no se transformaban en lobos.

Como una mujer más práctica que la mayoría, Shona no creía en hadas, magia o cosas semejantes. ¿Cómo podía aceptar la evidencia de sus ojos?

El lobo se acercó, olfateando el aire, un sonido de felicidad retumbó desde su pecho.

—No… no te acerques más.

El lobo gimoteó otra vez, retrocediendo y luego volviendo a avanzar, como si no pudiera evitarlo.

—¿Qué? —exigió ella—. ¿Qué quieres?

Él avanzó un paso más y ella recordó cómo le había enseñado a comportarse el jefe de caballerizas con los perros en las fincas de su fallecido esposo.

Shona extendió la mano, su brazo temblaba.

El lobo se estiró hacia adelante, primero olfateando su mano y luego lamiéndola.

—Ah. —Esto no era tan terrible, aunque era extraño tener a un animal salvaje que podía desgarrarla con sus garras y dientes, acariciándole la mano tan suavemente con su hocico.

La bestia se le acercó más, presionando su cuerpo al de Shona, obligándola a acurrucarse contra la pared.

Ella bajó la mirada hacia él.

—No voy a ninguna parte. No necesitas sentarte sobre mí.

Pero el animal no hizo caso de sus palabras, rozando sus costados contra ella, acariciándola con el hocico.

—¿Eres muy afectuoso, verdad? —preguntó, pero no recordaba que los perros campestres fueran tan amistosos.

Entonces recordó que este lobo supuestamente era Caelis y ella tuvo otra razón totalmente diferente para ofenderse por su proximidad.

—Caelis, si de verdad estás ahí, debes retroceder.

Él ladró su negativa y ella no tuvo dudas de cuál fue su respuesta exactamente, alzándose sobre ella de forma que sus zarpas descansaran sobre los hombros de Shona para poder frotarle el cuello con su hocico.

Ella se rio tontamente, el sonido la impresionó tanto como la sensación de recibir cosquillas.

El lobo volvió a lamerla, gruñendo contra su garganta de una forma que debería haberla asustado, pero no lo hizo.

De una cosa estaba segura, aunque aún temiera a Caelis, el hombre, debido a su poder para herirla y destruir su felicidad, no temía a su lobo.

En absoluto.

—Eres muy dulce en esta forma.

El lobo resopló, como si encontrara su sentimiento enormemente gracioso y Shona se encontró riéndose de él.

Una luz destelló y luego Caelis, el hombre, estaba otra vez allí, desnudo y demasiado cerca.

—Tu sonrisa aún es tan hermosa y brillante como el sol.

Esa misma sonrisa se deslizó de su cara mucho más rápido que el agua en las cascadas de su lago favorito.

Un pequeño grito escapó de la garganta de Shona, pero presionó la mano sobre su boca para mantener otros sonidos dentro. No podía permitirse alertar a sus amigos o a sus hijos de su angustia.

Caelis se había convertido en un lobo. Bien podía hacerlo otra vez. Aunque nunca había dudado de su propia seguridad, los demás no podían estar seguros cerca de él.

Sobre todo Thomas.

Ella lo empujó lejos.

—Apártate.

Al principio, él no se movió, pero lo empujó otra vez. Con más fuerza.

Caelis retrocedió un paso tambaleante.

—Tienes miedo del lobo.

—No. No quiero que tu cuerpo desnudo este tan cerca —declaró ella sin disculparse.

Caelis no luchó contra Shona, retrocediendo rápidamente, su expresión era ilegible. Pero la intensidad de su respeto era inquietante.

Ella se abrazó a sí misma.

—Debes ponerte tu tartán.

Él se rio, el sonido fue áspero, casi amargo, y se dio la vuelta. No para conseguir sus ropas, sino para agacharse hacia el suelo.

Permaneció en cuclillas allí durante varios segundos, respirando profundamente.

—¿Estás herido? —preguntó ella a media voz—. ¿Por cambiar a un lobo?

—No hables —profirió con voz ronca.

Ella cerró su boca, de nuevo sin entender. *¿Por qué no podía hablar?*

—Mi control sobre mi lobo es precario —contestó como si hubiera hablado en voz alta.

—¿Siempre es así después de cambiar entre tus dos formas? —preguntó Shona, y luego lamentó haberlo hecho cuando un sonido animal salió de la boca de Caelis.

¿Deseaba el lobo volver a su forma animal?

Quizá no le gustaba vivir como un hombre.

Los músculos de Caelis se contrajeron con gran esfuerzo.

—Nay. Pero no he reclamado a mi auténtica compañera en seis años y ella está de pie seductoramente ante mí en una habitación. ¿Qué crees que quiere hacer mi lobo?

¿Esto era sobre sexo?

—Contrólate, como no lo hiciste hace seis años —contestó ella de inmediato y con algo de sorna.

Él se puso de pie desnudo, y se dio la vuelta para quedar frente a ella en un único y fluido movimiento.

Era ampliamente evidente que estaba muy excitado. Si era por ella, por el cambio o porque esto le pasaría con cualquier mujer en una circunstancia similar, Shona no lo sabía.

—¿Crees que no me controlé hace seis años? —exigió, su expresión era de sorpresa y su voz salvaje.

—Ajá —contestó sin ambages y luego añadió—: Si lo hubieras hecho, no me habrías dejado embarazada.

—¿Y lo lamentas? ¿ *Puedes* lamentar a nuestro hijo?

—Por supuesto que no. —Y cuán injusto fue al preguntarlo. Caelis no había sido quien había vivido con las consecuencias de un embarazo fuera del matrimonio—.

Amo a mis hijos con todo mi corazón, pero tener a nuestro hijo de la manera en que lo hice vino con un gran costo, uno de ellos fue perder el respeto de mis padres durante el resto de sus vidas.

—¿Se enfadaron contigo?

—No bromees. Sabes muy bien lo furiosos que se sintieron. Estaban decepcionados de mí e indignados por la vergüenza que había provocado a nuestro nombre. Mi madre me llamó golfa y nunca me perdonó. Mi padre, aunque fue menos vocal en sus críticas, tampoco lo hizo.

El horror cubrió las facciones de Caelis, aunque todo lo que sentía no tuvo efecto aparente en su excitación.

—Te amaban muchísimo.

—Y eso hizo que mi traición fuera mayor para ellos.

—No los traicionaste.

—Lo hice. Sabes bien que una mujer debe guardar su inocencia para el tálamo nupcial

—Eso no siempre sucede.

—No, ¿pero tú no hiciste lo correcto, no es así? ¿Tu laird y tú me juzgasteis y me encontrasteis insuficiente como compañera para la

bestia, no es así?

—Yo no.

—Sólo el laird, pero tú le hiciste caso.

—Lo hice. Para mi propia vergüenza.

—No sabes lo que es vergüenza hasta que tu esposo te trata como a una ramera de los muelles durante tu noche de bodas.

Caelis parecía enfermo.

—Lo siento.

Dos pequeñas palabras. No deberían tener importancia, y en la gran extensión de la vida probablemente no lo hacían, pero en ese momento se curaron varias heridas que todavía sangraban en su corazón.

—Siento haberte abandonado, pero no puedo lamentar haberte reclamado. Te deseé desde el momento en que tu cuerpo se convirtió en el de una mujer. Esperé todo un año para hacerte mía. —Y luego la había dejado ir.

¿Esperaba que ella aclamara su supuesta restricción?

—Deberías haber esperado para siempre ya que no tenías intención de casarte conmigo después.

—No era mi intención fallar en eso.

Podía comenzar a creerle. *Podía.*

—Sólo en tu empeño por mantener los votos que me hiciste —se burló.

—No me provoques —gruñó él, el sonido fue el de un lobo.

—¿O qué? ¿Perderás el control? —Santo Cielo, ¿qué estaba haciendo? ¿Quería ver salir a su bestia?

Quizás, lo hacía.

—Aye —rechinó entre dientes, acercándosele sigilosamente, otra vez su sexo se encontraba totalmente hinchado atestiguando al menos la veracidad de sus pasiones.

Aunque una vez más tuvo que recordarse que no había nada que asegurara que él no deseara físicamente a *cualquier* mujer después de cambiar desde su forma de lobo.

Era una acción muy primitiva y no había nada más primitivo que el sexo.

Él se irguió sobre ella, la bestia en sus ojos era tan clara que Shona se preguntó cómo fue capaz de no notarla alguna vez.

—Mi lobo te reclamará, *mo toilichte*.

—¿Tu lobo y tu sois lo mismo, no es así? —Así se lo había parecido cuando la bestia estuvo de pie ante ella.

El lobo había mostrado el entendimiento de un hombre.

—Lo somos.

—Entonces *tú* deseas reclamarme.

—Aye. —Él cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás, su voz era tan gutural que apenas fue más que un susurro—. Te ansío como a nadie más.

—¿A mí? ¿O a la forma de cualquier mujer?

Él bajó bruscamente la cabeza, abriendo sus ojos azules, llenos de deseo avivado por la rabia. El sonido que salió de su garganta no era humano. No le había gustado esa pregunta en absoluto. Era como si ella hubiera lanzado calumnias a algún elemento intrínseco de su naturaleza o quizá a algo mucho más profundo.

— *Tú*. Eres mi compañera sagrada. Te lo he dicho, no puedo tener a nadie más. Seis años… —Él dejó inconclusa sus palabras y los músculos de su cuello fueron notorios por el esfuerzo.

Él había dicho eso, ¿o simplemente afirmó que no había tenido *consuelo* en todo ese tiempo?

—¿Qué quieres decir?

—Como Faol… un lobo cambiaforma. Quiero decir… que una vez que he tenido sexo con mi compañera sagrada, *no puedo* hacerlo con nadie más.

—Explica lo de *no puedo*.

Parecía que algo se había roto dentro de él y la agarró de la mano, presionándola contra su carne erecta.

Los dedos de Shona se curvaron alrededor de su erección por voluntad propia, apretándola antes de que ella fuera consciente de lo que estaba haciendo.

Caelis gimió, el sonido estaba lleno de dolor y éxtasis.

— *Esto* no está pasando.

—¿Esto? —preguntó ella mientras volvía a apretar, esta vez muy deliberadamente.

—Aye. No me excito por nadie salvo por mi auténtica compañera. *Seis años*… —

repitió, su voz llena de dolor. Los ojos de Caelis se cerraron de nuevo, su cabeza cayó hacia atrás—. Sólo por ti, Shona.

El impulso de tocarlo de formas que lanzarían ese placer sobre el acantilado crecía con cada segundo que sostenía esa aterciopelada y suave dureza en su mano.

Debería soltarlo, apartarlo. Su cerebro insistía en ello. Pero otra vez, el instinto vencía a la razón y su cuerpo rechazaba obedecer los dictámenes de su cerebro.

—¿Soy tu compañera sagrada? —preguntó, intentando entender lo que eso significaba realmente.

—Aye.

—¿Por qué?

Él le acunó cada lado de su cuello, sus pulgares frotaron la parte oculta de su barbilla y agachó la cabeza hasta que sus frentes se tocaron.

—Sólo la Providencia lo sabe, pero un vínculo sagrado es un don que pocos entre los Chrechte encuentran.

—¿Entonces cómo pudiste echarme de tu vida?

—Me convencí de una mentira. —Ella no podía negar el dolor de su voz.

Pero tampoco le permitiría velar sus respuestas.

—Te permitiste creer una mentira —corrigió ella.

El sonido que él emitió fue el de un animal sufriendo dolor.

—Aye.

Shona asintió con la cabeza, sus frentes se rozaron. Necesitaba escucharle admitirlo. Aunque no tomara toda la responsabilidad de su separación, Caelis necesitaba reconocer su papel en ello.

Ella nunca lo olvidaría.

—Creíste en las palabras de tu laird… —Ella no llamaría a ese hombre *su* laird—.

De que yo no era tú compañera, tú estabas deseoso de apartarme esperanzado porque tenías una compañera sagrada.

—Nay. Quizás. —Alzó la cabeza para que sus miradas se encontraran, tan cerca que ella podía verse en sus pupilas—. Esperé que él se diera cuenta de su error.

—¿Creíste que yo era tu compañera sagrada? —preguntó.

—Nay, pero no creí que encontraría una. Uven dejó claro que aunque no lo hiciera, esperaba que yo tomara a una loba con la que tener hijos. Esperaba que cambiara de opinión sobre eso.

—¿O tal vez pensaste que podías dejar embarazada a otra mujer y abandonarla?

—preguntó Shona, su propio dolor estaba demasiado cerca de la superficie.

—Nay. Si no crees nada más de mí, cree que no te habría dejado ir si me hubiera permitido aceptar la posibilidad de un niño. Y no ha habido ninguna otra mujer a la que haya entregado mi semilla. Chrechte o humana.

¿Podía aceptar sus palabras como ciertas?

Ninguna mentira sombreaba sus ojos azul oscuro a la luz de la vela; pero claro, tampoco había visto ninguna mentira en ellos hacía seis años.

—Quieres creerme.

Ella no podía negarlo.

—Entonces cree —dijo él, su tono era engatusador y exigente al unísono.

Desearía que eso no tuviera nada que ver con las palabras entre ellos que la atravesaban, calentando su sangre como nunca antes había hecho. Era como si los seis años separados sólo hubieran aumentado la necesidad de su cuerpo por él.

Debería haber sido lo opuesto.

Después de tanto tiempo, incluso una chispa de pasión residual debería haberse extinguido.

Pero la llama que ardía en su interior era más caliente que el sol y exigía ser mitigada.

—Me deseas —dijo él, su voz estaba teñida con maravilla y alegría indiscutibles.

—Yo…

—No lo niegues. —Olfateó el aire, otro ruido salvaje sonó desde lo hondo de su garganta—. Lo puedo oler. Lo puedo saborear en el aire.

—Tus sentidos de lobo… —De repente las capacidades realzadas de su hijo tuvieron sentido—. Eadan…

—Es como yo, aunque no cambiará hasta que tenga la edad apropiada.

—No. Yo sabría si mi hijo fuera algo más que humano. —Aunque recuerdo tras recuerdo destellaron a través de su mente, recordándole diferentes singularidades que había rechazado en repetidas ocasiones.

Simplemente porqué señalaban algo que no tenía ningún sentido.

Su hijo compartía su naturaleza con un lobo.

—¿Cómo? ¿Si tú no sabías nada de nuestra existencia?

—Es mi hijo.

—Y mío.

¿Qué habría pasado si su hijo hubiera cambiado sin que Shona o él mismo no fueran conscientes de la existencia de hombres lobos?

—Los sueños.

Ellos habían preparado a su hijo cuando no hubo un padre para hacerlo.

—Le han contado su verdadera naturaleza, aye.

—Es incomprensible.

—¿Realmente?

¿Después de haber sido testigo de la transformación de Caelis? No, pero esto se trataba de su hijo.

—Él será más fuerte.

—Y más rápido.

—Más seguro.

—Aye. —Aunque él había conocido su parte justa de humanos entre los clanes Balmoral y Sinclair que eran sumamente fuertes.

—Esto que existe entre nosotros, es debido a nuestro hijo. —Tenía que serlo.

¿De lo contrario, cómo podía desear tanto a Caelis? Ni siquiera se habían besado.

—Nay. Mejor dicho, él existe debido al vínculo entre nosotros.

Un vínculo que era como una criatura viva. Era como si el cuerpo desnudo de Caelis atrajera al suyo con un poder inexorable que ella no podía negar.

Hipnotizada por la vista de su sexo palpitando con poder y duro por ella, su mano volvió a moverse sin pensamiento alguno. Sus dedos se deslizaron contra la carne endurecida y la rodearon. La sensible piel la calentaba, evocando recuerdos mucho más agradables que los encontrados en su lecho matrimonial.

—El toque de mi esposo me hacía daño, cada una de sus caricias hacía que mi piel se erizara y quemara de la forma más desagradable. ¿Eso era porqué soy tu compañera? —Ella alzó la vista, deseando ver la

verdad en sus ojos.

Caelis encontró su mirada, su expresión estaba demasiado complacida por las palabras que ella había dicho.

—No sé. No teníamos acoplamientos lobo-humanos en el clan, y conozco muy poco del emparejamiento de Abigail y Talorc.

Ella alejó la mano de él, apartándose y contemplando a Caelis con sorpresa.

—¿El laird Sinclair es un cambiabaformas como tú?

—Lo es.

—Y Abigail… —Las palabras de Caelis volvieron a sonar en su cabeza —. ¿Ella es humana, como yo?

—Aye. Sus niños son las primeras evidencias que he visto que prueban que los humanos y los lobos pueden ser compañeros sagrados.

—¿Eadan es la prueba adicional?

—Es *toda* la prueba entre nosotros.

Ella asintió, reconociendo al menos eso como verdad.

—Todavía existe mucho que no entiendo.

Caelis puso sus grandes manos calientes contra su cara, mirándola detenidamente con tal hambre, que no podía existir duda de que lo que fuera que acechaba su cuerpo afectaba al de él.

—Después contestaré todas tus preguntas.

—Yo…

—Por favor, Shona, *mo toilichte*. Dame este regalo y nunca permitiré que vuelvas a arrepentirte.

Las palabras eran tan similares a las que le había dicho hacía seis años que casi dejó que una risa amarga saliera de sus labios.

El hambre por sus caricias era más fuerte ahora. Creía que era casi imposible resistirse a devolvérselas. Y por último, dárselas.

¿Pero en esos momentos? No podía negar la poderosa necesidad que

la controlaba.

Eso debería ser fácil ahora. Ya no lo amaba. Él no era el centro de su mundo, como lo había sido para la versión más joven de sí misma. Negarse a él debería ser la cosa más sencilla, pero no era así.

Todo en su interior deseaba entregarse a este hombre, a pesar de que él se había demostrado indigno del regalo. Esto debía ser parte de estar *emparejada* con un Chrechte.

¿Su propio cuerpo la estaba traicionando debido a ello?

La respuesta parecía ser que sí mientras se movía bamboleante hacia el gigantesco guerrero que compartía su naturaleza con una bestia.

Caelis bajó la cabeza y sus labios presionaron reverentemente los de ella. A pesar del hambre indiscutible que existía entre ellos, la caricia de su boca fue gentil. No vacilante, pero tampoco exigente.

La sensación era tan familiar y tan distante de lo que Shona conocía en su vida actual que se encontró incapaz de responder al beso de forma alguna. No abrió los labios para darle la entrada a su boca, pero tampoco lo rechazó.

Paralizada por sus emociones contrarias, permitió que la besara, sus propias pasiones y deseos eran totalmente evidentes. La llamaban, insistiendo en que lo reconociera al igual que a su propia necesidad física.

Caelis la acercó de un tirón, envolviéndola en su fuerte abrazo y alzándola de forma que sus bocas pudieran alinearse con mayor facilidad.

Recordó cómo él solía hacer esto, compensando la gran diferencia en sus alturas.

La forma en que le hacía sentirse segura y mimada cuando usaba su fuerza para protegerla e incrementar el placer de sus momentos juntos.

Su esposo nunca había hecho sentir cómoda a Shona, pero sus necesidades sexuales no eran demasiado excesivas. Sólo muy desagradables.

Henry no la había tratado con el tierno cuidado o ni siquiera el respeto de Caelis.

Shona aprendió a sentirse agradecida por los esporádicos apetitos sexuales del anciano.

Caelis gruñó y rompió el beso.

—Sólo pensarás en mí.

Ella no puso en duda como sabía que pensaba en Henry. No importaba. No estaba deseosa por hablar extensamente de su vida en Inglaterra con el barón o de su regreso debido a las pretensiones de Percival.

—Haz que así sea. —Si la orden salió más bien como una súplica, ni ella ni Caelis lo comentaron.

Con otro sonido primitivo y animal, volvió a besarla, esta vez no había duda que le exigía la entrada a su boca con la lengua. Ella se la dio, permitiéndole alejar recuerdos infelices y revivir los buenos.

Caelis sabía cómo si hubiera bebido al menos un trago de *usquebagh* antes de asumir el deber de centinela fuera de su puerta. Mezclado con su propio sabor natural, era una combinación embriagadora.

El beso estaba lleno de deseo mientras avivaba otro. El ansia que la había acechado tan profundamente por tener sus caricias era menos aguda, aunque no desapareció, mientras la necesidad de tenerlo en su interior crecía.

La mano de Caelis vagó sobre su cuerpo, tironeando de su vestido como si la ropa inglesa lo enfadara.

Shona le ayudó a desnudarla, sus instintos y deseos tenían el control total en esos momentos.

A la primera caricia de su mano sobre su piel desnuda, Shona gritó con la satisfacción de una necesidad largamente abandonada. Su cuerpo lo había ansiado durante todo el tiempo en que estuvieron separados, aunque sólo acabara de darse cuenta en ese instante. Estaba segura que hubiera continuado haciéndolo hasta el final de sus días, incluso si nunca lo hubiera vuelto a ver.

Las caricias de ningún otro hombre la habrían satisfecho o siquiera agradado.

Al menos ahora, entendía por qué. Él lo había hecho con esa cosa del lobo emparejándose.

Las manos que una vez conocieron su cuerpo mejor que nadie más, volvieron a conocerla, sus grandes dedos la acariciaron tan gentilmente que sus ojos se llenaron con lágrimas de emoción.

Y no de tristeza.

Sólo Caelis podía hacerle esto a ella. Y Shona se lo permitió. Cayeron en la cama, su cuerpo temblaba con la necesidad de ser reclamada por el de él, los fuertes músculos de su guerrero estaban tensos con la necesidad de reclamarla.

Se tocaron como amantes que nunca se hubiesen separado, con manos seguras y caricias que sabían evocar pasiones adicionales. Él provocó sus pezones, causándole placer en todas partes de su cuerpo, haciéndola sufrir y retorcerse hasta que sus propios dedos acariciaron músculos abultados y remontaron cicatrices de batalla.

Su corazón lanzó un grito de posesión, *mío*, con cada caricia de su mano sobre el cuerpo de Caelis. Ella ni negó ni reconoció el grito de su corazón, pero tampoco hizo ningún esfuerzo por contener su deseo de tocarlo.

Tampoco intentó detenerlo cuando él hundió la mano entre sus piernas para tocarla íntimamente, elevando su placer a un nivel más alto, casi insoportable.

Pero cuando abrió sus muslos para Caelis, él no entró en ella.

En cambio, Caelis acomodó sus cuerpos de modo que cuando hizo presión con su pelvis, su verga rozó entre sus pliegues henchidos, su virilidad quedó atrapada entre sus cuerpos de forma que la penetración no pudiera ocurrir. Esta posición también aseguraba que la erecta carne rozara de acá para allá sobre el dulce punto lleno de placer para ella.

Sonidos de placer, ascendentes e incontrolables, se derramaron desde ella.

Sus besos crecieron en voracidad, sus movimientos eran duros y exigentes. El éxtasis aumentó en espiral más y más apretado hasta explotar en su interior.

Caelis también culminó y amortiguó su grito contra los labios femeninos, su semilla marcó su vientre con su primitivo aroma.

Shona no sabía cómo, pero sentía que su lobo estaba muy feliz con esa

hazaña.

El gruñido de satisfacción que sonó desde su pecho mientras bajaba las manos hacia la sustancia cremosa sobre su piel, indicaba que la bestia en efecto estaba complacida.

—No puedo creer que te haya dejado hacer esto —dijo ella con más honestidad que cólera.

—Era inevitable.

Quizás, si todas sus palabras eran verdad, lo había sido. Shona no se sentía particularmente consolada por ese hecho, pero tampoco sintió como si se hubiera traicionado a sí misma por completo.

Era un signo de su constante conflicto interior con este hombre que parecía como si por cada pensamiento o sentimiento que tenía por él, uno opuesto se elevaba para confrontarlo.

Capítulo 7

La prueba de la fuerza de un guerrero está en la alegría de su compañera e hijos.

—TRADICIONES ORALES DE LOS ÉAN

Caelis la miró, su mirada castaña desbordaba satisfacción.

—Hueles a mí. —Su deleite era más que un poco molesto. No se veía acosado por emociones conflictivas como ella. Aparentemente para él todo lo sucedido era algo completamente sencillo.

Pero esto no era sólo la típica arrogancia del guerrero.

—A tu lobo le gusta. —Otra vez, no entendía cómo lo sabía, pero no tenía dudas al respecto.

—Aye, pero no te equivoques… al hombre le complace mucho que cada lobo en este torreón sepa que te he marcado como mi compañera.

—¿Serán capaces de saberlo? —preguntó ella, sintiendo cómo le provocaba el pensamiento un calor que cubrió sus mejillas y se extendió por su pecho—. *¿Te olerán en mí?*

Ese era un pensamiento desconcertante, sin mencionar que embarazoso. ¿Cuántos lobos había allí? Si el laird era un cambiaforma como Caelis, ¿cuántos más lo eran también?

—Aye.

—No suenes tan satisfecho por eso.

—No puedo evitarlo. Eres mía, Shona, y siempre debiste haber estado conmigo.

He vivido sin ti durante demasiado tiempo. Hubo una época en que incluso te creí muerta.

—¿Qué? ¿Por qué? —Ella no podía imaginar cuánto peor habrían sido los últimos años si hubiera creído muerto a Caelis.

—¿Por qué crees? Nuestro laird me dijo que habías sido asesinada por un jabalí.

Soporte una gran culpa y mi pena hasta que comencé a darme cuenta que quizás había sido una mentira junto con muchas otras cosas que me dijo Uven.

—Él no es *mi* laird.

—Nay, no lo es.

A Shona le complació su fácil aceptación, pero no era suficiente.

—Ahora soy inglesa.

—Nay, no lo eres.

—Lo soy. —No importaba cuan obstinado fuera él en negarlo.

—¿No buscas una vida aquí en Escocia para tus hijos y para ti?

—Sí.

—Porque en el fondo, eres una fina muchacha escocesa. —Su sonrisa fue irresistible.

Pero aun así, de forma que no pudiera existir confusión, ella dijo:

—No volveré a vestir los colores de los MacLeod.

—Ahora no. Pero después.

—Nunca.

—Nunca es…

—Demasiado tiempo. Ya me lo has dicho.

—Será bueno que lo recuerdes. —Y volvió a sonreír.

Shona respondió con algo de mordacidad:

—Será mucho mejor que *tú* recuerdes que no es tan fácil que dé mi brazo a torcer.

Él miró significativamente sus cuerpos desnudos.

—Creo que tu lobo puede tomar el crédito por esto.

—Mi lobo soy yo.

—Una parte de ti en la que puedo confiar.

Él se sobresaltó un poco y luego bajó la vista a ella.

—¿Confías en mi bestia?

—Sí. No sé por qué, pero lo hago.

—¿Pero no confías en mí… en el hombre? —preguntó con cuidado.

—No. —Ella no hizo esfuerzo alguno por suavizar el efecto de su negativa. Él la había traicionado de una forma absoluta.

—Pero aun así me dejaste tocarte.

—Te lo dije, culpa a tu lobo. En esta cosa del emparejamiento hay una clase de magia que hace que mi cuerpo ya no sea mío.

El brillo de satisfacción que rodeaba a Caelis se atenuó.

—¿Realmente lo crees?

—Absolutamente. —Y sería mejor que él no intentara negarlo—. Dame otra explicación para que no pueda evitar anhelar las caricias del mismo hombre que me traicionó tan cruelmente.

Caelis la miró con conmoción, como si sus palabras estuvieran más allá de su entendimiento. Pero no había duda que él sabía la verdad de ello con más certeza que ella. Toda su vida, Caelis había vivido con el conocimiento de su lobo. Shona acababa de averiguarlo.

Finalmente, él abrió la boca y soltó una palabra muy fea, pero no dijo nada más.

Ella lo miró ceñuda.

—¿Cuál es tu problema?

—¿Lo preguntas cuando acabas de decirme que todavía sostienes en mi contra mis antiguas acciones? ¿Y qué sólo permitiste que te tocara porque no lo pudiste evitar?

¿Qué esperaba? ¿Las promesas de amor que solía darle?

—¿Creíste que el placer podría borrar el pasado?

La expresión en las facciones del guerrero decía que había creído exactamente eso.

¡Hombres! Trastornaban la vida de una mujer, provocaban cambios sobre los que ella no tenía control y luego esperaban que les dieras las gracias al final de todo. Su padre había sido igual.

—¿Has olvidado tu cólera por las mentiras que *Uven* te contó ahora que hemos vuelto a compartir la pasión? —preguntó ella, preguntándose si Caelis se permitiría entender.

—¡Nay! Estoy más furioso con ese mentiroso que antes. Lo que tú y yo acabamos de compartir sólo muestra cuanto nos ha quitado a los *dos* con sus mentiras. Me robó a mi compañera sagrada y a mi hijo.

Porque Caelis le había permitido a ese hombre que se la robara. Pero no lo dijo, porque ya lo había mencionado con anterioridad.

En cambio, reiteró:

—¿Así que, el placer no niega el dolor?

Suspirando, Caelis sacudió la cabeza.

—Me estás diciendo que no me perdonas.

—No. —Aunque tal vez comenzara a hacerlo.

Él frunció el ceño, su patente satisfacción se esfumó por completo.

—Ya veo.

Quizás lo hacía. Hasta quizás se daba cuenta que sólo el tiempo demostraría que era digno de su confianza más de lo que ahora sentía por él.

—Te has convertido en una mujer difícil, Shona.

—Las circunstancias me han obligado a usar fuerzas que ignoraba poseer. —

Aunque era evidente que la fuerza para resistirse a él no estaba entre ellas.

Él asintió con la cabeza.

—Cuándo te diste cuenta que estabas embarazada, ¿por qué no enviaste por mí?

—Asumes que tenía la forma de hacerlo. No la tenía, pero aunque la hubiera tenido, no lo *habría* hecho. Ya me habías dicho que creerías que mi hijo era de alguien más.

—No quise decir eso. Debías saberlo. Eras virgen la primera vez que compartimos nuestros cuerpos.

—No lo sabía. Lo dijiste después de rechazarme; ¿por qué creería que irías por mí al enterarte de la existencia de un bebé?

—No soy hombre que abandone a su hijo.

—Repítetelo cuanto quieras, pero ya lo habías hecho.

Él la contempló, su expresión mostraba cuán extraño encontraba el concepto tras las palabras de Shona, pero de pronto una gran tristeza cubrió sus facciones.

—Tienes razón.

Ella ya lo sabía. Entonces, ¿por qué su dolor la hería como lo hacía?

Caelis se dio la vuelta y se movió como si fuera a dejar la cama.

Shona extendió la mano para tocarlo antes de poder evitarlo.

—¿A dónde vas?

—De vuelta al corredor. —Sus grandes hombros estaban encorvados —. No tengo lugar en tu cama.

—Ya estás en mi cama.

Él meramente se encogió de hombros, pero su intención de marcharse continuaba firme.

—No deseo que te vayas.

—Eso no puede ser verdad.

—Lo es.

Él volteó la cabeza para mirarla sobre su hombro.

—Debido a mi lobo. Porque somos compañeros.

—Tal vez. Me gustaría pensar que eso es así. Me pinta como una mujer más fuerte, pero lo único que sé con certeza es que cuando estoy contigo, tengo la paz que no he disfrutado en los últimos seis años.

—¿Incluso con toda la cólera que sientes hacía mí? —preguntó con incredulidad.

Su reacción era comprensible.

Ella encontraba sus propios deseos y comportamiento muy confusos.

—Demuéstrame que eres digno de mi confianza.

—¿Cómo?

—Empieza no abandonando mi cama ahora que has conseguido lo que deseabas de mí.

—¿Crees que un momento de pasión es todo lo que deseo de ti? —preguntó, esta vez con una ingente incredulidad en su voz y comportamiento—. He vivido seis años sin ti. Podríamos pasar hasta la siguiente luna nueva en esta cama y yo no conseguiría todo lo que deseo de tu cuerpo.

Y de repente, el deseo volvió a exudar de él en olas calientes que la alcanzaron y cubrieron. Inexplicable, pero no sorprendentemente, su propio deseo se despertó y equiparó al de él.

Esta vez, su unión no fue menos pasional que la última. De hecho, el cuerpo de Caelis se movió contra el de ella con mayor urgencia, aunque todavía se negara a entrar en ella. Y una parte de Shona estaba agradecida por ello.

No quería otro embarazo fuera de los lazos del matrimonio. El último le había costado demasiado.

Pero aunque Caelis la presionase a admitirlo, ella nunca lo lamentaría.

Cuando la pasión de ambos amainó, Caelis se acomodó para acostarse junto a Shona.

—Cuéntame sobre ese Percival que quiere convertirte en su *lehman*.

—El repugnante degenerado. No le bastaba *copular* con la mitad de las mozas del servicio y con su pobre esposa, sino que quería convertirme en su amante oficial, de esa manera haría que mis hijos con su padre corrieran el riesgo de ser considerados naturales, y ya no legítimos.

—¿Es así como se hacen las cosas en Inglaterra?

—En Inglaterra no es más común o aceptable que un hombre tome a la esposa de su padre como su *lehman* de lo que es en las Highlands.

—¿Pero pese a eso lo habría hecho?

—Es demasiado arrogante para que le importe si los demás aprueban su comportamiento. —Se mordió el labio inferior, decidiendo si quería contarle todo a Caelis—. ¿Estás decidido a reclamar a Eadan?

—Aye, y también a Marjory.

¿Podría confiar en él para que fuera el padre de sus hijos? Una vez más, sólo el tiempo lo diría, pero Shona tendría que dar el primer paso. Le gustase o no. Confiara en él o no.

Respiró hondo y lo soltó:

—Percival intentó matar a Eadan, en más de una ocasión. Siempre negó sus intenciones, pero los accidentes no eran accidentes. Percival no deseaba competencia para la baronía de su padre.

—Pero como el mayor, es el heredero reconocido. —Caelis sonaba confundido.

—Sí, pero si Percival no puede tener descendencia —hasta ahora no ha podido, aunque su matrimonio es más antiguo que el mío con su padre— el rey designaría al hijo mayor de Eadan como heredero del título. El orgullo de Percival no lo permitiría.

—¿Preferiría que no hubiera heredero a la baronía?

—Oh, sí. En ese caso, el rey designaría a un heredero entre su extensa parentela y aliados.

—Percival parece un hombre muy vano y manipulador.

—Lo es, y astuto y decidido.

—¿Crees que vendrá tras de ti?

—No lo sé.

—Si viene, lo mataré.

—Es un barón inglés; eso sería considerado un acto de guerra. —No es que ella fuera a echar en falta la ausencia del hombre en este mundo.

—Si el rey de Inglaterra es bastante tonto para ir a la guerra por esa escoria, entonces merece las pérdidas que sufrirá en nuestras manos.

Shona sacudió la cabeza.

—Hombre obstinado.

—Entonces hacemos buena pareja.

*

*

Audrey empujó silenciosamente la puerta de la recámara de Shona, preocupada por no encontrar colocada la barra del interior. Hasta ahora, los Sinclair se habían mostrado hospitalarios y poco propensos a la traición, pero seguían siendo un clan de desconocidos.

Excepto el hombre que usaba colores diferentes y que a todas luces era el padre de Eadan. No había duda de que Shona había conocido muy bien a *ese* hombre en algún momento de su pasado. Y aunque quizás no debiera hacerlo, ese hecho había impresionado a Audrey.

Siempre supo que el barón no estaba relacionado por sangre con el primer hijo de su querida amiga, pero nunca hubiera supuesto que el padre era un guerrero Highlander.

Era testimonio de lo agitado de los pensamientos de Audrey el que no hubiera notado los aromas del Highlander Chrechte y de su inequívoco acto de pasión hasta que su mirada se posó en la cama ocupada por una persona más de la que debía.

El lobo estaba despierto, contemplándola con ojos oscuros e insondables, su agarre sobre la amiga más querida de Audrey era demasiado posesivo para pasarlo por alto.

El aire protector no era menos evidente.

—¿Cómo? ¿Qué? —tartamudeó ella, su conmoción era tan completa, que casi perdió el aliento.

Shona despertó en ese momento, sus ojos se abrieron desorbitadamente al ver a Audrey y luego el horror la embargó al darse cuenta de la realidad de sus circunstancias.

—¡Audrey! Yo… esto…

Audrey negó con la cabeza.

—Venid, nos bañaremos antes que el resto del torreón se levante y os olfatee de cerca.

Sea cuales fueran las explicaciones que Shona deseara hacer, podría hacerlas más tarde. Cuando ya no estuviera implicada en una indiscutible y desesperada posición comprometedora.

El corazón de Audrey sufría por su amiga aunque su cerebro girara a toda velocidad buscando formas de ayudar a la baronesa.

Shona asintió con la cabeza enérgicamente mientras el lobo fruncía el ceño con disgusto.

Aunque Audrey había esperado que el guerrero Faol hiciera su reclamo, estaba bastante sorprendida de que cuán rápido había establecido su lugar en la vida de Shona.

Según la amada madre muerta de Audrey, el vínculo de emparejamiento para un Chrechte era muy fuerte y contundente. Por otro lado su madre le había dicho, que *ella* nunca debía permitir convertirse en la *lehman* de un hombre casado.

Su posición como tal estaba en contra de las enseñanzas de su raza o así había insistido la madre de Audrey. Ella había compartido muy pocas de esas enseñanzas con sus hijos. Tanto Audrey como Thomas eran casi totalmente ignorantes de las costumbres de su gente.

La estupefacción de Audrey residía, sobre todo, en el hecho de que Shona hubiera dado la bienvenida a ese hombre… a *cualquier*

hombre… en su cama. Un humano, no estaba dirigido por los instintos del animal que compartía su naturaleza y que lo impulsaba a acudir a su compañero.

Al menos, eso era lo que Audrey siempre había creído. Nunca había notado que su padre fuera particularmente débil por el deseo hacia su madre o dadivoso en su preocupación por los hijos ingleses Chrechte que ella le había dado.

—Puede traer agua a tu recámara —le gruñó Caelis a Shona, ignorando totalmente a Audrey.

—No —le contradijo Audrey casi al instante, rechazando ser intimidada por el enorme Chrechte. Protegería la reputación de Shona aunque la baronesa no se preocupara por realizar la tarea—. Mi señora se bañará en el lago.

Al menos así Shona podría lavarse el olor de la semilla de este hombre. Aunque era improbable que fuera capaz de deshacerse de esta por completo.

Los humanos serían inconscientes del visitante nocturno de Shona, pero los lobos sabrían que Caelis había planteado alguna clase de reclamo.

Audrey le sonrió a Shona, intentando darle un mensaje de su propio y constante apoyo.

—Lady Abigail me habló de un lago cercano que es usado por las mujeres del clan.

No se preocupaba por cómo encontraría el lago. Los sentidos de su loba llevarían a Audrey al agua muy fácilmente.

—No te bañarás fuera de estos muros sólo con esta inglesa para cuidarte —

pronunció Caelis.

Aunque el lobo no hubiera dejado su marca en el cuello de Shona, su aire de posesión era tan fuerte como si lo hubiera hecho.

Shona se encogió de hombros, haciendo todo lo posible por esconder su incomodidad al salir de la cama tan desnuda como el día en que entró en este mundo, pero lo hizo y Audrey podría haberla aplaudido.

—Entonces puedes acompañarnos como nuestro protector.

Audrey frunció el ceño. No estaba segura que eso fuera una buena idea.

El guerrero abrió la boca para discutir y luego volvió a cerrarla sin pronunciar una palabra. Quizás se dio cuenta de que acababa de ganar una victoria con la obstinada Shona.

Audrey no era tan optimista.

—Viajamos por toda Inglaterra sin necesitar vuestra vigilancia. No necesitamos vuestra presencia en nuestro paseo matinal al lago Sinclair.

—¿Arriesgarías la seguridad de tu señora? —preguntó él, hablando por primera vez a Audrey.

—No existe riesgo alguno.

—Eres ingenua si crees eso. —Ella había sido acusada de cosas semejantes más de una vez. Y eso nunca la hacía sonreír.

—No soy tan ingenua para creer que *vos* veláis por los mejores intereses de mi señora.

—No te corresponde a *ti* emitir esos juicios.

—¿No lo creéis así?

—Basta. —Shona se había puesto una camisola y un manto, el mismo que lady Abigail le había ofrecido el día anterior. Audrey se sentía sorprendida de que Shona decidiera vestirse por completo la noche anterior en vez de usar esto. ¿Pero quizás no lo había visto?

—Ya le he dicho a Caelis que puede acompañarnos como guardián, Audrey.

Esperaré también a Thomas. Sabes que si hubiera podido elegir en las últimas semanas, no habría permitido que la protección de mis niños dependiera sólo de nuestro pequeño grupo.

Audrey no lo podía negar y la culpa la atacó.

—Lo sé.

Caelis agitó la mano hacia Audrey imperiosamente.

—Espera en el pasillo a que nos reunamos contigo.

—No lo haré. —Él podía haber puesto en peligro la virtud de la otra mujer más allá de cualquier redención, pero esa mañana la reputación o inocencia de Shona no sufriría ningún perjuicio más.

—No le hables de esa forma —dijo Shona bruscamente antes que Audrey o Caelis pudieran decir algo más—. Es mi amiga, no mi criada y si quieres acompañarnos tratarás a Audrey con el respeto debido.

Para su suprema sorpresa, el irritable guerrero inclinó la cabeza hacia Audrey.

—Perdona mi ofensa. ¿Por favor, podrías esperar en el pasillo?

—No.

Él la fulminó con la mirada.

Audrey se cruzó de brazos y le devolvió el ceño fruncido a Caelis.

—No voy a violarla… otra vez. —La diablura en sus ojos le anticipó lo que venía—

. Al menos, no en este momento.

El contundente sonido de un fuerte golpe contra la piel llegó un segundo antes que la mueca de dolor de Caelis. Él miró sobre su hombro hacia Shona.

—¿Por qué fue eso?

La querida y dulce Shona, que no tenía un hueso violento en su delicado cuerpo humano, o así siempre lo había creído Audrey —aparte de su única amenaza desesperada al fallecido barón—, echó el brazo hacia atrás y le dio un contundente puñetazo a la mandíbula de Caelis.

—No soy ninguna mujerzuela para que hables de esa forma. Si tus palabras de anoche fueron verdad, entonces soy algo muy importante para ti. Nunca restes importancia a los privilegios que te he dado en contra de mi buen juicio. Lo hiciste una vez y estuviste cerca de destruir mi vida y la de nuestro hijo en el proceso. No volveré a permitirlo. ¿Me oyes?

—Creo que sir Percival os ha escuchado claramente allá en Inglaterra —dijo Thomas en la entrada, Marjory y Eadan estaban a su lado

observando el intercambio con ojos muy abiertos.

—Mamá, le has pegado al hombre agradable. No es agradable golpear. Tú lo dijiste —le reprochó Marjory a su madre.

En otro momento, Audrey habría encontrado divertido el intercambio. En esos instantes, le preocupaba lo que Shona pudiera decir en respuesta.

Shona, claramente más allá de toda razón o precaución le lanzó una mirada viperina al guerrero, Caelis debía estar muy alegre de que no existieran tales cosas como cambiaformas serpientes.

—Él *no* es un hombre agradable. ¡Es un soldado MacLeod arrogante, lengua larga e inútil!

Marjory y Eadan contemplaron a su madre como si le hubieran crecido suficientes cabezas para convertirse en la Hidra de la mitología. Audrey no los culpaba. Nunca habían visto a su madre trastornada de esta forma.

Ni siquiera cuando enterró a su padre y vivió aterrorizada por la vida de su hijo.

Durante todo ese tiempo, Caelis había permanecido ligeramente divertido, incluso durante el puñetazo sorprendentemente bien dirigido a su mandíbula, pero cuando Shona lo llamó *inútil*, hizo una mueca de dolor y su expresión se convirtió en una de tal abatimiento que Audrey casi se compadeció de él.

—¡Mamá! —protestó Marjory, recobrando los sentidos y sin mostrar su timidez habitual.

Pero ciertamente ese lado de su naturaleza raramente se interponía entre Marjory y su madre, la niña no tenía dudas de cuánto la adoraba la mujer antaño escocesa.

Shona se dio la vuelta para mirar a Marjory.

—¿Por qué crees que es tan agradable? —preguntó con evidente desconcierto.

Marjory se encogió de hombros. Se soltó de Thomas, cruzó el cuarto y se detuvo cerca de Caelis, quien estaba sentado en la cama con la parte inferior de su cuerpo cubierto por la ropa de cama.

La niña tomó la gran mano del guerrero con la diminuta de ella.

—No sé, mamá. Pero lo sé. Él es *agradable*. No como Percy. No deberías golpearlo.

Los ojos de Shona brillaron con lágrimas contenidas, pero pudo conjurar una sonrisa para su hija.

—Me alegra que pienses así de él. Quizás un día tu mamá también lo vea de esa forma.

—Tienes que hacerlo, mamá. —La desesperación en la voz de Eadan era difícil de oír—. O no podremos ser una familia.

La descorazonada expresión que cubrió las facciones de Shona decía que no estaba tan segura de ello como su hijo. Por su parte, Audrey tampoco lo estaba.

Si Caelis presionara el asunto, Shona tendría poco que objetar. En particular después de haberle dejado entrar en su cama otra vez.

Audrey sacudió la cabeza ante el apuro de su amiga. Pero no sabía cómo solucionarlo.

—Venid, todos nos bañaremos en el lago.

—¿Tenemos? —preguntaron Eadan y Thomas al mismo tiempo.

Audrey sintió una reconfortante burbuja de risa en su interior. En ocasiones su hermano era tan infantil.

Shona respondió por Audrey con un firme:

—Sí.

Caelis fue a levantarse y Shona se movió con una velocidad que Audrey desconocía que fuera posible para los humanos.

—¿Qué haces? —demandó Shona.

—Acompañaros al lago.

—No puedes levantarte desnudo de la cama delante de Audrey y los niños. —

Probablemente Shona dejó fuera de la lista a Thomas porque la modestia entre los guerreros era casi inexistente.

En particular entre los Highlanders, donde aquellos con una disposición más barbárica todavía entraban en batalla con nada más que pintura de guerra cubriendo sus rostros y cuerpos.

—¿Por qué no? Tú lo hiciste —indicó él con un tono razonable que Audrey no creyó ni por un segundo.

Él no estaba chiflado, no importaba cuanto lo pretendiera.

—Esto es diferente.

—Aye, pero cuando le pedí que se fuera, te enfadaste mucho conmigo.

—No lo pediste, ordenaste.

Caelis se encogió de hombros, mostrando que para él pedir y ordenar eran lo mismo.

—No recuerdo que fueras un hombre tan molesto.

—Era de esperar. Hace seis años, tampoco me considerabas inútil.

Capítulo 8

Escucha los instintos de tu bestia. No te llevará por sendas equivocadas tal como hará las palabras de un hombre artero.

—PROVERBIO FAOL

Fue el turno de Shona de hacer una mueca de dolor, aunque Audrey se sintió contenta de que la baronesa no se disculpara por sus anteriores palabras.

Ella simplemente agarró el plaid de su compañero de donde este había estado tirado y se lo lanzó a Caelis.

—Cúbrete decentemente.

—¿Mamá?

—¿Sí, Eadan? —respondió Shona, sonando agobiada.

—¿Tú no crees que *pa* sea un hombre agradable, verdad?

Shona detuvo su agitada recogida de ropa en la habitación. Antes de que los niños y Thomas llegaran, había logrado ponerse su camisola y envolverse con la manta prestada, pero el vestido que se pondría después de bañarse estaba en sus brazos.

Shona bajó la mirada hacia su hijo, deseando claramente encontrar una forma de responder francamente a su pregunta.

—Hubo un tiempo en que creí que era alguien muy amable.

—¿Pero ahora ya no? —insistió Eadan.

—Resultó ser despiadado en una ocasión importante.

No había duda de que esa era la forma en que Shona terminó embarazada y sola en Inglaterra, pensó Audrey.

—A veces un hombre tiene que ser despiadado por el bien de su

familia —dijo Eadan, citando a su abuelo recientemente fallecido.

Audrey sabía que Shona no se sentía muy inclinada a esa forma de sentir en particular, aunque raramente contradijera a su padre en algo.

—En este caso, fue por su propio bien y no el de su familia. Nos quedamos solos para valernos por nuestros propios medios —dijo Shona con reacia honestidad.

La honestidad no sorprendió a Audrey. A pesar de que protegía a sus hijos de las vicisitudes del mundo tanto como le era posible, Shona no tenía el hábito de mentir a Eadan o Marjory.

Audrey no entendió el destello de triunfo en los ojos de Caelis hasta que él dijo:

—Así que admites que sois mi familia —mientras sujetaba el lazo de cuero que sostendría su kilt en su lugar.

En vez de concentrarse en el hecho totalmente evidente de que Shona no confiaba en él, clamaba la victoria en sus palabras. Audrey podía ver ahora que Shona tendría que ser sumamente cautelosa en su trato con ese astuto Faol.

Muy disgustada, Shona se apartó deliberadamente de Caelis, enfrentando a su hijo sin ambages.

—Dijiste que has tenido muchos sueños sobre él.

—Sí, mamá.

—¿Y en tus sueños, qué clase de hombre era?

Esa era la Shona que Audrey conocía y admiraba tanto. Una mujer que respetaba a sus hijos aun cuando los demás dijeran que estos debían ser raramente vistos y nunca escuchados.

—En mis sueños es un hombre bueno, mamá. Nos cuida y protege de Percival y de otros hombres malos que nos quieren causar daño.

—Me complace escucharlo.

Eadan asintió con la cabeza.

—Creo que él lo lamenta, mamá. Sea lo que fuera que haya hecho antes.

Las facciones de Shona se endurecieron.

—El tiempo lo dirá, Eadan.

—Abuelito también solía decir eso.

—Aye, lo hacía. —La pena cubrió el rostro de la baronesa durante un breve momento.

—Él era un buen hombre.

Eadan asintió, aunque no dijo nada más. Había amado a su abuelo, pero incluso el muchachito había notado cómo el anciano trataba a sus nietos de forma tan diferente a su única hija.

La desilusión había atenuado el amor que el padre de Shona sentía por ella durante todo el tiempo en que Audrey conoció al obstinado escocés.

—No le contaste a tu madre sobre tus sueños —dijo Audrey, para alejar las mentes del niño y la mujer lejos de donde moraban en esos momentos.

Eadan se encogió de hombros.

—Ella no creía en ellos.

—Lo siento. —Shona lanzó una mirada de soslayo al guerrero que se le había acercado demasiado para ser apropiado—. Me he dado cuenta de que muchas cosas que creí imposible, de hecho, son ciertas.

¿Caelis le había contado a Shona sobre su naturaleza Faol? Audrey no lo creía, no por la forma en que Shona siempre le respondía a Thomas y a ella. ¿Además, acaso el lobo no esperaría hasta estar seguro de la lealtad de la mujer humana antes de arriesgarse a hacer semejante revelación?

Al haber crecido sin una manada, existía mucho sobre el estilo de vida de los Chrechte que Audrey y Thomas desconocían, pero su madre fue sumamente insistente en una cosa.

Contar su secreto era traicionar a todos sus hermanos lobos tanto como a ellos mismos.

*

*

En el camino al lago, Eadan gritó con excitación.

— *¡Mira!* Un águila.

La mirada de Caelis se dirigió a las alturas y un ceño deformó sus facciones.

Entonces hizo algo completamente inesperado para un guerrero tan serio.

Él le gritó al águila como si le estuviera reprendiendo a un niño travieso.

—¡Vete!

Y aún más sorprendentemente, el águila chilló como si le diera una desafiante respuesta. De pronto el ave se abatió en picada desde el cielo, para gran placer de Marjory y Eadan, la punta de una majestuosa ala rozó la coronilla de la cabeza de Audrey antes que el noble pájaro volviera a elevarse sobre ellos.

La amiga de Shona parecía aturdida.

—Qué ave tan hermosa.

—Estoy seguro que le gustará escucharte decirlo —dijo Caelis con un gruñido.

Shona no podía entender la actitud del guerrero.

Aparentemente, tampoco Audrey, quien sacudió la cabeza.

—No seáis tonto. Incluso un ave regia como esa no tiene razón para apreciar mi admiración.

—Te sorprenderías —contestó Caelis enigmáticamente.

El águila los siguió al agua, realizando un patrón circular en el cielo sobre el lago.

—Será mejor que mantengas los ojos lejos de mi compañera —dijo Caelis en voz alta.

Algo totalmente descabellado desde la perspectiva de Shona.

—Es un ave. Me importa mucho más que *tú* te mantengas de espaldas.

Caelis abrió la boca y ella supo que iba decir algo sobre haber visto ya todo lo que debía ver.

La mirada de advertencia que Shona le lanzó debía haber funcionado, porque el cambiaforma cerró de golpe la boca y le dio la espalda para que ella y Audrey pudieran preparar a los niños y desnudarse para el baño.

—Soy demasiado grande para bañarme con las mujeres —anunció Eadan, caminando fuera del alcance de su madre.

Shona se sentía cautivada. No lo podía evitar. Era madre y este signo de independencia de su hijo, pese a los trastornos de su vida, trajo una genuina sonrisa a sus labios.

—Tiene razón —concordó Caelis, añadiendo que Eadan tenía la edad para comenzar su entrenamiento.

Shona *no* se sentía tan cautivada por esa afirmación en particular. Su antiguo amante fue demandante cuando se atrevió a señalarle que aunque Marjory sólo tenía tres años ya estaba aprendiendo a coser.

Ella no pudo evitar preguntarse dónde había adquirido él ese conocimiento. Por lo visto, el tiempo durante el que había dormido ayer fue sumamente productivo para Caelis en su afán de llegar a conocer a los niños que con tanto ahínco deseaba reclamar.

—Esa es una comparación ridícula —discutió Shona.

—Thomas no comenzó a entrenarse hasta que tuvo doce años —añadió Audrey.

—Y nunca alcancé a entrenarme por completo. —La voz de Thomas estaba teñida por la tristeza que le causaba la descuidada forma en que su padre había manejado su educación antes de expulsarlos a Audrey y a él de su hogar.

Él miraba a Caelis con admiración y algo de envidia.

—Has tratado bien a mi hijo, le has enseñado a montar y prestado

atención al conocimiento que le proporcionan sus sentidos.

Thomas se puso de un rojo vivo y la admiración se transformó en auténtica adoración al héroe.

Entre la forma en que Thomas miraba a Caelis y la actitud de Eadan, no había duda de que el hijo de Shona y su joven amigo estaban completamente hechizados por el duro guerrero.

Y como Shona encontraba ligeramente seductoras la atención de Caelis hacia Eadan y su brusca bondad por Thomas, a duras penas podría quejarse de ese hecho.

Sin otra palabra procedió a realizar el baño separado, ayudando a Marjory a entrar en el agua y realizando juegos de natación con su hija para que se acostumbrara a las frías temperaturas.

Su mirada se deslizó hacia los hombres cuando Audrey se llevó a Marjory, así que no se perdió el momento en que Caelis alzó a Eadan sobre sus hombros. El corazón de Shona se le estrujó en el pecho.

El barón no había sido un hombre amable o expresivo y si iban al caso, ni le había interesado ayudar a que Eadan o Thomas aprendieran algo.

Pensando en las grandes vueltas que su vida había tomado en menos de un día, hizo todo lo posible por eliminar de su piel el aroma de su acto de amor mientras que Audrey lavaba el cabello de Marjory. Shona ya no estaba tan segura de querer negar el reclamo de Caelis sobre ella, pero no tenía ningún deseo de que sus actividades de la noche anterior fueran anunciadas a todo el mundo sin excepción.

No por él, tal como lo había hecho con Audrey y no por su aroma, no importaba cuánto lo deseara su lobo.

—Aquí tenéis, usad esto. —Audrey le entregó a Shona la barra de jabón de lavanda que habían traído desde Inglaterra.

Shona tomó el jabón, preguntándose si Audrey habría notado esa mañana el aroma de su acto de amor en la recámara.

—Gracias.

Nada más se dijo mientras las dos mujeres lavaban el pelo de la otra. Marjory jugaba en una poza poco profunda con un pequeño pato que Thomas había esculpido para ella.

En cierto momento, el águila cayó en picada otra vez, en esta ocasión tocando con la punta del ala el hombro desnudo de Audrey. Ella se rio y ahuyentó al ave de rapiña como lo haría con un conejito en un huerto de zanahorias.

Caelis gruñó, el sonido era completamente amenazante, aunque no se había dado la vuelta. Así que ella no podía entender cómo se había enterado de la breve visita

del águila. Se olvidó de esto cuando Audrey y ella se aclararon el jabón y la arena del fondo del lago que habían usado para lavar su cabello.

—Esta mañana me sorprendí cuando encontré a Caelis en vuestra cama —dijo Audrey con vacilación mientras Shona y ella escurrían el agua de su cabello. Su tono invitaba a la confidencia sin una pizca de juicio.

Sin embargo, un rubor de vergüenza calentó la piel de Shona a pesar de la frialdad del agua del lago.

—Montaba guardia fuera de mi puerta cuando desperté y fui a buscar a los niños.

Lo cual no explicaba cómo había terminado el hombre en su cama. Ella no podía explicárselo a sí misma, o el hecho de haber deseado que él se quedara después de haber compartido sus cuerpos y sus pasiones.

—Debería haber permanecido con vos anoche, pero Marjory quiso el consuelo de mi presencia. —La voz de Audrey estaba teñida con profunda pena y autocensura.

—Mi virtud no es responsabilidad tuya —declaró Shona, encontrando doloroso reconocer cuánto se había permitido arriesgar su buen nombre.

— *Sois* una mujer virtuosa —dijo Audrey, como si supiera con exactitud lo que Shona estaba pensando—. Sea lo que fuera que haya sucedido hace pocas horas no cambia eso.

—Sabes que esa no es la forma en que el resto del mundo piensa.

—El resto del mundo puede irse a donde mejor le parezca —dijo Audrey con más malicia de la que Shona hubiera escuchado jamás en la voz de su joven amiga—. Sois la única quien nos ha tratado a

Thomas y a mí como personas valiosas. Nos habéis confiado a vuestros hijos, pero aún más importante, nos habéis extendido una mano amiga desde el primer día en que llegamos a la baronía.

—Comprendo lo que es ser tratada como menos. —El embarazo de Shona la había hecho menos a los ojos de sus padres.

Y a pesar de cuan complaciente encontraba su figura femenina, su difunto marido se había creído superior debido al prestigio de su nacionalidad inglesa y la diferencia elemental de que él era un hombre y ella una mujer. Además de no permitirle olvidar nunca que no había acudido virgen a su cama.

Y en una ocasión ella le recordó que no habría acudido a su cama por nada del mundo si lo hubiera sido. Esto había precipitado una de las pocas veces en que le había pegado.

—¿Permitisteis entrar a Caelis porque no tuvisteis otra opción? —preguntó Audrey con una voz calmada mientras lanzaba una rápida mirada a la espalda del imponente guerrero.

Shona sabía que la hermana de su corazón no le estaba preguntando sobre el vínculo de auténticos compañeros. ¿Cómo podría hacerlo? Audrey ignoraba por completo el extraño mundo del que ella acaba de enterarse la noche anterior.

No, Audrey deseaba saber si Caelis la había forzado. Y Shona podía entender por qué la otra mujer preguntaría algo así.

Independientemente de lo que Caelis pudiera ser, el hombre que la había rechazado y que ahora proclamaba su deseo de conservarla, él no era ningún violador.

—No.

—¿Estáis segura? —Audrey encontró la mirada de Shona, su mirada azul estaba llana de una absoluta seriedad.

—Estoy segura. —Shona casi lamentó no poder responder afirmativamente.

Estaba claro que Audrey no podría concebir ninguna otra razón para el imprudente comportamiento de Shona—. Él no me forzó.

Audrey suspiró, el alivio era notorio en su mirada, aunque su confusión no disminuyó.

—Me alegro.

Shona lanzó una mirada hacia dónde su hija continuaba jugando, inconsciente de la discusión de los adultos.

De pronto Audrey alzó la cabeza bruscamente y dirigió su mirada hacia dónde los hombres estaban de espaldas a ellas. La mirada de Shona siguió la de su amiga y vio cómo la postura de Caelis se había vuelto rígida, y una fría cólera manaba en olas de él.

¿Thomas había dicho algo que ofendiera al gigantesco guerrero?

Pensaba que su amigo era más inteligente para hacer algo semejante. Por el lado del rostro que ella podía ver, Thomas parecía casi horrorizado.

Eadan jugaba entre los arbustos, pretendiendo cazar e ignorándolos a todos.

O eso esperaba Shona. Por la manera en que su hijo escuchaba cosas que ella creía imposibles, no lo quería escuchando a hurtadillas *esta* conversación.

Entonces la verdad la golpeó. Caelis había escuchado las preguntas de Audrey y se sentía mortalmente ofendido. Pero también debía haber escuchado las respuestas de Shona. ¿Entonces por qué estaba enfadado?

¿Su orgullo viril le hacía sentirse ofendido de que siquiera Audrey hubiera hecho esas preguntas? ¿Creía que Shona no había sido suficientemente enérgica en sus negativas?

Sea cual fuera su razonamiento, el cambiaforma tendría que aceptarlo junto con el hecho de que tanto Audrey como Thomas se sentían protectores con Shona. Como ella con ellos.

Eran su familia, aunque no lo fueran por nacimiento.

Audrey dejó de observar a Caelis y volvió su atención a Shona.

—No entiendo. —De nuevo, no había censura en su voz, sólo perplejidad.

Lamentablemente, Shona no podía ayudar a su amiga a entender algo que ella misma encontraba tan difícil de entender.

—No lo puedo explicar.

Su amiga probablemente encontraba la verdad no más apetecible que Shona.

—Te hizo mucho daño, te abandonó con un hijo.

—No lo sabía.

—¿Cómo puede ser eso?

—No es tan difícil.

Audrey no parecía muy convencida.

—Le entregasteis el regalo de vuestra inocencia.

—¿Estás tan segura? Quizás era una ramera, que compartía mi cuerpo aquí, allá y por doquier —contestó Shona amargamente, recordando algunas de las palabras más crueles de su madre.

Audrey se rio, el sonido viajó por el tenso y silente aire del lago.

—No sois más ramera que yo.

— *Tú* aún eres inocente.

—Vos también, de pecado.

—Ah no; yo me entregué a él. Ni siquiera estábamos prometidos. —Aunque ella hubiera creído que esto sólo era una mera formalidad, creyó en sus promesas de un futuro.

—Lo amabais.

—Más de lo que jamás deseo amar a *cualquier hombre* otra vez.

Audrey asintió con la cabeza.

—Mi madre amó a mi padre y esto sólo le trajo dolor.

—Tu padre es un hombre estúpido y egoísta, demasiado banal. —Cualquiera que vendiera a sus propios hijos como siervos sólo para librarse de su presencia no merecía el don de la paternidad.

El hombre era un barón menor, pero aun así un noble con extensas posesiones de tierras. No había tenido necesidad de las monedas que Henry le había pagado por el privilegio de traer a Audrey y Thomas a su casa como siervos de alto rango.

Después, cuando la risa y el chapoteo sonaron en el lago mientras que Caelis y Thomas jugaban en el agua con Eadan, Shona pensó que tal vez algunos hombres *deberían* tener una segunda oportunidad en la paternidad.

—Él no ha reído de esa forma desde antes de que vuestro padre falleciera —

comentó Audrey a la par que trenzaba el cabello de Marjory.

—Eadan siempre ha disfrutado de la compañía de su tío Thomas. —Henry se había enfadado mucho cuando Shona otorgó a Thomas y a Audrey los títulos honorarios de tío y tía.

Su insistencia de que eran meros sirvientes sólo había espoleado a Shona a continuar con la práctica.

Audrey sólo sacudió la cabeza.

—Oh, bien. ¿Deseas que admita que Eadan está muchísimo mejor de lo que estaba con su padre?

—Negarse a admitirlo no lo hará menos cierto.

—Lo sé. —Shona suspiró cuando terminó de peinar su propia trenza, dejándola descansar sobre su seno izquierdo.

La trenza no domaría sus rizos por completo, pero ayudaría a mantenerlos manejables. Henry siempre había dicho que su cabello era su gloria e insistía que lo dejara suelto sólo con una delgada diadema de oro en la cabeza.

Había estado de moda, pero no era práctico. Al anciano no le había importado que los puños de bebé de Marjory se enredaran en los largos mechones rojos, o que la harina de las cocinas inevitablemente terminara por decorar las puntas cuando hacía pan.

Él le había dicho que la cocinera podía atender las necesidades del torreón, pero el hombre había sido un avaro en áreas no fácilmente visibles por sus caballeros o invitados. Se había negado a proveer la suficiente ayuda a la cocina para alimentar las bocas que vivían entre sus paredes.

Por supuesto Shona había tenido que ayudar. Sobre todo porque su propia madre había sido la cocinera hasta su muerte.

—Otra vez tenéis esa mirada.

—¿Qué mirada es esa? —preguntó Shona a Audrey.

—Tristeza.

No había razón para negar la verdad.

—Estaba pensando en mi madre.

—Era una buena mujer, pero ni la mitad de amable que la hija. —Ese era un sentimiento dulce, aunque no completamente verdadero.

Antes de la desgracia de Shona, su madre le había mostrado a su hija y a los demás una gran cantidad de bondad.

El que su esposo perdiera su posición como senescal para el MacLeod, su traslado a Inglaterra (una tierra que su madre siempre odió) y luego el saber que su hija esperaba un hijo fuera del matrimonio había sido demasiado para la anciana mujer escocesa.

Pero no le dijo nada de eso a Audrey, el tema de su vida antes de Inglaterra era uno del que Shona siempre había sido reacia a hablar. Si bien la misma razón de ese hábito estaba jugando en esos momentos en el agua con su hijo, encontraba difícil romperlo pese a todo.

Los hombres dejaron el agua, llevando con ellos a Eadan detrás de unos arbustos para conservar la modestia femenina mientras se vestían.

Su hijo salió del follaje vestido con un kilt de niño con los colores de los MacLeod.

Shona no sabía dónde había conseguido Caelis el pequeño plaid, pero no le causaba alegría ver a su hijo vestido de esa guisa. En realidad, el reclamo silencioso del gran guerrero provocó que una ráfaga de estremecido temor descendiera por su columna.

En ese momento, Eadan se veía sin lugar a dudas como el hijo de Caelis, con nada que señalara que una baronesa inglesa era su madre.

Abrió la boca para protestar, pero fue interrumpida por Marjory quien tiraba de la falda de su pesado vestido verde de terciopelo.

—¿Madre?

—¿Sí, amor?

—No quiero montar a caballo hoy.

Audrey y Shona compartieron una mirada de conmiseración.

En honor a la verdad, Shona no sabía lo que el día depararía, pero por lo menos creía que la generosidad del laird Sinclair podría extenderse a otra noche de alojamiento.

—Por hoy nos quedaremos aquí.

—¿Lo prometes? —preguntó Marjory con tanta esperanza que Shona tuvo que esconder una mueca de dolor.

Su pobre hija estaba cansada de las aventuras de viajar. Y sin duda, Eadan también. Ningún niño estaba acostumbrado a pasar tantas horas sin jugar, mucho menos en una silla.

Y aunque dormir en el suelo bajo las estrellas había sido una aventura el primer par de noches, pronto se volvió menos encantador, hasta para los pequeñitos. Pero Shona no había tenido otra opción salvo que avanzar en su penosa travesía.

Necesitaba poner la mayor distancia posible entre ellos y cualquier soldado que Percival pudiera haber enviado tras ellos.

—¿Crees que podamos vivir aquí? —preguntó Marjory ingenuamente.

—Lo siento mi amor, pero nuestra familia está en la isla Balmoral.

—¿Todavía tienes esa loca idea de viajar hasta allí? —preguntó Caelis, su voz estaba teñida de reproche.

—Mis planes no son ideas locas en absoluto. —Y eso era todo lo que le diría al enorme guerrero—. ¿Estáis listos para volver al torreón?

Era evidente que lo estaban. Thomas vestía una vez más su traje tradicional inglés y Caelis se había puesto de nuevo su plaid, de su cabello aún goteaban riachuelos de agua hasta su pecho y espalda. Sin haber hecho un mejor trabajo de secado, Eadan estaba de pie entre los dos hombres viéndose como una versión en miniatura del guerrero Chrechte.

—No me opondría a que nos quedáramos aquí durante un corto tiempo —dijo Thomas, sonando tan esperanzado como los niños—. El Sinclair dijo que podía entrenar con sus Chrechte, sus guerreros de

élite.

Shona no se perdió el intento de Thomas de explicar que los Chrechte eran guerreros de élite. Como otras personas en su antiguo clan habían hecho cuando vivió entre ellos, pero después de la noche anterior, Shona sabía exactamente qué eran los Chrechte.

Podrían ser guerreros de élite, pero esto se debía a que compartían su naturaleza con una bestia.

Ella contempló a Thomas, el joven que había ido a vivir a su hogar cuando todavía era un desgarbado muchachito de catorce años. Ella había sido sólo unos cuantos años mayor, pero décadas más sabia en las maneras del mundo.

Si este muchacho podía ser entrenado con los Chrechte, sólo podía significar una cosa.

—Tú también tienes un lobo —susurró ella, apenas fue capaz de que las palabras salieran a través de la estrechez en su garganta.

Y si Thomas, el tío honorario de sus hijos y alguien casi tan cercano a un hermano para Shona, era un cambiaformas... eso significaba que su más querida amiga, la verdadera hermana de su corazón, Audrey, también lo era.

Y en todos esos años, ninguno había dicho nada.

Capítulo 9

Una madre, aunque sea de la más delicada naturaleza,

permitirá que su bestia emerja con tal de proteger a su hijo.

—SABRINE DE LOS DONEGAL

—¿Lobo? No sé qué queréis decir. —Thomas era un mentiroso muy malo, Shona debería sentirse maravillada por la habilidad de Thomas y Audrey para mantener su secreto durante todos esos años.

—Dejad de fingir. Caelis me lo contó. Me lo *mostró* —enfatizó ella, para que no hubiera espacio para la duda.

—¿Os mostró? —preguntó Thomas, claramente sobresaltado—. Pero es un macho y no hay luna llena.

—Ganamos el control de nuestro cambio una vez que participamos en ciertos actos —dijo Caelis con una mirada significativa hacia los niños.

Shona no tenía idea a lo que se refería, pero Thomas pareció entenderlo bien porque asintió con la cabeza y luego se sonrojó vívidamente.

—¿Pero tú eres un lobo blanco, no es así? —preguntó Caelis.

Thomas asintió vacilante.

Caelis miró a Audrey, quien lo confirmó con más convicción.

—Entonces deberías tener el control sobre tu cambio. Es algo propio de tu lobo.

Otros no tienen tanta suerte.

—Puedo evitar cambiar con la luna llena —dijo Thomas—. Madre nos enseñó.

—Si puedes evitar el cambio, también puedes iniciarlo.

—¿Puedo? —preguntó Thomas, sus ojos brillaron con placer ante el

pensamiento.

—Aye.

—¿Me enseñaríais cómo?

Caelis movió concisamente la cabeza en señal de afirmación.

Los ojos de Thomas brillaron con tal adoración hacia su héroe, que en otras circunstancias habría hecho que una sonrisa engalanara las facciones de Shona. Pero el entumecimiento sustituía a sus emociones magulladas por tantos golpes.

—¿Sabías sobre Eadan? —le preguntó Shona a Audrey, con voz tirante.

Aunque se sintiera distanciada del dolor de quizás otra traición, este perforaba su corazón y se hacía evidente en sí mismo.

El rostro de Audrey se contrajo y Shona consiguió su respuesta.

No sólo eran Chrechte, sino que sabían que su hijo también lo era.

Durante cinco años, Audrey y Thomas conocieron gran parte del vergonzoso secreto de Shona.

Siempre fueron conscientes de que su esposo no era el padre de su hijo, y aún así habían mantenido sus propios secretos sin delatar su verdad.

Le habían ocultado a *ella* la auténtica naturaleza de su hijo.

—¿Cómo? ¿Cómo lo supiste?

¿Tendría algo que ver con cómo olía su hijo para ellos? Él siempre hablaba de ser capaz de oler su tristeza o una mentira cuando ella intentaba protegerlo de la verdad.

—Vuestro padre…

—¿Mi padre lo sabía? —gritó Shona, la herida rápidamente se extendió a todo su ser—. ¿Cómo? ¿Por qué?

Ella miró de modo acusador a Caelis.

—¿Se lo dijiste a él y no a mí?

—Nay. No sé cómo se enteró tu padre de nuestro secreto, pero no fue por mí.

Shona no entendió la preocupación en el rostro de Caelis. Aunque nada tuviera mucho sentido en esos momentos. Las dos personas que siempre creyó que nunca la engañarían intencionalmente lo habían hecho durante los últimos cinco años.

Revelación tras revelación iba desplegándose en su mente atormentada. Sus amigos más queridos, aquellos en quien más confiaba habían demostrado a todas luces que no confiaban en *ella*. Aún más, que no eran personas en las que pudiera confiar. Le habían mentido y ocultado la naturaleza de su hijo.

Ese era el hecho más difícil de aceptar. Bueno, casi.

El que su padre lo hubiera sabido era devastador, pero no tan difícil de comprender. Él había mostrado una falta de respeto a su felicidad demasiadas veces

para que ella continuara pretendiendo que incluso en lo hondo de su corazón la seguía amando, a pesar del severo juicio a sus acciones.

Él sabía sobre la naturaleza de Caelis, pero ella no. Si creía en la palabra de Caelis de no ser quien le contó a su padre sobre su naturaleza lobuna, entonces su *pa* debía haberlo averiguado de alguna otra forma.

Pero como antiguo senescal del clan, su *pa* habría tenido acceso a muchos secretos, aunque como humano fuera considerado mucho menos importante que otros.

Su propio padre había sido consciente del linaje de su hijo y lo que esto significaba, y no la creyó digna de saberlo también.

¿Habría creído que se merecía el destino que él arregló para ella, el de casarse con un hombre que tenía la edad para ser su abuelo?

—Él sabía… —Apenas podía comprender el nivel de traición que aporreaba en su corazón ya maltrecho como el yunque de un herrero —. Si sabía de la existencia de los Chrechte, entonces sabía lo que mi embarazo significaba. Sabía que era tu auténtica compañera y aun así me obligó a casarme con el barón.

Decir las palabras en voz alta no las hacía más fáciles de creer o soportar.

—¿Tu padre te obligó a casarte?

—¿Crees que deseaba las caricias de otro hombre? ¿Crees que deseaba que otro hombre controlara mi vida después de que tú me usaste y descartaste? —La pena que manaba de ella hizo que su gaélico fuera estridente y balbuceante Su hijo emitió un sonido de angustia y la culpa embargó a Shona. Nunca había pretendido ser perfecta ante los ojos de sus hijos, pero siempre, *siempre* había intentado protegerlos de su aflicción.

El permitirles ver su molestia hasta este grado era una señal de los grandes estragos que habían causado en ella las últimas semanas. Sus hijos no tenían culpa del dolor que la acorralaba y no permitiría que pagaran el precio de su propio error por volver a confiar imprudentemente.

Usando cada pizca de su coraje y voluntad, hizo retroceder sus sentimientos de traición y se dio la vuelta hacia su hijo con una sonrisa en el semblante.

—Todo está bien, Eadan.

—¿Todavía me amas, mami?

—¿Qué? Por supuesto que te amo. —Y aunque él tuviera ya cinco años, atrajo a su hijo a un abrazo feroz—. Te amo más que a mi propia vida y siempre lo haré, te lo prometo.

—Un día, seré un lobo —susurró contra su clavícula, los pequeños brazos del niño rodeaban con fuerza el cuello de su madre—. Mis sueños me lo mostraron. Seré como mi *pa*.

—Lo sé. —Profundamente en su interior, donde la verdad residía, lo sabía—. Serás un lobo asombroso.

Él retrocedió, estudiando su rostro como si probara la veracidad de sus palabras.

—Te estoy diciendo la verdad. ¿No puedes olerlo? —se las ingenió para bromear.

Eadan asintió con la cabeza, su expresión fue de la incertidumbre a una auténtica sonrisa.

—No eres una loba. Ni lo es Marjory, pero eso está bien. *Pa*, Thomas y yo os protegeremos.

Shona no podía mirar a los hombres adultos sin llorar, así que mantuvo su total atención en su hijo.

—Gracias, pero hasta que seas más grande, yo seguiré protegiéndote a ti. ¿Está bien?

—Pronto seré más grande.

—Sí, estoy seguro de ello.

—Shona. —Esa era la voz de Audrey, suplicante y preocupada.

Shona no podía tratar con la traición de la otra mujer o lo que esto implicaba en esos precisos momentos.

—¿Volvemos al torreón y vemos que tiene lady Sinclair de desayuno para nosotros? —preguntó Shona a sus hijos con una sonrisa tan brillante como pudo lograr.

—Tengo hambre —anunció Marjory lastimeramente.

—Entonces nos aseguraremos de que comas. —Caelis se agachó y tomó a la niña en sus brazos—. Las cocineras de lady Sinclair hacen un delicioso y copioso pan de centeno.

—¿Tienen mantequilla? —preguntó Marjory, acariciando la mejilla de Caelis—.

Me gusta la mantequilla.

—Ah, aye.

—El laird provee bien a los suyos —dijo Thomas, con voz falsamente relajada, su tensión era notoria a pesar de sus intentos por disfrazarla.

—Así es. Dadivosamente. El Balmoral es igual.

El testimonio de la bondad del laird Balmoral no le causó a Shona el consuelo que le hubiera dado ayer.

—¿Y vuestro clan? —preguntó Thomas.

—Por lo general el laird está más interesado en formar un ejército que en alimentar a los suyos —dijo Caelis, desdeñosamente.

—¿Las cosas han empeorado entonces? —preguntó Shona, creyendo que no le haría daño hablar sobre algo que no tuviera que ver con las

nuevas traiciones en su vida.

Porque no había error, si su padre había sabido sobre los Chrechte, la madre de Shona también.

—Aye. Es mucho peor de lo que era cuando tu familia llamaba hogar al clan MacLeod. Quedan pocos humanos en el clan. Ellos se encargan de la marcha de las granjas, pero Uven espera mucho por nada.

—Siempre fue así.

—No vi eso.

—Como te negabas a ver la forma en que trataba a su hija. ¿Ella aún vive? —Hubo veces en que Shona creyó que la muchacha no sobreviviría al repugnante carácter de su padre.

—Aye. Se escapó y vino a estas tierras buscando refugio.

—¿Se lo concedieron?

—Aye.

—Por supuesto. ¿Es Chrechte, no es así?

—Nay. La primera esposa de Uven, su auténtica compañera, era humana.

—Igual que yo.

—Cuando un humano y un Chrechte se emparejan, los niños de su unión tienen tanta posibilidad de nacer totalmente humanos como Chrechte.

—¿De cualquier forma, si sabías esto sobre la primera esposa de Uven, cómo pudiste creer que no era tu auténtica compañera?

—No lo supe hasta mucho después.

¿Le creía? Shona no lo sabía. Demasiadas mentiras se habían extendido sobre ella con la dulzura característica de la verdad, dejándola expuesta a las bestias atraídas por su dulzor.

Shona tomó la mano de Eadan y comenzó su regreso al torreón.

—Me alegra que Mairi haya encontrado refugio. Quizás hasta pueda encontrar alegría aquí.

—Se ha emparejado, con un sanador Chrechte. En estos momentos se encuentran en la isla Balmoral. Se está entrenando con un anciano vidente del clan.

—¿Ella tiene la visión? —Shona siempre había creído en ese tipo de dones míticos.

Ahora sabía que algunos mitos tenían más de cierto de lo que siempre había creído.

—La tiene —confirmó Caelis.

—Y como la tiene Ciara —añadió Thomas con atípica timidez—. La hija del laird Sinclair. La conocisteis anoche.

—La recuerdo. —Mantener la cortesía con Thomas no era tarea fácil —. Ella cree que Eadan también la tiene.

Shona agarró con fuerza la mano de su Eadan, poco dispuesta a exponer su escepticismo en los sueños de su hijo como había hecho en el pasado.

—Entonces quizá pueda enseñarle a usar su don.

Eadan sonrió con extrema a alegría a Shona, haciendo que su intento por entender fuera digno de esfuerzo.

—Me ha dicho que los sueños son más fuertes cuando son sobre algo importante.

—Como sobre tu auténtico padre.

—Milord no habría aceptado a mi lobo —dijo Eadan con una sabiduría impropia para sus cinco años.

—Estoy seguro que tenéis razón… esconder tu auténtica naturaleza de vuestro padre es algo doloroso —dijo Thomas con voz apagada.

Shona lo miró de soslayo. Sus hombros estaban hundidos por el abatimiento.

Ella no pudo evitar que las palabras que salieron de su boca hablaran del amor que sentía por los amigos que la habían encontrado tan indigna de la verdad como sus propios padres.

—No hace ni media hora le dije a tu hermana que vuestro padre era un hombre estúpido y banal, indigno de vosotros dos.

Thomas sacudió la cabeza en reconocimiento, pero no dijo nada.

—No sabemos qué significa ser Chrechte aparte de mantener a nuestros lobos en el más estricto de los secretos —ofreció Audrey con voz quebrada por la emoción.

—Entonces es bueno que hayáis venido a las Highlands donde, por lo visto, abundan otros como vosotros. —El tono de Shona sonó plano, hasta para sus propios oídos.

Con otra extraña mirada de preocupación hacia Shona, Caelis se encogió de hombros.

—No abundantes, pero existen manadas en varios clanes.

—Como lo son muchos de los favoritos de Uven.

—El clan MacLeod es una excepción. Los lairds de ese clan se han preocupado por aumentar la población de Faol durante generaciones, desde que la primera manada se unió al clan. Uven se ha dedicado aún con más seriedad a esa labor que sus precursores.

—¿Por qué? —preguntó, sólo vagamente interesada en la respuesta.

Habían alcanzado al torreón y el ruido del gran salón le impidió escuchar la respuesta, si siquiera Caelis hiciera una.

Y a Shona no podía importarle menos. Demasiados pensamientos y emociones se enfrentaban por la supremacía en el interior de su cabeza y corazón, la cacofonía era tan grande dentro de ella, que el bullicioso gran salón parecía pacífico en comparación.

Recorriendo con la mirada las mesas de banquete llenas con soldados y otros miembros del clan desayunando, Shona no tenía esperanza de distinguir quienes eran Chrechte, y quienes eran como ella, humanos. Ni siquiera había sabido lo que era su hijo.

Ni siquiera estaba segura de que le importara que alguien de los muchos sentados allí fueran humanos o algo más. Los únicos que *habían* importado, los únicos que habría esperado que le revelaran este nuevo y extraño mundo, le habían negado ese conocimiento.

Incluso su propio hijo había sabido, a través de sus sueños, lo que era. Al menos, ella entendía completamente la negativa de Eadan a compartir ese conocimiento.

Shona había revelado inconscientemente su escepticismo a sus sueños. Y a diferencia de su padre, Eadan no tenía aún la capacidad de probarle sus fantásticas afirmaciones.

Parte de ella, esa chispa de amor maternal que nunca salía, estaba asombrada por la confianza de su hijo no sólo en sus sueños, sino en sí mismo. Eadan tenía la fe que Shona había perdido el día en que Caelis la repudió.

Ese día no había dejado de creer en la bondad de los demás, pero dejó de creer en sí misma. Shona no podía confiar en su propio juicio, ni sentirse absolutamente segura de su propia valía.

Deseaba creer que valía más que sólo ser usada y descartada, pero sus propios padres habían dejado claro que ante sus ojos era inferior. Y la persona a quien amó y confió sobre todas las demás la había traicionado de la manera más absoluta.

Quizás si lo suyo hubiera sido una aventura amorosa, Shona no habría dudado tan fuertemente de su propia valía. Pero Caelis y ella habían crecido juntos en el mismo clan.

Se enamoró de él a una edad tan tierna, que apenas podía recordar una época en que el sólo verlo no provocara el desbocado latir de su corazón.

Pero durante todo ese tiempo, él le había ocultado ese lado asombroso de sí mismo. Y su padre, quien conocía la verdad sobre los Chrechte, también.

Descubrir que las dos personas a las que había entregado su corazón, aparte de sus hijos, en esos últimos seis años también le habían ocultado ese secreto la hería tan profundamente, que la herida residía en su misma alma.

Todas las personas en su vida que deberían haberla considerado digna de confianza la habían juzgado deficiente.

A excepción de su hijo. Shona nunca culparía a su hijo por ocultarle su naturaleza ya que sus sueños habrían sido más un misterio que algo comprensible a un niñito de cinco años.

Pero sus amigos eran adultos, sus padres habían tenido la sabiduría de la edad y Caelis había sido su amado. Joven sí, pero no un niño.

Ni siquiera tan joven como Thomas lo era en esos momentos.

Y los tres —Caelis, Audrey y Thomas—, seguían lanzándole miradas de soslayo.

Buscando qué, ella no sabría decirlo. No tenía nada que darles.

Ni palabras de sabiduría, ni siquiera de condena. ¿Ciertamente no estarían buscando alguna clase de absolución?

Habían probado sin atisbo de duda que el respeto de Shona significaba menos para ellos que sus otras preocupaciones, sean las que fueran esas otras preocupaciones.

Ignorando las miradas, incluyendo la de Audrey y luego el intento de Caelis de tomar su mano, Shona atravesó el gran salón en medio de una niebla de dolor que opacaba todo lo que la rodeaba.

Había lugares reservados para todos ellos en la mesa del laird, y Caelis los condujo allí a través de soldados ruidosos y bulliciosos.

—¿Es esa la dama inglesa? —gritó alguien—. Es demasiado bonita para ser *sassenach*.

—Vístela con los colores del clan y será mucho más bonita —dijo otro.

Normalmente tales comentarios la harían sonrojar con vehemencia y quizás hasta reír. Hoy, estos se arremolinaban entorno a ella sin más sustancia que la niebla.

Las risas continuaron hasta que cesaron repentinamente, y Shona miró hacia donde Caelis se encontraba, un gruñido bajo retumbaba desde su pecho y su rostro contenía la fuerza de la tormenta.

—Shona es *mía* —gruñó.

Un soldado, lo bastante cerca para tocar a Shona… sólo porque ellos se habían detenido cerca del banco donde se sentaba, palideció y brincó atrás, casi cayendo del banco por poner distancia entre él y ella.

—Estás haciendo un espectáculo —siseó ella—. Detente.

Y de repente esa vergüenza que creía que no podía sentir por sus abundantes heridas emocionales estaba ahí mismo, expandiéndose por las mejillas de Shona y provocando que sus ojos escocieran con fuerza.

—Sólo hago que la verdad sea conocida.

¿Realmente tendría que explicárselo detalladamente?

—Es embarazoso para mí.

—¿Te avergüenza ser reconocida como mi compañera? —demandó él, sonando profundamente ofendido.

Deseó gritarle y exigirle qué derecho tenía *él* para sentirse ofendido, incluso aunque fuera el caso. El cual no lo era.

Pero la única cosa que podía imaginar que hiciera aún más insostenible la situación actual sería permitir que este intercambio degenerara en una gresca pública.

—Me *avergüenza* ser el centro de atención. —Si esto no era una explicación lo suficientemente buena para él, temía no tener los medios suficientes para mantener la cortesía. Y eso no molestaría a Caelis, de eso estaba segura.

Había pasado poco más de cinco años como baronesa, en los que su esposo y padres habían insistido en que debía conducirse con total decoro en todo momento.

La muchacha escocesa que creció en la parte más meridional de las Highlands se habría reído de las críticas que no sólo soportó, sino que abrazó en los últimos cinco años. Esa muchacha se había escondido profundamente en el corazón de Shona cuando la vergüenza de sus muy queridos padres cayó sobre ella cuando se enteraron de que Shona esperaba el hijo de Caelis.

Caelis fulminó con la mirada a los soldados más cercanos a ella y luego se dio la vuelta con desaprobación hacia Shona, aunque sus rasgos se suavizaron algo cuando sus impresionantes ojos azules se posaron en ella.

—Eres mi compañera.

—Nunca lo he negado. —Lo cual era más de lo que él podría decir.

—¡Caelis! —bramó el laird Sinclair—. Ven aquí y trae a los tuyos contigo. Tengo hambre y Abigail ha dicho que tendré que esperar a comer hasta que mis invitados tomen asiento.

Lady Sinclair frunció el ceño.

—No sabía cuántos bramidos me perdía cuando era sorda. Casi me

hace desear regresar a esos días.

—No quieres decir eso. —En ese instante, el laird tomó a un bebé bañada en lágrimas de los brazos de su madre y acunó con fuerza a la pequeñita—. Calla, dulce

muchachita. Todo está bien. La voz de tu padre no es razón suficiente para todo este alboroto, ¿no es así?

—Eso pasa cuando la usas con semejante volumen —dijo lady Sinclair con aspereza.

Pero la niña se calmó, gorjeándole a su padre.

Shona no entendió por qué Caelis no se sentó de inmediato cuando alcanzaron la mesa principal, pero muy pronto notó la llamativa expresión en el rostro de su antiguo amor.

Él observaba al laird y al bebé con tal mirada de descarnado anhelo, que el corazón de Shona se sintió conmovido incluso a través de la neblina de dolor.

Independientemente de lo que pudiera creer de las palabras que le había dicho la noche anterior, nunca dudaría que Caelis siempre atesoraría a Eadan.

Shona permitió que Caelis la llevara a un asiento frente a la mesa de lady Sinclair y no retrocedió cuando él se inclinó cerca. Estaba segura de lo que fuera que quisiera decirle, ella no querría que los demás lo escucharan por casualidad.

Como era de esperar, él susurró con voz emocionada:

—Me perdí la infancia de Eadan y Marjory, pero estaré allí para el próximo.

Capítulo 10

Celebra los dones dados a través de las piedras sagradas como bendiciones, no como derechos de nacimiento.

—TRADICIONES DE LOS CAHIR

Caelis tomó asiento en el banco junto a Shona, poniendo a Eadan a su derecha y dejando el lugar a su izquierda libre para Audrey y Marjory. Thomas rodeó la mesa y tomó asiento frente a Eadan al lado de los hijos del laird.

Al no estar en condición mental para tratar con la certeza de Caelis de que serían una familia, Shona simplemente lo ignoró.

—Buenos días, lady Sinclair. Vuestra hija es hermosa.

—Gracias. —La señora de los Sinclair miró afectuosamente al bebé en los brazos de su esposo y luego permitió que su mirada abarcara a todos sus hijos, incluyendo a Ciara, quien estaba sentada a su izquierda.

—Soy una mujer sumamente bendecida.

—En efecto lo sois.

La sonrisa de lady Sinclair estaba cerca de ser cegadora por su feliz intensidad.

—¿Dormisteis bien, lady Heronshire?

Descubriendo un poco de esa muchacha escocesa que todavía moraba en lo más hondo de su corazón, Shona sintió la rigidez del título y no le gustó nada.

—Por favor, llámame Shona.

—Y tú debes llamarme Abigail. Para ser sincera, una de las cosas que menos extraño de Inglaterra es el soso hábito de decir lord-y-lady a todo el mundo.

—Tu clan te llama señora.

—Suena diferente si viene de ellos.

Shona se impresionó que en su estado actual pudiera encontrar divertida esta conversación rutinaria, pero se escuchó riéndose suave aunque brevemente de las palabras de Abigail. Era demasiado fácil de entender.

Solía comparar la vida en Inglaterra con Escocia todo el tiempo y en la mayoría de los casos, había llegado a una conclusión similar: las cosas hechas de la misma forma no causaban el mismo impacto. No importaba con cuanta fuerza hubiera trabajado para cambiar y ganarse un lugar allí, por sus hijos y padres, Shona nunca se sintió como si perteneciera al tan civilizado país del sur.

No había sido feliz, aunque hubiera encontrado alegría en la maternidad. Hizo todo lo posible por sentirse contenta con la vida que le tocó, aunque su corazón llorara cada noche por aquello que no podía tener.

Pero básicamente, Shona nunca se había sentido segura o en casa en Inglaterra como lo hacía desde que había regresado a su patria, a pesar de estar huyendo del pérfido hijo de su primer esposo.

—No creo que extrañe algo de Inglaterra.

—¿No deseabas dejar Escocia?

Shona se encogió de hombros.

—Mis deseos no tenían nada que ver con las decisiones de mi padre.

—Entiendo. —La expresión en los ojos de Abigail también decía que la mujer hablaba sinceramente.

—Convertirme en madre hizo más difícil, no más fácil, entender la falta de amor de mi padre hacia mí —admitió Shona.

Caelis y los amigos de Shona emitieron sonidos de desacuerdo, pero ella se desatendió de todos ellos.

Los ojos castaños de Abigail brillaron con apenado entendimiento.

—Fue lo mismo para mí.

—Sinceramente dudo que hayas hecho algo tan grave para hacer

añicos las ilusiones de tus padres en tu valía —se sintió obligada a decir Shona.

—Te equivocas. Mi madre y padrastro no me tenían ninguna consideración debido a que no podía escuchar.

—¿Qué quieres decir? Escuchas muy bien. —Al menos así se lo parecía a Shona.

—Lo hago ahora. No lo hacía antes. Tuve una fiebre cuando era niña. Me quitó la audición y con ello el respeto de mis padres.

—¡Pero no era tu culpa!

Abigail sonrió, mostrando que el viejo dolor podría también desaparecer finalmente en Shona.

—No, no lo era, pero a pesar de todo se sentían avergonzados de mí.

—Lo siento. —En ese momento, Shona sintió una afinidad con Abigail que era más profunda que las circunstancias de la vida o el lugar de nacimiento.

—Eso me dio a Talorc y a la familia que comparto con él, así que no puedo lamentar mi pasado.

—Eres una mujer fuerte.

—Lo es —dijo Talorc con gran orgullo en su voz.

Shona se encontró sonriéndole.

Él le devolvió el gesto y su sonrisa si hizo más amplia cuando vio a Caelis moverse junto a Shona.

Ella alzó la mirada hacia su derecha y vio que el soldado MacLeod tenía un fiero ceño en el rostro. No podía imaginar qué lo había trastornado esta vez.

Así que una vez más optó simplemente por ignorarlo. Ella indicó lo obvio, pero era algo que aún la confundía.

—Ya no eres sorda.

—Un milagro.

—Loados sean los santos.

—Fue Dios quien lo hizo, estoy segura.

Shona asintió, satisfecha de que al menos su propio dolor no la había hecho completamente inconsciente de los sentimientos de otros.

—Me alegra mucho de que hayas encontrado la felicidad.

—Soy más apropiada para la vida aquí, aunque nunca lo hubiera creído antes de que me enviaran a casarme con un extraño.

Shona, quien tenía un poco de experiencia con eso, se estremeció.

—No todos los matrimonios concertados por los padres congenian.

—Un matrimonio que congenia es una bendición en sí mismo, no importa qué lo originó, el amor o la política.

Shona no podía contradecir ese trozo de sabiduría.

—E incluso son menos las uniones felices que gozan de esa bendición. —Abigail rozó el cabello de su hija con la mano.

Marjory, quien había estado comiendo con silenciosa determinación, se detuvo a medio masticar para sonreírle encantadoramente a su madre.

Shona le devolvió la sonrisa, una medida de paz llenó su corazón que no tenía nada que ver con las revelaciones de las últimas veinticuatro horas.

Y Shona recordó una lección de gran valor que había aprendido en esos últimos seis años. La vida no tenía que ser perfecta, ya que los momentos de alegría la pintaban de belleza.

Los pensamientos de Shona fueron interrumpidos por la llegada de otro guerrero, el cual usaba los colores de los Balmoral. Sin embargo, el justillo de cuero que vestía junto con su kilt, le daba un aspecto casi tan barbárico como el de Caelis con su pecho desnudo (salvo por la franja de plaid que lo cruzaba en diagonal).

El Balmoral se detuvo demasiado cerca de Audrey para ser apropiado, pero en esta parte de las Highlands no se preocupaban por tales *trivialidades* como en otros clanes o en Inglaterra.

Por lo general, los clanes Highlands se mantenían aislados. El hecho de que tanto un soldado Balmoral como uno MacLeod se encontraran entre los Sinclair era algo muy poco común.

Shona francamente no sabía qué pensar sobre ello.

—Vegar, acompañadnos —invitó lady Abigail amigablemente—. Creía que estabais cazando.

Así que el soldado Balmoral era bienvenido y un invitado aceptado.

Eso hablaba bien de las relaciones entre los Sinclair y Balmoral. Otra vez, Shona no pudo sentir entusiasmo por lo que deberían ser buenas noticias para sus oídos.

Ciertamente, al menos debería considerar en solicitarle a este Vegar que la llevara con los Balmoral.

Aunque ninguno de sus planes anteriores era tan real en su mente como el increíble giro de los acontecimientos que su vida había dado desde que ella y sus compañeros habían sido encontrados por Niall y sus guerreros.

—Aye, he estado cazando. Y encontré lo que ni siquiera sabía que buscaba. —El tono de Vegar estaba teñido con reverencial satisfacción y miró a Audrey con tal fuego, que Shona sintió que se sonrojaba en nombre de su amiga.

Si podía o no llamar a Audrey por ese título no era algo que Shona deseara contemplar en ese momento.

Audrey sólo alzó la mirada hacia el hombre, su encantador semblante mostraba la expresión más embelesada.

Shona no podía comprender lo que estaba pasando. En cualquier caso, esta reacción era de la más inusual en la inocente Audrey.

Shona no tenía modo de saber si el guerrero Balmoral tenía el hábito de mirar a las mujeres de esa forma.

Abigail se aclaró la garganta, sus ojos encantadores mostraban una velada diversión.

—Vegar, esta es Audrey, amiga de lady Heronshire.

—Hola, belleza. —El gruñido bajo de Vegar fue completamente inadecuado y estaba lleno de la más extraña y natural posesividad.

Audrey se ruborizó, su piel se tiñó de un notorio color rosa.

—Es un placer conoceros —dijo en un gaélico forzado.

Audrey y Thomas habían hecho todo lo posible por aprender la lengua de la patria de Shona, pero como Shona hacía con el gaélico, los hermanos volvían al inglés en momentos de tensión.

Vegar retrocedió, en un santiamén su expresión cambió de estar interesado reverencialmente y casi enamorado, a una de pétrea dureza.

—Eres inglesa.

—¡Oh, por el amor de Dios! —La exclamación de frustración de Abigail fue tan fuerte, que provocó que su bebé llorara por la sorpresa —. ¿Vuestra tribu no ha tenido trato con los ingleses en muchísimas generaciones? ¿Acaso no tenéis suficientes enemigos con los Fearghall? ¿Necesitais sentir aversión hacia toda una nación?

—¿Quién hace patalear a nuestra hermosa Emma ahora, esposa? —preguntó Talorc, su diversión se justificaba con la situación más de lo que habría pensado Shona.

—¿No os gustan los ingleses? —le preguntó Audrey a Vegar. El Balmoral se estremeció ante el sonido de su voz hablando inglés. Repitió la pregunta en un titubeante gaélico, su expresión era agónica incluso mientras las palabras salían de su boca.

Vegar frunció el ceño.

—Los Fearghall más traicioneros son de Inglaterra. Eso es bien conocido.

—Eso es interesante; nadie de tu tribu ha compartido esa perla de conocimiento con nosotros —dijo Talorc.

Las palabras de ninguno de los hombre tenía sentido para Shona, pero Audrey no parecía confusa en lo más mínimo. Los ojos gris ceniza se llenaron de niveles más y más profundos de dolor, mientras su boca temblaba aunque se mordiera el labio inferior para esconderlo.

—¿Por qué lo crees? —preguntó el laird Sinclair, por lo visto inconsciente de la angustia de Audrey o de la cólera de Vegar.

—Esa es una discusión que mejor guardamos para otro momento —respondió Vegar recorriendo con la mirada el gran salón.

Así que, no todos los Sinclair eran conscientes de las auténticas naturalezas de los Chrechte al igual que Shona cuando vivió entre los

MacLeod.

—¡Talorc! —dijo Abigail con exasperación.

Para ella no había pasado desapercibida la angustia de su compatriota inglesa.

Tampoco para Shona, pero no la entendía. Vegar era un extraño. Aunque su mala opinión de los ingleses no fuera exactamente agradable de escuchar para Audrey o Thomas, esta apenas podía ser motivo de gran preocupación para ellos.

¿O Audrey se preocupaba de que la actitud de Vegar les impidiera encontrar refugio en el clan de este? Shona no podía creer que la mujer más joven creyera esa idea… no después de que ella le había advertido a Audrey sobre el particular antes de empezar su viaje.

Vegar miró a Audrey, sacudiendo la cabeza con clara desilusión.

—Inglesa.

No dijo nada más, pero por lo visto eso fue suficiente para Audrey.

Sus ojos se oscurecieron con nubes de tormenta y las lágrimas se empozaron contra sus parpados inferiores.

—Esto es algo malditamente perfecto. He perdido el respeto de mi amiga más querida en el mundo y mi compañero me odia porque nací en un país diferente al suyo.

Shona no sabía lo que estaba pasando, pero la angustia en la voz de Audrey la movió como nada más podría.

Pero antes de que pudiera extender una mano consoladora, Audrey había saltado de su asiento.

—No os preocupéis, Vegar de las Highlands. No quiero a un sucio salvaje como compañero más de lo que vos queréis a una inglesa.

Audrey giró sobre sus talones y salió corriendo del salón.

Shona no tenía idea de lo que había pasado, pero brincó sobre sus propios pies y fulminó con la mirada al recién llegado.

—Bárbaro grosero, ¿cómo os atrevéis a molestar a mi amiga de esa forma?

Vegar, quien seguía con la mirada a Audrey como si fuera un cazador privado de su presa, giró sorprendido para mirar ceñudo a Shona.

—Esto no te concierne, *inglesa*.

—Creo que habéis olvidado que yo soy inglesa —dijo Abigail con un todo glacial antes de que Shona pudiera abrir la boca para responder.

El laird Sinclair agregó:

— *Solías* ser inglesa. —Pero de repente dirigió una mirada verdaderamente aterradora a Vegar—. Insulta a mi esposa y me insultas a mí.

Vegar palideció ante esa advertencia.

Pero Caelis ya estaba de pie detrás de Shona, su gran cuerpo en una postura claramente protectora.

—Discúlpate.

—¿Por qué? —exigió Vegar.

—Le levantaste la voz a mi compañera —contestó Caelis en un tono mortal que a Shona no le gustó ni una pizca.

Y luego algo que no pudo ignorar golpeó a Shona. Todos seguían lanzando esa palabra. *Compañero*.

Sabía lo que Caelis quería decir cuando lo decía. Él creía que su lobo necesitaba la presencia de Shona para sentir alegría.

Audrey había llamado *compañero* a Vegar. ¿Quería ella decir lo mismo?

Y si lo hacía, cómo podía saberlo tan rápidamente. ¿Y si lo supo en el instante que se conocieron, cómo podía Shona creer las palabras de Caelis de que él no lo había hecho?

Todo esto era de lo más confuso.

Se dio la vuelta para mirar de frente a Caelis y descubrió que le gustaba aún menos el aspecto amenazador de su apuesto rostro de lo que le había gustado su voz cuando prometió caos y violencia.

—No te lo tomes tan a pecho. No soy tan débil para no poder sobrevivir a unas cuantas palabras groseras. Además, *yo* no considero

ser llamada inglesa un insulto —

dijo, tanto en beneficio de Abigail como porque era verdad.

En los seis años que vivió en el país del sur había aprendido que entre los ingleses existían buenos y malos, igual que con los escoceses. Aunque este Vegar parecía no darse cuenta que lo mismo podía aplicarse a los Chrechte.

A pesar de todas sus faltas, prefería a su difunto esposo como barón sobre Uven como laird.

—Una mujer con sensatez —dijo Abigail en voz alta.

Caelis ignoró las palabras de la esposa del laird, como había ignorado las de Shona. Todavía estaba demasiado ocupado mirando ceñudo al otro hombre.

—Discúlpate —exigió otra vez.

—Ella se interpondrá entre mi compañera y yo.

Caelis no se conmovió lo más mínimo por las palabras del otro hombre.

—Si lo hace, entonces yo también.

—Tú eres mi amigo, nuestra amistad se ha forjado desde el año pasado cuando entrenábamos para ser Cahir.

—Ella es mi auténtica compañera.

—Como esa inglesa es la mía. —Había ligeramente menos desdén en su tono cuando pronunció la palabra *inglesa* del que hubo en las anteriores ocasiones.

Pero sólo ligeramente.

—Sois Chrechte —dijo Shona. Ya no existía duda de lo que este hombre y Audrey querían decir cuando usaban esa palabra, *compañero*.

El hombre no se molestó en contestar.

Caelis gruñó.

—Lo soy —dijo Vegar con dientes apretados.

—Y creeis tras un breve encuentro que ella es vuestra compañera.

—Ella es mía. Inglesa o Lowlander, Audrey me pertenece.

—Quizás deberíais haber llegado a esa conclusión antes de insultar a la dulce mujer hasta el punto de hacerla llorar —dijo Abigail mordazmente.

—Así que recordáis su nombre —añadió Shona, sin hacer esfuerzo por esconder su propio disgusto ante la reacción de Vegar al conocer a una mujer quien afirmaba ser su auténtica compañera.

Y Shona todavía estaba insegura de lo que esto significaba a partir de las explicaciones de la noche anterior de Caelis. Si el resto de su mañana iba por el mismo camino, no sería nada bueno.

Thomas se puso de pie, su expresión era al mismo tiempo fascinada como preocupada. Una extraña combinación, pensó Shona, considerando que su hermana era el tema de este debate en particular.

—¿Shona, todavía confiaríais vuestros hijos a mi cuidado?

—Por supuesto —dijo ella antes de siquiera pensarlo y luego frunció el ceño, pero no se retractaría.

Thomas y Audrey no habían confiado en Shona, eso había lacrado las pequeñas partes de su corazón aún intactas con sus mentiras, ¿pero les confiaría a sus hijos? Sí.

Creía que él daría su vida por proteger a Eadan y Marjory, pero eso era algo sobre lo que reflexionaría después.

—No cambiéis de opinión en estos momentos —dijo Thomas, como si leyera los pensamientos de Shona—. Audrey y yo os hemos hecho daño gravemente. Sólo os pido la oportunidad de explicarnos.

Talorc ladró:

—No aquí —mostrando que no era inconsciente de lo que pasaba como le gustaría fingir.

—No. Y no ahora —estuvo de acuerdo Thomas.

El laird asintió aceptando la promesa, porque esta era una promesa, dicha en un tono mucho más serio de lo que Shona por lo general conocía del joven. Incluso durante su viaje a Inglaterra.

—Tienes un punto, asumo, en tu pregunta de si te confiaría a Eadan y Marjory.

Thomas asintió con la cabeza enérgicamente.

—Lo tengo. Audrey os necesita en estos momentos. Su compañero la acaba de rechazar.

—No la rechacé —gruñó Vegar.

—Ciertamente así es como sonó para mí —dijo Abigail con una notoria mueca de desagrado.

Cual fuera la anterior estima en que había tenido al soldado, ciertamente la valoración de lady Sinclair había disminuido debido a su comportamiento con Audrey.

Vegar había pasado de un poderoso y barbárico guerrero a un hombre asediado en el espacio de unos momentos. Su expresión ahora era beligerante, pero debajo de esa fachada, Shona pudo ver la preocupación en sus ojos de color indefinido cuando cambiaron del castaño pálido al verde en su agitación.

—Esa no era mi intención.

Thomas desestimó al hombre más grande encogiendo un hombro y encontró la mirada de Shona, sus propios ojos, que eran del mismo gris ceniza que los de su hermana, estaban llenos de preocupación.

—Os necesita y si vais con ella os debería un gran favor… no es que me merezca uno de vos.

—No es un favor el consolar a un amigo.

La mirada de alivio en las facciones de Thomas fue difícil de ver. Era tanto un joven como un macho protector adulto en ese instante, afectando al corazón de Shona de un buen modo.

Lo había visto crecer de un muchacho al hombre, y a pesar de sus engaños sobre su auténtica naturaleza, se sentía complacida con el resultado.

—Vigilaré a Eadan y Marjory —explicó por si Shona tuviera alguna duda de a dónde iba su pregunta anterior.

—Yo también —dijo Caelis, su mal humor parecía haber empeorado una vez más.

Aunque, una vez más, Shona no tenía idea de por qué. Los humores del hombre eran tan volubles como el clima en primavera.

Shona asintió con la cabeza a Thomas, incluyendo a Caelis en una corta mirada, y luego se dio la vuelta para hacer una reverencia y solicitar permiso al laird y su dama.

—Los vigilaré a ambos después que haya acostado a Emma. —La clara preocupación de Abigail tranquilizó a Shona más de lo que habría hecho hace un día.

Cuando había creído conocer a Audrey mejor que a nadie en el mundo. Ahora, Shona sabía que la vida de Audrey estaba dictada por circunstancias que ella aún encontraba ilusoriamente difíciles de creer.

Presumiblemente Abigail tenía más experiencia sobre este mundo de compañeros y Chrechte, ya que estaba casada con uno.

Sin embargo, antes que Shona pudiera irse, la mano de Caelis sujetó su muñeca como grilletes. Él fulminó con la mirada a Vegar.

—Discúlpate.

Vegar suspiró y agachó ligeramente la cabeza.

—No tenía intención de molestaros, lady Heronshire.

Caelis volvió a gruñir.

Shona suspiró, a estas alturas enfadada más allá de cualquier razonamiento.

— *¿Ahora qué?*

—¿Cómo quieres que la llame? *¿Shona?* —exigió Vegar a Caelis.

—Aye.

Shona golpeó el brazo de Caelis, haciendo un gesto de dolor con su mano herida convenciéndola aún más de que sus músculos estaban hechos de piedra.

—Sólo yo puedo conceder tamaña libertad.

—No permitiré que te llamen por el nombre de ese bastardo.

—Te aseguro que el barón era incuestionablemente legítimo.

—No le perteneces a él.

Sin cualquier advertencia, la bilis se elevó por la garganta de Shona al recordar en efecto cuanto le había pertenecido al anciano.

Abigail jadeó como si lo supiera y Caelis estiró las manos hacia Shona, pero ella se apartó, girando hasta quedar frente a Vegar.

Obligó al malestar a amainar para permitir que las palabras viajaran a través de su constreñida garganta.

—Os perdono el pequeño desliz, pero no esperéis que las cosas sean fáciles con Audrey. Ella sabe demasiado bien por su pasado cuánto daño puede hacer un hombre cuando se cree superior a la mujer que la naturaleza ha ordenado como su compañera.

No conocía toda la historia de las vidas de Audrey y Thomas, pero podía suponer que su madre, ya que no el barón, era Chrechte. Ya que una de las cosas que Shona estaba segura, debido a la manera posesiva y altiva en que se conducía Uven, era que ningún hombre Chrechte renunciaría de buenas a primeras a sus hijos cambiaformas para que sirvieran a un amo humano.

Como su madre había estado muerta cuando fueron vendidos como siervos, ella debía ser quien compartía su naturaleza con un lobo. La decisión de hacer algo así había sido completamente de su padre.

Un padre que sin duda se había sentido atraído hacia su compañera como Shona lo estaba hacia Caelis, pero quien había tratado a la mujer con poca consideración y aún menos respeto al hacerla su *lehman*.

Thomas inhaló como si la comprensión de Shona lo impresionara. Quizás él debería sentirse *sorprendido*. Él y su hermana no estaban cerca de ser mentirosos profesionales y habían logrado ocultarle a Shona su secreto durante cinco años.

Debían considerarla una estúpida de primer orden.

—¿Cómo se dio cuenta mi padre de que erais cambiaformas?

—Dijo que era por la forma en que nos movíamos —contestó Thomas —. Lo supo la primera vez que nos vio.

Cuan extraño pensar que su padre fuera tan experto en percibir la gracia animal de los Chrechte cuando había sido tan ciego a la miseria

de su propia hija.

Capítulo 11

Los secretos de los Chrechte deben ser conservados hasta que llegue el día en que todos los humanos sean considerados uno e iguales a la vista de todos los demás.

—PALABRA DE LOS CELI DI

Shona no se molestó en llamar antes de abrir la puerta de la recámara en la que encontró a Audrey y los niños la noche anterior.

Su amiga estaba de pie, silenciosa e inmóvil, mirando fijamente al espacio. La expresión de Audrey era desolada; sus ojos estaban húmedos y había huellas de lágrimas en sus pálidas mejillas, pero no lloraba. Al menos, no en ese momento.

Shona suspiró, su cólera y su dolor pasaron a un segundo plano mientras observaba a la mujer más joven.

—Es un idiota.

Quizá no eran las palabras más diplomáticas que decir, pero en realidad, no eran mentira.

Audrey se sobresaltó, como si no se hubiera percatado de que Shona había entrado en la habitación. Eso era muy inusual y Shona ahora sabía por qué. Su amiga inglesa compartía su naturaleza con un lobo y debido a ello tenía la audición más aguda de la bestia.

—¿De verdad estás tan angustiada por la opinión de un hombre que apenas acabas de conocer? —preguntó Shona cuando Audrey guardó silencio y apartó la cabeza.

La joven se giró bruscamente, con su rubio cabello largo y pálido volando a su alrededor.

—Él no es el único a quién se supone que he perdido esta mañana.

Shona suspiró, no estaba segura de sí estaba lista para meterse en ese embrollo en particular.

—No perdiste su aprecio. Simplemente estaba sorprendido de que fueras inglesa.

Él ya lamenta su estupidez.

—¿Y qué pasa con vuestro aprecio? —La mirada gris ceniza de Audrey era suplicante—. Shona… eres la hermana que mi madre no pudo darme.

—Así me he sentido estos últimos cinco años. —Verdaderamente lo había hecho, lo cual hacía la traición a manos de sus amigos mucho más dura de soportar.

—¿Y ahora? —preguntó Audrey, con la voz temblando de emoción.

—Ocultaste la verdad sobre ti misma… la verdad sobre la naturaleza de mi hijo…

de mí, durante todos esos años.

—No podíamos estar seguros de que pudiera cambiar. Madre me dijo que no todos los niños nacidos de un apareamiento mixto tendrían una naturaleza Chrechte.

No estaba siquiera segura de que Thomas y yo pudiéramos cambiar en lobos. Ella murió creyendo que la naturaleza de Thomas era completamente humana.

—¿Por qué?

—Mi primer cambio ocurrió un año antes que el de Thomas.

—¿Cuándo?

—Con la llegada de mi sangrado femenino. Llegó cuando era muy joven y cambié a loba en la primera luna siguiente. Sólo tenía doce veranos.

—Tu madre murió sólo un año después.

—Sí. Ella nunca vio cambiar a Thomas. —Audrey tomó un trémulo aliento, con un antiguo dolor que Shona entendía demasiado bien en las profundidades de su mirada. Sus amigos habían perdido a ambos padres—. Siempre creí que la pena por su muerte fue lo que provocó la primera transformación de Thomas en lobo.

—¿Y tu padre no supo de tu naturaleza, ni de la tu madre?

—Thomas ni siquiera sabía lo que era yo, o lo que madre había sido, no… hasta su primer cambio. Casi le perdí esa noche. No sabía lo que le estaba ocurriendo. —El recuerdo del horror brillaba en los ojos de Audrey.

—Eso es terrible. ¿Por qué no le diría tu madre la verdad? ¿Por qué no lo hiciste tú?

—Va contra la ley Chrechte. Nos enseñan que proteger nuestro secreto es lo más importante. Nada puede comparársele. Ni la lealtad familiar, ni la lealtad a un amigo. —La expresión de Audrey rogaba la comprensión de Shona.

Shona no sabía si podía dársela.

—¡Pero él era su hijo! —Y el hermano gemelo de Audrey, aunque Shona no señaló ese hecho obvio.

—Y yo era su hija. No supe nada de lo que significaba ser una Chrechte, ni siquiera había oído nunca la palabra antes de que mi naturaleza de lobo me reclamase. Mi primer cambio no fue nada que quiera recordar, creedme. Pensé que estaba siendo asediada por demonios.

Shona se quedó estupefacta. ¿Cómo pudo esconder una madre algo tan elemental de sus niños y causarles una angustia tan terrible? ¿Cómo pudo enseñar a esos mismos niños a hacer exactamente lo mismo? Era malvado, para la forma de pensar de Shona.

—Al menos madre supo estar vigilante en mi primera transformación. Se aseguró de estar cerca cuando llegó la luna llena. Creí que mi hermano nunca cambiaría, así que no estaba cuidándolo cuando ocurrió. Fue horrendo para él. No supo lo que ocurría más de lo que hacía yo, pero no hubo nadie cerca quien razonara con él, que le dijera que aquello que le estaba ocurriendo era natural. Creyó que había perdido la razón por el dolor, estaba aterrorizado de ser capaz de matar. Si hubiera sabido cómo lograrlo, habría acabado con su vida esa noche.

—Proteger tu secreto es una cosa, pero eso es monstruoso. ¿Cómo pudo pensar tu madre que tal cosa era aceptable? —se preguntó Shona casi para sí misma.

—No era responsabilidad de mi madre. Era mía y esa noche yo le fallé a mi hermano.

—Apenas tenías trece veranos.

—¿Qué tiene que ver la edad?

—Todo. —Por todos los santos, ¿cómo iba Shona a mantener su cólera con una mujer cuyo miedo a ser descubierta le había causado ya tanto dolor personal?

Audrey dejó salir un suspiro angustiado.

—Quise deciros la verdad tantas veces.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Madre me hizo prometer, repetidas veces… que nunca divulgaría el secreto de nuestras naturalezas. Para cuando os conocí, formaba parte de mí el silenciar la verdad a toda costa.

—El coste casi fue la vida de tu hermano. No puedo creer que tu madre quisiera eso.

—No lo creo, pero ella era de lo más inflexible. Dejó a su manada para seguir a mi padre. La manada la había repudiado, pero ella dijo que vendrían a por ella, y a por nosotros, si alguna vez revelásemos la verdad sobre los Chrechte. Que nos matarían sin pensárselo un segundo si los traicionábamos.

No había duda de que la madre de Audrey había creído en sus espantosas advertencias porque le había pasado esa creencia inconmovible a su hija. Estaba en el tono de Audrey y la forma en que se contenía cuando repetía la amenaza.

—¿Crees todavía que corres peligro debido a esa manada?

—No lo sé. Madre me dijo tan poco. Me parezco a ella, ¿qué ocurriría si alguien de su anterior manada me viera y supiera quién soy? Ella pensó que antes me matarían a mí y a Thomas que consentir que lo que llamaban *mestizos* vivieran. Su miedo hacia ellos era enorme.

—¿Dónde está esa manada? —Las palabras estaban en la cabeza de Shona, pero ella no las había pronunciado.

Habían sido pronunciadas por esa profunda voz masculina que acababa de escuchar recientemente en el gran salón.

Vegar estaba de pie junto a la puerta, con una expresión oscura, Caelis estaba detrás de él, su mirada azul buscaba a Shona. Shona se negó a

cerrar los ojos ante el hombre decidido a reclamarla. Quería tener la seguridad de que él no habría actuado como la madre de Audrey, y había temido no encontrarla.

—No lo sé. —Audrey también se negaba a mirar a Vegar, su mirada estaba clavada en el suelo de un modo que contrarió muchísimo a Shona—. Mi madre era de un feudo en la frontera nordeste. Habló muy poco de su pasado.

La expresión de Vegar se volvió sombría.

—Hay una manada compuesta enteramente por Fearghall y sus hembras en esa área.

—¿Qué son los Fearghall? —preguntó Shona al tiempo que notaba que el rostro de su amiga palidecía.

Vegar contestó:

—Son un grupo secreto empeñados en destruir a todos los Chrechte que no sean Faol.

Shona sabía que Faol era una palabra antigua para lobo.

—¿Estáis diciendo que hay otros Chrechte que no son lobos?

—Algunos son aves. Águilas, cuervos y halcones —dijo Caelis mientras atrancaba la puerta, encerrando a los cuatro en la habitación.

—Nos llaman Éan —agregó Vegar, sin que su mirada se apartara de la cabeza inclinada de Audrey.

—No podéis ser un Éan —susurró Audrey—. Los Éan quieren destruir a los Faol.

—Tu madre era una Fearghall. —El tono de Vegar no era acusador, no como lo había sido cuando la llamó inglesa en el piso inferior. Habló como si sus palabras explicaran las de Audrey.

Quizá lo hicieran, pero Shona estaba todavía confundida. ¿No había dicho Vegar que los Fearghall querían destruir a aquéllos que no tuvieran una naturaleza de lobo, no a la inversa?

—Las mujeres no son Fearghall. —Audrey habló de nuevo sin mirar a ninguno de ellos—. Si madre hubiera sabido que Thomas sería un cambiaforma, lo habría enviado de regreso con su gente. Me lo dijo una vez. *Él* pudo haberse convertido en un Fearghall. Aunque ella dijo

que la manada podría matarlo por tener un padre humano, aunque pudiera cambiar. Aun así lo habría enviado y esperado —dijo Audrey como admitiendo un secreto vergonzoso.

Era vergonzoso, pero no por parte de Audrey. La madre a la que Thomas y ella habían idolatrado era muy diferente a la mujer que Shona siempre se sintió inducida a creer.

—¿Vuestra madre no supo que Thomas podía cambiar? —preguntó Caelis.

—No.

—Aparentemente el no cambió hasta después que ella muriera —añadió Shona cuando su amiga guardó silencio.

Caelis asintió, como si eso tuviera perfecto sentido para él.

—Vuestra madre estaría molesta de que fueras la que cambiara y no él —supuso Vegar, sonando disgustado.

La cabeza de Audrey finalmente se alzó ante eso.

—Sí.

—Los Fearghall tienen ideas retorcidas.

—Ella me amaba —protestó Audrey, pero no con tanta convicción como Shona había escuchado en su voz en ocasiones anteriores.

—Estoy seguro de que lo hacía, pero le enseñaron desde la infancia que su valor era menor porque había nacido hembra. —Caelis sonó como si supiese de lo que hablaba—. La repudiaron por seguir a su compañero, porque él era humano. Los Fearghall son claramente dominantes en su manada y consideran que es responsabilidad de todo lobo criar a otro Faol, no de nadie más.

Eso explicaba las acciones de Uven con más claridad y quizá incluso la voluntad de Caelis de repudiar a Shona. Pero eso no hacía nada para reconfortar su corazón todavía herido.

Vegar se restregó la cara y un sonido evidente de frustración mezclado con aversión provino de él.

Caelis le dedicó al otro hombre una mirada irónica.

—Algunas veces olvidas.

—¿Qué es lo que olvida? —preguntó Audrey en voz baja.

—Que una vez yo también fui un Fearghall.

—¿Lo fuiste? —le preguntó Shona, no muy feliz con la confirmación, a pesar de sus sospechas.

Ella no sabía lo bastante acerca de esta sociedad secreta para entenderlo todo aún, pero lo que había averiguado no pintaba muy bien.

Caelis había dicho que los que se llamaban a sí mismos por ese nombre habían creído que los de otras especies no merecían vivir. Aún en sus momentos de mayor enfado, ella nunca había considerado a Caelis ignorante o prejuicioso de una forma tan deplorable.

—Te he defraudado —le dijo a Shona.

Ella asintió, no viendo razón para negarlo.

—Vegar dijo que conocía la existencia de una manada compuesta enteramente por Fearghall. —Y sus hembras, pero ella no vio la necesidad de repetir esa distinción en ese momento—. Eso podría implicar que otras no lo están.

—Eso es correcto.

—Así que *elegiste* tomar partido por las ideas retorcidas de Uven.

—Quizá no solamente de Uven. Él creía en lo que le habían enseñado, como habían hecho generaciones antes que él. Pero te equivocas si crees que Caelis tuvo la opción de no seguir las costumbres de los Fearghall —intervino Vegar—. Si él hubiera rechazado sus enseñanzas, lo habrían matado como lo hicieron con otros Chrechte antes y después de él.

Un frío helado se asentó en el pecho de Shona.

—Pero dijiste…

—Los MacLeod son como esa manada inglesa. Los hombres son Fearghall, las mujeres son criadoras de Chrechte, soportando a los hombres ante el riesgo de ser repudiadas o algo mucho peor. La madre de Audrey fue muy afortunada de no haber sido asesinada por su anterior manada cuando desertó.

Audrey se quedó sin aliento.

Shona asintió hacia ella con comprensión, si no aceptación, y se volvió hacia Caelis.

—Escapaste.

—Lo hice. —No sonó orgulloso, simplemente indicaba el hecho.

—Me alegro.

Caelis asintió.

—Tiene sentido, sobre todo, sabiendo cuán fácilmente te convencieron para que me echaras fuera —reflexionó Shona.

—No te eché fuera.

—Equivalió a lo mismo.

—Pero esa no fue mi intención.

—Oh, ¿entonces pretendías que me quedara en el clan y me casara con otro MacLeod? —preguntó ella, encontrándolo difícil de creer a la vista de su posesividad.

—Nay.

—¿Creías que permanecería sola?

—¿Por qué no? Yo lo he hecho. —Él sonó incómodo, como un niño irritable.

—Por elección propia.

Fue el turno de Caelis de hacer el sonido frustrado de un guerrero.

—Aye, por *mi* elección.

—Finalmente lo admites.

—¿Es eso lo que necesitas? ¿O sólo quieres que derrame mi sangre para apaciguar tu cólera hacia mí?

—No soy una diosa pagana para exigir un sacrificio de sangre.

—Entonces no sé lo que quieres.

Era bastante fácil.

—La admisión de que escogiste el camino que tomaste.

—Ya admití mi error.

Y para Caelis, eso había sido duro. Pero para Shona no era suficiente.

—No sólo fuiste engañado. Estabas abierto al engaño porque te creías superior a mí. —Con la mandíbula tensa, Caelis asintió. No había duda de que no estaba más feliz de hacer esta admisión que la anterior.

Ella podía tener la esperanza de que eso quisiera decir que él ya no sostenía tales puntos de vista inaceptables.

—Tu habilidad para transformarte en un lobo es algo mágico sin duda, pero no te hace a ti, o a Uven si viene al caso, dioses entre los hombres.

—Nunca dije que lo hiciera. —La frustración unida a la vergüenza rodeaba a su gran guerrero como una nube.

Él nunca lo había dicho, pero lo había creído. Y quizá Shona podría perdonárselo, si ya no lo creía, pero ella no pretendería que su infortunada forma de pensar nunca había existido.

Audrey miró a Shona entonces, con una disculpa en sus ojos grises.

—Mi madre lo dijo. Se creía por encima de su compañero igual que él se creía de mayor valía que ella. Madre llamaba a la esposa y a los hijos de su matrimonio legítimo «despreciables». Cuando era pequeña, creía que eran expresiones de sus celos y su dolor porque ella era sólo su *lehman*, pero una vez que supe la verdad sobre nuestras naturalezas, me di cuenta de que realmente creía que eran inferiores.

Claramente, las creencias de su madre herían a Audrey.

—Tú nunca mostraste sus prejuicios —la tranquilizó Shona.

—Sois demasiado amable para que os considere menos que yo. Amaba a mi hermanastra y hermanastros, y ellos se preocupan por Thomas y por mí. Sabía que mi madre debía estar equivocada. Su manada la había rechazado por seguir a su compañero, pero *vos* me aceptasteis como a una amiga querida cuando todos los demás en vuestra familia no veían en mí nada más que una criada.

—Hice pocos amigos entre los ingleses —bromeó Shona, queriendo iluminar el semblante sombrío de Audrey.

Surtió efecto y la mujer rubia sonrió.

—He aprendido lo equivocado de mis ideas —masculló Caelis, una sonrisa inesperada se hizo evidente en s *us* facciones—. Uven es injusto en su forma de pensar. No respeta las costumbres antiguas aunque alega vivir de acuerdo con ellas.

—Allí estaba el dolor de haber sido engañado, en el tono de voz de Caelis, en su expresión apremiante. Vegar lo observaba con una compasión que asombró a Shona, y Audrey con una fascinación que no causó la misma reacción.

—Uven es un canalla en todos los sentidos —dijo Shona con toda la convicción que sentía.

Caelis asintió, sin ningún proteccionismo hacia su anterior laird, como solía hacer evidente en cualquier lugar.

—Pero tienes razón. Me permití creer y al hacerlo… traicioné a mi auténtica compañera y quebranté la ley sagrada Chrechte justo como Thomas me acusó de hacer. Igual que hizo Uven.

Ella sólo recordaba vagamente a Thomas haciendo tal reclamo cuando se dio cuenta por primera vez de quién era Caelis. Ella podía ver que esa admisión era de gran importancia para Caelis, pero en ese momento tuvo poco impacto en ella.

—Pudiste haber cesado con tus explicaciones y haber aceptado tus ideas equivocadas. Ahora, tengo poco respeto por la ley Chrechte.

—Pero si he…

—No. —Shona levantó la mano—. En estos momentos no quiero escuchar nada más de este mundo del que se me mantuvo ignorante durante tanto tiempo. Tengo asuntos más importantes que considerar.

Después, tendrían mucho que discutir. Por más que ella preferiría evitar hacerlo.

Pero no en esos momentos.

Caelis frunció el ceño, su sorpresa era evidente en el azul violáceo de sus ojos.

—¿Qué?

Como si no pudiera haber nada más importante que la ley Chrechte.

Tomó toda la paciencia de Shona luchar para evitar rechinar los dientes.

Esa misma ley Chrechte había causado que las personas a las que más había amado en su vida la engañasen. Podía ser perdonada por no percibirla como una gran fuente de sabiduría y conocimiento, como Caelis parecía hacer.

—La amistad —dijo sin ninguna vergüenza—. Mi estimada amiga y yo tenemos algo que necesitamos hablar y no requiere la presencia de dos guerreros arrogantes.

—¿Nos expulsas de la habitación? —preguntó Vegar, su propia sorpresa era aún más intensa que la de Caelis.

—Lo hago. —Asintió para más énfasis y miró con mordacidad hacia la puerta.

—Pero debo hablar con mi compañera.

—No soy vuestra compañera. Aún —añadió Audrey cuando Vegar la miró para discutir—. Quizá nunca.

—No puedes…

—Lo que puedo y no puedo hacer no os concierne, bárbaro.

Caelis sonrió abiertamente ante eso, mostrando algo de diversión por la frustración de los planes de su amigo. Guerreros. No había forma de comprenderlos.

Shona señaló la puerta y les dedicó a ambos hombres la misma mirada hostil.

—Salid.

—Pero...

Ese fue Vegar.

El brazo de Audrey subió, su fuerza reafirmándose mientras enderezaba su columna vertebral. Señaló también la puerta.

—Ahora. Nos gustaría tener nuestra privacidad.

Caelis se cruzó de brazos y se apoyó contra la puerta:

—Sed razonable —pidió, siendo cualquier cosa excepto eso—. Tenemos mucho que poner en orden y no mucho tiempo para hacerlo.

Shona se cruzó de brazos, las largas mangas de terciopelo susurrando mientras lo hacía.

—Puede ser. Tengo sólo tu palabra sobre la urgencia de tiempo, pero esto es lo que os digo: *hablaré* con mi querida amiga antes de que tú y yo tengamos *nuestra* discusión. Ella ha estado conmigo estos últimos cinco años mientras que tú no. Lo mínimo que nos puedes dar es un momento de privacidad.

Creyó que Caelis continuaría discutiendo, pero no lo hizo, su expresión iba de enfadado a triste, de decidido a estoico, tan rápido que cada emoción pasaba casi desapercibida antes de que ella pudiera identificarla.

Finalmente, el gran lobo cambiaforma hizo una mueca y asintió, dando un paso fuera de la puerta sin otra palabra.

Vegar abrió la boca, como para disentir de la decisión del otro hombre.

Pero Caelis le dio un golpe con el hombro al soldado Balmoral sin gentileza alguna, el semblante ceñudo y una sacudida firme de su cabeza callaron al otro guerrero.

Audrey añadió su propia mirada furiosa y Vegar se aplacó.

—De acuerdo. Ahora nos iremos. De todos modos ya es la hora de nuestro entrenamiento.

Shona y Audrey no reaccionaron a esa postura exagerada. Según Abigail, los planes del hombre para la mañana habían incluido caza, no entrenamiento.

Honestamente, a Shona sencillamente no le importaba en ese momento. Solamente necesitaba tiempo apartada de ambos guerreros amenazantes y sus demandas.

Caelis y Vegar se volvieron al unísono y salieron del dormitorio sin más discusión.

Aunque la mirada que Caelis le dirigió a Shona mientras salía por la puerta le hizo pensar que esperaba que cambiase de opinión y le pidiera que se quedara.

Pero ella no lo hizo.

Capítulo 12

Los Faol no han sido creados para vivir en soledad. Compartir la propia naturaleza con un lobo aumenta la necesidad de compañía.

—TRADICIONES ORALES DE LOS FAOL

Una vez que se fueron y que la puerta se cerró con firmeza, Shona se volvió para mirar a Audrey.

La mujer inglesa estaba ocupada ordenando la habitación, luego procedió a doblar el petate de Thomas y lo guardó bajo la cama.

—Es sorprendente que este laird escocés tenga camas en el cuarto de invitados.

—No es muy común —coincidió Shona, no más ansiosa que Audrey por atacar el asunto en cuestión—. ¿Quizá sea la influencia de su esposa inglesa?

—Tal vez. Aunque incluso en Inglaterra, sólo los más ricos reservan varias habitaciones para tal fin.

—No está muy amueblada —observó Shona.

Al igual que los muebles del gran salón, las piezas del dormitorio eran simples y funcionales. Era muy probable que en contra de todas las expectativas, el laird y su esposa tuvieran invitados con más frecuencia de lo que era usual en los torreones Highland. Pero la sorpresa de Audrey de que hubiera un mobiliario completo era más que comprensible.

—El torreón en sí mismo es más formidable de lo que esperaba encontrar en las Highlands —añadió Audrey.

—Estoy de acuerdo.

De repente, el rostro de Audrey se contrajo y luchó contra las lágrimas.

—¿Así es cómo va a ser a partir de ahora? ¿Vamos a ser tan poco naturales?

—Por todos los santos, espero que no.

Audrey rio, aunque esta sonó entrecortada.

—No intenté heriros. Ni traicionaros.

—¿Me habrías hablado de la naturaleza de mi hijo?

—La verdad, esperaba encontrar más Chrechte y buscar consejo en ellos. No me gustaba pensar que la perspectiva de mi madre era la más fiable.

—¿Y por qué no buscaste el consejo de los de tu misma clase en Inglaterra?

Pero si los únicos Chrechte que había conocido eran los de la manada de su madre, probablemente era acertado que no lo hubiera hecho.

—La mayoría de los Chrechte viven en las Highlands o eso dijo mi madre. Su pequeña manada se marchó al sur hace generaciones, aunque no sé por qué. Quizá a causa de los Fearghall que hay entre ellos.

—¿Qué quieres decir?

—No estoy segura. —De nuevo Audrey pareció dolida, pero Shona creyó que esta vez no era a causa de ella—. Sé muy poco de nuestra raza. No comprendía que no todos los Chrechte piensan como lo hacía mi madre hasta que llegamos aquí.

—Tu mundo ha sido tan usurpado como el mío —dijo Shona pensativa.

—Así es, pero estoy contenta. Siempre he querido conocer a otros de mi raza…

encontrar a mi compañero.

Las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas.

Shona no pudo contenerse más y abrazó a su querida amiga.

—Vamos, no todo está perdido. Él claramente desea ser tu…

Su voz se desvaneció al comprender que no tenía palabras.

—La palabra es *compañero*, pero no lo tomaré como tal si cree que no valgo nada debido a mi país de nacimiento.

La expresión de Shona se volvió rebelde.

—Eso no le hace muy distinto de los Fearghall.

—Es cierto.

—Y tampoco puede decir nada diferente.

El brillo combativo en los ojos de Audrey era en realidad muy divertido.

Aunque Shona no se lo iba a hacer saber.

—No, no puede.

—Él dice que es un Éan.

Audrey parecía impresionada por este hecho.

—¿Y eso qué significa?

—Que se transforma en pájaro.

Shona recordó que se había dicho algo así.

—¿De qué clase?

—No lo sé… —La voz de Audrey se apagó y sus ojos brillaron con seguridad—. El águila de esta mañana. Era él. Su animal, al menos, mostró que me aprobaba.

—¡Te ha visto desnuda! —exclamó Shora, sin saber qué pensar de un mundo donde los animales no eran tan simples como siempre había creído. Tiró de la otra mujer de manera que se sentaron juntas en el borde de la cama—. Caelis dice que hay muy pocos Chrechte, pero me siento como si estuviera rodeada por ellos.

Audrey rio. Hizo un pequeño pero divertido sonido.

—Eso es comprensible. Pero sólo pensad en el castillo de vuestro esposo y en los que nos rodeaban, no había nadie de nuestra raza.

—¿Cómo lo sabes?

—Los habría olido.

—¿Puedes verificarlo de esa manera?

—Sí, el olor animal es tenue, pero está ahí. Madre decía que algunos de los más fuertes podían marcarte con su esencia.

Qué información más interesante.

—Me pregunto si puedes diferenciar a unos de otros.

Audrey asintió y su expresión se volvió confusa.

—Le dijiste a Caelis que no querías hablar sobre los Chrechte.

—La verdad, quería tiempo lejos de amenazas y de guerreros taciturnos. Y una oportunidad para resolver los asuntos que hay entre nosotras.

—¿Sí? —preguntó esperanzada la rubia beldad.

—Sí. Eres la hermana de mi corazón. Además, no deseo discutir las leyes que él mencionó. Es muy rápido eludiéndolas.

—Hacer eso le habrá costado mucho esfuerzo… debía haber estado verdaderamente convencido de que no eráis su sagrada compañera. — La joven se mordió el labio, mirando a Shona con una mezcla de preocupación y seriedad.

—Nuestro laird le mintió. Uven le dijo a Caelis que como su líder, podía confirmarle si yo era su compañera sagrada y le dijo que no lo era.

—Creo que yo le habría creído si mi alfa hubiera afirmado semejante cosa. —

Audrey frunció el ceño—. Nunca tuve un alfa, pero siento que el instinto de sumisión no es tan fuerte en mi naturaleza humana.

—Los hombres creen que todas las mujeres tienen ese instinto.

—Sólo los idiotas creen semejante tontería.

—Es una enseñanza de la Iglesia.

—No se lo digas al Padre John, pero no creo que la Iglesia lleve razón en eso.

Shona rio, un poco de su desesperación desapareció.

—No creo que sea un problema por el que debas preocuparte. Es poco probable que el Padre John viaje al salvaje norte de Escocia.

A pesar de ser un anciano, el jovial clérigo tenía una sorprendente tendencia hacia la bondad, era redondo como una roca y dos veces más pesado.

—Sabéis, solía permitir que Thomas y yo tomáramos la comunión. En privado, por supuesto.

—Nunca entendí por qué no participabas de la misa.

Pero Shona se encontró con otro de tantos misterios ingleses.

—Ambos éramos hijos naturales y muchas personas, incluidas el barón, nos consideraban inadecuados para participar de los sacramentos.

Shona negó con la cabeza, sin hacer comentarios sobre la estupidez de su difunto marido. Audrey sabía ahora que Shona no había estado de acuerdo con el barón en muchas cosas y que era imposible enumerar todas ellas.

—¿Seguimos siendo hermanas? —preguntó Audrey, en voz baja, con una vulnerabilidad que rompía el corazón.

Shona solo pudo responder de una manera. Y a pesar de su propio dolor hacia Audrey y los engaños de Thomas, comprendió que había sólo una forma en la que quería responder.

—Aye.

—Gracias. —Audrey le apretó tanto la mano que Shona se quejó, pero no se apartó.

—Los miembros de una familia pueden herirse unos a otros y seguir siendo familia.

—¿Cómo vuestros padres?

—Sí. No me repudiaron a pesar de qué les hice mucho daño con mi vergonzoso comportamiento.

Audrey hizo un ruidito de desacuerdo.

—No me refiero a que ellos hayan continuado con sus reclamos. Lo que quiero decir es que vos continuasteis aceptando sus reproches.

—Por supuesto que lo hice. Eran mis padres.

—Pero os hirieron mucho más de lo que vos hicisteis con ellos.

—Estoy segura de que ellos no lo vieron así.

—Entonces es que debían estar ciegos.

—Nay. Ellos vieron mi auténtico yo y les disgustó. Intentaron convertirme en alguien mejor.

Era lo que su madre le había dicho con suma frecuencia.

Durante el tiempo en que estuvo casada con el barón, pensó que quizá su madre podía haber estado equivocada. Que su comportamiento cuando era una mujer joven sólo había sido una aberración.

Realmente nunca tuvo la urgencia de copular con el barón como la tuvo al recibir a Caelis en su cuerpo. Pero eso en sí mismo la había conducido a su propio castigo.

Había sido su deber compartir la cama con su marido pero había odiado cada momento en ella.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Audrey—. Sois una mujer digna de admiración en todos los sentidos.

Shona rio, el sonido fue tan duro como el dolor de su corazón.

—Acepté a Caelis en mi cuerpo cuando ni siquiera estábamos comprometidos y después de la otra noche…

No pudo seguir, su furia contra sí misma era demasiado grande.

—Es vuestro auténtico compañero.

—Según la forma en que los Chrechte hacen las cosas, eso cuenta mucho. Pero yo soy humana.

—Sí, pero bueno… —Audrey le lanzó una mirada inquisitiva—. ¿Pero os sentistéis compelida?

—Sí, pero Audrey, no sé si eso es porque ansió el reclamo del lobo de Caelis o si es por emociones que creía muertas hacía mucho tiempo.

—¿Y eso importa?

—Para mí sí.

—Quiero decir… ¿os casaríais con él ahora, o no?

—No lo sé.

—Pero no tenéis opción… ¿no es así? —Audrey miró a Shona y luego desvió la mirada, sonrojándose—. Podríais volver a estar embarazada.

—Si los Chrechte son tan raros como Caelis dice, hacer un bebé no será tan fácil, incluso para los compañeros.

Eadan era un auténtico milagro.

—Oh, estoy segura de que estáis en lo cierto, pero aún así…

—No hicimos *eso*. Él insistió en esperar —admitió Shona, que no se sentía más cómoda que Audrey con esta línea de discusión.

Pero a diferencia de hacía seis años, al menos tenía a otra mujer con quien hablarlo. Shona nunca había confiado en su madre.

—¿Os mostró su respeto por vos? —preguntó Audrey vacilante.

—No estoy muy segura si aquello que mostraba era su respeto hacia a mí o un intento de conseguir un acuerdo matrimonial.

—¿Cómo pudo contenerse y no hacerlo? —preguntó Audrey con toda la inocencia de una mujer que nunca había sido besada.

Shona sintió el calor subiendo por la cara.

—No sé lo que tu madre te habrá contado sobre el acto, pero la mujer puede encontrar un gran placer en ello.

Demasiado placer para Shona, según su madre.

—¿De verdad?

—Aye.

—Madre… sólo hablaba de ello desde la perspectiva de su loba, de

cómo su bestia no podía vivir sin su compañero, sin importarle el coste a su orgullo.

—Oh, eso suena terrible.

Audrey se encogió de hombros.

—A mí no me pareció excesivamente infeliz, aunque yo no era más que una mujer en ciernes cuando murió intentando dar a luz a otro hijo de mi padre.

—Considerando la vida que debió llevar entre los suyos, dejarlos por su compañero no tuvo que ser una tragedia.

—Pero odiaba vivir sin una manada. Me lo dijo muchas veces, diciendo que sentía que no tuviera más opción que seguir sus pasos.

—Estoy segura de que existen beneficios. También echaba de manos a mi clan cuando dejé Escocia. Hay seguridad en vivir entre quienes son tu familia incluso cuando no estás emparentado, pero hay desventajas también. Entre los MacLeod, eran muchos más los contras que los pros para los que eran simples humanos como yo.

En ese momento, había creído que eso sólo se reducía a formar o no parte del círculo íntimo de Uven. Bien, no lo era, pero no por las razones que podía conjeturar.

—¿Cómo creéis que será nuestro futuro? —preguntó Audrey con una mirada de añoranza hacia la puerta.

—No sé lo que nos deparará el futuro, pero le haremos frente como una familia.

Audrey le apretó la mano.

—Familia.

*

*

—Tu compañera es formidable.

Vegar empujó a Caelis con su espada.

Caelis se giró a tiempo para desviar el golpe, dirigiendo la espada del otro hombre en un arco descendente con la suya.

—Siempre ha sido terca, pero ahora existe un aire de dureza en ella.

—Entre los Éan, una mujer no puede permitirse el lujo de ser suave, sin importar la delicada naturaleza con la que vino al mundo.

Caelis no podía discutirle eso. Vivir en el bosque, escondiéndose de los intentos de los Faol de destruir a los de su raza había convertido a los Éan en un pueblo de gran fuerza y fortaleza.

—Sería más fácil planificar el futuro si poseyera la misma naturaleza condescendiente que tenía antes de dejar las Highlands.

—La vida nos cambia. A ti para mejor —dijo Vegar sin ambages y una fuerte estocada con su espada.

Caelis perdió terreno ante el poderoso movimiento.

—No lo suficientemente pronto.

—Si hubieras tenido esa sensatez de muy joven, serías un Chrechte muerto por haberte atrevido a desafiar las enseñanzas de tu laird. Ahora serás el que destruya su influencia sobre los MacLeod.

—No creo que a Shona le importe si los MacLeod se liberan de la tiranía de Uven.

—¿La culpas?

—Aye. Nosotros éramos su clan.

—Se marchó.

—Aye, para casarse con otro.

—Te lo pregunto de nuevo: ¿La culpas?

Y Caelis entendió que la pregunta de su amigo tenía un significado más profundo.

Una cuestión que no estaba muy seguro de cómo responder. No era

racional, ni siquiera correcto, pero Caelis estaba celoso del hombre que había llamado esposa a su auténtica compañera durante cinco años y reclamado al hijo de Caelis como propio.

Sabía que sus propios actos habían propiciado las circunstancias que encontraba tan desagradables, pero eso no lo hacía más fácil de asimilar.

En verdad, el conocimiento de que su rechazo tras reclamar el cuerpo de Shona la había obligado a entrar en la cama de otro hombre destrozaba a Caelis.

Peor aún, cuando Shona le había dejado claro que ese matrimonio no había sido un lecho de rosas para ella.

Pensar en que había disfrutado de las atenciones de otro hombre le molestaba mucho. Pero reconocer que ella había tenido el deber de sufrir lo que encontraba abyecto le perturbaba aún mucho más.

La hoja de la espada de Vegar aterrizó sobre los hombros de Caelis, golpeándolo con el reverso. Él trastabilló hacia delante, recuperó el equilibrio y giró para mirar a su amigo con una sonrisa.

—Golpe afortunado.

—La suerte no ha tenido nada que ver. Por otra parte, tu falta de atención…

Vegar dejó que su voz se tiñera de burla.

—Tengo mucho en que pensar.

Volvieron a luchar.

—Me apuesto que tiene más que ver con tu compañera que con tu próximo desafío.

Caelis no pudo negarlo, a pesar de que había hecho lo posible para concentrarse en la batalla.

—Mi culpa es tan grande como mis celos —admitió Caelis a su amigo Cahir con una franqueza inesperada.

Un fuerte pinchazo en su brazo le dijo que su amigo se había anotado un tanto.

Ambos hombres saltaron hacia atrás, maldiciendo.

Caelis lanzó una estocada y un fino hilillo de sangre se deslizó por el corte.

—Es bueno que no estemos entrenando con otros guerreros ahora mismo.

Ambos se encontraban en un campo de entrenamiento secundario separado del torreón y de la otra explanada que los Sinclair utilizaban para entrenar a sus soldados para la batalla.

—No podíamos superar esto fácilmente —dijo Vegar irritado.

Caelis comprendió algo que su gran agitación le había impedido ver de inmediato.

La herida no se habría producido si Vegar no estuviera distraído con sus propias preocupaciones sobre su compañera.

— *Nosotros* estamos distraídos.

—¿Eso crees? —Se burló Vegar, sin intentar disimularlo.

—Ella no va a perdonarte tan fácilmente.

Vegar negó con la cabeza, pesaroso.

—¿Quién? ¿Tu compañera, quien es una mamá oso con la inglesa, o la mía, quien intenta ofenderme más allá de toda redención?

—Ambas, diría yo. —Caelis se lanzó hacia delante, desarmando a Vegar tan fácilmente que no podía considerarse una victoria.

Esta vez, la maldición del otro hombre fue más colorida y cruel.

Vegar rodó y cogió su espada mientras volvía a acercarse a una posición de lucha.

—Ahora soy un Cahir, un protector entrenado entre los Éan. Prevaleceré.

Ambos habían sido entrenados en secreto, un grupo de guerreros de élite formado hacía centurias en respuesta a los Fearghall. Los Cahir que quedaban vivían entre los Balmoral y se encontraban entrenando guerreros de los clanes decididos a luchar contra los esfuerzos despreciables de los Fearghall para liderar a los Faol contra todos los demás integrantes de la hermandad Chrechte.

—No creo que tu entrenamiento guerrero te ayude mucho al cortejar a una mujer

—observó Caelis.

—Esto me ha enseñado la paciencia, la persistencia y la capacidad de recibir una herida y continuar luchando.

Visto de esa forma…

—Quizá confíe más en mi entrenamiento de guerrero también.

—Ya has marcado a Shona con tu aroma. Ella no te negará ahora.

—No es una Chrechte.

—¿Entonces los humanos que viven entre los Éan son tan diferentes a los de los clanes? —preguntó Vegar.

El águila había vivido con sus hermanos en las profundidades del bosque hasta hacía un año cuando su príncipe les había conminado a unirse a los clanes decididos

a restaurar la hermandad de los Chrechte y todas sus razas. Los humanos que vivían entre ellos eran considerados parte de su tribu de forma en que las manadas no consideraban a los otros miembros de sus clanes. Todos los humanos que vivían entre los Éan sabían sobre sus naturalezas Chrechte.

Pero sólo unas cuantas personas de confianza en cada clan estaban al corriente de las forma animales que podían adoptar los Chrechte entre ellos.

Pero él no entendía cómo eso podía hacer que los humanos fueran diferentes en este caso.

—¿Qué quieres decir?

—Si una mujer humana permite que un hombre se tome lo que ellos llaman *libertades,* está obligada a casarse con él. ¿No están las mujeres de los clanes gobernadas por la misma obligación?

—No si el tipo en cuestión es tan imbécil como ella terca.

—Como tu compañera.

—Aye, exactamente como mi compañera.

—El niño de la mesa… olía como tú.

—Es mi hijo.

A Caelis le produjo un gran placer decirlo, pero el dolor que sintió por el tiempo que ambos habían perdido templó inmediatamente su satisfacción.

—¿Qué ocurrió?

Caelis le contó a Vegar la historia mientras continuaban entrenando, ninguno de los dos hombres mostró lo mejor de su control o concentración.

—¿Tu alfa te mintió sobre tu auténtica compañera?

El tono de Vegar estaba cargado de horror ante semejante atrocidad.

—Aye. —Caelis cogió impulso y ejecutó un salto mortal hacia delante, que terminó con su espada apuntando a la arteria femoral de Vegar—. Lo único que le importa a Uven es que la manada aumente de número.

Vegar echó a un lado el brazo de Caelis con una patada y quedó fuera del alcance de su espada afilada.

—Es probable que no pudieras estar con otra mujer, mucho menos preñarla tras yacer con tu auténtica compañera, sin importar lo que tu alfa te haya ordenado.

El hecho era que un Chrecte no podía compartir el acto sexual con otros una vez había consumado un emparejamiento sagrado, era una de las razones por las que el verdadero vínculo era tan reverenciado y respetado.

—No le dije que Shona y yo habíamos hecho el amor. Uven fue particularmente firme en eso y no quería decepcionarlo —admitió Caelis con amargura.

—Se puso a sí mismo en el lugar de tu padre.

—Para mi perjuicio.

Vegar gruñó su acuerdo mientras por un pelo evitó caer de culo a causa de una patada de Caelis.

—La mandaste lejos sin saber que estaba embarazada.

—Yo no la mandé a ninguna parte. —Por qué la gente tenía que recordarle eso, no lo entendía.

Fue el turno de Vegar de acercarse y mandar a Caelis al suelo de forma desgarbada.

—Creíste que tu alfa cambiaría de opinión con el tiempo.

—Exacto. ¿Ves?

El otro Cahir comprendió el rechazo de Shona a aceptar esa excusa.

Tal vez alguien debía ser un guerrero para pensar en esa clase estrategia.

—Pero él es un Fearghall. Nunca habría cambiado su forma de pensar sobre el tener una compañera humana.

Las palabras de Vegar atravesaron los pensamientos arrogantes de Caelis como una espada que atravesaba el corazón de un jabalí.

Shona no había creído que Uven fuera a cambiar su manera de pensar y claramente había esperado que Caelis hubiera sido igual de inteligente.

Pero no lo fue.

—Lo comprendí demasiado tarde.

Para su vergüenza, Caelis no había sido consciente de la traición de Uven en lo referido a su compañera hasta que unos cuantos asuntos habían forzado que su incuestionable fe en el laird se resquebrajara

—¿No te perdonará?

—No lo sé.

Eso esperaba, pero no estaba seguro

—¿Ella conoce tus planes?

—Le he hablado de ellos, pero no con detalle. Sabe que planeo volver con los MacLeod.

Sus espadas chocaron rítmicamente mientras caían en un patrón de lucha que no podía romperse fácilmente sin ganar. Les hacía sudar por el esfuerzo, pero continuaron mostrando sus habilidades bajo una

tenue luz.

—¿Y? —Vegar se impulsó tras un enfrentamiento particularmente fuerte.

—Ella no quiere volver jamás a nuestro clan de nacimiento.

—¿Planea vivir con los Sinclair?

La sorpresa de Vegar se tradujo en un movimiento torpe de su parte y fue su turno de sangrar por una pequeña incisión.

—Shona tiene familia entre los Balmoral.

Esta vez, Caelis fue capaz de compensar la sorpresa de Vegar impulsándose con torpeza y no sangrar.

—¿La vas a dejar marchar?

—¿Qué opciones tengo?

—Las mismas que hace seis años.

Caelis dejó de moverse completamente, su espada cayó a un lado mientras las palabras de su amigo calaban en su corazón de guerrero.

—¿Mi clan o mi compañera?

Vegar asintió con la cabeza firmemente, sin piedad en su expresión, sólo una gran dosis de disgusto.

—Abandonar o pelear por la mujer que la Providencia ha decretado como tuya.

Capítulo 13

La naturaleza Chrechte corre fiel.

—TALORC DE LOS SINCLAIR

Caelis no era ningún cobarde sin voluntad de luchar, pero cuando abrió la boca para decirlo, no pudo pronunciar las palabras. Porque se había negado a luchar por Shona hacía seis años.

Había permitido que su compañera sagrada se valiera por sí misma mientras llevaba a su hijo. Caelis había querido tanto la aprobación de Uven que se había deshecho de sus sentimientos por Shona y hecho lo que el laird ordenó, repudiándola por completo.

Hacía seis años, Caelis se había sentido atrapado entre su deber para con su clan y alfa, y la mujer que quería como su compañera.

Ahora estaba igual de desgarrado en dos direcciones. ¿Cómo podía luchar por Shona cuando eso significaba que la estaba obligando a volver a un clan que tan claramente despreciaba o abdicar de sus responsabilidades y promesas que había hecho a los Cahir?

—¿Qué diablos estáis haciendo vosotros dos? –gritó el Sinclair mientras se acercaba.

—Pelear —dijo Vegar, su tono era malhumorado.

Los Éan no reconocían a ningún alfa que no fuera su príncipe y todavía se seguían aclimatando al concepto de vivir bajo la autoridad de un laird dentro de los clanes.

Los Éan se acaban de unir a los clanes, después de haber vivido en secreto en el bosque bajo el reinado de la familia real durante los últimos siglos. Los Faol habían perdido a su familia real, o a la mayoría de ellos, por la traición de MacAlpin.

Un alfa de un clan no era tan diferente de un príncipe según la manera de pensar de Caelis.

Y ellos ya habían aprendido que algunos de su propia raza todavía llevaban sangre real Faol. Incluido él mismo si podía creer la

evidencia de los dones de su hijo.

—Cuando dos guerreros *entrenados* luchan, no provocan sangre. —Talorc les miró con desaprobación.

Caelis habría dicho algo cortante en respuesta, pero el laird tenía razón. No había excusa para su falta de cuidado.

Vegar frunció el ceño, los ojos fijos en un punto en la distancia.

—Este asunto del emparejamiento no es tan simple. No me extraña que mi tribu animara uniones sin buscar la necesidad de un auténtico compañero.

—Los Éan habéis tenido poca opción en su aislado hogar, pero ahora que viven entre los clanes, si Dios quiere, muchos de los vuestros encontrarán a sus compañeros.

Vegar no parecía entusiasmado por la perspectiva. Caelis no podía culparlo. Él no tenía ningún deseo de darse por vencido con Shona y sus hijos, pero tampoco disfrutaba de las dificultades que su vínculo había creado en su vida.

Talorc suspiró, con una expresión teñida de inesperada comprensión.

—Abigail me dio una persecución justa.

—Su rey le ordenó que se casara contigo. —Caelis no veía cómo podría haber tenido que perseguir el laird a la mujer.

—Sin embargo, un Chrechte desea el corazón de su verdadera compañera, no meras promesas de fidelidad.

—Me gustaría tener las promesas. —Había tenido el corazón de Shona una vez.

No tenía dudas de que este no estaba en oferta en esta ocasión. Ahora ese órgano residía detrás de un impenetrable muro de zarzas espinosas.

—Eso crees.

—Un guerrero no tiene necesidad de enredos emocionales. —Vegar sonaba muy seguro para ser un hombre que se distraía con tanta facilidad debido a que había encontrado a su compañera.

—Un guerrero combate mejor cuando tiene algo de gran valor por lo

que luchar —

dijo Talorc, citando una antigua tradición Faol.

—Eso se refiere a nuestra tribu o clan. Un Chrechte no se adapta a la vida en solitario.

—Citas más enseñanzas Chrechte pero no las entiendes. —Talorc desenvainó su espada, adoptando una posición de combate—. Ven a luchar conmigo y veré si tienes sangre en las venas.

Vegar y Caelis tomaron posiciones opuestas a Talorc. Pronto el sonido metálico del choque de metal se oyó de nuevo, esta vez incluso con más frecuencia y con un ritmo más controlado.

—¿Qué quieres decir con que no entiendo nuestras enseñanzas? —preguntó Vegar a medida que avanzaba hacia el laird.

Talorc mantuvo su postura defensiva sin perder terreno ante el ataque de Vegar.

—La primera preocupación de un guerrero no es su tribu o clan.

Vegar dejó de moverse, la conmoción mantenía su cuerpo rígido.

—Tú no enseñas eso a tus guerreros.

—Lo hago. —La espada de Talorc trazó un arco hacia abajo, atrapó la de Vegar y la tiró al suelo como una ramita—. Los emparejamientos sagrados sustituyen incluso nuestro deber hacia los clanes.

—Pero...

—Un Chrechte puede sobrevivir sin un clan, pero sin su verdadera compañera sólo será miserable.

Caelis asintió con la cabeza antes de pensar en ello. No obstante, sintió la necesidad de señalar algo.

—El amor no es necesario entre compañeros.

—Nay, pero hace la vida más alegre cuando está ahí.

—Hablas como una mujer —acusó Caelis.

Luego pasó los siguientes quince minutos luchando contra un guerrero que bien podría ser mejor que él en el campo de batalla si alguna vez se enfrentaban realmente cara a cara, incluso con la nueva forma que la piedra sagrada le había dotado. Porque Talorc también había sido dotado y era un luchador formidable.

La conexión de Ciara con la *Faolchú Chridhe* había resultado ser una bendición increíble para los Faol, especialmente aquellos comprometidos con la lucha contra los Fearghall.

*

*

Caelis estaba sentado en los escalones que conducían al torreón y limpiaba su espada mientras trataba de decidir si quería volver al lago para darse un baño y limpiarse la sangre, el sudor y la suciedad de la lucha, cuando Eadan llegó corriendo.

Los ojos le brillaban de emoción cuando gritó:

—¡Papá!

A Caelis se le contrajo el corazón en el pecho y sonrió a su hijo.

—¿Qué haces?

—Vamos en busca de bichos. —Y entonces el niño se lanzó a un relato acerca de qué tipo de insectos podían encontrarse por allí.

Las palabras emocionadas que caían de sus labios cesaron cuando la mirada del hijo de Caelis cayó sobre el corte en su brazo.

—¡Estás herido!

Caelis negó con la cabeza.

—No es nada.

Eadan se volvió hacia su madre, que había estado caminando algunos pasos atrás con Audrey y la pequeña Marjory.

—Mamá, papá está *sangrando*.

Los hermosos ojos verdes de Shona se oscurecieron por la preocupación.

—¿Qué ha pasado?

Tal vez no todo estaba perdido. Ella había respondido a su contacto con todo el hambre que había mostrado seis años atrás, y al menos tenía algo de consideración por su bienestar.

—Luchando. —Caelis hubiera preferido no contestar, pero no era un niño para fingir no oír lo que preferiría no haber dicho.

La confusión de Shona brilló claramente en su hermoso rostro.

—¿Pensaba que no debíais haceros sangre durante el entrenamiento?

—Sucede.

—Se supone que no. —Eadan levantó la mirada con la preocupación grabada en su rostro infantil—. Thomas lo dijo.

—Thomas tiene razón. ¿Con quién estabas luchando que saliste herido? —exigió Shona.

—Vegar.

Shona apoyó las manos en las caderas.

—¿Y llamas a ese hombre amigo?

—No fue a propósito.

—¿Cómo no va a ser a propósito? La mano en la espada era de él, ¿no es así?

A pesar de su propia vergüenza por su pobre desempeño en el campo de entrenamiento, Caelis luchó contra la sonrisa.

—Aye.

—Bueno, ¿entonces? —El pie de Shona golpeó contra el suelo apisonado frente al torreón.

—Vegar tiene sus propias heridas —respondió Caelis, pensando que podría mitigar la ira de la pequeña arpía.

—¿Vegar? ¿Está herido? —preguntó Audrey, su tono aumentando con

cada palabra—. ¿Se trata de una herida grave?

—No lo creo. —Resopló Caelis con incredulidad—. Él está bien, es sólo un pequeño corte como el mío.

—¿Dónde está? —exigió Audrey, ni mucho menos apaciguada. Se volvió y miró por encima del campo de entrenamiento, como si el guerrero fuera a aparecer mágicamente.

Caelis no estaba seguro de si quería decirle a la agitada mujer inglesa que Vegar había entrado en el gran salón para limpiar su espada y discutir más planes de entrenamiento entre los Sinclair con otros Cahir.

—¿Dónde está quién? —preguntó Vegar desde detrás de Caelis—. Tu hermano está dentro, hablando con el Sinclair.

Caelis miró hacia atrás por encima del hombro.

—La mujer está preguntando por ti.

Vegar sonrió con aire satisfecho.

—¿De verdad? —Entonces su expresión se volvió agria—. Ahora no está evitándome, ¿verdad?

Haciendo caso omiso de sus bromas, Audrey se dio la vuelta y corrió hacia adelante.

—Déjame ver.

—¿Qué es lo que quieres ver? —preguntó Vegar, con aspecto desconcertado por primera vez que recordara.

No hizo ningún movimiento para bloquear las manos de la mujer rubia mientras le recorría los brazos hasta que descubrió el pequeño corte en el muslo.

Ella se sonrojó cuando se dio cuenta de donde había sido herido su compañero, pero no retrocedió.

—Esto debe ser atendido.

Vegar respondió:

—Pensaba lavarlo en el lago.

—Tú también te lavarás allí —informó Shona a Caelis.

Él se encogió de hombros.

—Si eso te satisface. No es mucho por lo qué preocuparse. —Pero a él le gustaba que estuviera preocupada.

—Lo limpiaremos y trataremos con una infusión de nogal.

—¿Nosotros? —preguntó.

Ella puso los ojos en blanco.

—No te voy a dejar a tus propios cuidados. No muestras suficiente sentido de auto-protección para evitar hacerte daño en primer lugar. No confiaré en ti para ocuparte de los resultados. Podría alterar a los niños.

Eadan estaba en cuclillas mirando debajo de una gran roca que había girado y pinchaba a los insectos que había encontrado allí con una ramita. La pequeña Marjory perseguía una mariposa. Caelis no creía que los niños estuvieran particularmente preocupados por la pequeña herida.

Sin embargo, no discutió.

—Iremos al lago.

—Voy a buscar la infusión —dijo Audrey con decisión y luego sonrió a la niña que se había caído sobre su trasero al intentar alcanzar al elusivo insecto—. ¿Te gustaría venir conmigo, cariño?

Marjory negó con la cabeza, miró tímidamente a Caelis y levantó los brazos.

—Quiero aupa.

Él alargó las manos hacia ella, levantándola mientras Shona discutía que estaba demasiado sucio.

—Es una niña, no un vestido de seda. Se lavará.

Marjory rio cuando le hizo cosquillas en la barriguita.

—No es así, ¿pequeña?

Ella asintió con vehemencia.

Eadan sonrió, haciendo todo lo posible para ocultar la expresión melancólica de su rostro, pero Caelis le leyó con facilidad. Estiró una mano hacia su hijo.

Eadan la tomó de inmediato y Caelis tiró de él hacia arriba para que pudiera sentarse sobre sus anchos hombros de guerrero. El grito de alegría del chico atravesó el corazón que Caelis había dicho al Sinclair que no necesitaba compromisos.

Esta herida le haría sangrar más que la punta de la espada de Vegar, Caelis estaba seguro.

¿Cuánto había permitido que le costara su errónea forma de pensar?

*

*

Shona terminó de tratar el corte de Caelis con el ungüento de agrimonia que Abigail había enviado con Audrey junto con la infusión de nogal en la que ella había insistido.

—Listo, eso debería detener la inflamación.

—Es apenas una herida. —Su cercanía llamaba a su lobo y a su libido.

Quería llevarla al bosque y reclamarla por entero. Entonces ella admitiría que estaban destinados a ser una familia.

Sólo él podía tocarla por placer.

Shona se quedó sin aliento, como si supiera sus pensamientos. Tal vez lo hiciera.

Su sexo endurecido empujó el kilt.

Ella inhaló como si fuera una loba y el olor masculino la llamara.

—Incluso la herida más pequeña puede enfermarse.

—Soy Chrechte. —Le rozó la cara con la mano—. Rara vez enfermamos.

Ella se estremeció, pero se contuvo de inclinarse ante su toque.

—¿Tengo que recordártelo otra vez? No eres un dios, Caelis. Si los Chrechte nunca enfermaran, todos seguirían vivos desde que el primero caminó por la tierra.

—Nuestra naturaleza es violenta. —Y sexual.

Él la deseaba hasta que sus dientes dolían por ello.

—Aye, sin duda. Tu gente seguramente ha perdido muchos miembros en la guerra, pero el hecho es…

—Nadie vive para siempre, aunque tendemos a vivir más tiempo. Y nuestras compañeras con nosotros.

—¿Incluso las compañeras humanas?

—No lo sé, pero seguro que has observado que Abigail no muestra el envejecimiento de una mujer con sus años.

—Apenas es mayor.

—Es más mayor de lo que su apariencia sugiere.

Shona se quedó pensativa.

—¿Me pregunto por qué?

Caelis se encogió de hombros. Sólo se alegraba de eso que sucediera. ¿Es que los últimos seis años no habían sido lo bastante difíciles? No consideraría cómo podría ser la vejez sin su compañera a su lado.

A pesar de que no podía estar seguro de que Shona no seguiría intentando que él viviera sin ella. A pesar de lo sucedido la noche anterior.

Ella había culpado a su lobo y su respuesta a la naturaleza animal de Caelis.

De todos modos, la vida era bastante incierta en las Highlands, incluso para los Chrechte. En eso, Shona tenía razón.

—Hay algunos que viven más tiempo que los demás, décadas enteras.

¿Son todos Chrechte?

—Aye, en su mayor parte. —No podía pensar en un sólo ser humano que hubiera vivido su vejez entre los MacLeod, pero eso podría tener más que ver con la actitud de Uven hacia los humanos que cualquier otra cosa.

Shona se sentó en la hierba, su atención dividida entre él y los niños que todavía buscaban insectos cerca de las aguas poco profundas con la supervisión de Vegar y Audrey. La forma en que Shona se apoyaba sobre sus brazos empujaba sus preciosos pechos y fue todo lo que Caelis pudo hace para no aceptar la invitación inconsciente.

Shona se enderezó la falda, el terciopelo verde sin duda era impresionante para los estándares ingleses, pero no es lo que él quería ver que llevara. La prefería desnuda, pero salvo eso, llevando un plaid escocés adecuado.

Ella le lanzó una mirada de reojo, retorciendo las manos en la pesada tela de su falda.

—Dijiste que no teníamos mucho tiempo para discutir asuntos importantes.

Ahí estaba, el momento del ajuste de cuentas.

—No lo tenemos.

—¿Por qué?

—¡Caelis! —Uno de los soldados Sinclair más jóvenes llegó corriendo —. ¡Vegar!

Debéis volver al torreón.

Caelis se puso de pie de un salto y luego se agachó para tirar de Shona.

—¿Qué está pasando? —preguntó ella mientras caía contra él al no haber previsto su movimiento.

La sensación de su cuerpo contra el suyo empujó a Caelis contra la urgencia de seguir la orden de Talorc e insistir en otra urgencia totalmente diferente.

—Ya has oído. El laird nos ha ordenado que volvamos al torreón.

Shona no estaba afectada de manera similar.

—¿Pero por qué?

—Soldados MacLeod han sido vistos en tierras Sinclair —respondió el joven soldado amablemente con una sonrisa para Shona que hizo que Caelis quisiera romperle los dientes.

—¿Qué? ¿Por qué? —el cuerpo de Shona se puso rígido—. ¿Ellos no son bienvenidos?

—Definitivamente no son bienvenidos. —Tiró de ella, atrapando a Eadan en sus brazos por el camino—. Te lo dije, la hija del MacLeod se refugió aquí el año pasado.

Vegar llevaba a Marjory, con la mano libre sujeta alrededor de la muñeca de Audrey mientras la empujaba hacia el torreón.

—Pero ella está viviendo con el Balmoral.

—Y estos soldados MacLeod bien podrían estar camino a la isla Balmoral. —No es que fueran a llegar a ella.

Habían traspasado la tierra Sinclair sin permiso después de que su laird hubiera declarado enemistad con el clan. Sin duda, los guerreros serían detenidos, pero permitir que Shona y su familia permanecieran fuera de los muros de la fortaleza no era una opción.

—¿Por qué corremos así? —preguntó Audrey sin aliento—. ¿Acaso no han sido divisados a lo lejos, como nosotros?

—No sabemos lo lejos que está el enemigo y no podemos estar seguros de que la guardia Sinclair haya visto a todos los que han cruzado nuestras fronteras. —Vegar apretó a Marjory de forma más segura a su costado y apretó el paso.

Audrey tropezó y casi cayó. Vegar no se detuvo, pero le rodeó la cintura con el brazo, levantándola y llevándola como hacía con la niña. Sólo mantuvo la parte delantera de la mujer lejos de él con el trasero apretado contra su cadera.

El grito indignado de Audrey se cortó con un *oomph* cuando Vegar la movió a una posición más segura.

Caelis miró a Shona y ella le devolvió la mirada.

—Ni siquiera lo consideres.

Él se tragó su sonrisa, pero no hizo ningún movimiento para levantarla.

Audrey estaba ocupada quejándose, pero por lo que Caelis podía ver, su amigo águila ignoró por completo las demandas furiosas de la Faol para que la bajara.

—Vegar es un guerrero fuerte —dijo Eadan, con admiración en el tono del muchacho—. Audrey es más grande que yo.

—Aye, lo es. Y más chillona —respondió Caelis después de que la mujer en cuestión dejara escapar un grito de frustración.

Shona carraspeó.

—No sabes lo fuerte que puede chillar, pero tu amigo bárbaro lo descubrirá muy pronto si no tiene cuidado.

*

*

La risa de Caelis ante su advertencia debería haberla molestado, pero se encontró queriendo devolverle la sonrisa.

El hombre era demasiado arrogante. Así que ¿por qué encontraba tan difícil permanecer irritada con él? Tal vez fue la manera en que su hijo se unió a la diversión de su padre.

Sin previo aviso, Vegar dejó caer a Audrey y Marjory al suelo, sacando la espada de su vaina casi en el mismo movimiento.

Caelis soltó la muñeca de Shona y sacó la espada de la vaina en su espalda.

—Ponte entre nosotros.

—¿Qué está pasando? —preguntó Shona incluso mientras se movía a obedecer sus urgentes instrucciones.

—Problemas.

Ella se lo había imaginado cuando sacó el arma. Sin embargo, resistió la tentación de decirlo.

Audrey y ella colocaron instintivamente a los niños entre ellas, girando con pequeñas dagas en las manos para hacer frente a cualquier problema que se acercara.

Nunca se le ocurrió dudar de que algo peligroso estuviera acercándose. Si el hombre que compartía su naturaleza con un lobo decía que era así, y su amigo que podía surcar los cielos como un águila, no podía haber ninguna duda en su mente.

El soldado Sinclair se detuvo y se volvió.

—¿Qué estáis haciendo? Debemos obedecer las órdenes del laird

—Tenemos un problemilla del que ocuparnos primero —respondió Caelis, su aguda mirada fija en la línea de árboles a su izquierda.

Los ojos del soldado se abrieron y miró a su alrededor como si esperara que el hombre del saco saltara desde detrás de una roca. También él parecía más que dispuesto a aceptar la palabra del guerrero.

Audrey gimió y Shona ladeó el cuello para ver lo que había perturbado a su amiga.

No era el hombre del saco. Más bien, eran seis enormes lobos que llegaban de todas direcciones, cada uno de ellos gruñendo.

—Son tus hermanos, ¿verdad? —preguntó Shona, orgullosa cuando su voz no vaciló con el miedo que sentía.

—No son mis hermanos —ladró Caelis—. Ahora no.

Vegar escupió al suelo.

—Tampoco míos.

El joven soldado se puso a rezar, sus ojos se volvieron salvajes y los músculos tensos para la huida. O quién sabe si tenía la intención de luchar junto a los guerreros Chrechte. Había sacado su propia daga, pero su miedo era mucho más pronunciado que el de Shona.

—Ponte entre nosotros —ordenó Caelis al joven—. Vas a proteger a las mujeres en caso de que uno de estos lobos renegados nos pase a Vegar o a mí.

Shona no creía que el soldado claramente inexperto fuera de mucha defensa, pero no dijo nada. Caelis le estaba dando al hombre una relativa seguridad que salvaguardara su orgullo.

Un poco.

—¿No puede correr en busca de ayuda? —preguntó Audrey, su voz temblando, el terror convertía el propio temor de Shona en furia.

Los últimos meses habían sido bastante difíciles para la joven inglesa, Faol o no.

—Nunca lo conseguiría antes de que lo despedazaran —gruñó Vegar.

Caelis asintió sin apartar la vista de los lobos.

—No es Chrechte.

Eso debía ser para Shona ya que sabía que Audrey ya estaría al tanto de ese hecho.

Su amiga debía estar realmente asustada para haber hecho esa sugerencia, conociendo, como lo hacía, las habilidades de los lobos mejor que la mayoría.

El soldado Sinclair se sacudió visiblemente ante la idea de ser despedazado por los lobos mientras rápidamente iba donde las mujeres. Shona no le culpaba.

Y le concedió un mayor respeto cuando él le ayudó a ella y a Audrey a crear una barrera triangular alrededor de los niños, la daga preparada y suplicando:

—¡En alto!

Ella se sorprendió de que los niños estuvieran tan tranquilos. Echó un vistazo hacia abajo y su corazón se llenó de orgullo.

Eadan estaba consolando a Marjory, con los brazos alrededor de su hermana.

—Todo irá bien, Margie. Papá nos protegerá.

Entonces él comenzó a cantarle, y su dulce voz de niño pequeño rompió el corazón de Shona. ¿Cómo podía haber sido tan bendecida para tener esos hijos maravillosos?

Levantó la mirada y miró alrededor, observando que los lobos... los seis… se habían acercado.

No importa lo intimidantes que parecían tanto en tamaño como en número, se negaba a creer que Caelis y Vegar no les derrotarían en la confrontación que se avecinaba.

Cuando estuvieron a sólo unos metros de distancia, el más grande de los lobos cambió a forma humana. Justo delante de sus propios ojos. La expresión y el gruñido en su cara eran tan malvados como lo había sido en su bestia.

—Por tus pecados contra los Fearghall, morirás este día, Caelis, el Traidor, y todo el mundo contigo.

Caelis se mantuvo firme, ninguna señal de miedo o incluso la ira se mostró en sus rasgos ni sonó en su voz por el insulto.

—Los Fearghall estáis equivocados, Maon. Los Chrechte estamos destinados a ser hermanos, sin importar la raza.

Maon gruñó:

—Sólo los Faol son lo suficientemente fuertes para sobrevivir.

—Explica entonces como ha sobrevivido mi pueblo todas estas generaciones a pesar de los esfuerzos más despreciables de los Fearghall. —Vegar estaba claramente enfadado, pero al igual que Caelis, no mostraba ninguna señal.

—¡Sucio Éan! —escupió el guerrero grande y *desnudo*.

—Soy un guerrero Chrechte con verdadero honor. Algo de lo que tu laird no tiene conocimiento. Apartó a Caelis de su verdadera compañera.

El Chrechte MacLeod se burló.

—Eso dices.

—Eso digo yo. —Shona tomó la palabra, toda la ira que sentía por cómo estos sinvergüenzas estaban asustando a sus hijos y a Audrey en su tono—. Yo soy su verdadera compañera y mi hijo es prueba de ello.

—¿Le hablaste a un humano acerca de nosotros? —preguntó Maon con disgusto—

. Ella tendrá que morir.

—Ya has dicho eso —señaló Shona, su propio tono mordaz.

Audrey le dio un codazo.

—No les provoques.

—¿Por qué no? Están empeñados en atacarnos, ¿verdad?

—No sé por qué lo harían —dijo Audrey y miró a Maon—. La hija de tu laird no está con nosotros.

O Audrey con su agitación había olvidado la denuncia de Caelis hacía sólo unos segundos antes o la estaba ignorando deliberadamente.

—No estamos aquí por la *hembra*. No tenía el lobo, ni tiene valor para el clan. No como tú. Te llevaremos de vuelta con nosotros, así podrás criar para el clan.

Vegar dejó escapar un sonido que envió escalofríos por la columna vertebral de Shona.

Maon actuó como si no lo hubiera oído.

—Uven recibió la noticia de que dos de los soldados que envió aquí viven, pero que ya no son leales.

—Todavía uso los colores del clan. —Caelis estaba orgulloso, pero de ninguna manera intimidado por la acusación del otro hombre.

—¡No tienes derecho a ellos!

—Tengo más derecho que Uven, y muy pronto lo sabrás.

—Cuando estés muerto, destrozaré el plaid que llevas y lo quemaré sobre tu cadáver.

Ahora eso sonaba como un hombre que había sido entrenado por Uven. Aunque Shona no lo dijo porque Caelis había sido así, en un principio.

El sonido de su hijo canturreando le proporcionó a Shona el consuelo de la esperanza de que su hija, al menos, no podía oír las terribles palabras que se estaban pronunciando. Con su audición realzada, Eadan estaba obligado a oírlas.

Y aún así se mantuvo fuerte y valiente.

El amor maternal y el orgullo ardían en su pecho.

—¿Soy tan valioso que Uven envió a seis de sus guerreros más fuertes para infligir su retorcida justicia? —se burló Caelis.

—Un guerrero no tiene que tener honor para ser un enemigo formidable.

—Él tiene más honor que tú —escupió Shona—. No amenaza a inocentes y niños.

—Él te ha lanzado a la sombra de su culpabilidad. Échale la culpa al traidor por tu destino.

—Suenas como Uven, sin aceptar las responsabilidades por el mal que comete.

Los ojos de Maon se oscurecieron con algo que podría haber sido duda, pero cambió de nuevo a su forma de lobo antes de que Shona pudiera estar segura.

De repente, sin ninguna señal que ella pudiera ver, los seis lobos saltaron al ataque.

Capítulo 14

Nada bueno vendrá cuando un Chrechte se enfrenta a otro Chrechte, pero la naturaleza humana debe ser apaciguada.

—ANTIGUAS PALABRAS ATRIBUIDAS

AL PRIMER CELI DI

La batalla era sangrienta, pero Vegar y Caelis eran guerreros asombrosos, sorteando a los gigantescos lobos con una mano y acuchillándolos con las espadas en la otra. Sacaban sangre, pero no causaban heridas profundas. Estaba claro que Caelis y Vegar no intentaban matar a los lobos, pero los MacLeod no tenían esa restricción.

Uno consiguió asestar un profundo golpe de garra en el pecho de Caelis mientras otros tres atacaban a Vegar al mismo tiempo, abalanzándose sobre él.

Audrey gritó, el horror que sintió era testimonio del vínculo sagrado que ya se había formado entre ella y el águila cambiaforma.

Uno de los lobos arañó el muslo de Vegar, haciéndolo sangrar.

Audrey se separó de su triángulo defensivo y corrió hacia el montón de lobos y guerreros. Apuñaló con su daga a uno de los lobos. Él giró hacia ella con un gruñido y la golpeó con fuerza, haciéndola retroceder tambaleante con el vestido empapado en sangre debido a una cuchillada en el hombro y brazo.

Un centímetro y el lobo le habría cercenado la arteria. La amiga más querida de Shona habría sangrado, Chrechte o no.

El horror teñido de furia la embargó, pero a diferencia de Audrey, Shona no se movería de su posición defensiva junto a sus hijos. No podía.

Un golpe asestado por cualquiera de las letales garras lobunas y sus hijos estarían muertos.

Eso sólo sucedería sobre su propio cuerpo muerto y sangrante, pero no un segundo antes.

Audrey cambió a su lobo, una hermosa criatura blanca de casi la mitad del tamaño de aquellos que intentaban matarlos.

El vestido de Audrey desapareció y a pesar de la diferencia en sus tamaños, volvió a atacar al lobo, esta vez con dientes y garras.

Vegar erupcionó debajo de la pila de lobos, un grito de guerra resonó en el aire que los rodeaba. Un lobo salió volando. Otro rodó en dirección contraria. Bajó la espada y la dirigió directamente al corazón del lobo que todavía luchaba con Audrey. Mucho más grande, y obviamente con mayor experiencia, el ahora lobo MacLeod muerto podría haberla matado en un momento, pero no lo había hecho.

Shona no podía entenderlo.

A pesar del caos de la batalla alrededor de ellos, Vegar apartó a Audrey suavemente.

—Vuelve con la hermana de tu corazón. Te agradezco la ayuda.

En ese momento, el hombre grosero subió ligeramente en la estima de Shona.

Audrey, la loba, trotó hacia atrás obedientemente, la sangre en su piel daba testimonio del hecho de que su cambio no había curado instantáneamente sus heridas. Esa era una pregunta que Shona tendría que reservar para otro día. No obstante, estaba claro que sus heridas no sangraban profusamente.

Todavía en forma de loba, Audrey volvió a tomar su posición defensiva junto a los hijos de Shona.

Vegar ya había vuelto a la batalla, sus ojos destellaban con una advertencia de muerte para aquellos que pudieran volver a acercarse a su compañera. Los dos lobos que había lanzado lejos ahora luchaban por sus vidas, en vez de intentar tomar la suya.

Caelis había estado luchando con los otros tres, pero su obvio deseo de no matarlos no le hacía favor alguno. Había pequeños arañazos de colmillos y garras por todos lados de su cuerpo, pero nada grave. El corazón de Shona se regocijó e hizo todo lo posible para convencerse de que esto se debía a que él estaba de pie entre sus hijos y los lobos que los herirían.

Mientras dos lo mantenían ocupado, el otro vino corriendo hacia Shona, sus afilados colmillos babeaban al ser expuestos.

El joven soldado Sinclair se puso delante de ella cuando el lobo los alcanzó, mordiéndolo en el antebrazo. Él luchó valientemente cuerpo a cuerpo con el lobo, pero Shona sabía que no contendría a la bestia durante mucho tiempo.

Preparó su daga. No podía ordenar a sus hijos que corrieran, aunque la tentación fuera grande.

No había forma de que sus pequeñas piernas superaran a estos lobos decididos a hacerles daño. Eadan y Marjory estaban quietos. Sus ojos estaban abiertos

ampliamente por la conmoción, se abrazaban entre ellos y se acurrucaban junto a Audrey.

Deberían estar aterrorizados, pero parecían más bien aturdidos y era evidente que no le temían a la mujer que se había convertido en lobo.

Aunque el hijo de Shona hubiera estado viendo tales cosas en sus sueños, por sólo Dios sabía cuánto tiempo.

Audrey se acercó aún más a los niños, cerniéndose sobre ellos protectoramente.

Enseñando los dientes, los gruñidos que sonaron de su garganta eran sospechosamente similares a los que Audrey solía hacer cuando estaba enfadada con el barón.

Esto puso una nueva luz sobre sus afirmaciones de estar lo suficientemente enfadada para arañar los ojos del hombre.

Shona cambió su postura, preparada a entrar en la lucha entre el lobo y el soldado que intentaba protegerla tan valientemente.

Un rugido profano sonó, y un segundo después el lobo que peleaba contra el joven soldado salió volando, aterrizando en una pila de huesos rotos a casi quince metros de distancia. Una gran bestia le había roto el cuello y arrojado al gigantesco lobo como si este no pesara más que una pelota de hilo, sus ojos eran del mismo tono azul violáceo de Caelis.

Y ella se dio cuenta que este, este… *hombre lobo* era su antiguo amor.

A duras penas podía creer lo que sus ojos le decían que era verdad. Esta criatura no se parecía en nada al lobo que Caelis le había mostrado y aun así en su corazón no cabía la menor duda de que ambos eran un solo ser.

La conmoción la atravesó, dejando sus pulmones sin aire y su corazón desbocado.

De pie tenía más de dos metros diez de altura y era dos veces más ancho que incluso el guerrero más grande… al igual que Caelis como hombre, el cabello cubría su cara y cuerpo, sus facciones eran una mezcla de lobo y hombre. Sus manos tenían cinco dedos, pero cada dedo terminaba en una garra parecida a una daga. Era igual con sus pies: cinco dedos coronados con puntiagudas zarpas que cavarían con brutal eficacia un agujero en un hombre o bestia.

Erguido, como lo haría un hombre, su torso, brazos y piernas guardaban mucha semejanza con su forma humana, pero mucho más grandes. Muchísimo más grandes.

Los largos colmillos que mostró cuando gruñó a uno de los lobos que gateaba lentamente sobre su vientre eran como sus equivalentes caninos, pero su hocico era ligeramente sobresaliente, el hombre detrás de la bestia podría ver si alguien lo estaba mirando.

Y Shona lo estaba mirando.

Quería extender la mano y tocarlo. Desesperadamente.

Esta bestia maravillosa era el padre de su hijo. *De sus hijos*, si creía su intención de reclamar a Marjory.

El joven soldado junto a ella se protegió a sí mismo con el brazo bueno, acunando el otro cerca de su pecho y comenzó a murmurar con fervor el Ave María.

Los lobos detuvieron su ataque, tres de los cuatro sobrevivientes Chrechte se acercaron a Caelis reptando sobre sus vientres. Shona pensó que el último podía ser Maon, ya que éste guardaba las distancias, con el lomo erizado, su gruñido bajo estaba al mismo tiempo lleno de miedo y amenaza.

Caelis los ignoró a todos cuando avanzó hasta que su aliento casi rozó el de Shona.

No la tocó, pero ella pudo sentir su deseo de hacerlo.

Ella extendió la mano y tomó una de sus grandes manos en las suyas y la llevó a su cara, poniendo los dedos terminados en garras contra su mejilla.

El cuerpo enorme se quedó quieto por completo, su pecho apenas se movía al respirar.

—¿Compañera?

La voz gutural no era completamente humana, pero la palabra era comprensible.

Pero lo que preguntaba no lo era.

Shona no sabía lo que Caelis necesitaba, así que le dio lo que ella necesitaba. Se puso de puntillas y estiró las manos hasta tocar el pelo ligero que cubría su cara. Era suave al tacto, su mandíbula debajo de este era fuerte y firme.

Arrastró los dedos por su cuello descendiendo hasta su enorme y musculoso pecho, cubierto con el mismo pelo castaño corto y suave.

—Eres un monstruo maravilloso.

—¿Monstruo? —preguntó con un gruñido.

—Maravilloso.

—No temes.

—No tengo nada que temer.

El sonido de un feroz gruñido hizo que Caelis se tensara.

—Él te desafía —dijo Vegar.

Caelis asintió con la cabeza, aunque su atención permaneció en Shona.

Ella retrocedió.

—Tienes cosas que atender.

Su mirada finalmente se apartó de la de ella, pero no fue a donde Maon seguía evidenciando su cólera. No, Caelis bajó la mirada hacia Marjory y Eadan.

Su hijo alzaba la mirada hacia él con temor y una profunda felicidad

que Shona no estaba segura de entender. Marjory no parecía más preocupada de lo que se sentía Shona.

Era como si su pequeña hija percibiera que la gran bestia fuera su aliado y se sintiera confortada por él.

Caelis cayó sobre una rodilla y Shona tuvo que sofocar el impulso de reírse. ¿Creía que eso le hacía menos intimidatorio? Él todavía se alzaba como una torre sobre ella y sobre los niños mucho más pequeños.

Marjory parecía no sentirse preocupada. Soltó a su hermano y se acercó a Caelis sin signo de agitación.

El soldado Sinclair hizo el gesto de agarrar su espalda, pero un gruñido de Caelis lo hizo retroceder. Sin embargo, el coraje del joven guerrero se hizo patente en el hecho de que no siguió alejándose sino que permaneció cerca.

—Él no sabe que eres agradable —declaró Marjory con un ceño fruncido al soldado.

—No siempre soy agradable, mi princesita. —Las palabras salieron un poco tergiversadas por los tonos guturales de Caelis, pero no parecía que Marjory tuviera alguna dificultad para entenderle.

—Eres agradable para mí.

—Siempre —juró él.

Ella asintió, metiéndose el pulgar en la boca y estirando la otra mano hacia uno de dedos meñiques de Caelis, quien dejó que ella arropara su mano con la suya, dándole a Shona una mirada perpleja.

Era una expresión extraña en un semblante tan temible por su seguridad.

Eadan se acercó.

—Un día me pareceré a ti, *pa*.

Shona giró bruscamente la cabeza hacia Caelis.

—¿Eso es verdad?

—Lo desconozco.

—Yo lo sé —dijo Eadan mientras se movía sigilosamente hasta su padre y trepaba sobre él con facilidad—. Así me lo han dicho mis sueños.

—Entonces así es como sucederá.

—Tengo que salvar a la *celi di* Paindeal —dijo Eadan con absoluta normalidad.

—¿Qué? —preguntó Shona, con voz apagada.

Eadan le sonrió de modo tranquilizador desde su posición elevada a casi la misma altura de su madre.

—Aunque no sucederá hasta dentro de mucho tiempo, mamá. No te preocupes.

Shona asintió con la cabeza, inexplicablemente contenta de que su hijo sólo tuviera cinco años. Sea lo que fuera lo que el destino tuviera deparado para Eadan, ella aún tendría años para amar y vivir con él como su propio y amado niño.

Los gruñidos no habían parado durante todo el tiempo en que Caelis interactuó con los niños y ahora se habían vuelto más fuertes, el desafío en ellos era obvio hasta para Shona.

Caelis levantó a ambos niños en sus grandes brazos y se dio la vuelta para enfrentar al único lobo desafiante que quedaba.

—Ríndete —vociferó en inequívoca orden.

Maon sacudió la cabeza de su lobo, con el lomo erizado y los colmillos expuestos en señal de amenaza.

El estúpido Chrechte miraba fijamente a Caelis a los ojos hasta que el hombre lobo de Shona soltó un gruñido que la heló hasta los huesos. Los otros lobos, incluso Audrey, gimotearon, pero el gran lobo sólo se dio la vuelta y se escapó.

Caelis bajó a los niños al suelo y ordenó a Vegar:

—Vigílalos.

—Aye. —El Éan no pareció sentirse ofendido por el tono imperioso del otro hombre.

Caelis se dio la vuelta hacia los tres lobos encogidos de miedo y señaló

el suelo.

—Quedaos aquí.

Ninguno osó siquiera a levantar la cabeza en interrogación, sino que todos cayeron completamente sobre sus vientres y… *se quedaron allí*.

Caelis persiguió al Chrechte en retirada, corriendo más rápido que de lo que Shona hubiera visto hacer jamás a hombre o bestia. Incluso tras la ventaja que Caelis le había dado a Maon al bajar a los niños, alcanzó con facilidad al gran lobo. Caelis capturó al lobo pelirrojo por el pescuezo y tiró del animal.

Maon renqueó y Caelis lo llevó al grupo, donde los otros tres lobos no se habían movido ni un solo centímetro de su posición de sumisión.

Caelis lanzó a Maon al suelo y luego ladró:

—¡Cambiad!

Los cuatro lobos se transformaron en sus formas humanas. La transición no fue menos mágica para Shona de las que había visto antes.

Shona reconoció a dos de los guerreros, uno de su misma edad y otro más joven.

Maon, el autoproclamado líder, era tres o cuatro años más joven. No había reconocido de inmediato al joven que conoció hace seis años en el hombre enfadado en el que se había convertido.

Era ciertamente un guerrero imponente, lideraba a hombres mucho más viejos y jóvenes que él. Sólo que el hombre parecía un completo extraño para ella.

Parecía muy joven, también, pero Shona sabía que Caelis no se dejaría engañar.

Todos contemplaban a Caelis con niveles variados de respeto… hasta Maon, aunque este fuera atenuado por esa furia no depositada que había mostrado desde el momento en que llegó al claro en su forma de lobo.

—Eres un *conriocht*. Eso no es posible —gruñó Maon, su desafío apenas si se había atenuado.

Vegar elevó una ceja en tono burlón.

—Y aquí está él.

—No existe una piedra sagrada para los Faol. Los Éan nos robaron la *Faolchú Chridhe*. —Maon miró a Vegar con aborrecimiento, su disgusto con la situación era clara—. Y tú eres amigo de uno de ellos.

Caelis golpeó al hombre con el revés de la mano, haciéndole retroceder varios pasos.

—Él es mi amigo, harás bien en recordarlo.

—Espera hasta que Uven oiga sobre esto. Encontrará una manera de detenerte. Yo podría haberlo hecho, si estos tontos no se hubieran rendido. —Maon fulminó con la mirada a sus compañeros Chrechte.

—Él es *conriocht*, el guardián de los Faol elegido por la *Faolchú Chridhe*, nuestra propia piedra sagrada, para ser nuestro protector y líder —dijo el hombre mayor que Shona había reconocido. Creía que su nombre era Sean.

—Si hubiera sido elegido, sería con el objetivo de comandar a los Fearghall, pero vive aquí entre los Sinclair y los Éan. Es una desgracia.

Esta vez, Caelis le dio un puntapié al hombre estúpidamente obstinado, su rugido de furia hizo que hasta Shona hiciera una pausa. No es que le tuviera miedo, pero era una bestia impresionante. Y definitivamente estaba enfadado.

—¿Qué es un *conriocht*? —preguntó Audrey, su voz era inestable.

Shona ni siquiera había notado que su amiga había cambiado a su forma humana.

—Es un término antiguo para hombre lobo… hombre y lobo combinado —dijo Vegar, su gran cuerpo bloqueaba el cuerpo desnudo de Audrey de la vista de los demás.

Interesante. Considerando la reacción de Caelis temprano ese día y la respuesta de Audrey al ser vista desnuda en el lago por Vegar en su forma de águila, Shona había supuesto que los Chrechte estaban menos preocupados por la desnudez que sus pares humanos.

Audrey se puso su camisola y habló con la fina tela blanca sobre su cabeza. Ella parecía igualmente caprichosa y fascinada por la forma salvaje de Caelis.

—Nunca escuché algo así.

—Hasta ayer, nunca habías oído sobre… —¿Cómo se había llamado Caelis a sí mismo? Oh, Sí—. Cambiaformas.

—Pero nadie tiene tres formas —replicó Audrey.

—Eso no es verdad —dijo Vegar—. Los Chrechte con padres de dos razas en ocasiones pueden cambiar en dos animales, lobo y ave. Es raro, pero sucede.

—¿Realmente? —La amiga rubia de Shona había logrado ponerse la camisola en su lugar. Pero francamente, esta hacía poco por preservar su modestia de tan transparente como era.

Vegar tampoco parecía impresionado por la propiedad de su traje, fulminando con la mirada a uno de los Chrechte MacLeod cuya mirada se había extraviado de Caelis a Audrey.

Vegar asintió con la cabeza en respuesta a la pregunta de Audrey, haciendo todo lo posible por vendarle sus heridas incluso mientras ayudaba a Audrey a cubrirse con su vestido.

Caelis de pie en todos sus dos metros y diez centímetros extra, se cernía sobre todos ellos.

—Soy un *conriocht* y reclamo mi derecho como el alfa de los MacLeod. Seguidme.

Sean y los otros dos soldados MacLeod que se habían rendido en forma de lobo cayeron de inmediato sobre una rodilla con los puños derechos presionados sobre sus corazones y las cabezas dobladas ante Caelis.

Maon permaneció de pie, su postura desafiante, aunque guardara su distancia de Caelis.

—¿O qué? —preguntó Maon con apenas una pizca de menor antagonismo.

—O muere. Mi naturaleza *conriocht* sólo se revelará ante mi elección y no la de ningún otro.

Shona deseó protestar. No por el asesinato del insufrible hombre. Maon habría matado a Caelis sin escrúpulos y también a Shona. Peor, habría matado o robado a sus hijos. Destinos que jamás desearía para

ellos.

Nay, deseaba protestar por la oportunidad de vivir que se le otorgaba.

—¿Cómo puedes confiar en su voto de fidelidad? ¿O en cualquiera de ellos, en realidad?

¿Qué valor tenía la sumisión del lobo cuando venía junto al falso corazón del hombre?

Caelis la miró, sus ojos azules violáceos eran algo familiar en su rostro de *conriocht*.

—Puedo oler la mentira.

—No los olisteis acercándose. Enmascararon su olor —indicó Audrey, su voz estaba teñida por un temor reverencial.

—En mi forma humana, puedo no oler un aroma enmascarado. En mi forma de lobo, eso casi nunca sucede. Como un *conriocht*, no me *pueden* mentir o enmascarar sus olores.

—¡Imposible! —Maon pareció impresionado a pesar de su negación—. Nadie puede oler nuestro paso cuando no queremos que suceda.

Caelis lo ignoró y miró a Shona.

—Tendrás que confiar en mí.

Deseaba que ella creyera en él cuando había aprendido hace seis años que hacerlo le causaría un dolor indecible.

—Las vidas de mis hijos están en tus manos.

— *Nuestros* hijos. —La ferocidad de su voz no toleraba contradicción alguna.

Ella no lo contradijo.

—Entonces no los arriesgues.

—¿Harás que los mate sin mostrar piedad?

Ella se apartó antes de que las palabras que la condenarían más que a los lobos MacLeod se deslizaran por sus labios. ¿Pero cuando le había mostrado alguien piedad a ella?

Caelis no lo había hecho. Ni sus padres. Ciertamente no lo había hecho el barón, usando su cuerpo cuando creía adecuado a pesar de saber cuán poco lo deseaba ella.

Y el actual barón tomaría lo que quisiera sin remordimiento si le permitía atraparla.

Tú eres más fuerte que todos nosotros.

Las palabras eran la voz de Caelis, pero estas no habían sido dichas en voz alta.

Las había escuchado en su cabeza.

El miedo que no la había embargado durante o después de todas las extrañas revelaciones de los pasados días se alzó ahora sobre ella como un espectro. Podía resistir mucho, ¿pero qué les pasaría a sus hijos si perdía la razón?

Una mano peluda, de gran tamaño aterrizó sobre su hombro.

—Es el vínculo de compañeros.

—¿Qué, qué es el vínculo de compañero? —preguntó Audrey.

—Él… yo… no… —Ella sacudió la cabeza más allá de la capacidad de aceptar una cosa increíble más, en particular una tan íntima e invasiva.

Si Caelis hubiera tenido acceso a su mente, habría sabido exactamente cuánto daño le había causado hace seis años. Y aun así la había rechazado.

Habría conocido su desesperación, sus esperanzas, sus miedos y a pesar de todo la había rechazado.

—Nay —vociferó él, la expresión de la bestia gigantesca era de dolor de una forma que ella no podía entender—. Yo no leo tus pensamientos.

—¡Los estás leyendo ahora! —acusó ella.

Él negó con la cabeza, un sonido que no se parecía a ninguna palabra humana que le hubiera escuchado salir de su boca.

Shona miró los alrededores, preguntándose durante un momento terrible si algo de esto era real. ¿O estaba viviendo algún sueño

retorcido?

Lo imposible no sucedía. Ella había creído porque lo había visto. ¿Pero y si todo lo que había visto fueran imaginaciones febriles de una mente perdida a la realidad?

Debía estar loca. Quizá eso lo explicaba todo, este nuevo mundo era demasiado maravilloso para la vida mundana que llevaba.

Nunca había pensado volver a ver a Caelis. Él no la había querido. ¿Cómo podía creer que él realmente estaba aquí, reclamándolos a ella, a Eadan y a la hija de otro hombre?

Eso estaba más allá de toda imaginación.

Pero se lo estaba imaginando. Debía estarlo.

—Estoy soñando. No estás aquí en absoluto. —No pudo evitar que sus palabras salieran más como una acusación que una declaración.

Su guerrero fantástico le había hecho creer.

—Auch, muchacha, para esto. Estoy aquí. Tú estás aquí. Este no es un sueño.

—Pero…

Él sacudió su gran cabeza, había una ternura que ella no había visto en esas profundidades violáceas durante más de seis años.

—No estás soñando.

—Tú…

Una garra se presionó contra sus labios con la suavidad de una mariposa.

—Shh…

Capítulo 15

La capacidad de un compañero sagrado de compartir palabras a través de un vínculo mental es uno de los mayores dones del emparejamiento.

—ABIGAIL DE LOS SINCLAIR

Las lágrimas fluyeron desde los ojos de Shona, aunque no supiera porqué.

Seguramente lloraba como una forma de aliviar la tensión.

La mano de Caelis le acunó la mejilla, la palma era tan grande que cubrió parte de su sien y cuello.

—Tú eres mía. No permitiré que nada te hiera.

Vegar resopló.

—Aye, tú eres su compañera sin lugar a dudas. En ninguna otra circunstancia habría revelado su *conriocht* con tanta rapidez.

—Pero… —Ella alzó la vista hacia los hipnotizantes ojos azules—. Escuché tu voz.

Dentro de mi mente. Sabes que lo hice.

—Aye.

—Eso no es normal.

—Estoy de pie ante ti en la forma de un *conriocht*. «Normal» no define tu vida ahora, si alguna vez lo hizo.

—Pero…

Eres mía. Volvió a decirle. En su mente.

Shona se apartó de él, su contacto era demasiado para ella en un momento en el que temía que una conexión de tal magnitud pudiera

hacer que se perdiera a ella misma.

—¿Puedes escuchar mis pensamientos?

—Sólo cuando los diriges a mí.

—Pero no lo hice… lo que pensaba… tú lo supiste.

Él se encogió de hombros.

—No lo entiendo, pero fue como si cada uno de tus pensamientos se abalanzará hacia mí.

—Desee decirlo, pero me contuve.

Caelis asintió, como si esto lo explicara. Ella no sabía si lo hacía, pero si esta comunicación mental entre auténticos compañeros era real, entonces Shona tendría que tener mucho más cuidado de lo que pensaba en voz alta cerca a él.

—¿Entonces qué hacemos con ellos? —preguntó Vegar.

—Llevarlos al torreón.

—¿Y luego? —preguntó Audrey como hubiera deseado hacer Shona.

—Les mostraremos piedad y les daremos la oportunidad de rendirse, como lo dicta la antigua ley Chrechte.

—Ellos no habrían tenido piedad con nosotros. —Y si la ley Chrechte era tan misericordiosa, ¿entonces por qué había dicho que tantos de su especie morían en la guerra?

Por supuesto, dos lobos estaban muertos en el claro. Hombres que nunca volverían con sus familias u hogares. Hombres, de repente se dio cuenta Shona, que en algún momento había conocido.

El pensamiento le hizo sentir náuseas aunque le preocupaba que el dejarlos vivir pusiera en peligro a sus hijos.

—Mamá, *pa* hará que todo esté bien —dijo Eadan.

Shona bajó la mirada hacia su hijo e intentó sonreír. El aspecto preocupado de su hijo le indicó que su intento había tenido poco éxito.

—A estos hombres se les ha enseñado a apartarse del camino del

honor. —Caelis miró con pena a su hijo—. Como a mí. Aprendí a recorrer un nuevo camino. Quizás ellos también puedan.

Audrey no replicó y Shona no tenía nada que añadir. Caelis afirmaba que ella era más fuerte que su necesidad de negarles piedad.

Quizás tuviera razón.

Pero en ese momento, se alegró de que la decisión no dependiera de ella.

—Entraremos en el bosque. Vegar, ve al torreón y trae más soldados Sinclair.

—Y algo de ropa para los hombres. Están desnudos —indicó Audrey como si nadie más se hubiera dado cuenta aún.

Así que ella todavía tenía la modestia que Shona siempre había pensado que formaba parte inherente de la mujer más joven. ¿Ella simplemente… qué? ¿Había aceptado ver a Vegar desnudo porque eran compañeros?

Este asunto del emparejamiento traía consigo muchas cosas a las que responder.

—Lleva a los niños contigo —imploró Shona a Vegar—. Por favor.

—No, mamá. Tenemos que quedarnos contigo y *pa* —le contradijo Eadan de inmediato, estirando los brazos hacia su padre en la primera señal de miedo verdadero que Shona había visto en su hijo durante este tiempo.

Caelis alzó al muchacho sin vacilar, diciéndole algo con voz baja que trajo una sonrisa de alivio en las facciones de Eadan y una cabezada de asentimiento.

Marjory rodeó como una lapa la pierna del *conriocht*, su pulgar seguía metido en su boca. La gigantesca mano de Caelis se apoyó con cuidado en su cabeza, el gesto era a la vez suave y claramente protector. Ningún niño mostraba señales de estar demasiado trastornado por lo que habían atestiguado, aunque era obvio que ninguno deseaba separarse de su salvador.

Considerando que su hijo apenas había sobrevivido a las maquinaciones de su hermanastro y que Marjory había pasado dos semanas huyendo junto a su madre y amigos, Shona bien podía

considerar a este día un simple incidente.

—El perro grande nos mantiene seguros —dijo Marjory chupando su pulgar.

Shona se encontró riendo y le complació ver que Caelis también lo hacía. Su risa era un sonido extraño y gutural que venía de su garganta de *conriocht*, pero la diversión brillaba en sus ojos. Era evidente que no se sentía ofendido porque le hubieran llamado perro.

Eadan frunció el ceño.

—No es un perro, Margie. Es nuestro *pa*.

Marjory no pareció demasiado preocupada por la reprimenda de su hermano.

No había jovialidad en la expresión de Caelis cuando fijó su mirada en los MacLeod Chrechte.

—Entraremos en el bosque y esperaremos a los otros soldados.

—¿Por qué? De todas formas vas a matarnos. —Ese era Maon, por supuesto.

Increíblemente, Caelis volvió a reírse.

—No pretendas hablar por tus compañeros Faol. Ellos ya se han sometido a mí.

Todo lo que queda es que pronuncien sus juramentos. Tú ya no eres su líder y nunca fuiste su alfa. Ellos al igual que tú fueron engañados pero reconocen la verdad cuando la ven.

Maon guardó silencio.

Ante la insistencia de Vegar, Audrey consintió en irse con él. Se encargaría de que las heridas de su compañera fueran atendidas inmediatamente. El joven soldado Sinclair también se marcharía, su ferviente rezo finalmente había cesado, una expresión de dolor contorsionaba sus inexpertos rasgos.

Caelis posó la mano en el hombro del soldado y el hombre Sinclair se ganó aún más el respeto de Shona cuando apenas se estremeció con el contacto.

—Dile al Sinclair que tengo una deuda de gratitud y honor contigo.

El soldado alzó la vista al descomunal *conriocht* con sorpresa.

Caelis lo miró a los ojos.

—Te interpusiste entre mi compañera y el peligro. Esa es una deuda que nunca podré devolverte totalmente.

—Enseñadme a luchar contra los lobos —dijo entonces el soldado joven.

—¿Por qué?

—Para defender mejor a mi laird y a nuestro clan.

—A su debido tiempo, entrenarás con los Chrechte, como todos los soldados hacen.

—No es lo mismo. No conocemos vuestras verdaderas naturalezas cuando entrenamos.

—¿Crees que puedes aprender mejor con un guerrero Chrechte en su forma de bestia en batalla?

—Si me enseñas, lo haré.

—Tienes el corazón para ello. Te entrenaré.

—¡No puedes hacerlo! —exclamó Maon.

Caelis giró y fulminó con la mirada al hombre, apretaba las manos a sus costados.

—No me desafíes. Mi paciencia contigo está llegando a su límite.

Maon se calló, su expresión era pura rebeldía.

Shona no pudo evitar admirar la obstinada determinación del otro hombre, aunque fuera más testarudo que su hijastro, Percival, y su padre combinados.

Shona tomó la mano de Marjory y la llevó al bosque, sorprendiéndose cuando los demás la siguieron, con Caelis en la retaguardia con Eadan posado aún en su brazo.

A pesar de la aparente sumisión masculina, Shona mantuvo a Marjory bien lejos de los MacLeods que habían querido matarlos.

Su cabeza estaba demasiado llena con sus propios pensamientos para escuchar a Caelis mientras le hablaba con esa extraña voz gutural a los hombres que antaño

había llamado amigos. Era ligeramente consciente de que hablaba de cosas como la sagrada ley Chrechte, los Fearghall y algo a lo que se refirió como los Cahir.

Los tres quienes ya habían mostrado sumisión a Caelis en sus formas de lobo escuchaban con mucha más atención que Shona. Maon discutía e insultaba y aun así, Shona se dio cuenta de que comenzaba a *desear* creer.

Y en ese momento fue cuando dejó de lado sus propias preocupaciones y comenzó a escuchar, también.

—Se acerca un tiempo… que no será durante nuestra vida, pero sí en la de los hijos de nuestros hijos… cuando una gran plaga ataque a nuestros pueblos. Una enfermedad tan grande que borrará manadas enteras como si nunca hubieran vivido.

Sin nuestra piedra sagrada y la ayuda de los sanadores, los Chrechte dejarán de existir.

Maon frunció el ceño.

—Tenemos sanadores entre los Faol.

—No los suficientes. Necesitaremos a los Éan y a los Paindeal.

—Los Paindeal —se mofó Maon—. Son leyenda y nada más.

—Eso es lo que la mayoría de clanes creían sobre los Éan antes de que aprendieran la verdad —dijo Caelis.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Shona, sin poder evitarlo.

—Hasta hace un año, los Éan vivían como fantasmas en las profundidades del bosque.

—¿Por qué?

—Debido a los Fearghall —contestó Maon, aunque no sonara tan orgulloso de ese hecho como se habría esperado.

—¿No están a salvo, ahora que viven entre los clanes?

—Los Éan sólo estarán a salvo cuando los Fearghall dejen de existir.

—Eso nunca pasará —se mofó Maon.

—¿No crees eso, verdad? —desafió Caelis.

—Él tiene razón. —Shona rodeó con cautela a los hombres Chrechte de forma que ella y Marjory pudieran sentarse al otro lado de Caelis —. Mientras haya odio entre los hombres, personas como los Fearghall existirán.

Caelis emitió un infeliz bramido de acuerdo.

—Pero haremos todo lo posible para exponerlos entre los Chrechte y ayudar a aquellos quienes han sido engañados a saber la verdad.

Ese era un objetivo loable, pero no creía que todos los Fearghall hubieran sido mal informados. Uven era el principal ejemplo.

Ese hombre era demasiado feliz al creerse superior a los demás. Habría sido un laird terrible aunque hubiera sido completamente humano.

—Los Paindeal desaparecieron antes de que los Éan robaran nuestra piedra sagrada y los Fearghall fueran creados para encontrarla y devolverla a los Faol.

—Los Fearghall pasan demasiado tiempo cazando a los Éan para buscar la *Faolchú Chridhe*.

—Los Éan la destruyeron. —Pero ni siquiera Maon parecía convencido de su propio argumento.

Por supuesto, según palabras del hombre, Caelis no podría ser *conriocht* sin esta.

Así que su misma existencia era la prueba de que esta piedra sagrada todavía existía y que en efecto era accesible a los Faol.

—Tanto los Paindeal como la *Faolchú Chridhe* existen. —No cabía la menor duda de que Caelis creía lo que decía—. Al igual que los Éan.

—Pero siempre hemos sabido que los Éan existen.

—Y los Éan nunca han olvidado a los Paindeal, ni a algunos de los Faol.

—¿Entonces, qué? ¿Debemos correr detrás de un mito? —exigió Maon.

—Aye, y encontrarlos si esperamos salvar a los hijos de nuestros hijos.

—¿Dices que Uven te alejó de tu auténtica compañera? —preguntó Sean.

Maon miró el suelo forestal.

—Él dice que eras demasiado obstinado para cumplir tu deber hacia nuestra gente.

—¿Cómo podía yo, un hombre Chrechte, cumplir ese deber una vez que me emparejara y forjara un vínculo sagrado? —preguntó Caelis.

—No podrías —dijo uno de los otros hombres—. Y Uven lo sabía.

Aparentemente por el tono del hombre, era un hecho bien conocido entre los Chrechte.

Esta prueba de que Caelis no le había mentido sobre sus últimos seis años de celibato era algo que apartó a un lado para reflexionar después.

—Ese es el porqué me ordenó que no me apareara con Shona, pero ya era demasiado tarde. —Caelis posó su enorme brazo a través del hombro femenino.

—Le mentiste —dijo Sean en un tono que Shona no entendió.

Era casi como si admirara a Caelis por haberlo hecho.

—Aye. Y nunca supo de mi mentira.

—Eso es imposible —afirmó Maon—. Nuestro alfa podría oler tu mentira no importa cuánto intentaras enmascararlo.

—Él ya no es su alfa.

Y Shona comenzó a entender las intenciones de Caelis y su necesidad de volver al clan MacLeod. No regresaba simplemente a vengarse de un laird que le había mentido y puesto en último lugar las necesidades de su gente. Caelis deseaba salvar a otros del mismo destino. Deseaba conducir a los MacLeod con la fuerza, el coraje y desinterés que Uven *debería haber* mostrado.

—Así lo afirmas tú. —Las palabras de Maon eran desafiantes, pero su convicción disminuía con cada declaración.

Shona casi podía empezar a compadecerse sinceramente de él. Hasta que recordaba que había amenazado con matar a sus hijos.

—¿Realmente crees que sobrevivirías a mi desafío? —preguntó Caelis con más humor de lo que Shona sentía.

—Según tus palabras, permitirás que *nosotros* vivamos.

—Uven es más que un traidor. Se habrá ganado la muerte, cuando esta ocurra. —

Ahora no había piedad en la voz de Caelis.

Por lo visto la ley Chrechte de la piedad no se extendía a alfas déspotas.

—¿Por qué alejó a tu compañera de ti? —preguntó Maon.

—Porque no sólo ha alejado compañeras, también las ha matado. Porque ha asesinado Éan, humanos y Faol indiscriminadamente siempre que se interponían en su camino. Mis propios padres fueron víctimas de su traición y se atrevió a entrar en mi vida como padre sustituto. Porque miente y enseña mentiras como si fueran la verdad, sabiendo que son falsedades.

No creía que los demás escucharan el dolor en la voz llena de grava del *conriocht*, pero tiró del corazón que se había esforzado tanto por proteger durante estos últimos seis años. No quería sentir compasión por él, no quería sentir su dolor.

Pero no pudo contenerse más cuando Eadan rozó su rodilla y su propio dolor se volvió en compasión.

—Uven cree lo que enseña —afirmó Sean.

Maon palideció y pareció listo para perder todo lo que hubiera comido ese día en su desayuno.

—Nay. Él sabe la verdad. Sólo somos tan fuertes como nuestro eslabón más débil.

Y sin nuestra piedra sagrada, los Faol ha sido el eslabón más débil en la familia Chrechte durante siglos.

Maon negó con la cabeza.

—Nay.

—Aye.

Maon no volvió a discutir. Él guardó silencio, su expresión se volvió pensativa. De una forma completamente arisca. Si estaba reconociendo su error, aunque fuera en su propia mente, ciertamente no estaba contento con ello.

Esa era la respuesta necesaria para los hombres Chrechte, se preguntó Shona.

¿Malhumorado y decaído la mayor parte del tiempo? Shona se encontró riéndose de la no tan absurda idea.

Caelis la miró con preocupación y un ansia que ella no entendió.

—¿Qué te es tan divertido?

—La naturaleza de los Chrechte.

—¿Te refieres a nuestros lobos? —preguntó Sean, sonando desconcertado.

—Quiero decir al hecho que todos vosotros pareceis demasiado hoscos o al menos los hombres lo hacen. —Audrey no era tan cascarrabias.

Caelis se encogió de hombros, sus grandes hombros hacían que incluso ese pequeño movimiento fuera impresionante y casi la derriba a ella en el proceso.

—Compartimos nuestras naturalezas con un lobo.

—Tú compartes la tuya con más. —Y él no se lo había dicho. Otra vez.

Otra vez él pareció leer sus pensamientos.

—No me temes de esta forma.

—No. Todavía eres Caelis.

—Creí que me temerías.

Así que no le había mostrado al monstruo maravilloso. ¿Por miedo? No podía imaginar a este mágico ser teniendo tales preocupaciones.

O quizá, simplemente no le podía mostrar como lo había hecho con el lobo.

—¿Puedes cambiar a voluntad en *conriocht*?

—Aye, aunque el cambio a mi forma humana no puede suceder tan rápidamente.

—¿Por qué?

—Lo ignoro. Podría ser que cuando nuestra raza fue creada, se suponía que un *conriocht* debía pasar todo el tiempo en esta forma, para proteger mejor a nuestra gente.

—¿Puedes volver a cambiar ahora? —quiso saber ella.

—No mientras la amenaza aún exista.

—Nos hemos rendido a ti —dijo Sean—. No dañaremos a tu compañera o hijo.

—Eadan y Marjory son mis hijos —gruñó Caelis.

Sean asintió con la cabeza rápidamente.

—Así debe ser.

Maon emitió un sonido de mofa.

—¿No estás de acuerdo? —preguntó Shona, lista para defender a sus hijos incluso contra un hombre que cambiaba en un lobo.

La bestia de Maon no era nada en comparación con la bestia que clamaba serle leal a ella. Y como con su lobo, Shona encontraba demasiado fácil confiar en el *conriocht* de Caelis, aunque todavía no pudiera obligarse a confiar en el hombre.

—A los Fearghall se les enseña que no hay ningún valor en la humanidad —dijo Maon—. Un niño humano no sería reclamado por un guerrero Chrechte.

—La propia hija de Uven era humana —dijo Caelis.

—*¿Lo era?* —preguntó Sean.

Caelis le dio una mirada a otro Chrechte, sopesándolo.

—Ella cambia ahora, gracias a su compañero Éan y nuestra piedra sagrada.

—¿Cómo pudo su compañero haber usado el poder de nuestra piedra? —

preguntó el guerrero que Shona no conocía.

—No lo hizo.

—¿Entonces por qué dices que fue gracias a él? —preguntó Maon, por una vez sonaba más curioso que antagonista.

—Salvó su vida después de que su padre y Ualraig, el canalla con que su padre pensaba emparejarla, la golpearon y abandonaron por muerta.

Shona notó que ni uno de los hombres pareció sorprendido por las noticias, pero tampoco parecieron particularmente cómodos con ellas.

—¿Él fue quien mató a Ualraig? —preguntó Maon.

—¿Estás muy seguro de que el muerto era Ualraig y no un desertor como yo?

—No quedó nada más que las cenizas de nuestros guerreros, pero sabemos la diferencia entre ceniza humana y escoria.

—Aye, Laith lo mató.

—Ualraig era el más poderoso de los soldados de Uven.

—Nay, no lo era.

—Tú lo venciste muchas veces en el entrenamiento pero Uven nunca te promovió como su primero —observó Maon, otra vez sin cólera abierta.

—Aye. No me aparearía con otra Chrechte, mucho menos con la pobre hija del hombre.

—No podías.

—Él no sabía eso.

—Te habría matado si lo hubiera hecho. —No había duda en la voz de Maon o en los rostros de los otros tres hombres.

Shona tembló. Este mundo era nuevo para ella y había muchas cosas sobre este que todavía no entendía, pero fue golpeada con la certeza de que Uven habría matado a su *compañero* si el laird hubiera sabido del vínculo entre Caelis y Shona.

—Él no puede matar a mi *pa* —dijo Eadan con resolución.

—No, no puede ahora y el pasado ya no importa —estuvo de acuerdo Caelis.

Maon asintió, impresionando a Shona.

—¿Eres el nuevo primero de Uven? —preguntó Caelis a Maon.

—Nay.

—¿Por qué no? —Shona no pudo evitar preguntar.

La curiosidad la conducía a menudo cuando sería mejor que se quedara callada.

—Rechacé la asignación de perseguir a su hija.

—¿Qué? —Incluso con su voz no tan humana, la conmoción de Caelis era palpable.

—No era un buen padre para su hija humana.

—Pero tú habrías matado a mis hijos —dijo Shona con más confusión que cólera.

Ella dudaba de sus propias palabras incluso mientras las decía.

—Los Chrechte no matan a niños.

—Tú dijiste…

—Lo que creí que ofuscaría a mi contrincante.

—Ah.

—Jon no hubiera matado a la mujer… a Audrey.

—Él habría querido quedarse con ella. —Shona ya lo había pensado en su momento.

—Aye.

—Vegar no podía arriesgarse a que eso sucediera.

—Un hombre protege a su compañera. —El encogimiento de hombros de Maon debería haber sido ocasional, pero había un aire de tristeza en él.

Y Shona recordó algo de su viejo clan.

—Jon era tu hermano menor.

—Demasiado joven para venir en esta búsqueda.

—Pero aun así Uven lo envió. Y lo defiendes. —Shona no lo podía entender.

—Era mi alfa. No me correspondía cuestionarlo.

—Has dicho *era*.

Maon miró a Caelis y luego miró a lo lejos.

—Un Chrechte de honor valora toda clase de vida.

—Un alfa digno de lealtad extiende tanto su protección y su consideración a aquellos que le juran lealtad a él. —dijo guturalmente Caelis, pero Shona nunca le había escuchado decir palabras más *humanas*.

—Los miembros de nuestro clan pasan hambre mientras que Uven se llena el vientre con voracidad.

Caelis gruñó, pero no dio otra respuesta a esa información.

Maon lo miró.

—Para ser *conriocht*, la piedra debe encontrarte digno.

—El hacedor de la piedra, aye. La piedra sólo es una forma para nosotros de conectarnos con nuestro Creador.

—Solías ser Fearghall.

—Acepté la verdad cuando la escuché.

Maon asintió con la cabeza.

—Tomar el control del clan no será fácil. Algunos deberán morir.

—Menos de los que morirán si el clan continúa en las manos de un hombre sin escrúpulos.

—¿Eso es de lo qué hablabas antes, verdad? —le preguntó Shona a Caelis, su corazón estaba seguro de tener la razón.

—Aye.

— *Pa* es el alfa —dijo Eadan.

—¿Estás seguro de eso, no es así, muchacho? —preguntó Sean con una sonrisa.

Caelis gruñó, aunque Shona no entendió por qué.

Sean se estremeció, pero sonrió.

—No estaba cuestionando tu rango de alfa, *conriocht*.

De repente, Shona se encontró que estaba sentada sola con ambos niños, su rugiente compañero se alzaba sobre todos ellos.

—Te advertí: Puedo oler una mentira.

Sean saltó, cambiando en forma de lobo entre un parpadeo de ojos y el siguiente.

No atacó a Caelis, pero corrió en otra dirección.

Caelis lo siguió con la mirada; ella pudo ver como todo su cuerpo se tensaba con la necesidad de perseguirlo.

—Ve tras él —le instruyó ella.

—Nay. —La furia en su voz hizo que la palabra sonara más como un ladrido que algo reconocible.

No los abandonaría a ella y a los niños sin protección.

—Los soldados Sinclair estarán aquí muy pronto. Iré tras él en ese momento.

De repente otro lobo pasó como un rayo, ella lo reconoció como Maon. Había creído que él estaba indeciso, pero también había creído que Sean estaba ya completamente persuadido.

El sonido de un fuerte ladrido atravesó la maleza, luego el de ramas

rotas, gruñidos y aullidos, seguidos por un aullido entrecortado.

Maon regresó trotando un momento después, su hocico estaba cubierto con sangre y su lomo aún erizado.

Caelis se agachó y acarició al lobo con las descomunales manos de su bestia, gruñendo y canturreando lo que solamente podían ser alabanzas y agradecimientos.

Aunque Shona no pretendería hablarle al *lobo*.

Caelis se puso de pie.

—Hay un riachuelo en esa dirección. Ve y lávate la sangre de la batalla.

El lobo obedeció y Shona contuvo su deseo de señalar que todavía no había jurado lealtad. Sean lo había hecho, pero sin convicción.

Caelis se dio vuelta hacia los dos lobos restantes.

—La ley Chrechte declara que mi compañera y familia son supremos. Decid vuestras intenciones de seguirme o desafiarme ahora.

El hombre que Shona nunca había conocido se puso de pie.

—No pertenezco al clan MacLeod.

—Y aun así cumples las órdenes del laird.

—Mi alfa me ordenó acompañar a los demás en esta búsqueda.

—Para destruirme.

—Y a otro a quién Uven considera un desertor.

—Debíamos llevaros de regreso —dijo el otro MacLeod Chrechte.

—¿Con qué objetivo? —Shona tuvo que preguntar.

—Para hacer de vuestro compañero y del otro un ejemplo.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué no dices su nombre?

¿Creía este hombre que era demasiado bueno para decir el nombre de un hombre a quien se consideraba un desertor?

—No sabíamos cuál de los guerreros vivía.

—Ah.

Caelis no ofreció el nombre de su compañero soldado. Fulminó con la mirada a los dos hombres.

—Elegid ahora.

—No puedo jurar lealtad —dijo aquel que no era MacLeod, pero alzó la mano en súplica ante el gruñido de Caelis—. He crecido como Fearghall desde el nacimiento.

Me exiges que abandone a mis hermanos. A mi padre.

—Él es el de tu manada —adivinó Shona.

El hombre parecía asustado por su percepción.

Ella puso los ojos en blanco.

—Soy una mujer humana, no una idiota.

—Te doy mi palabra que ningún daño vendrá a ti, tu compañera o tu familia por mi mano o instigación. —El hombre presionó el puño sobre su corazón y volvió a doblar la cabeza—. Eres un *conriocht*, bendecido por aquello que consideramos sagrado.

Caelis asintió con la cabeza.

—Acepto, pero no te liberaré.

El hombre no se vio para nada sorprendido por la declaración de Caelis.

—¿Y tú? —exigió Caelis al otro soldado.

Ambos hombres cayeron de rodillas e inclinaron las cabezas, pronunciando los votos en una lengua que el padre de Shona le había explicado era la lengua antigua.

Había creído que era gaélico antiguo. Ahora sabía la verdad.

Esta sin duda era la lengua original del pueblo Chrechte.

Caelis se relajó ligeramente y ladró algo en respuesta que ella no entendió.

Él se giró hacia ella.

—No hay más peligro.

No le preguntó si estaba seguro, no después del modo en que supo ver el corazón de Sean aun cuando el hombre le hubiera presentado la cara de un amigo.

—¿Qué pasará con ellos ahora? —preguntó.

—Serán entrenados por mí.

*

*

Caelis observó el semblante severo del Sinclair, sin sentirse sorprendido, mientras este se acercaba. Aunque Shona e incluso los otros lobos hubieran parecido inconscientes, Caelis había escuchado a los otros soldados moviéndose rápidamente a través del bosque durante varios minutos.

Su *conriocht* había sentido también al alfa acercándose, aunque Talorc se moviera con absoluto sigilo.

Caelis se dio la vuelta hacia el laird.

—¿Escuchaste todo?

—Aye. —El ceño fruncido de Talorc era feroz—. Eres un *conriocht*.

—Lo haces sonar como una acusación. —Si Shona hubiera dirigido la mirada hacia él, habría hecho que hasta Caelis se encogiera de miedo —. Él salvó nuestras vidas.

—Reveló su tercera forma a humanos y a Faol que son inconscientes del regreso de los protectores de nuestra raza.

Maon regresó de bañarse en el riachuelo, transformado de vuelta en hombre.

—Yo cambié primero.

A Caelis no le preocupaba la cólera del Sinclair, aunque respetara a Maon por su honestidad y buena voluntad de dirigir esa ira hacia él. Pero nada habría impedido a Caelis cambiar a su forma más feroz cuando su compañera y niños estaban en peligro; Talorc debía ser bien consciente de ese hecho.

Desechando de su mente la ira del otro alfa, Caelis se concentró en recobrar su forma humana ahora que su familia ya no estaba en peligro inminente. El calor cubrió su cuerpo y el aire se comprimió alrededor de él de una forma que no hacía cuando cambiaba en lobo y viceversa.

Un momento después, se tambaleaba sobre sus pies, su perspectiva era otra vez la de un hombre. Shona corrió y le ofreció su brazo.

Él no cometió el error de reírse del gesto o rechazar su ayuda. La mujer era de la mitad de su anchura y más de una cabeza más baja, pero aun así se apoyó

ligeramente en su hombro. La fuerza de su espíritu compensaba de sobra su falta de estatura. Si hubiera nacido Éan, Caelis no tenía duda de que Shona se habría convertido en una de sus guardianes tal como la princesa, Sabrine, había sido antes de su matrimonio con el laird de los Donegal.

Shona lo llevó hacia un árbol.

—Recuéstate aquí.

Avanzó vacilante, agradecido cuando su espalda presionó contra el sólido tronco.

Siempre se sentía mareado después de cambiar de su *conriocht*… y tenía hambre.

En ese momento podría comer un verraco.

Talorc le dirigió una mirada de simpatía que él estaba seguro nadie más vio… y si lo hicieran, no la entenderían.

Pero Talorc y el alfa de la manada Balmoral también habían sido elegidos por la piedra sagrada como protectores de sus pueblos.

No todos los miembros del consejo de los Chrechte eran conscientes de

este hecho, lo cual sólo probaba que a pesar de sus esfuerzos por vivir como una sola nación, la confianza entre todos ellos no estaba garantizada.

Hasta el momento, solo existía completa revelación entre los lairds de los clanes Sinclair, Balmoral y Donegal. Los demás en el consejo apenas sabían algunos hechos sobre el regreso de los Éan a los clanes.

Ninguno de ellos sabía sobre la forma dragón del príncipe Eirik o sobre el regreso de la *Faolchú Chridhe* a los Faol.

Ciara, la recientemente designada *celi di* de los Faol, seguía el consejo que una antigua *celi di* le daba a través de visiones. Ella insistía que el tiempo de revelar el regreso de la piedra sagrada aún no había llegado.

A diferencia de los Éan que sólo tenían un protector en una generación, los Faol podían tener muchos.

Ahora mismo, tenían tres.

El príncipe de los Éan era una bestia temible en su forma de dragón, más que capaz de tomar una manada completa de *conriocht*.

Era algo bueno que todos fueran aliados.

Y si Caelis seguía sus planes, el clan MacLeod se uniría a ese grupo, su manada se rendiría a la autoridad del consejo Chrechte tal como las otras hacían.

Tanto como cualquier Highlander podía rendirse a otro.

Y aún más importante, los Faol MacLeod comenzaría a formarse en los antiguos y auténticos caminos de los Chrechte. Sus hermanos aprenderían, como él había hecho, que no existía honor en matar Éan simplemente porque cambiaban en aves.

Muchos se resistirían a la verdad de *no* ser superiores a otros Chrechte o humanos, pero Caelis tenía fe en los lobos de su pueblo.

Algunos se parecerían a Sean, pero muchos más serían los que

cambiarían su forma de pensar tal como cambiaban de formas.

—¿Estás bien? —preguntó Shona, su voz estaba llena de preocupación.

Caelis se permitió disfrutar en secreto de la preocupación femenina y se apoyó pesadamente contra el árbol.

—Aye.

—Tendrá hambre —le informó el Sinclair a Shona, con una mirada conocedora hacia Caelis.

—¿A causa de su transformación? —preguntó ella.

—Aye. —Su estómago retumbó con fuerza—. Siempre es peor después que cambio desde mi forma de *conriocht*.

—Entonces regresemos al torreón. —Shona miró con expectación a Talorc.

El laird sacudió la cabeza con una sonrisa.

—Presiento que serás tan mandona como Abigail.

—Vuestra esposa es de lo más amable para mí.

—Oh, aye. Cuando ella quiere, no existe nadie más encantador o agradable. —El orgullo en la voz de Talorc era inequívoco.

—Las mujeres tienen que ser fuertes en este mundo si no queremos ser aplastadas por los planes de los hombres.

El laird gruñó sorpresivamente su acuerdo, pero Caelis tampoco podía negar las palabras de Shona. Ella había pagado el precio de las maquinaciones de Uven y de los planes de su propio padre. Sin importar cuanto el hombre hubiera creído que sus arreglos beneficiarían a Shona, estos le habían causado mucho dolor.

Recuperaron su espada y kilt en su camino de regreso al torreón. Los soldados de Sinclair envolvieron los cuerpos de los lobos muertos con los colores MacLeod para su transporte, tal como era apropiado. Esa noche con la salida de la luna se encendería una pira fúnebre.

El cadáver de Sean fue dejado en el bosque para ser pasto de los animales y aves de carroña, su traición tendría su propia recompensa.

*

*

Audrey observó al hombre al que el laird Sinclair acababa de declarar su esposo antes de permitirle a Vegar acompañarla a su recámara. Las cosas habían pasado tan rápido, pero así es como eran las cosas entre los lobos.

Los Faol entendían los impulsos básicos de la naturaleza y no luchaban contra aquellos que eran supremos, tal como era el acoplamiento.

Además, Audrey prefería ser la «esposa» que la *lehman* en cualquier momento.

Vegar se dio la vuelta después de haber colocado la barra en la puerta. Abigail se había ido hace tiempo, pero había hecho que Ciara subiera un té calmante, que Vegar había insistido en probar antes de entregárselo a Audrey.

Por suerte, la hija adoptiva del laird, y *celi di* de los Faol, parecía no haberse sentido ofendida por las precauciones de Vegar.

—Ella no intentaba envenenarme.

Las cejas de Vegar se unieron en confusión.

—No dije que lo intentara.

—Insististeis en probar el té antes de permitirme beberlo.

—Quise asegurarme que no estaba demasiado caliente.

—Oh. —Eso era… increíblemente dulce.

Y dulce no era una palabra en la que pensara en asociación con su compañero.

—No eres como esperé que fueras después de que nos conocimos.

Él hizo una mueca.

—Creo que eso es algo bueno.

Ella se encontró sonriendo para sí misma.

—Sí, en verdad lo creo.

—No soy un mal hombre —dijo, claramente ofendido.

Los hombres podían ser tan delicados. Su hermano era más fácil de ofender que Shona o Audrey.

Las palabras decisivas era mejor dejarlas por el momento, Audrey tomó un sorbo de la bebida endulzada por la miel, por el sabor de ésta estaba hecha de una combinación de raíz de valeriana y camomila. Pronto estaría dormida.

Se preguntó si Vegar se daba cuenta del propósito del té.

Parecía que no.

Él la observó, sus oscuros ojos color de avellana estaban llenos con una emoción que nunca había aceptado en un hombre. Lujuria. Ella tampoco podía darle la bienvenida en ese momento. Audrey agarró la taza de la bebida caliente con ambas manos. No estaba en absoluto segura de cómo respondería él a ese conocimiento.

Capítulo 16

No hay mayor don que ser aceptado por tu compañero.

—NIALL DE LOS SINCLAIR

—Casi habéis desafiado al alfa de la manada —comentó Audrey, intentando entender el comportamiento irracional de Vegar y evitar sus propias contemplaciones.

Su insistencia en cuidar de ella casi había provocado un desafío y un matrimonio *muy* precipitado.

—Eres *mi* compañera. Mía para proteger. Mía para cuidar.

Ella no podía negar sus palabras. A pesar de que lady Sinclair los había seguido a la recámara de Vegar e insistió en curar las heridas de Audrey, él ya había hecho lo más importante.

—¿Es esa la costumbre entre los Éan?

—Los compañeros se cuidan entre sí, no importa a que raza de Chrechte pertenezcan.

—Mi padre nunca actuó como enfermera de mi madre.

Vegar se encogió de hombros.

—Es inglés y humano.

—Seguía siendo su compañero. —Y aunque fuera muy poco común que un humano se acoplase con un Chrechte, cuando esto sucedía, el vínculo era tan irresistible como el que se entablaba entre dos Faol.

—No uno bueno, por lo que he escuchado.

—Tenía una esposa —confesó Audrey con vergüenza al mismo tiempo en que revisaba algunas de sus propias percepciones sobre el vínculo entre compañeros.

Este inspiraba lujuria y una necesidad aplastante de procrear, pero las tiernas caricias y los actos de amabilidad que había atestiguado entre el laird y su dama no eran resultado de ello. La emoción causaba ese

comportamiento y actitud.

¿Experimentaría ella esa misma emoción con Vegar?

—Y ella no era tu madre.

—No, mi madre no era su esposa.

Vegar sacudió la cabeza.

— *Inglés*.

—Esa no es una maldición, ni lo es la palabra Éan aunque sean pronunciadas con ese tono. Aunque podáis desear que fuera diferente, vuestra compañera y ahora vuestra esposa es inglesa.

Vegar suspiró.

—Perdón.

—¿Qué?

—Me escuchaste.

—No parecéis un hombre que muestre arrepentimiento con facilidad.

—No lo soy.

—¿Así que debo sentirme privilegiada?

—Eres mi compañera.

—¿Y eso me otorga privilegios especiales?

—Aye.

—Sigo siendo inglesa.

—Eres Chrechte.

—Y una bastarda.

—Tu padre es el bastardo, no tú.

—Sus padres estaban casados.

—Su comportamiento hacia tu madre y la mujer que lleva su nombre lo señala como tal.

—Siempre pensé lo mismo —admitió Audrey—. Su esposa era una mujer muy amable. Nos trató a Thomas y a mí mejor que nuestro padre.

—Es una mujer de gran carácter.

—Mi madre no pensaba igual.

—Era de esperar.

Audrey empezó a reírse de algo que siempre le había causado dolor.

—Quizás. Aunque si ella hubiera sido su esposa, no creo que mi padre se hubiera preocupado por atender sus dolencias, y lo mismo podría decir de mi madre.

En esta ocasión la voz de Vegar estaba impregnada de desdén.

—Los guerreros son entrenados en tratar las heridas así como en infligirlas.

—¿Lo son? —Nunca había escuchado algo así entre los caballeros del barón.

Aunque eso no era una circunstancia definitiva. Su padre había descuidado ostentosamente el entrenamiento de Thomas. Y éste había cesado casi por completo cuando los enviaron a servir en el señorío Heronshire.

El esposo de Shona se había asegurado de que Thomas supiera lo suficiente para proteger a su esposa e hijos de un modo muy rudimentario.

—Aye.

—¿Creéis que es una costumbre Highlander?

Él levantó un hombro descuidadamente, como si la forma de entrenamiento de otros hombres no tuviera ninguna importancia para él. Probablemente, no la tuviera.

A diferencia de ella, Vegar no parecía ser un hombre que se preocupara demasiado por las opiniones o las prácticas aceptadas del resto del mundo.

Vegar se sacó su túnica y ella jadeó cuando su torso fue revelado. Desde luego su cuerpo era todo lo que una mujer podía desear en un

esposo y compañero.

Fuerte y bien formado, pero era la evidencia de la batalla en la que había luchado hacía tan poco lo que provocó su reacción.

—Estabais tan decidido en curar mis heridas que habéis descuidado las vuestras.

—Ahora tú puedes cuidarlas por mí. —Él se quitó su kilt y se acercó a la cama, su sexo estaba alarmantemente hinchado.

Ella asintió, la salud de su esposo era más importante que su propia preocupación o vergüenza. Sosteniendo con una mano la piel que cubría su desnudez, se sentó y tomó el paño mojado que flotaba en la escudilla llena con una infusión de nogal que Abigail había dejado.

En ese momento, Audrey se dio cuenta que la dama lo había hecho no tanto para que ella volviera a curar sus heridas, sino para que pudiera limpiar las heridas de Vegar.

Él se sentó al lado de ella sobre la ropa de cama de una forma que le fuera fácil alcanzar la mayoría de sus pequeñas heridas y abrasiones.

—Tienes un corazón muy tierno.

—¿Porque deseo curar vuestras heridas? Vos también habéis curado las mías —le recordó. Y de hecho, había ignorado las de él para hacerlo.

Otra vez se sintió conmovida por lo que revelaban sus acciones a pesar de que en ocasiones su actitud y palabras eran desconcertantes.

—Porque permitiste que el laird nos declarara marido y mujer, antes de dejarme desafiarlo.

—No erais razonable.

—La razón no importa cuando se trata de defender a tu compañera.

—Si lo decís así. —Extendió la mano y lo acarició con el paño, quitando la sangre seca alrededor de una de las cuchilladas más grandes—. Ninguna de éstas necesitará puntos.

—Soy Chrechte. Sanaré rápidamente.

—Lo sé, pero aun así me alegra.

—¿Ah sí?

—Sí, por supuesto.

—¿Por qué?

No entendía la pregunta.

—No deseo que sufráis dolor.

—¿Ves? Tienes un tierno corazón.

—Es completamente normal que una persona tenga compasión por los demás. —

¿Él no lo veía así?

—Tú eres Faol. Yo soy Éan.

—Sois mi compañero. Además, yo no soy mi madre. No importa en qué creyera ella, no puedo aceptar que los demás son menos que yo simplemente porque cambian en un animal diferente o porque no cambian.

—La dama de Caelis y tú sois como hermanas aunque no compartais la misma sangre.

—Lo somos.

—Es extraño entre los Faol ser tan cercanos con un humano.

—Quizás habría creído eso antes de venir aquí, pero ahora estoy segura que los Fearghall son una excepción entre nuestra raza.

—En su mayoría, pero no te dejes engañar, mi hermosa compañera, existen muchos Chrechte entre los Éan y Faol que se creen superiores a los humanos. Los Fearghall no son los únicos que creen que los Faol son los Chrechte más fuertes y por ende superiores. Tampoco te dejes engañar por los míos. Muchos creen que deberíamos permanecer separados y que somos mejores por los dones que se nos concede a través de nuestra propia piedra sagrada, dones que van más allá de la capacidad de cambiar.

—¿Qué dones? ¿Qué queréis decir?

—Cada Éan es dotado de talentos místicos durante la ceremonia de su primer cambio.

—¿Nosotros no tenemos una ceremonia para nuestro primer cambio? —preguntó ella, en vez de afirmarlo, porque no estaba segura.

—Los Faol han olvidado con el paso de los siglos muchas de sus ceremonias, pero los Éan siempre han sido la raza con más dones místicos.

—¿Lo cual hace que algunos crean que sois mejor que los Faol?

—Aye.

—Y muchos de los ingleses se creen mejor que los escoceses. —Parecía que ese falso sentido de superioridad era un problema universal entre toda la humanidad.

Los ojos color avellana de Vegar dudaron ante sus palabras.

—¿Tú no lo haces?

—Tengo demasiadas cosas en mi mente, para malgastar mi tiempo en preocuparme si de una u otra forma soy mejor que los demás.

—¿Incluso de un bárbaro?

Su rostro se cubrió de rubor.

—Lo dije en un momento de cólera.

Él asintió con la cabeza.

—¿Me creéis?

—Somos Chrechte. Puedo oler una mentira.

Ah. Sí. Le sería difícil acostumbrarse a estar cerca de otros de su raza además de su hermano.

Lo cual significaba que si él mentía, ella sería capaz de olerlo.

—¿Ya no te sientes decepcionado por ser compañero de una inglesa?

—Nay. —Su olor y voz sólo infundían verdad y sinceridad.

Sus ojos empezaron a arder con inexplicables lágrimas. Ella parpadeó para mantenerlas a raya.

—Eso es algo bueno.

Vegar sonrió, su hermoso rostro se hizo aún más irresistible.

—Estás de muy buen ver. —¿Realmente le había dicho eso a él?

Quizás había algo más que raíz de valeriana y camomila en su té.

La sonrisa masculina se convirtió en una salvaje y amplia.

—Me alegra que pienses así.

—No seáis arrogante.

—Según tú, tengo razón para serlo.

—Guerrero molesto.

Ella aclaró el paño y lo retorció, pero era difícil hacerlo con una sola mano.

Él le quitó el paño, lo estrujó y se lo devolvió cuando acabó.

—Tus caricias, incluso unas tan inocentes, provocan una fuerte reacción en mí.

La mirada de Audrey revoloteó rápidamente hacia su muy grande virilidad.

—Ya me di cuenta.

Vegar se rio entre dientes.

—Procura mirar donde quieras, salvo allí.

—Estamos casados, pero no emparejados.

Él se quedó quieto, su expresión se volvió atemorizante.

—Eso es verdad.

—Preferiría no tomar parte de ciertas actividades… hasta que estemos emparejados —dijo ella, sus palabras aumentaron de velocidad hasta casi atropellarse al final.

—¿Por qué? —¿Él siquiera las había entendido?

—Ni mi hermano ni mi amiga más querida estuvieron presentes para ser testigos de nuestros votos. —Apenas se lo habían dicho a alguien —. Ambos estarán a mi lado cuando pronuncie mis votos de

emparejamiento Chrechte.

Vegar no contestó y se mantuvo ocupado mientras ella terminaba lo que había comenzado.

—Mírame —ordenó él, casi suavemente cuando ella terminó de atenderlo y dejó caer el paño en la escudilla. Él volvió a verse y sonar peligroso—. ¿Pones en duda la validez de nuestro matrimonio porque no fue bendecida por un sacerdote?

—No, pero espero la bendición de un sacerdote en el futuro. —Eso era algo en que ella no haría concesiones.

—Aye.

Ella asintió.

Sorprendentemente, él se relajó.

—¿Por qué, entonces, deseas que posterguemos la consumación?

Ella negó con la cabeza. No deseaba ver la cólera de Vegar ante su solicitud.

—Audrey.

Ella se mordió el labio ante la orden en su voz, pero no lo obedeció.

—Seguramente podéis entender mi deseo.

Él emitió una abrupta carcajada.

—Creo, dulce compañera, que eres tú quien no *entiende* el deseo.

No se equivocaba. Audrey era totalmente inocente, lo que Shona le había contado hacía unas horas sobre el gran placer que una mujer podía encontrar en el acto sexual, era lo más cercano a ser instruida que hubiera recibido.

—Deseo esperar —repitió ella.

—Compañera. —No había duda que en esta ocasión que Vegar esperaría su total conformidad.

Él iba a aprender que usar ese tono de voz no siempre lo beneficiaría. Pero eso sucedería en otra ocasión.

Ella se encontró levantando la cabeza y encontrando su mirada.

Sus ojos carecían de cólera, frustración o incluso la desilusión que ella se esperaba.

—Estás recuperándote, compañera. De todas formas no elegiría este momento para consumar nuestro matrimonio.

—Ah. —Esto era… era realmente muy considerado.

—Gracias.

—No me agradezcas por tratarte bien. No importa nuestras diferencias, al menos siempre puedes esperar eso.

—Oh. —Sus palabras no eran tan confortantes como la inesperada expresión de amabilidad en las facciones masculinas—. ¿Puedo esperar algo más?

—¿Qué quieres decir? —La pregunta y su entrecejo perplejo hacía bastante patente que Vegar no tenía idea de lo que ella quería decir.

Era un poco desalentador, pero aun así continuó.

—¿Creéis en el amor entre compañeros?

—Creo que existe, aye. —Él no sonaba más ilustrado.

Audrey no tenía otra opción más que preguntar sin rodeos:

—¿Creéis que podéis amarme?

—¿Y tú podrás amarme a *mí*? —preguntó, en vez de responder.

Ella lo miró ceñuda, deseando poder mentir, pero después de la consideración con que la había tratado se sentía obligada a responder con la verdad. De cualquier forma, él olería la mentira. Guerrero arrogante, recalcitrante, decididamente poco comunicativo.

Vegar esperó con ojos estrechos, lo embargaba una tensión que Audrey no podía entender.

Ella soltó un suspiro y dijo la verdad.

—Sí, creo que llegaré a hacerlo.

—No pareces contenta con eso.

—¿Os digo la verdad? No lo estoy. —Había visto el dolor que una mujer podía vivir por amar a un compañero que no tenía emociones perceptibles más profundas hacia ella.

—¿Es porque soy Éan?

—Es porque sois un hombre difícil. No creo que el amor llegue fácilmente a vos.

—Si es que acaso lo hiciera.

—Esta misma mañana, habría estado de acuerdo contigo.

—¿Algo ha cambiado vuestra opinión en tan poco tiempo?

—Aye, podría decirlo así.

—¿Qué? —preguntó ella, sumamente perpleja.

—Verte luchar con otro lobo para protegerme.

—¿Cómo puede ser? —De ninguna manera se le podría considerar su mejor decisión.

—Podrías haber muerto.

Eso era bastante cierto.

—No sé cómo luchar. —De hecho, había causado muy poco daño. Recordando esos pocos e intensos minutos, se sintió maravillada de haber podido sobrevivir.

—Luchaste con tu corazón. Eso, a veces, es más importante que el entrenamiento.

—Vos lo matasteis. —Nunca lamentaría que el golpe mortal hubiera venido de él y no de ella.

Audrey no creía que le gustara haber matado a un hombre, estuviera él en su forma animal o no cuando murió.

—Aye. —La palabra tenía un matiz de cansancio e infelicidad.

Habría esperado que estuviera contento, o por lo menos orgulloso de su hazaña.

Pero estaba claro que lamentaba la muerte de otro Chrechte.

—No queríais hacerlo.

—Se ha derramado la sangre de demasiados Chrechte.

—Está en nuestra naturaleza.

—Nuestra naturaleza *humana*, quizá.

Audrey retorció los labios en una pequeña sonrisa ante la broma que sabía que él decía mitad seriamente.

—Luchar contra los Fearghall no será algo fácil.

—Tienes razón, pero los Éan y Cahir lo han estado haciendo durante siglos.

—¿Es diferente ahora, no es así? —El que los Éan se hubieran unido a los clanes cambiaba las cosas.

Pero las maquinaciones del laird MacLeod también eran inquietantes.

—Debe ser hecho.

—Sí.

—Tu hermano se unirá a los Cahir.

—¿Cómo podéis estar seguro? —Se le ocurrió un pensamiento horrible —. ¿No lo forzaréis?

—Nay. Está en su corazón. Busca la justicia y la verdad. Los Cahir prosperarán si él se une a nuestras filas. Y Thomas encontrará el destino que busca.

—No lo conocéis.

La firmeza en la mandíbula y boca de Vegar le dijo que no estaba de acuerdo.

¿Pero cómo podía afirmar lo contrario?

—¿Realmente sois muy arrogante, verdad?

—Soy un guerrero Cahir.

—¿Y eso os hace tener siempre la razón?

—Me hace ser más consciente que incluso muchos de nuestra raza.

—¿Me queréis hacer creer que con vuestro entrenamiento, podéis decir el carácter de un hombre después de un único encuentro?

—Soy Cahir.

—Ya dijisteis eso.

Él sonrió ante su pulla en vez de enfadarse.

—Los Chrechte tienen muchos dones, que cuando son afilados como la punta de un cuchillo, pueden cortar a través del engaño e ilusiones.

—Hmm.

—No suenas convencida.

—Y vos sonáis demasiado seguro.

—No estoy afirmando que todo Cahir, mucho menos que todo Chrechte, puede leer la naturaleza de un hombre después de conocerlo, pero *yo* puedo.

—¿Cómo?

—Nuestras piedras sagradas otorgan muchos dones.

—¿Cuáles? —¿Se pasaría el resto de su vida intentando entender los acertijos de este hombre exasperante?

—Uno de mis dones es leer el corazón de un hombre.

—¿Qué significa eso?

—Que incluso sus inclinaciones más ocultas son tan transparentes para mí como las aguas de un lago en la mañana más soleada.

—¿Podéis leer el pensamiento?

—Nay. El carácter.

Todo eso era tan confuso.

—Entonces eso lo explica —dijo ella, con la intención de bromear ya que sentía que nada estaba claro.

—Aye.

—No sabéis a lo que me refiero.

—¿Y qué es?

—Fuisteis muy rápido en juzgarme erróneamente cuando supisteis mi país de nacimiento.

—Eso fue un error.

—Sí, pero uno comprensible.

—Me alegro que pienses así.

Ella asintió con la cabeza.

—Si yo hubiera sido un hombre, podrías haber leído mi corazón. Pero ya que soy una mujer, tuvisteis que pasar un tiempo conmigo para hacerlo.

Audrey se rio bajito ante la expresión ultrajada de Vegar, su risa terminó en un bostezo, haciendo evidente que el té hacía efecto en ella.

—Creo que me obligarás a perseguirte con todas mis fuerzas, Audrey de Inglaterra.

—No creo que sea más de Inglaterra. No tengo un hogar a donde volver. —No si quería mantener segura a Shona.

—Ahora yo soy tu hogar.

Eso sonaba bonito.

Audrey volvió a bostezar, intentando sonreír.

—Después de la ceremonia Chrechte, lo seréis.

Él no discutió y ella contó eso como una victoria sobre el presumido guerrero Éan.

Vegar la ayudó a ponerse cómoda en las pieles, acostándose a su lado de la manera más cómoda cuando a pesar de la hora del día ella empezó a adentrarse en el sueño inducido por el té.

*

*

Cuando volvieron al torreón, Maon y los otros dos lobos que habían prometido fidelidad fueron llevados por aquellos que el Sinclair había designado como responsables de su reentrenamiento. Aprenderían el verdadero camino del honor Chrechte, tal como había hecho el mismo Caelis antes de ir a entrenarse con los Cahir en la isla Balmoral.

El guerrero que no era MacLeod fue llevado a la torre de prisioneros. Aún debía revelar su clan y el Sinclair lo había declarado un prisionero hasta el momento en que su lealtad pudiera ser confirmada.

A diferencia de hacía un año, Caelis ya no estaba impresionado por el hecho de que el Sinclair no matara de buenas a primera a los infractores. Talorc tampoco había pedido la muerte de Caelis.

No obstante, ahora estaba mucho más impresionado por la sabiduría y fuerza del laird. Como Talorc le había enseñado, y después reiteró el Balmoral, era fácil matar.

Pero no era tan fácil hacer que un hombre cambiara su camino.

Shona había insistido en que Caelis y los niños comieran, aunque ella ni siquiera pretendió picotear la comida que Abigail colocó ante ellos.

—¿Cómo está Audrey? —le preguntó a Abigail tan pronto como Marjory y Eadan empezaron a engullir su comida.

No había la menor duda que Shona desearía estar con su amiga, comprobando personalmente que estuviera bien. Pero ponía las necesidades de sus niños sobre todo lo demás.

Y el hecho que estas requirieran permanecer con Caelis era una ventaja para él.

—Audrey estará bien. Sanará rápido, ya veréis —prometió Abigail—. Descansa con Vegar en su habitación.

—Pero… —Shona guardó silencio, evidentemente insegura de cómo continuar.

Después de una mirada culpable hacía Caelis, se mordió el labio y asintió con la cabeza. ¿De qué iba todo esto?

Y luego la verdad lo golpeó. Shona estaba preocupada de que su

amiga estuviera en una situación comprometedora con el guerrero Éan, pero no creía tener el derecho de decir algo después del modo en que Audrey la había atrapado esa mañana con Caelis.

—¿Cuándo es la ceremonia? —le preguntó Caelis a Abigail, no tenía duda alguna de que se estaba planeando una.

—Esta noche.

—¿Qué ceremonia? —inquirió Shona—. ¿No me estarás diciendo que Audrey y Vegar se van a casar, *esta noche*? ¿O lo estás? —La mirada que Shona le dirigió a Abigail era una de pura súplica—. Se acaban de conocer.

Abigail se mordió el labio y miró a Caelis como si le estuviera haciendo una pregunta.

Él no se imaginaba qué pregunta podría ser.

Después de un par de tensos segundos, Abigail exhaló un suspiro de frustración y miró ceñuda a Caelis antes de sonreír tentativamente a Shona.

—Talorc escuchó sus votos antes de permitir que Vegar la llevara arriba.

—Pero… —Viéndose perdida, Shona pareció abstraerse en sí misma—. ¿Entonces de qué ceremonia estáis hablando vosotros dos?

Caelis estiró una mano y acarició su mejilla. Deseaba tocarla todo el tiempo. Eso sólo era más acuciante en su forma de *conriocht*.

Esta vez, sin embargo, procuraba dar consuelo.

—La de su emparejamiento.

—Es mi amiga más querida y se casó sin mí. —Shona le lanzó a Caelis una mirada muy poco amistosa—. No creo que me guste este mundo de los Chrechte.

—Las cosas no se hacen igual en las Highlands, Chrechte o no —ofreció Abigail en un claro intento de suavizar las cosas.

La mirada que Shona dirigió a la dama Sinclair no era exactamente cálida.

—Incluso en las Highlands, las bodas no suceden de una forma tan

inesperada.

—Te sorprenderías. —El tono de Abigail era irónico y su expresión conocedora.

Shona se cruzó de brazos y volvió a fulminar con la mirada a Caelis como si las circunstancias fueran su culpa completamente.

—Yo no sufriré esa afrenta.

—Estarás allí para la nuestra —prometió él, esperando que el recordatorio mejorara el humor cada vez peor de Shona.

Sus ojos emanaron fuego verde.

—¿Nuestra *qué*, Caelis futuro laird del clan MacLeod?

—Nuestra boda. —Él había dejado en claro sus intenciones. ¿Ahora dudaba ella de estas?

—No soy Chrechte y mi naturaleza animal no me controla. Y nadie puede negar que me he ganado el derecho de elegir mi propio futuro. Nadie me *impondrá* un segundo matrimonio.

Capítulo 17

Los sentidos Chrechte son superiores a los de los humanos, pero no siempre se interpretan correctamente.

—GUAIRE DE SINCLAIR

—¿Me negarás? —preguntó Caelis, su mareo después de cambiar no era nada comparado con el remolino que ahora giraba en su cabeza.

¿Estaba decidida a negar su reclamo sobre ella y sus hijos?

—¿Es por qué has visto mi *conriocht* y ahora encuentras que el matrimonio conmigo es una perspectiva demasiado aterradora?

—No es a tu *conriocht* a quien encuentro inaceptable.

¿Qué es lo que quería decir? ¿Era su lobo a quien encontraba desagradable? No.

Ella le había asegurado que confiaba en él en su forma animal y se había comportado casi encantada con su bestia cuando Caelis compartió el lobo con ella.

¿Entonces tienes problemas con el hombre?

Nunca había escuchado algo semejante. ¿Cómo podía encontrar la forma más parecida a la humanidad de ella como inaceptable?

—Porque fue el hombre quien me traicionó y quien ahora procura pisotear mis sentimientos y derechos ganados como una viuda independiente.

¿Qué derechos como una viuda?

—Los reconocidos por la ley; aunque no se acerquen a las libertades concedidas a un hombre, son muy superiores a los de una mujer que nunca se ha casado.

Shona tenía razón. Le tomaría algún tiempo acostumbrarse a que ella le respondiera preguntas que él no había pronunciado en voz alta. No

obstante, había pensado las preguntas. La comunicación mental parecía limitarse a los pensamientos

dirigidos y tendría que guardar los propios si no quería compartirlos con su compañera.

Se les enseñaba a los Chrechte que aunque la comunicación mental era un don que venía con un vínculo sagrado, no siempre pasaba justo después de una unión entre compañeros sagrados. Se parecía a otros dones Chrechte, eran concedidos a su propio tiempo y se hacían más fuertes con el uso. Como lo había sido su capacidad para cambiar.

—¿Qué tienen que ver las malditas ventajas legales de tu estatus con mi reclamo sobre nuestros hijos, o sobre ti, mi compañera? —exigió él, más confundido de lo que nunca hubiera estado.

Talorc había opinado una vez que las mujeres eran tan diferentes de los hombres como los Chrechte lo eran de sus hermanos humanos. El hombre obviamente sabía de qué hablaba.

—¡Todo!

—¿Mamá? —preguntó Marjory masticando un bocado de bayas—. ¿Estás enfadada con nuestro nuevo papá?

Esperando que Shona negara su malestar para proteger a su hija, se sintió conmocionado cuando ella asintió con la cabeza sin vacilar.

—Lo estoy, dulzura. Muy enfadada.

—Ah. —Marjory volvió a comer, dando un mordisco a su pan y queso, aparentemente tranquila.

Por qué era esto diferente a la anterior molestia de su madre, no lo sabía.

Shona dirigió su glacial mirada hacia Caelis.

—¿Bien?

No tenía idea de lo que ella esperaba.

—Puedes invitar a quien quieras a nuestra boda —prometió él, esperando que ella no tuviera nadie en Inglaterra al que quisiera traer al norte para ser testigo de sus votos.

Necesitaban casarse rápidamente, debía volver a las tierras MacLeod,

liberar a la manada y clan del control de Uven.

—Es. Qué. No. Habrá. Ninguna. Boda. —Cada palabra salió con una pronunciación precisa, su voz tan fría como la mirada en sus ojos.

Un dolor inesperado atravesó a Caelis.

—¿Me negarás a mi compañera e hijos?

La expresión de Shona no se suavizó ni una pizca, pero sacudió la cabeza con decisión firme.

—No.

—Dijiste…

—No habrá ninguna boda o ritual de emparejamiento o cualquier vínculo permanente reconocido entre nosotros hasta que hayas hecho lo que se necesita hacer.

—¿Qué es lo que se necesita hacer? —preguntó con genuina confusión.

Por la forma que ella reaccionó, estaba claro que creía que él estaba siendo sarcástico. Shona estrechó los ojos, su cuerpo se tensó mientras barboteaba una sucesión distintiva de palabras a través de su vínculo mental.

Lo había llamado *estúpido perro sarnoso* en el interior de su cabeza.

La expresión en su rostro decía, también, que se sentía muy orgullosa de sí misma.

Para nada divertido, abrió la boca para hacerle saber cuan poco le gustaba que su compañera lo llamara con esos epítetos cuando se dio cuenta del modo en que Eadan los observaba con ojos muy abiertos y llenos de interés. Caelis cerró la boca bruscamente.

— *Tendré* una proposición como Dios manda, Caelis, como debí haberla tenido hace seis años después de que me convencieras de entregarte lo que sólo mi esposo tenía derecho.

Él no tenía una respuesta a eso. Hace seis años iba a casarse con ella y el joven que fue había tenido todas las intenciones de ponerse sobre una rodilla y pedírselo como Dios manda. Por supuesto, también había estado seguro de su respuesta positiva.

En esos momentos no deseaba ponerse de rodillas delante ella. Era muy probable que le diera una patada en los dientes mientras consentía en casarse con él.

—Si crees eso, hay mucho que debes aprender sobre nosotros antes de hacer una pregunta tan importante.

—Deja de leer mis pensamientos —ordenó él.

Y luego sintió la futilidad de su demanda. Su vínculo de emparejamiento sólo se reforzaría con cada momento que pasaran juntos.

—Además, irás a donde mi familia y declararás tus intenciones antes de pedirme algo más. —Se puso de pie ante la mesa, sus movimientos eran precisos y deliberados, su expresión y pensamientos estaban cerrados para él—. Asegúrate que los niños tomen una siesta. Han vivido una dura experiencia.

Y con un giro de faldas aterciopeladas y trenzas castaño rojizas al aire, Shona salió ostentosamente del gran salón.

—Uy-uy… —Eadan parecía preocupado.

—¿Aye? —preguntó Caelis a su hijo, con la esperanza de que el pequeño de cinco años entendiera lo que acababa de suceder.

Porque Caelis no.

—La has enfadado.

Eso ya lo sabía Caelis.

—Creo que en estos días se vuelve irascible con facilidad.

Eadan sacudió la cabeza y Marjory contempló a Caelis tristemente.

—Estás en problemas. Nada de budín para ti en la cena de esta noche.

Caelis se habría reído, pero comenzaba a sospechar que su situación estaba lejos de ser divertida.

—Mamá sólo arruga la cara, enfadada y se queda quietita cuando haces algo muyyy malo. ¿Qué es lo que hiciste, *pa*? —preguntó Eadan.

—Desearía saberlo.

—¡Hombres! —exclamó Abigail, recordándole a Caelis que ella todavía estaba allí.

—¿Sabéis por qué mi compañera me acaba de abandonar con nuestros hijos?

—Por supuesto que lo sé. Lo sorprendente es que vos no lo sepáis —replicó Abigail, su frustración hacia él se convirtió en compasión con un sólo parpadeo—. En cuanto a que haya dejado a los niños, es algo que puede daros esperanza.

—¿Aye?

—Ah, sí. Una mujer del calibre de Shona no deja a sus hijos con alguien en quien no confía.

Puesto de esa forma. Era una pequeña compensación ante su contundente negativa a casarse con él.

—Está furiosa porque quiero casarme con ella.

—No, idiota, Shona está enfadada porque no se lo pedisteis correctamente. Ella así lo dijo. También se siente terriblemente desilusionada por no haber presenciado los votos entre Vegar y Audrey. Vuestra compañera está molesta y abrumada por todo lo que ha pasado. Es vuestro privilegio y deber hacer vuestro mejor intento para satisfacerla.

Esa era una declaración simple viniendo de una Sinclair. Obviamente no entendían cuan poco prácticas eran las demandas de Shona.

—Quiere que viaje a la isla Balmoral y acuda a parientes que ella nunca ha conocido para declararles mis intenciones hacia ella.

—Esa no es una solicitud irrazonable.

—Quizá no lo sea a primera vista, pero cada día que aplace mi regreso a mi clan, Uven lo destruye más y más desde su interior.

Abigail alzó las cejas y luego estrechó los ojos.

—Habéis pasado el último año entrenando y no os molestó el tiempo que tomó hacerlo.

—Eso es diferente. —Era la compañera de un laird y alfa de manada; debería entenderlo sin que Caelis tuviera que señalárselo.

—¿Cómo de diferente?

—Era necesario.

—¡Ah! —La expresión de Abigail se volvió tan ultrajada como había estado la de Shona—. En verdad sois un imbécil. Buena fortuna en ganaros a vuestra compañera con esa actitud. La necesitareis. Desesperadamente.

Y luego la esposa del laird se fue, abandonando a Caelis en un gran salón extrañamente vacío.

—¿También has hecho enfadar a la dama, *pa*? —preguntó Eadan con algo de asombro.

Caelis se frotó la cara con una mano.

—Aye, hijo, creo que lo hice.

—Creo que Margie tiene razón. Esta noche no tendrás budín.

—No todas las noches se sirve budín con la cena —indicó Caelis razonablemente.

Sólo que eso no era algo que la pequeña Marjory quisiera oír, porque inmediatamente comenzó a llorar.

—¡¡¡Quiero budín!!!

Caelis no tenía idea alguna de que debía hacer.

—Será mejor que la alces —le señaló Eadan como si le estuviera hablando a un simplón.

Quizás eso era exactamente lo que era Caelis porque ignoraba cómo había logrado molestar a tres mujeres en poquísimos minutos.

Calmar a Marjory sólo requirió un viaje a la cocina por un palito de miel, pero le preocupaba que la molestia de Shona no fuera tan fácil de apaciguar.

*

*

Después de ponerse sus ropas polvorientas y manchadas con la sangre de la batalla en el bosque, Audrey se arrastró con pies silenciosos hacia la puerta de la habitación de Vegar.

Shona no había venido a verla durante toda la tarde y Audrey tenía que saber cómo estaba su amiga. ¿Estaría enfadada por el matrimonio de Audrey, aunque hubiera sido uno tan apresurado?

¿Se sentiría tan traumatiza por haber visto a Caelis en su forma de *conriocht*?

¿Todavía estaría enfadada con Audrey por esconder su propia naturaleza Faol durante todos los años en que se habían conocido? ¿Si Audrey revelara su loba a Shona le causaría un disgusto?

La puerta se balanceó hacia el interior cuando Audrey la alcanzó, Vegar estaba al otro lado llevando una bandeja de comida.

Ella brincó hacia atrás, sonrojándose al ser atrapada aunque pudiera ser capaz de dejar la habitación si así lo deseaba.

—Vegar.

—Compañera. —Él frunció el ceño—. Estás vestida.

—A duras penas podría deambular por el torreón completamente desnuda.

—No se supone que debas vagar por allí. Deberías estar descansando.

— *Estuve* descansando. —Se mordió el labio y tiró de sus mangas, notando un rasgón que no había notado al ponerse su vestido—. Ahora, iré a mi recámara.

—Esta es mi habitación, por lo tanto es tu habitación.

—Esto a duras penas es un arreglo de vivienda aceptable. No puedo evitar notar que esta recámara está preparada para que múltiples soldados vivan en ella. No puedo sentirme en mi casa con una manada de hombres extraños.

—No puedes sentirte en casa con nadie que no sea yo.

Audrey miró significativamente las pertenencias pulcramente apiladas al otro lado del cuarto. El plaid amarillo-y-negro con delgadas rayas rojas en la pila era del mismo color que el que usaba Caelis. Estaba convencida de que Vegar compartía la habitación con el compañero de Shona, pero era completamente aparente que la pequeña habitación estaba destinada a alojar a un grupo de guerreros. Cada una de las cuatro paredes tenía un pequeño arcón contra ella, de tal forma que un soldado soltero pudiera usar o compartir con otro. Había espacio para múltiples petates en el suelo, aunque los soldados estuvieran apretados.

Vegar dejó la bandeja al lado de sus pieles para dormir.

—Caelis se quedará con Shona.

—No están casados.

—Anoche no estaban casados, pero aun así la marcó con su olor.

Audrey resolló con consternación.

—Pensé que habíamos lavado el aroma de su marca.

—Un humano no lo sabría.

—Pero tú no eres humano.

—Ni lo son un buen número de los soldados Sinclair.

—Los Chrechte son más comunes de lo que mi madre me hizo creer.

Vegar se encogió de hombros.

—Desconozco eso, pero nuestro número no se acerca a lo que las historias dicen que fueron.

—Nunca he escuchado las historias.

—Te las contaré.

—Gracias.

Él sacudió la cabeza.

—No agradezcas a tu compañero por hacer tan poco.

—No es poco para mí.

—Nuestros hijos serán capaces de dar esas pequeñas cosas por sentadas —

prometió él.

Aunque su madre nunca lo hiciera.

—Regresa a la cama, Audrey.

—Yo… —Audrey cambió de opinión y no le contó que deseaba ver a Shona, en cambio dijo—: Creí que estabais ocupado con asuntos importantes.

—Lo estaba: consiguiéndote algo para comer.

—No sois en absoluto como en un principio creí.

Vegar frunció el ceño.

—¿Crees que soy raro porque me ocupo de las necesidades de mi compañera?

—No, por supuesto que no. Bien, tal vez un poco. Mi padre nunca se preocupó por las necesidades de mi madre y francamente, tampoco la recuerdo a ella fijándose en la comodidad de él.

—Ese no es el tipo de emparejamiento que espero tener.

—Es el único que he visto.

—Entonces debes creer en mis palabras que aunque no exista ternura, un emparejamiento puede ser una gran bendición para aquellos unidos por el vínculo.

¿Y para un emparejamiento dónde la ternura *sí* existiera? Porque Audrey se sentía más y más segura con cada minuto que pasaba en compañía de su bárbaro compañero de que el amor crecería en ella muy rápidamente.

Sin tener en cuenta sus rudos modales, Vegar era todo lo que Audrey podría haber soñado en un compañero… permitiéndole poder soñar.

—No todos los emparejamientos son bendecidos con un vínculo sagrado. —Por lo poco que ella sabía.

—Nay, pero el nuestro lo será.

Estaba de acuerdo con él, pero no entendía cómo podían estar tan seguros.

Asintiendo con la cabeza, miró hacia la puerta, preguntándose si él la seguiría si es que decidía traspasarla. Y qué podría hacer él al respecto.

—Te tomaré en brazos y te traeré de vuelta aquí, donde procederé a desnudarte antes de tirar tus ropas por esa ventana de allí. —Señaló una pequeña apertura en lo alto de la pared a través de la cual el sol del ocaso arrojaba sus débil rayos.

—No puedes tirar mi ropa.

Una única ceja castaña se elevó, pero él no se molestó en responder verbalmente.

—Tengo que ver a Shona.

—¿Por qué?

—Estoy preocupada por ella.

—¿Qué te preocupa?

—Acaba de descubrir la verdadera naturaleza de los Chrechte, y de repente las vidas de ella y sus niños se ven amenazadas, y no ha venido a comprobar como estoy.

Lo último era la cosa que más preocupaba a Audrey.

—¿Crees que la baronesa convencerá al Sinclair de anular nuestro matrimonio?

—¿Qué? —Ella lo contempló, incapaz de entender el porqué de la pregunta—.

¡No! Os dije, yo acepto nuestro emparejamiento.

—Pero no deseas consumarlo.

—En cualquier caso dijisteis que no lo harías así porque necesito recuperarme.

—No son mis motivos los que están bajo cuestionamiento.

—¿Y sí los míos?

—No dije eso.

—Creo que lo hicisteis.

Él trasladó las cosas de la bandeja a un lado, pero esto tenía poca importancia para los ojos de Audrey.

—Te ofendí cuando nos conocimos.

—Creía que fui yo quien os ofendió por ser inglesa.

Él giró hacia ella, sus fuertes rasgos se contrajeron en un familiar ceño fruncido.

—Te dije que lo lamentaba.

Ella asintió con la cabeza.

—Eres hermosa.

Audrey se sorprendió, no había esperado esas palabras.

—Todavía sigo siendo inglesa.

Vegar sacudió la cabeza.

—No arrojarás eso entre nosotros durante el resto de nuestras vidas.

—En realidad sí que puedo. —Se rio de él, dejándole saber que no estaba enfadada.

—Tienes una naturaleza bromista. —No parecía disgustado por ese conocimiento.

—Mi hermano me ha acusado de eso, sí.

Él tiró de ella para que se recostara en las pieles del suelo.

—Necesitas descansar más.

—No me agotaré hasta la muerte si veo a Shona.

—La verás mañana por la noche en nuestra ceremonia de emparejamiento.

—Deseo verla ahora.

Vegar hizo una pausa, mirándola.

—Esto es importante para ti.

—Sí.

—¿Y no le implorarás anular nuestro matrimonio antes de que lo consumemos?

—No. —Le dejó ver que no era el único que podía fruncir el ceño—. ¿Pero si realmente tuviera esa intención, qué harías? ¿Intentaríais encerrarme en esta habitación hasta que hayamos consumado nuestro emparejamiento?

No podía creer que hablara tan libremente, pero este era su compañero.

Encontraba que eso le daba una libertad para hablar que nunca había experimentado antes. No sentía duda alguna en compartir sus pensamientos, cualesquiera que estos pudieran ser.

—De nada sirve especular sobre algo que no es una realidad.

—Lo haríais —exhaló ella, sobresaltada.

Los ojos de color avellana encontraron los de ella, no había ningún atisbo de disculpas en ellos.

—Eres mi compañera. Pronunciaste tus votos sin coacción.

La definición de Vegar de «sin coacción» no correspondía con exactitud a la suya, pero en su mayor parte, estaba de acuerdo con su evaluación.

—Y yo no me retracto de mi palabra.

—Es bueno saberlo.

—Sois despiadado.

—Aye.

—No estoy segura si es bueno que sepa *eso*.

—Seré despiadado protegiéndote a ti y a nuestra familia cuando llegue el momento como lo soy protegiendo nuestro emparejamiento.

—Supongo que al menos eso es algo que agradecer.

—Te acompañaré a la recámara de Shona después que hayas cenado.

—¿Por qué está en su recámara? —Audrey habría creído que Shona estaría cenando en el gran salón.

A menos que el mundo de los Chrechte la hubiera sobrepasado. La ansiedad de Audrey por su querida amiga aumentó.

Vegar se encogió de hombros, claramente no le importaba por qué la compañera de su amigo no compartía la última comida con el clan.

—Se lo puedes preguntar. Después que hayas comido.

—Estáis obsesionado con que cene.

—Estás herida. Un Chrechte necesita descansar y comer para recuperarse rápidamente.

—Los humanos también.

—Aye, pero yo estoy emparejado con una Faol.

—Sois muy decidido.

—Te acostumbrarás a mis maneras.

—¿Lo haré?

—Aye, esa es la manera entre compañeros.

—¿También aprenderéis *mis* maneras y las aceptareis?

—Aye. —El surco entre sus cejas mostró la confusión ante su pregunta.

Un hombre único en efecto.

Vegar demostró su obstinada determinación cuando realmente la ayudó a comer el guisado de carne de cordero, para luego proceder a alimentarla con trozos del pan oscuro que había traído en la bandeja. La lisonjeó y animó hasta que ella acabó con todas las viandas.

Y sólo entonces la acompañó al cuarto de Shona.

Hombre cabezota.

Audrey llamó a la puerta de la recámara de invitados, prestando

atención a los sonidos del interior. No podía escuchar voces, sólo tenues movimientos de alguien acercándose a la puerta. Parte de ella se alegró de que Shona estuviera obviamente sola, pero otra parte de Audrey se sintió alarmada por ese hecho.

—¿Dónde están los niños?

—Con tu hermano y Caelis.

—Ah.

Otra vez Audrey no pudo decidir si eso era algo por lo que sentirse agradecida o algo que debiera añadir a sus preocupaciones sobre la baronesa.

La puerta se abrió, la mano de Shona sostenía el mango de esta.

Sus ojos verdes extraordinariamente claros se abrieron de par en par con sorpresivo reconocimiento.

—¡Audrey! ¿Estás bien? Mírate, tu vestido está rasgado. ¿Es eso sangre? Oh, mi querida Audrey, apenas puedo creer que hoy no sea un sueño.

—Pues es muy real —dijo Vegar prosaicamente desde atrás de Audrey.

Shona lo fulminó con la mirada.

—No hablo con vos.

Audrey jadeó conmocionada ante la grosería de su querida amiga. Esta mujer era muy diferente a aquella que había llegado a conocer durante los últimos cinco años.

Shona se sonrojó y miró suplicante a Audrey.

—Él te ha retenido con sus malas artes… y… en estos momentos estoy muy enfadada con él.

—Sentios tan enfadada como necesitéis estarlo, mi señora, pero lo que está hecho, hecho está y nada podrá deshacerlo. —La glacial advertencia en la voz de Vegar y su ceño fruncido eran suficiente pruebas de ello.

Audrey puso los ojos en blanco antes de mirar airadamente a Vegar.

—Hemos tenido esa discusión. Os he dado mi palabra.

—¿Dudáis de su integridad? —preguntó Shona, la irritación empezó a chispear en su mirada.

—Nay. —Vegar posó una mano en el hombro de Audrey—. Estás en buenas manos. Estaré de vuelta para recogerte en una hora.

—¿Estáis estipulando el tiempo de nuestra visita? —demandó Shona con ultraje.

—Audrey todavía está recuperándose. Necesita descansar.

Audrey volvió a poner los ojos en blanco, pero ambos la ignoraron.

Shona estaba demasiado ocupada asintiendo un acuerdo mezquino y Vegar simplemente empezó a marcharse.

Audrey suspiró. Supuso que no debía esperar nada más, no después de tan poco tiempo y el desfavorable inicio de su acoplamiento.

Además, había rechazado tener intimidad con el hombre. Sean cuales fueran sus propios planes, él había tomado eso de forma personal y ella finalmente se había dado cuenta de ello.

Se obligó a andar un paso en el interior de la recámara de Shona, pero de repente una fuerte mano se posó en su hombro. Audrey alzó la vista y por un instante captó una expresión absorta en el rostro de Vegar antes de bajar la cabeza.

Su boca cubrió la suya fugazmente.

—No te canses.

Ella sacudió la cabeza y luego asintió, sus labios hormigueaban por el beso.

Su hosco rostro apenas se contrajo en una sonrisa antes de desaparecer.

—Eres muy dulce, compañera mía.

—Gracias —susurró ella.

Vegar se dio la vuelta y se alejó otra vez, esta vez desapareciendo a la vuelta de la esquina que llevaba a la escalera.

Capítulo 18

El deber hacia la manada sólo puede ser eclipsado por el sagrado deber hacia un auténtico compañero, pero hasta entonces el deber hacia sus hermanos Chrechte no podrá ser rechazado por nada.

—TRADICIONES DE LOS FAOL

—Eso significa que ha vencido su aversión hacia Inglaterra —dijo Shona con aspereza.

Audrey se dio la vuelta hacia su amiga, pero no tuvo oportunidad de contestar al ser arrastrada a los brazos de Shona para un abrazo aplasta huesos.

—Estaba tan preocupada. No puedes permitir que hombres extraños te retengan de esa manera, aunque ese sea tu compañero. Abigail dijo que te encontrabas bien, pero que estabas con Vegar. ¿Estás casada? —Shona se apartó y encontró la mirada de Audrey—. ¿Cómo pasó?

Pero otra vez, Audrey no tuvo oportunidad de hablar porque Shona la abrazó con todas sus fuerzas.

—Quise buscarte y comprobar como estabas por mí misma, pero Caelis dijo que Vegar y tú estaríais ocupados. Me preocupe, te lo digo con sinceridad. Sé que no hemos hablado de estas cosas y que eras completamente inocente. ¿Te hizo daño?

Audrey se atragantó con una risa mientras que su piel se calentaba con otro rubor.

—No.

El alivio cubrió las facciones de Shona.

—Todavía soy inocente —confesó Audrey.

Shona volvió a abrir ampliamente los ojos e hizo entrar a Audrey en la recámara antes de cerrar la puerta con un portazo.

—¿Por qué?

—Deseaba esperar. —Sus heridas en recuperación le dolieron y Audrey procedió a sentarse en el borde de la cama—. No me *siento* casada. No estuvisteis allí para presenciar mis votos, ni lo estuvo Thomas. Por amor de Dios, Vegar y yo nos casamos al pie de las escaleras.

Shona se sentó al lado de Audrey y tomó su mano.

—¿Cómo ocurrió?

—Vegar quería ver mis heridas. Se toma muy en serio eso de ser compañeros.

—Eso está bien.

—Sí, pero tengo la sensación de que en ocasiones también será molesto.

Shona asintió con la cabeza, sus ojos expresaban absoluto entendimiento.

—El laird Sinclair no quería permitir que Vegar me acompañara aquí arriba, mucho menos que me llevara a su habitación porque soy… quiero decir, era… una mujer soltera bajo su protección. Vegar rechazó prometer que no me comprometería.

Simplemente siguió diciendo que yo era su compañera y que me cuidaría como creyera conveniente.

—Es un hombre muy obstinado.

—Sí, pero estoy bastante acostumbrada a tratar con personas obstinadas. —

Audrey lanzó a Shona una mirada significativa.

La baronesa se rio de lo que Audrey había insinuado.

—Realmente lo estás.

—En todo caso, estaba segura que los dos hombres llegarían a los golpes y eso era de por sí muy angustiante, pero entonces laird Sinclair le ordenó retirarse a Vegar. Él se negó, sin rodeos. Iba a desafiar al laird. Yo simplemente lo sabía.

—Todavía no entiendo cómo terminaste casada.

—Fue idea de Vegar. Le dijo al laird que nos podía proclamar marido y mujer si esto satisfacía sus civilizadas reglas de la propiedad. Nunca creí que civilizado pudiera considerarse una palabra sucia, pero por la forma en que Vegar la dijo… —

Audrey sacudió la cabeza—. Así que el laird me preguntó si quería convertirme en la esposa de Vegar.

—Y respondiste que sí porque no deseabas que él desafiara al Sinclair.

—Exacto.

—¡Hombres!

—¿Son muy demandantes, no es así?

—A pesar de ello, creo que disfrutarás de las demandas de Vegar más de lo que yo hice con las del barón.

Audrey se estremeció, recordando la mirada atormentada en los ojos de su amiga cuando se despedía por las noches de Audrey y los niños.

—Estoy segura que tienes razón. Disfruto muchísimo de sus besos.

—Lo noté.

Audrey se rio tontamente, pero se tranquilizó muy rápido.

—Todavía apreciaría mucho esa conversación que mencionasteis sobre los actos del lecho conyugal.

—Después que compruebe a mi entera satisfacción que tus heridas han sido correctamente tratadas y te consigamos ropa que no esté rasgada o manchada con tu sangre. —Los ojos de Shona brillaron por las lágrimas—. No puedo ver las evidencias de tu temeridad.

—Me aborreces por eso —dijo Audrey, su corazón se le retorció en el pecho.

—Nay. Cómo te atreves a juzgarme tan débil. —El ceño fruncido de Shona habría derretido una roca—. Eres mi familia, no importa cuál sea la sangre que corra por nuestras venas. Verte arriesgar tu vida y luchar con ese lobo mientras que yo me quedaba atrás protegiendo a mis hijos fue la cosa más difícil que he tenido que hacer jamás.

Ahora fueron los ojos de Audrey quienes hormiguearon con las lágrimas.

—Os abandoné a ti y a los pequeños sin protección.

—Hiciste lo que te dictaron tus instintos, al igual que hice yo. Ninguna de nosotras pudo hacer todo lo que hubiera querido.

Se volvieron a abrazar antes de que Shona ayudara a Audrey a cambiarse de ropas y verificara sus contusiones y abrasiones.

—Es bueno que no hayas tenido relaciones conyugales esta tarde. Apenas estás en buen estado.

—Eso es lo que Vegar dijo cuándo le dije que quería esperar hasta que pudiera pronunciar mis votos de emparejamiento ante testigos importantes para mí.

—Él no es tan malo.

—Creo que no es para nada malo.

—Es gruñón.

—Sí, pero bajo eso, creo que es amable.

—Caelis lo respeta.

—Vegar le devuelve ese respeto.

Shona asintió con la cabeza, viéndose completamente enfadada.

—¿Qué pasa? —preguntó Audrey.

—Caelis anunció que nos vamos a casar.

—¿Y? —Audrey no estaba segura de por qué había enfadado tanto eso a su amiga—. ¿No queréis casaros con el padre de vuestro hijo?

—Insiste que ahora es padre de los dos.

—Eso es bueno.

—Es arrogante.

—Sí. —De eso no había duda alguna.

—Ni siquiera se molestó en pedírmelo.

—No parece el tipo de hombre que se hinque sobre una rodilla.

—Me conformaría con la pregunta sin cualquier pompa o artificio.

—¿Lo harías?

—Lo haría.

—¿Diríais que sí?

—Por supuesto.

—¿Él lo sabe? —Caelis en opinión de Audrey no parecía ser la clase de hombre que se arriesgara al rechazo.

—Quizá no, pero me lo preguntará o no obtendrá lo que quiere.

Audrey sonrió.

—Te lo dije, eres obstinada.

—Aye, pero temo que Caelis no tiene idea de cuán intransigente puedo ser.

Ni cuanto tiempo podía una mujer sostener el fuego de su furia una vez que esta se encendía, pero Audrey no lo dijo. Su hermana de corazón y Caelis tendrían que encontrar su propio camino en su relación.

—¿Dijisteis que había cosas que deseabais decirme antes que acuda al lecho matrimonial? —preguntó ella, avergonzada, pero decidida a aprender lo que pudiera.

—Aye. —Shona frunció el ceño, lo bañó una sombra de la desesperación que Audrey solía ver en su mirada—. Puede ser tan maravilloso como terrible.

—No creo que Vegar se parezca al barón.

—Nay, y no aborrecerás sus caricias como yo hacía con las del barón. Eso sólo hará las cosas más fáciles.

—Dijisteis que había gran alegría en el acto para una mujer.

—La conocí con Caelis.

—Pero no con el barón.

—Nay, pero hay formas de padecerlo.

—No creo que tenga que padecer nada con Vegar.

—Me complace mucho decir que estoy de acuerdo contigo. —La sinceridad en la voz de Shona no podía ponerse en duda.

Audrey sabía que su amiga más querida había encontrado pesados sus deberes matrimoniales, pero ahora pudo entender cuanto habían herido el alma de Shona.

—¿Caelis lo sabe?

—¿Qué?

—¿Cuán horrible fue para vos estar casada con el barón?

—No importa.

—Creo que importa mucho.

Shona sólo sacudió la cabeza y luego procedió a contarle a Audrey las cosas más improbables sobre el placer entre hombre y mujer. O al menos Audrey así las habría considerado antes de conocer a Vegar.

—No era así con el barón.

—Nay.

—¿Cómo era?

Shona sólo sacudió la cabeza.

—Si Dios lo quiere nunca lo sabrás y no te daré ideas que alimenten tus pesadillas o nervios de tu noche de bodas.

—Con Percival habría sido peor —supuso Audrey.

—Aye. Someterme a él bien podría haberme roto.

En su interior Audrey estuvo de acuerdo. Incluso la mujer más fuerte sólo podía doblegarse hasta cierto límite antes de romperse a la mitad, para nunca volverse a sentir entera.

*

*

Horas después de que Vegar hubiera venido a recoger a Audrey, Shona pasaba de un lado a otro en su recámara, incapaz de dormir. Era casi seguro que Caelis también lo supiera. Probablemente podría oír cada paso. Esos malditos sentidos Chrechte.

No era tonta, no importaba lo que su pasado con él pudiera hacer creer al hombre.

Tampoco se hacía preguntas sobre dónde pasaba él la noche.

Fuera de su puerta.

En el pasillo… sin ropas de cama o comodidades.

No es que se preocupara por eso. No. No era preocupación suya si un hombre crecidito decidía pasar la noche durmiendo sobre el suelo de piedra en vez de usar las habitaciones perfectamente adecuadas proporcionadas por el laird Sinclair para sus soldados.

Realmente, no lo era.

Fulminó con la mirada a la puerta, todavía furiosa con él por asumir que se casaría con él sin siquiera la más ruda petición. Mucho menos una verdadera proposición.

¿Acaso no creía que ella se merecía siquiera esa mínima consideración?

Quizás él creía tener razón para asumir algo así, pero ella había mantenido la incertidumbre sobre su futuro desde un inicio. Incluso después de la locura de permitirle entrar en su cama la noche anterior.

¿Creía que su deseo de matar por ella o cambiar en su *conriocht* la ponía en el compromiso de aceptarlo? Según él y todos los demás, no existía duda de que era su compañera sagrada.

Eso podía ser correcto, pero no significaba que caería a sus pies. Aunque no pudiera haber evitado caer en su cama.

Sí, era el padre de su hijo, pero Caelis lo había sido cuando la rechazó por orden de su alfa hacía seis años. A pesar de que él no lo hubiera sabido.

No, ella no podía comenzar a pensar así.

Pero tampoco podía ignorar ciertas verdades.

La más importante: él mantendría a salvo a sus hijos.

Detuvo su caminar de un lado a otro y respiró hondo. Más que cualquier otra consideración, esa podría hacerla decidirse.

El mundo era un lugar incluso más lleno de peligro de lo que había sido consciente al escapar de la baronía, la cual había sido su hogar durante toda la vida de sus hijos.

Caelis, como *conriocht* y finalmente laird de su propio clan —porque estaba segura que le arrancaría el control de los MacLeod a Uven—, se encontraba en una mejor posición para proteger a Eadan y Marjory que otros.

Casarse con él, no obstante, significaba volver al clan que había estado dispuesto a darles la espalda a ella y sus padres. Debido a que eran humanos. Aunque en ese entonces no habían sabido que esa era la razón.

Todavía sería una humana en un clan con muchas personas a las que se les había enseñado a verla como un ser inferior tanto por su humanidad como por su género.

Eso era insostenible.

A ella no le habían brotado de repente las alas de un ángel, ni lo harían. *Ella* no poseía la gran habilidad mágica de cambiar en otra forma y eso no iba a cambiar. ¿O

sí?

Caelis le había dicho a Maon que ahora Mairi podía cambiar en lobo. Por lo visto, no había sido capaz de hacerlo antes. Por eso Uven la había tratado tan mal.

No había estado contento por tener una hija que no era totalmente Chrechte.

¿Podía cambiar ahora sólo porque su padre había sido un lobo? ¿O eso

era alguna reacción inevitable por emparejarse con un Chrechte?

¿Pero no había dicho que el compañero de Mairi era un Éan? Eso haría de su esposo un hombre que cambiaba en un ave.

Y Mairi era capaz ahora de transformarse en un lobo. ¿No era eso lo qué Caelis le había dicho?

¿Caelis la había condenado a convertirse como él sin decírselo? ¿Le escondería algo de esa magnitud?

¿Otra vez?

Como un vendaval se dirigió a la puerta y levantó la pesada barra para abrirla de un portazo.

—¿Por qué estás aquí fuera? —exigió al hombre que estaba exactamente donde había sabido que estaría.

—¿Dónde más podría estar? —preguntó, sonando demasiado razonable.

—En tu propia cama.

—No duermo en una cama. Vegar y yo preferimos las pieles.

—¿Duermes con Vegar?

Él puso los ojos en blanco ante la absurda idea.

—Compartimos la habitación. Como Cahir, es preferible a los barracones de los soldados.

—¿Por qué? ¿Escondeis secretos incluso de tus mismos soldados?

—Sabes que sí. —Caelis parecía confundido por su pregunta—. No todos los soldados en el torreón son Chrechte.

—Incluso los Chrechte no saben todo sobre los Cahir.

—Eso es tan propio de ti.

—¿Qué quieres decir?

Ella fulminó con la mirada la piel en el suelo.

—¿Y duermes en el suelo como un bárbaro?

—Los soldados no se permiten el lujo de una cama.

Ella sabía eso, pero no lo dijo. Eso sería como dar el brazo a torcer. Y no podía permitirse hacerlo.

—¿Dónde dormiste todos los años en que viviste en nuestro clan? —preguntó él, como si tuviera un punto.

En un montón de mantas cerca al fuego de la habitación principal en la pequeña choza de su familia. El laird anterior a Uven quiso tener un humano como senescal, pero la invitación de vivir en el torreón no se había extendido a la familia de Shona.

Sólo ahora era consciente del por qué.

No sólo el hombre había sido un Fearghall y en la mente de ese Chrechte eso era ser superior a aquellos sin una naturaleza animal, sino que tenía un secreto que proteger.

El Sinclair tenía soldados y criados humanos que vivían en su torreón, pero el hogar de los MacLeod no se parecía en nada al de los Sinclair. Ni en tamaño ni en seguridad.

Y si no se equivocaba, Caelis esperaba que ella regresara y viviera en ese mismo torreón.

—Ese no es el punto.

—Si tú lo dices.

—¡No me trates con condescendencia!

—No lo haré.

— *Ja*.

—Estás molesta.

Shona cruzó los brazos sobre su pecho y lo fulminó con la mirada.

—¿Y todavía no has entendido por qué, verdad?

Su mirada azul se volvió cautelosa y ella notó que no contestó inmediatamente.

Mentecato.

—No me gusta que me insultes a través de nuestro vínculo de acoplamiento.

—Lo siento. —No había querido que él oyera esto, lo cual sólo hizo que se sintiera más enojada—. Ni siquiera mi mente es ya sólo mía.

—Deja de gritarme en tu mente y estoy seguro que seguirá siendo tuya. —Él sonaba tan razonable, que quiso golpearlo.

Respirando hondo, controló el impulso.

—No me digas qué hacer con mi propia mente.

Ese hombre sacaba un lado de su naturaleza que ni siquiera se había dado cuenta que tenía.

Él suspiró y se frotó la mano sobre su cara.

—Intentaré no hacerlo.

—Sólo dime una cosa, *¡Oh! gran macho Chrechte*.

Apretó la mandíbula con fuerza y el azul violáceo de sus ojos se volvió negro. No le había gustado su sarcasmo y no lo culpaba, incluso estaba demasiado enfadada para morderse la lengua.

—¿Aye? —dijo entre dientes.

—¿Me has convertido en una cambiaformas sin consultármelo?

Él parecía estar contando algo en su cabeza porque sus labios se movieron silenciosamente, formando números en secuencia.

—¿Crees que haría algo así?

—No me dijiste la verdad hace seis años. Ni me dijiste sobre tu *conriocht* hasta que te viste obligado a mostrármelo.

Todo el comportamiento de Caelis iba de la irritación apenas contenida a una agotadora frustración en un solo parpadeo.

—Hablemos de esto en tu recámara.

—No lo creo. —Dejarlo entrar en una habitación donde había una cama no era el movimiento más inteligente que pudiera hacer esta noche.

—Entonces no hablaremos de ello. —Se apartó de ella y se hundió en la piel que había colocado en el suelo, dejando que su cabeza descansara contra la pared y sus ojos se cerraran—. Vuelve a acostarte, Shona.

—No podía dormir y tú eres muy consciente de ese hecho.

—No puedo evitarlo. —El cansado fracaso en su tono la aturdió.

—No puedes despedirme.

—No podemos tener esta conversación en un pasillo.

Tenía razón, por supuesto. ¿En qué había estado pensando al hablar tan abiertamente sobre su secreto en un pasillo donde cualquiera podía pasar?

—Perdón.

Pero ella no tenía dudas de que él sabría si alguien se acercara lo suficiente para escuchar sus palabras. Ella podía olvidarse de dónde se encontraban, pero no creía que él lo hiciera alguna vez.

Él asintió con la cabeza, aunque sus ojos continuaron cerrados, y apartó la cabeza.

—¿No me miras? —preguntó ella, molesta de cuanto deseaba ser desairada.

Debía haber oído el temblor en su voz, el cual había hecho todo lo posible por suprimir, porque abrió los ojos rápidamente, sus orbes azules se fijaron en ella.

—Eres mi compañera.

—¿Y esto te da el derecho de ignorarme? —Si así lo era, era un aspecto del emparejamiento que no permitiría se practicara con ella.

—No te estoy ignorando.

—¿Ah sí? —preguntó en tono burlón.

Él apartó su kilt, revelando su sexo oscuro e hinchado por la necesidad.

—Deseo estar en esa habitación contigo debajo de mí, con nuestros cuerpos entrelazados.

—Tenemos que hablar, no copular —dijo ella con una garganta repentinamente seca.

No era el único afectado por la fuerte atracción entre ellos. Quería tocar y ser tocada, lo cual era exactamente por qué había rechazado que se retiraran a su habitación con la excusa de hablar.

—Necesitas volver a entrar en la recámara y poner la barra a la puerta. *Ahora*.

Sus manos se cerraron en puños a sus costados, una fina capa de sudor adornó su labio superior y sienes.

Su dureza yacía pesada contra su muslo, el kilt lo perfilaba lascivamente. Pero no se horrorizó como una correcta dama debería hacer.

No, deseaba tocarlo, probar la traslucida gota de fluido perlado en la punta.

Sea lo que fuese que estuviera sintiendo, no cabía la menor duda de que Caelis la deseaba con una necesidad tan feroz que todo lo que ella podía hacer era negarlo.

—Puedo oler tu deseo femenino, *mo toilichte*. Vete antes que haga algo que me reproches mañana.

Antes que pudiera prometerle que no lo haría, se apresuró a entrar en su habitación y cerró de golpe la puerta, recostándose contra esta mientras respiraba con dificultad, casi en sollozos. ¿Cómo podía pasar de la cólera a un deseo desgarrador tan rápidamente?

Pon la barra, le instruyó mentalmente.

Ella asintió con la cabeza. Sí, eso es lo que tenía que hacer. Pero no se movió.

No podía.

El sonido de la cabeza de Caelis golpeando la pared, aunque este fuera audible, la hizo saltar.

Te deseo, dijo él con voz apenas entendible en el interior de su mente.

La misma intimidad de la comunicación mental la hizo anhelar mucho más al hombre, hasta el punto de ponerla al borde de admitir que él siempre sería su amado. Ni siquiera ese conocimiento era suficiente

para refrescar su ardor.

Me estoy tocando y pienso que es tu mano la que hace esto sobre mí.

Ella gimió, la imagen en su mente era casi imposible de resistir.

¿Eran sonidos de placer los que escuchaba en su mente o los escuchaba a través de la puerta? El deseo febril ardió a través de ella, haciendo que apretara los muslos con fuerza, la humedad en su entrepierna eran tan abundante que no podía pasarla por alto.

¿Él podría oler su necesidad a través de las barreras de piedra y madera? Ella se dio la vuelta y quedó delante de la puerta, pero no hizo movimiento alguno de dejar caer la barra en su lugar.

Shona se inclinó hacia adelante, sus manos presionaron la madera.

Dime. ¿Ahora soy como tú?

El suspiro que cruzó su vínculo mental estaba lleno de irritación, ¿pero esto se debía a qué estaba enfadado con ella o frustrado por su necesidad sexual?

Nay.

¿Me estás diciendo la verdad?

Ella no era uno de ellos; no podía oler una mentira.

Ah. No puedo oler una mentira.

Nay.

Sigo siendo tan humana como siempre.

Aye.

El alivio la atravesó… no porque no fuera Chrechte, sino porque él no le había escondido algo más.

O al menos así lo creía. ¿Cómo podría saberlo? Tantas cosas se le habían ocultado hasta el momento.

¿Tienes más secretos?

Caelis dijo algo en su mente que sonó a una maldición, pero ella no la reconoció.

Había sido en esa lengua antigua que él había hablado con los otros Chrechte.

¿Qué? , preguntó ella.

Cada palabra que dices aumenta mi excitación.

Pero eso no es posible.

Definitivamente el sonido de su gemido atravesó la puerta.

Te aseguro que lo es.

Todavía estás tocándote.

Aye. Pero me gustaría que fueras tú.

Había algo mal en ella. Debería sentirse escandalizada, pero el conocimiento la excitó.

Deberías detenerte.

Deberías abstenerte de hablarme tan íntimamente.

No digo nada de una naturaleza íntima.

Cada palabra dentro de mi cabeza es la confirmación de nuestro vínculo. Su voz estaba llena de satisfacción y urgencia sexual.

Él iba a culminar a través de su vínculo mental. Otra vez, debería sentirse espantada, pero sólo podía sentirse satisfecha por la posibilidad.

Secretos, dijo ella en un intento desesperado por cambiar la dirección de la marea de sus propios pensamientos y deseos. *¿Me ocultas otros secretos?*

Ella podía sentir el dolor del deseo insatisfecho muy fuertemente, lo sentía como propio, pero sabía que provenía de él. ¿Ese era otro efecto del vínculo de auténticos compañeros?

¿Has deducido por ti misma que planeo volver con los MacLeod y asumir el control del clan, no es así?

Ella asintió con la cabeza contra la puerta, su corazón se contrajo ante el pensamiento de Caelis enfrentándose a Uven por el derecho de dirigir al clan.

Incluso en una lucha poco justa, no había modo que Uven pudiera salir victorioso.

Pero el hombre era una comadreja y ninguna lucha con él estaría exenta de traición.

¿Shona? preguntó Caelis mentalmente, su voz estaba entrecortada.

Ella conocía la fuente de esa tensión e hizo todo lo posible para ignorarla.

—Estoy aquí —dijo en voz alta, sabiendo que la oiría a través de la puerta.

Debo hacerlo.

—Lo sé. —En verdad lo hacía.

Uven debía ser detenido, no sólo por el bien de su clan, sino también por el bien de todos los Chrechte. Era un hombre vil que haría daño incalculable si se le permitía seguir con sus actuales planes. No estaba segura de cómo sabía esa verdad, pero en su interior era una certeza que no podía negar.

No has puesto la barra.

—No.

Si deseas que permanezca aquí fuera, hazlo. Su deseo la alcanzó través de la gruesa madera y encontró una correspondiente necesidad en el corazón de Shona.

No podía admitirlo, pero tampoco podía poner el grueso tablón de madera que mantendría afuera a Caelis. No deseaba que él se tocara. Deseaba que fuera él quien le diera placer.

La puerta comenzó a moverse hacia dentro, Shona retrocedió y su corazón comenzó a latir desbocado.

Capítulo 19

Los Faol no hacen bien en subestimar la astucia y el ingenio de los humanos.

—EMILY DE LOS BALMORAL

Caelis entró en la habitación, el cuerpo del gran guerrero vibraba por el deseo que hacía oscurecer su mirada violácea y la piel en que él había estado descansando colgaba de uno de sus grandes puños.

—Deberías haber puesto la barra en la puerta, compañera.

—Deberías haberme pedido que me casara contigo hace seis años. —Eso no era lo que tenía intención de decir, pero no se retractaría de las palabras aunque pudiera.

Estas eran verdad y él lo sabía.

Una tensión que ella no creía que tuviera nada que ver con su necesidad sexual emanaba ahora de él.

—Aye.

—Habría dicho que sí entonces.

Él se estremeció.

—Lo sé.

Dios de las alturas, ¿a dónde iba con esto? ¿Por qué le decía esas cosas? Su ansia física por él no había disminuido en lo más mínimo y de su boca escapaban cosas completamente sin relación.

¿O si la tenían?

—Me voy a la isla de Balmoral mañana. —Tomó la decisión mientras las palabras dejaban su boca.

—¿Me rechazas ahora tal como yo lo hice contigo entonces? —preguntó él, el siempre presente deseo entró en guerra con la cólera en

su mirada azul.

Shona sacudió la cabeza con decisión.

—Puedes venir con nosotros y comunicar tus intenciones a mi familia.

—Sabes que tengo otros compromisos.

Shona se encogió de hombros. Sí, lo sabía. Al igual que hacía seis años, Caelis tenía deberes e intenciones que superaban las promesas hacia ella.

—¿No cambiarás de idea en esto?

—No. —Había sido comprometida por este hombre antes, y su vida había sido sumamente infeliz por ello.

Una vez más, la mandíbula de Caelis parecía estar tallada en roca.

—Sabes que debo volver con los MacLeod.

—Y *tú* eres totalmente consciente de que eso es la última cosa que quiero hacer. —

Parte de Shona sabía que eso bien podría terminar con ella viviendo entre su antiguo clan de nuevo, pero esto no lo haría por un capricho. Tampoco volvería allí como algo menos que su esposa totalmente legítima.

—No puedo rechazar mi destino. Soy un *conriocht*. Eso significa que soy el protector para mi pueblo.

—Y crees que para proteger a los Chrechte requiere que te conviertas en el laird del clan MacLeod.

—Sé qué lo es. Así ha sido predicho.

¿Se suponía que debía sentirse impresionada? Lo estaba. Un poco. Quizá mucho más que un poco, pero eso no significaba que ella rechazara lo que sabía que necesitaba para ser feliz, para darle a un emparejamiento entre ellos una base sobre la que pudiera creer.

—¿Sabes que si se mezcla demasiada o muy poca arena y gravilla en los cimientos de una mota, con el tiempo esta se hundirá y el torreón junto con él? —le preguntó ella.

Él la contempló como si se hubiera vuelto loca, pero no podía permitir

que eso la molestara.

—Sé esto porque el barón me lo dijo una vez casi con alegría, cuando relataba el colapso del torreón de otro barón. Toda la estructura, que había llevado cuatro años construir, se destruyó por completo.

—Sería bueno que ambos olvidáramos tu matrimonio con ese anciano.

—Eso no es posible.

—Aye, lo es.

—No.

Caelis le frunció el ceño, estaba claro que deseaba seguir discutiendo.

Ella se le anticipó.

—Odié cada momento en que el barón me tocó, pero amo a mi hija. No puedo olvidar sus orígenes tal como podría olvidar el de Eadan.

Y si Caelis no podía tolerarlo, entonces realmente no había ninguna esperanza de un futuro en común. No importaba lo que su ley Chrechte dijera sobre los compañeros sagrados.

—Ella es mía —reclamó Caelis ferozmente—. Al igual que tú, si no fueras demasiado obstinada para admitirlo.

—No puedes deshacer su parentesco solo porque así lo desees. —Más de lo que él podía convertir a Shona en su esposa-compañera.

—Él está muerto. Yo estoy vivo. Soy su padre, ahora y para siempre. —Una total convicción resonó en su voz.

Shona sacudió la cabeza con incredulidad.

—Eres un hombre muy posesivo.

—No fui lo suficientemente posesivo hace seis años, pero no puedo arrepentirme de ese hecho ahora.

—¿No puedes? —preguntó Shona, sobresaltada y más que un poco consternada.

—Marjory es nuestra, no importa como vino al mundo. ¿Puedes lamentarte por tu hija?

Él ya le había preguntado eso una vez.

Shona entendió su motivo mejor de lo que hacía ahora.

—Nunca.

—Aye.

—Constituir una familia cuesta más que afirmar que todos deben permanecer juntos. —Esto requería también más que la mera documentación legal.

—Aye, se necesita un poco de cooperación de tu parte.

Y de la de él, si fuera capaz de reconocerlo.

—Cuando una mota se hunde, las uniones de la pared se sueltan y finalmente, todo el torreón se desmorona.

—¿Otra vez volvemos a lo de las motas?

—Escúchame, Caelis. No seré el torreón que se rompe bajo la carga de cimientos mal hechos.

—No eres un edificio —dijo él, la exasperación teñía cada palabra.

—No, pero nuestro emparejamiento es como el torreón destinado a proteger a aquellos que viven en su interior.

—Admites entonces que somos compañeros.

—Nunca lo he negado. —Ni una sola vez.

Él se apartó, golpeando con la palma abierta el grueso muro de piedra.

—¿Cómo puede nuestro acoplamiento proteger a nuestra familia como ese torreón de quimera al que sigues refiriéndote si vives en la isla Balmoral y yo con los MacLeod? El torreón no se extenderá entre dos feudos, mucho menos sobre un mar entero.

—Hace seis años, me negaste ante mi familia, retractándote formalmente de tu cortejo ante mi padre.

—Para mi vergüenza. —Agachó la orgullosa cabeza y hundió los hombros.

No era intención de Shona avergonzarlo.

—Ese no es mi punto.

—¿Cuál es tu punto? —preguntó con impaciencia apenas suprimida mientras se daba la vuelta para estar frente a ella otra vez.

—Que ahora nuestro emparejamiento necesita que vuelvas a reconocerme ante mi familia. —Puso la mano sobre su antebrazo, implorándole con todo su ser que entendiera—. Si tengo valor a tus ojos, entonces debes admitirlo ante otros.

—¿Acaso el emparejamiento y el matrimonio no son suficientes para eso?

Hablando de entidades de quimera. Él siguió hablando como si esto ya estuviera resuelto, pero ella ni siquiera había consentido en casarse con él.

No es que él se lo hubiera pedido.

Porque *no se lo había pedido*.

—Hasta ahora, tus costumbres Chrechte sólo han sido molestias para mí, si quieres que te diga la verdad. *Yo* puedo tener poca fe en un emparejamiento; hasta no tener confianza en el matrimonio después de lo que experimenté con el barón.

Jurar ante Dios y los hombres, pronunciar votos de fidelidad y honor no aseguran que un hombre valore a su esposa. —O que él, ella y sus niños vivieran juntos como una familia en armonía.

—Él era un pésimo esposo.

—Existen mucho peores. —El padre de Audrey y el actual barón de Heronshire, por nombrar un par.

—No todos los compañeros son ejemplares, tampoco —ofreció Caelis como si hacerlo le fuera doloroso.

—Sabiendo lo que sé ahora sobre los Chrechte, soy bien consciente de ello. La primera esposa de Uven debe haber sido su auténtica compañera para que él haya tenido una hija con ella. —Habían estado casados y emparejados, pero no había resultado bien para la pobre mujer.

—Aye.

—Mi padre siempre consideró sospechosas las circunstancias de su

muerte, aunque ignoro qué es lo que sabía con exactitud. —Sólo había escuchado hablar a sus padres por casualidad.

—Después de aprender cuán fácil le fue asesinar a mis propios padres por discrepar con él, no me es difícil creer que mataría a su compañera humana.

—El viejo laird todavía estaba vivo cuando esto sucedió, pero mi padre nunca expresó sus preocupaciones. Ahora, entiendo que el viejo laird probablemente no habría criticado o desaprobado si se hubiera enterado que su hijo había matado a su compañera. Porque ella era humana y ellos eran Fearghall.

Caelis asintió con la cabeza, su expresión era severa.

—Créelo, o no, realmente entiendo que el clan te necesite.

—Bien.

—Pero eso no significa que desatenderé mis propias preocupaciones.

—Tampoco intento que lo hagas.

Fue turno de Shona de asentir con la cabeza y decir:

—Bien. Deseas que tenga fe en esas instituciones cuando *yo* necesito ser capaz de confiar en ti.

—¿No confías en mí? —preguntó con toda evidencia de no saber realmente la respuesta.

¿Creía él que las últimas veinticuatro horas habían cambiado todo?

Por la expresión dolida en sus apuestas facciones, ella creía que bien podía haberlo hecho.

—¿Debo chasquear los dedos y olvidar todo? ¿Por qué debo confiar en ti?

—Te revelé mi naturaleza Chrechte.

Shona pensó que eso debía significar mucho más para su raza de lo que posiblemente representaba para ella, en particular cuando había esperado tanto tiempo para hacerlo.

—Después de ocultarlo durante nuestras vidas enteras, incluso cuando me convenciste de compartir tus pieles sin la bendición del

matrimonio.

Saber que otras personas también le habían ocultado cosas todavía le hacía daño, pero hacía todo lo posible para no hacerle responsable de las acciones de sus padres, o las de Thomas y Audrey.

—No pude evitarlo. *Yo* creí que tú también serías mía. No mentía cuando te prometí matrimonio.

—Tu lobo deseaba a su compañera.

Y las necesidades de la bestia habrían hecho que el joven Caelis se sintiera convencido de sus futuros planes. Shona podía entender eso un poco mejor, especialmente considerando cuanto influyeron esas mismas necesidades en ella y ella ni siquiera era Chrechte.

—Aye. Yo era muy joven; no tenía el control. Habíamos esperado muchísimo tiempo.

Ella asintió con la cabeza, entendiendo y quizás hasta aceptándolo.

—¿Pero qué hay en eso para que yo confíe en ti?

Caelis abrió la boca y luego la volvió a cerrar, ninguna palabra salió de ella y las expresiones más interesantes se sucedieron sobre su rostro.

Primero sorpresa, luego consternación y finalmente entendimiento.

—Anoche, no puse mi virilidad en ti.

Shona lo había deseado. Él también había sabido eso, probablemente tan íntimamente como ella.

—No quisiste dejarme embarazada y te lo agradezco, pero tampoco dejaste mi cama y permitiste que Audrey nos encontrara juntos. No puedes decirme que no la escuchaste moverse en el otro cuarto.

—Los muros de piedra son gruesos. No la escuche hasta que estuvo fuera de tu recámara.

—Y entonces fue demasiado tarde.

Así que no la había comprometido a propósito. Otra señal a su favor.

—Aye. ¿Quieres que pida perdón por quedarme con mi compañera? —El ceño fruncido que le lanzó, decía que lo haría pero que no le

gustaría.

Claramente creía que el título le daba toda clase de derechos y privilegios. Shona no estaba segura de que esto no fuera cierto, no con la fuerza en que también sentía el lazo entre ellos.

—No.

Caelis la contempló con expectación. Ella simplemente le devolvió la mirada, esperando. O continuaba buscando mejores argumentos y la convencía de que *podía* confiar en él o se daba cuenta de cuan poco había hecho para causar esto.

—Cambié en *conriocht* delante de ti —dijo después de varios segundos de silencio, con el aire de un hombre que no quería hacer patente un hecho tan obvio.

—También cambiaste delante de otros.

—Lo hice *por* ti, para protegerte a ti y a nuestros hijos.

Quizás Caelis lo supiera, pero cada vez que se refería a Marjory y Eadan como suyos, añadía solidez a los cimientos de su emparejamiento-matrimonio por los que ella estaba tan preocupada.

Y ese era un punto que le era fácil de conceder.

—Estoy convencida de que ahora nuestra seguridad física es primordial para ti.

—Pero no lo era antes. Eso es lo que crees. —Se apartó otra vez, su cuerpo ahora estaba rígido por la tensión.

—¿Lo era? —preguntó ella, no muy segura de seguir pensando de esa forma.

—Nunca se me ocurrió que tus padres y tú dejaríais nuestro clan. Era vuestro hogar.

—Pero no uno en donde fuéramos bienvenidos, y tú sabías eso mejor que yo.

Caelis tensó la mandíbula y sacudió la cabeza en reconocimiento.

—Y aun así creíste que nos quedaríamos, que seguiría en el clan. Soltera.

Otra vez se produjo ese único tirón de la cabeza masculina.

Él lo había dicho antes; ahora ella le creyó. No podía evitarlo, realmente. Esto explicaba demasiadas de sus acciones y actitudes que de otra parte sólo se podrían justificar creyéndole el monstruo que había imaginado durante seis años.

Independientemente de lo que Caelis fuera, *conriocht* o humano, este no era un monstruo. Sus suposiciones de hacía seis años habían sido arrogantes, y pobremente planeadas y lindantes con la estupidez, pero él las *había* creído.

—Creíste que podrías vigilarme, pero al irme con mis padres, te quité esa opción.

—Ahora estaba absolutamente segura de que así era como él lo había visto.

Pero Caelis negó con la cabeza.

—No te habrías ido si te hubiera tratado bien. —Sus manos estaban cerradas en puños a sus lados—. Podía haberme ido contigo. *Debería* haber dejado el clan con tu familia.

Y ahora deseaba que ella regresara.

¿Acaso no podía ver la ironía en eso?

Ella podía, como podía ver la ironía en lo que estaba a punto de decir.

—Te amo.

— *¿Qué?* —Giró hacia ella tan rápido que sólo fue un movimiento borroso que hizo titilar la única vela que ardía al lado de su cama. Sus rasgos, al igual que gran cuerpo mostraban absoluta conmoción—. ¿Qué has dicho?

—Te amo. Nunca dejé de hacerlo. —Había querido, por todos los santos había deseado hacerlo, pero nunca fue capaz de sofocar sus sentimientos.

Se había esforzado tanto por protegerse, por proteger a sus hijos, pero el amor y el deseo ardían más brillantes en su interior ahora de lo que lo había hecho hacía seis años. Lo cual era por qué no iba, *no podía*, simplemente casarse o realizar la ceremonia de emparejamiento con este hombre si no confiaba en él.

Ella tenía mucho más que perder, aunque él nunca lo entendería. Su lobo la había llamado su compañero antes que ella aprendiera siquiera lo que era el deseo. Ellos habían esperado por ella, Caelis y su lobo, pero él no la había amado.

Si la *hubiera* amado, no la habría rechazado. Sea lo que fuera que sintiera por ella, era atenuado por su deber hacia los Chrechte y siempre sería así.

Podía aceptar eso porque no tenía otra opción, pero no aceptaría que *siempre* sería la última.

Oh, Shona no tenía duda de que Caelis la necesitaba, pero sobreviviría si la perdiera. Había más que sobrevivido esos seis últimos años; había prosperado y había encontrado un destino con el que él nunca habría soñado.

Ella, por otra parte, había estado cerca de perder el juicio, y sólo el amor y la determinación de proteger y criar a sus hijos la habían salvado.

Él había sido célibe durante seis años. Y aunque estaba segura que había sido una prueba para él, ella había pasado esos mismos años sometiéndose a las caricias de un hombre que mataba un trocito de su alma cada vez que usaba su cuerpo para apagar su lujuria. Había pasado cada uno de esos días sufriendo la injuria de padres a los que había amado con todo su corazón hasta sus muertes.

Cada día, había sufrido estoicamente grandes y pequeños menosprecios por ser la advenediza escocesa que se había casado con un hombre de tres veces su edad.

Y nada de eso se había comparado con la herida irregular en su alma que sangraba diariamente por el rechazo y la ausencia de Caelis.

Un amor terrible tenía un poder terrible.

—¿Me amas, pero no confías en mí?

—No puedo —contestó sin ambages.

Caelis tragó convulsivamente, cerraba las manos en puños y las abría a sus costados como si deseara alcanzarla, pero no se lo permitiera.

—No crees que te ame.

—Sé que no lo haces y lo acepto. —No necesitaba amor, ni era el tirón del emparejamiento.

Como lo había indicado, no todos los compañeros llegaban a amarse. Uven no podía haber amado a la compañera que asesinó; ciertamente no había amado a la hija de ambos.

—¿Debo sentirme agradecido por eso?

—No lo sé. —¿Era la gratitud mejor que la mera lujuria y deber?

—Yo sí. —Él suspiró, la expresión en sus ojos azules era ilegible—. Muy agradecido.

Lágrimas que no esperaba ardieron en los ojos de Shona. Parpadeó, intentó alejarlas, pero la humedad siguió aumentando.

Él dijo otras de esas maldiciones en Chrechte y cerró la distancia entre ellos.

Suavemente le acunó las mejillas con sus grandes manos de guerrero, borrando las gotas que caían.

—No llores *mo toilichte*. Por favor.

—No quiero hacerlo.

Él se inclinó hacia adelante y bebió a sorbos la humedad, presionando pequeños e infinitamente suaves besos en su cara.

—Déjame llevarme el dolor.

—No puedo. —No se arriesgaría a otro embarazo y perder la opción de elegir ahora que había reconocido su amor por él.

Esto la hacía sentirse demasiado vulnerable y no necesitaba desventajas adicionales entre ellos.

Él asintió con la cabeza, como si no esperase otra respuesta.

—Hay muchas formas en que puedo darte placer y así compartir el dolor sin la cópula.

No sabía lo que él quería decir. Sus experiencias de disfrutar la conexión entre un hombre y mujer habían pasado todas con él, incluyendo la de la noche anterior, nunca había conocido el placer último sin él terminando en su interior.

—Yo…

—¿Al menos confiarías en mí en esto? —preguntó.

Él les daba a ambos la oportunidad de seguir adelante. Shona no sabía cómo construir su confianza en él excepto dejando pasar el tiempo y que él mostrara la buena voluntad de rectificar el pasado de la mejor forma que fuera capaz.

Pero le estaba ofreciendo otra oportunidad de empezar a confiar en él. Si le dejaba hacerlo y él mantenía su promesa implícita de no penetrar su cuerpo, esa sería la roca más sólida en los cimientos de su relación. ¿No es así?

Los instintos que le habían gritado que no le diera acceso a su cuarto hacía poco, ahora le decían que compartir intimidad con él ayudaría de una forma que pocas cosas más podrían hacer.

—Por favor —dijo él otra vez.

Y ella no podía negarlo. No deseaba negarlo. Necesitaba esta oportunidad de confiar tanto como él.

—Sí.

Su enorme cuerpo se estremeció violentamente y un gruñido bajo de aprobación retumbó en su pecho.

Caelis se inclinó y la alzó en brazos, alto contra su pecho, la camisola de Shona cayó sobre su cuerpo casi desnudo.

—Eclipsaré cada recuerdo de caricias no deseadas con placer. Sólo acariciaré una y otra vez tu cuerpo.

—¿Lo prometes? —exigió ella aunque las palabras de Caelis habían sonado más como un voto de lo que jamás hubiera escuchado antes.

Él bajó la mirada, había un dolor en su propia mirada que correspondía a las heridas del corazón de ella, si Shona podía permitirse creerlo.

—Lo hago.

—Nunca otra vez. —Nunca se sometería a caricias indeseadas de otro.

La boca se volvió una línea severa.

—Sólo yo.

—Sólo tú.

—Esa es mi promesa para ti.

Ella asintió, aceptando sus palabras tanto como su corazón herido se lo permitía.

—Te prometo que nunca volverás a ser dejada de lado debido a mi lealtad a otras personas.

El aliento se atascó en el pecho de Shona.

—No quieres decir eso. No lo digas si no quieres decirlo.

Por el aspecto de sus rasgos esculpidos, nadie podría confundir la seriedad con la que él tomaba sus palabras.

La puso en la cama, no hizo movimiento alguno para quitarle la camisola, y luego retrocedió. Colocó su puño derecho sobre su corazón.

—Lo juro.

—¿Por tu honor como guerrero? —preguntó ella, incapaz de evitar el velo de duda que indicaban las palabras.

—Por mi honor como Chrechte y *conriocht*.

Le había prometido que ningún otro hombre la tocaría íntimamente. El temor que había sido una pesada carga, aunque ella ni siquiera lo hubiera reconocido, la abandonó dejándola liviana e iluminando su corazón de una forma que no sabía que fuera posible por más tiempo.

—Percival no me tendrá jamás —dijo, la alegría llenó su corazón y voz.

Caelis cayó de rodillas al lado de la cama, sus manos la sujetaron con fuerza.

—Nadie. Te protegeré con mi vida.

—No sólo por tu hijo.

—No puedo tener a mi hijo o hija sin el regalo de su madre. Nunca dudes de ello, eres de importancia vital para mí.

Shona quería creer en sus palabras. Muchísimo.

Y se dio cuenta que la elección dependía de ella. Tal como había dependido de él hace seis años.

¿Ahora menos responsable de sus propias decisiones?

En ese momento, decidió creer.

Creería en que Caelis no volvería a rechazarla, que la protegería con su vida. No actuaría en su nombre, sino que lo haría con ella.

—Gracias.

El rostro de Caelis se contrajo con alguna gran emoción.

—Me acobardas, Shona. No me agradezcas por algo que no puedo evitar más de lo que puedo dejar de respirar.

Ella pasó sus manos por el rostro masculino, amando la sensación de su barba contra su piel.

—Te amaré para siempre.

Ese era su voto para él.

Y consideró que valió la pena haberlo hecho cuando la sonrisa de Caelis crecía en su rostro mientras este se ponía de pie.

—Gracias.

—No me agradezcas por algo que no puedo evitar más de lo que puedo dejar de respirar —dijo ella imitando su tono.

—Siempre estaré agradecido. —La sonrisa calentó su voz, extendiendo su caricia para curar su corazón.

—Pareces una novia.

Ella deseaba ser suya, más de lo que él jamás podría entender.

—Esta noche sólo soy una mujer enamorada.

—Tú nunca serás un *sólo*.

—¿No? —No pudo evitar su propia sonrisa ante su promesa.

Caelis sacudió la cabeza.

—No me entiendes, pero un día lo harás.

Shona extendió la mano en invitación.

—Caelis…

—Tú lo eres *todo*, compañera.

Y procedió a quitarse el kilt y sus armas, poniéndolas muy cerca de la cama.

Capítulo 20

La intimidad entre compañeros no siempre da como resultado hijos, pero siempre fortalecerá el vínculo de emparejamiento

—ANTIGUA CELI DI

Las heridas anteriores no eran más que líneas rosadas sobre la piel de Caelis.

Shona lo contemplaba admirada.

—Estás curado.

—Es el *conriocht*. Cuando cambio o me vuelvo de esa forma mi cuerpo se cura.

—¿Pero no cuando te conviertes en lobo?

—Nay. Es parte de los dones de los protectores de nuestra gente.

—Me alegro —se preocuparía menos sabiendo que tenía esta asombrosa capacidad para curar las heridas—. ¿Sirve incluso para daños severos?

—No lo sé —se paseó hacia la cama, su gracia lobuna mucho más evidente.

—Eadan dijo que será *conriocht* un día.

—Ese es un don a esperar con impaciencia.

Shona asintió, las maravillas de su Chrechte vivo palidecían ante la cara del deseo que había estado ardiendo entre ellos todo el tiempo. A pesar de cada palabra cargada de emoción de su conversación, la necesidad física entre ellos no había menguado.

—Te deseo —le dijo ella sin vergüenza.

—Me tienes, ahora y para siempre —le prometió.

A la luz de lo que él le había dicho, su voto adquiría un significado más profundo.

Y ponía en duda sus propios reparos. ¿Qué era lo que ella quería de Caelis? Ser capaz de confiar. De alguna manera, en los últimos minutos mientras él hacia las promesas que ella necesitaba escuchar pero que no había pedido, se las había dado.

O quizás había sido el terrible poder de un increíble amor, pero ella ya no dudaba más de su lugar en la vida de su compañero

Él podría no amarla como ella lo amaba, pero se preocupaba y la necesitaba y la protegería con su propia vida.

Mantendría los secretos de su gente y se arriesgaría por ella y aquello tenía más significado que cualquier búsqueda trivial que ella le asignara para probar lo que ya había establecido.

Sin apartar nunca su atención de ella, Caelis agarró la piel que había dejado caer antes y la tendió sobre la cama, moviéndola de forma que ella quedara encima.

Suave y gruesa contra su piel, le daba un acolchado adicional, pero tenía la sensación de que sus acciones no estaban relacionadas con su confort. Esta piel tenía un significado especial para él.

No le preguntó. Había asuntos más importantes que atender.

—Me casaré contigo —le dijo—. Me gustaría que el matrimonio de Audrey y Vegar recibiera las bendiciones del sacerdote al mismo tiempo.

Él se inmovilizó, la expresión rígida.

—Pensaba…

—Yo también… que era necesario que llegaras conmigo a la isla Balmoral. No lo es.

—¿No? —Caelis sonaba aturdido.

Ella negó con la cabeza.

—Creo que necesitaba que me demostraras algo, que repararas el pasado.

—¿Pero ya no te sientes así?

—No. Tus acciones precipitaron la perdida de afecto de mis padres hacia mí, pero también lo fueron las mías. Pero sobre todo, sus acciones fueron responsabilidad de *ellos*. No podemos cambiar el pasado, no lo haría. Una cosa que he aprendido es la capacidad de mi propia fortaleza, y eso es bueno.

—Aye.

—Te amo Caelis, protector Chrechte. Mi protector.

—Compañera. *Mo toilichte.* Mía —bajó la boca hasta la de ella con un hambre que eclipsaba cualquiera que hubiera tenido antes. Ella le devolvió el beso, volcando su amor en él y suavizando el dolor del pasado.

Sus lenguas se batieron en duelo mientras los labios se devoraban el uno al otro y el cuerpo desnudo de Caelis presionaba contra el de ella, el calor circulaba entre ellos como si el fino linón de su camisola no estuviera allí.

Él bajó, moviéndose para besarla por toda la cara, a lo largo de las sienes y bajando hasta el cuello. Todo el tiempo, susurraba palabras contra su piel.

Solo mientras le acariciaba con los labios la sensible piel bajo la oreja, entendió ella las palabras que decía.

—Gracias. Siempre mía. Mi regalo. Gracias.

Las palabras y el ferviente sentimiento que llevaban llevaron humedad sus ojos y un nudo de profunda emoción que le cerró la garganta. Parpadeó para contener las incipientes lágrimas y se tragó su emoción, demasiado feliz con su respuesta para dejar que nada estropeara el momento.

Incluso sus propios sentimientos de éxtasis.

*

*

Caelis subió la camisola de Shona por sus piernas, desnudando la piel de alabastro para sus ojos. La curva de las piernas invitaba a tocarla y la sombra en el vértice de sus muslos cubierto apenas por el fino tejido atrajo su mirada y su hambre.

El hambre realzada por la necesidad rapaz de las palabras de Shona. Le había prometido desposarse con él, darle el regalo de su amor cuando había estado seguro de que nunca se lo ofrecería de nuevo.

El hecho de que ella estuviera tan segura de que sus propios sentimientos no correspondían a los de ella, no era una conclusión que pudiera negar... Sus acciones habían dicho demasiado para que las simples palabras la convencieran de lo contrario.

—Eres tan hermosa —susurró.

Ella rio bajito, sacudiendo la cabeza en una negación.

—Sólo soy una mujer con todas las marcas que parir dos veces han dejado en mi cuerpo.

Sabía lo que ella quería decir. Las finas líneas donde su cuerpo se había ensanchado para acomodar la matriz hinchada con los niños, la forma en que sus pesados pechos colgaban más como péndulos tentadores que como manzanas maduras. Nay, ya no tenía el cuerpo de una chica incólume de solo dieciocho veranos, pero aquello no quitaba valor a su belleza ante sus ojos. De hecho, las marcas que el tiempo y las circunstancias habían dejado sólo lo intrigaban y le recordaban que le había hecho el amor a una mujer, no a una niña.

Una mujer que debería estar orgullosa de la belleza adquirida, en todas sus formas.

—Son las cicatrices de las batallas que deberías lucir con el mismo orgullo que yo luzco las mías.

Ella se rio, un sonido oscuro.

—Esa es una opinión singular de mis imperfecciones. El barón no podía mirarlas.

—Idiota —odiaba la idea de que hubiera sido feliz con alguien más, pero había descubierto que despreciaba aún más la certeza de que había sido infeliz.

Caelis la ayudaría a deshacerse de aquellos recuerdos, empezando

ahora.

Apoyó las manos sobre sus muslos, acariciando con los pulgares a lo largo del interior y subiendo hacia los rizos rojos que asomaban desde donde había empujado la orilla de su camisola.

Shona se estremeció, la carne de gallina por el placer que se formaba en su piel bajo el toque masculino.

—¿Cómo puede una simple caricia provocarme un placer tan profundo?

—Por lo que significamos el uno para el otro.

—El vínculo de emparejamiento.

—No es lo único entre nosotros —al final ella tendría que creer eso.

Bien podía negar su amor, pero debería creer que él tenía sentimientos hacia ella más allá de su lobo inexorablemente conectado a ella.

No le contradijo y tampoco la suave expresión de sus bellos ojos esmeralda le daba indicaciones de lo que quería.

Debía mostrarle que si bien el vínculo los ataba juntos, era solo el comienzo, no los límites de su unión.

Le empujó la camisola aún más arriba, descubriendo los relucientes rizos de seda.

—Tan bonita.

—Bonita no es la palabra en la que pienso cuando te veo *a ti* desnudo —bromeó ella.

—Claro que no, yo soy un guerrero, no una doncella.

La sonrisa traviesa debería haberle advertido de lo que iba a seguir.

—Ahora que lo pienso, una parte de tu anatomía está tan bellamente modelada —

miró hacia el duro sexo que sobresalía de su cuerpo.

La risa y el deleite que solo ella podía darle burbujearon dentro de él.

—¿Piensas que mi verga es *bonita*? —le preguntó con una sacudida de

cabeza.

—Oh, sí.

Él separó aún más las piernas para que ella tuviera una visión sin obstáculos.

—No se siente *bonita* ahora mismo. Duele.

—¿Sí?

—Aye —y bien que lo sabía ella, a pesar de su sexy burla.

—Quizás podría ayudar con eso.

La deseaba, pero tenía planes y no incluían por el momento a su sexo a un toque de distancia de sus pequeñas y femeninas manos.

—Más tarde.

—¿Caelis?

—Déjame hacerlo a mi modo, Shona. Esto es lo que más ansío ahora mismo —y a pesar de la necesidad voraz por hundirse dentro de ella, las palabras no eran más que la verdad.

Y quería decir que él estaba seguro de que había otra forma de que ella las aceptaría, como vería.

Se incorporó sobre un brazo y arrastró la túnica hacia arriba para quitársela antes de caer sobre los codos, la pose empujaba sus generosos pechos hacia arriba en una invitación inconfundible.

—Sí.

Él podía sentir la sonrisa que curvaba sus propios labios y no hizo ningún esfuerzo para detenerla.

—Tu belleza quita el aliento.

Ella se sonrojó, su vergüenza era un aroma picante entre ellos, haciéndolo reír.

—¿Me rebelas tu desnudez, pero te pones roja como una cereza por un cumplido?

—se burló suavemente.

—Eres el único que me ha considerado hermosa nunca.

—Nay —estaba seguro de que estaba equivocada—. Pero soy el único lo bastante listo para decírtelo.

Ella sacudió la cabeza, los largos mechones sedosos volaron sobre sus hombros y contra la piel de apareamiento que había curtido y preparado seis años atrás para una ceremonia de emparejamiento que nunca había tenido lugar.

—Cabezota.

Aunque la ceremonia no se había llevado a cabo, *habían* usado la piel. Algo que él no deseaba tener que recordarle.

—Me han llamado cosas peores —despeinó el bonito triangulo de vello en la alto de sus muslos—. Me pregunto si te estás sonrojando en otros lugares.

Ella dejó caer sus piernas separadas con tal confianza que él quiso gritar su victoria. Shona había dicho que no confiaba en él, pero luego había estado de acuerdo en casarse. Podía deducir de esto su confianza, pero la verdad de su corazón se mostraba en sus acciones. Cualquier reserva que pudiera tener todavía, confiaba completamente en él con su cuerpo. Seis años atrás, hacerlo le había costado caro.

Que le ofreciera este regalo otra vez hizo que su lobo aullara deleitado.

Le apretó las piernas con cuidado y las separó, para permitirse una vista sin estorbos de los sonrojados e hinchados pliegues de su sexo. Lubricado por la humedad, su cuerpo rogaba silencioso por la posesión.

Una vista incomparable.

—Eres hermosa hasta aquí.

—No deberías decir esas cosas.

—¿Por qué no? Si son ciertas —se inclinó y depositó un tierno beso sobre los labios femeninos inferiores.

Suave piel contra la suya propia, el aroma de la excitación femenina era un afrodisiaco tal para él y para su bestia que una pequeña eyaculación chorreó de su dolorida verga. Si se permitía incluso

acariciarse contra la piel, llegaría como un chico bisoño. Necesitaba saborearla, sacó la lengua y lamió los fragantes fluidos.

Dulce con el punzante condimento de su deseo, el sabor llevaba a ambos, hombre y lobo, a un nivel salvaje.

Gimió su placer contra la hinchada carne y siguió saboreando, lamiendo, chupando y succionando sin más pensamiento que compartir con ella el placer que recibía por su sometimiento a él.

Ella le agarró del cabello, los dedos curvados apretadamente alrededor de las trenzas de guerrero.

—Esto es… que estás…deberías… *Oh, Caelis.*

Su nombre terminó en un gemido mientras le golpeaba el clítoris con la lengua. La satisfacción ardía dentro de él. Le mostraría que ahora estaba segura con él, de todas las formas posibles.

Conocía la importancia de su compañera.

Ella se retorció sobre las pieles, su cuerpo presionando contra la boca de él, sonidos de éxtasis salían de sus labios con la fina cadencia de la lluvia primaveral. Se bebió cada uno con la sed que solo un hombre que había pasado seis años en el desierto podía sentir.

Deslizando un dedo dentro de ella, su sentido de la victoria aumentó cuando su cuerpo se aferró al dedo, los músculos internos agarrándolo con una fuerza sorprendente. Lo deseaba dentro de ella quizás tanto como él ansiaba estar allí.

Pronto consumarían su emparejamiento y su matrimonio, pero solo cuando se hubiera probado a si mismo digno de tal honor. No como seis años antes, cuando tomó con tanta premura algo a lo que después demostró no tener derecho porque *no* había honrado su regalo, como era correcto.

Entrando y saliendo de ella con el dedo, lamió y succionó los labios menores y el clítoris hasta que estuvo rígida por la necesidad de correrse. Balbuceó su necesidad mientras sacudía el cuerpo contra su boca medio demanda medio súplica. Costaría tan poco conducirla a aquel punto de éxtasis que tan claramente quería, pero no sería suficiente.

No suficiente para borrar viejos recuerdos. No suficiente para sustituirlos firme e irrevocablemente con los nuevos. No suficiente

para mostrarle cuantísimo estimaba el regalo de su cuerpo.

Retrocedió sentándose sobre los talones mientras planeaba mentalmente su próximo embeleso.

—No —gritó ella, alargando las manos hacia él.

—Shss —la calmó, acariciandole el muslo con la mano y el lobo canturreó en su pecho—. Te daré lo que deseas en su momento.

—Ahora —exigió ella.

Él sonrió adorando la muestra de confianza.

—Pronto.

Volvió a su cuerpo, trazando con la lengua las delgadas líneas plateadas que tanto la habían preocupado. Se retorció, soltando suaves sonidos gimoteantes. Le demostraría cuan excitantes encontraba aquellas marcas de su feminidad. También le acarició los pechos, mostrándole con su tacto y boca cuanto disfrutaba de las curvas y los pezones duros como dulces bayas.

Se retorció de nuevo contra él, pero no se dejó llevar a la impaciencia por acabar con que había comenzado.

La llevaría al borde del clímax, pero ella solo saltaría por aquel precipicio cuando él la hubiera satisfecho con un exceso de placer. Cuando hubiera creado nuevos recuerdos para su cuerpo que desbancaran a los otros.

Shona respondió a cada uno de sus toques con una pasión tan hermosa que a Caelis le costó todo su autocontrol no correrse él mismo mientras llevaba a su hermosa compañera hasta el pináculo del placer una vez tras otra.

Cuando por fin la llevó al clímax, gritó de placer y las convulsiones alrededor de sus dedos duraron minutos, no segundos.

Su cuerpo se derrumbó finalmente sobre la piel, débil, los ojos medio cerrados, jadeos superficiales salían de sus labios abiertos.

—Ha sido asombroso —boqueó ella entre jadeos—. ¿Cómo... por qué…? —parecía incapaz de completar un pensamiento.

Aquello lo complació indeciblemente.

—Eres asombrosa. —Y estaba tan duro que le dolía.

—No. Tú… tú eres el increíble. No has tomado nada para ti —la confusión de su tono y ojos seguro que era dulce.

—Darte placer es un privilegio que nunca daré por seguro otra vez.

Sus ojos brillaron de nuevo, pero esta vez no le dolió verlo.

—Te quiero dentro de mí.

—Pronto —cuando los votos hubieran sido pronunciados entre ellos delante de testigos.

Ella lo necesitaba, incluso si no se daba cuenta. Quizás él también.

—Te dije que me casaría contigo.

—Aye, y nos casaremos con un sacerdote derramando sus bendiciones sobre nosotros.

—Entonces ¿por qué no te unes conmigo?

—Porque ocurrirá después.

Ella sonrió ante aquella declaración, una profunda expresión en las profundidades esmeralda que decían que quizás era completamente consciente de que esperar era lo que necesitaba.

—¿Tu…? —se sonrojó otra vez, dejando caer la mirada.

—¿Qué *mo gra*? ¿Qué quieres?

—No tu corazón —dijo de forma confusa con apenas la convicción que había mostrado antes cuando reclamó que él no la amaba—. Quiero que hagas lo que hiciste anoche.

Él también lo quería. Mucho. Movió su cuerpo de forma que pudiera frotar su dolorido sexo contra la sensibilizada piel de ella.

Ella se retorció pero no lo alejó.

—Sí, así. Te siento tan cerca.

Aye le dijo él a través de su vínculo mental.

Tan íntimo. Se acercó más a pesar del evidente letargo.

Habría estado de acuerdo pero estaba demasiado ocupado corriéndose contra su cuerpo tan rápido, su semilla la marcó de nuevo e hizo que su lobo aullara triunfante.

La habían querido mucho y durante demasiado tiempo para acabar una vez que su placer había sido asegurado.

Se derrumbó a su lado, apretándole el muslo a pesar de su sentido de la relajación.

Ella se acurrucó contra él.

—No voy a ninguna parte.

—Mañana, irás a la isla Balmoral.

Ella se tensó.

—¿Qué? ¿Me estás rechazando ahora? —le preguntó, aunque sonaba como si no pudiera creérselo.

Bueno.

—No seas boba, *mo toilichte*. Nos marcharemos después de desayunar… Pasado mañana.

—¿Nosotros? —preguntó sonaba entre esperanzada y ligeramente asustada—.

¿Por qué pasado mañana? —a todas luces eso sonaba como una ocurrencia tardía.

—¿Cómo puedes dudarlo después de lo que hemos compartido? Y porque tu más querida amiga va a unirse con la ceremonia tradicional Chrechte mañana al atardecer.

—Lo había olvidado —los dedos de Shona jugueteaban en su pecho—. ¿Cómo puedo haberlo olvidado?

—Ha sido un día azaroso.

—Sí. Y no dudo de ti.

—Bien.

—¿Cuándo decidiste venir conmigo?

—Tan pronto como anunciaste tus intenciones de ir.

Ella hizo un sonido burlón.

No había existido una decisión real que tomar.

—No confiaría tu seguridad a nadie más para el viaje.

—Oh.

Se incorporó para inclinarse sobre ella, el corazón de su guerrero capturado por la expresión de su precioso rostro ovalado.

—Te presentarás a tu familia. Yo les declararé mis intenciones hacia ti. Pero atiende mis palabras compañera, nadie, ni siquiera tú mi queridísima Shona, te apartarán de mí otra vez.

La sonrisa de Shona fue como el sol asomando a través de una inesperada brecha en un cielo gris plomizo.

*

*

Despertar estrechamente abrazada en los brazos de Caelis era mucho más cómodo y agradable de lo que Shona hubiera admitido, incluso a sí misma, el día anterior.

Parecía tan normal estar acurrucados juntos bajo unas pieles, sus piernas desnudas enredadas.

Sin embargo no recordaba una piel sobre ellos la noche anterior. ¿No había estado uno de los plaids de los Sinclair sobre su cama prestada?

Caelis debía haber sacado la que había traído con él desde debajo para cubrirlos, pero no podía recordar que lo hiciera. Aunque había estado menos que consciente cuando finalmente él declaro que había llegado el momento de dormir.

A la luz de la mañana que atravesaba la alta ventana, pudo ver más detalles de la piel y se dio cuenta de que la había visto antes.

Y no solo la noche anterior en el vestíbulo. Levantó la esquina para mirar el suave cuero de la parte inferior; con bastante seguridad, había una S y una C grabadas en el cuero con un intrincado lazo celta uniéndolas.

Era la misma piel donde habían hecho el amor seis años atrás. Trazando las líneas de los símbolos con el dedo, intentó desentrañar el significado que tenía esta piel para él estando en la propiedad Sinclair. La tensión en el cuerpo que tenía detrás le dijo que Caelis había despertado. Levantó la vista hacia el rostro largamente amado.

—Es la misma piel.

No le preguntó de que hablaba, simplemente inclinó la cabeza en asentimiento.

—Lo es.

—¿Cómo?

—Siempre la he usado como petate.

—¿Incluso cuando te fuiste a otra propiedad para traer de vuelta a la hija de Uven? —Aunque la evidencia la estaba cubriendo de una deliciosa calidez.

—Incluso entonces.

—Pero ¿por qué?

—Es nuestra piel de emparejamiento.

—No lo entiendo.

—La tradición Chrechte dice que esta piel especial es preparada para la unión de un Faol con su compañera.

—Pero tú no me hiciste tu compañera.

—Oh, lo hice. Nuestro lazo se forjó cuando me entregaste tu cuerpo.

—De *verdad* pensabas que yo me hubiera quedado y que Uven cambiaría su corazón.

—Aye.

—Eras un estúpido.

—Aye.

Ella sonrió.

—Te quiero.

—Lo dijiste anoche.

—Pensé que también te gustaría oírlo esta mañana.

—Me gusta.

—Bien —incluso si no la amaba, en tanto no diera su amor por supuesto, podía encontrar satisfacción con él.

Estaba segura de eso.

Había vivido con lo peor y sólo podía sentir gratitud porque su pasado nunca fuera su presente.

Capítulo 21

Cría a un niño Chrechte en la sabiduría de las leyes sagradas y crecerá como un hombre de honor.

—LEYES SAGRADAS CHRECHTE,

DE LOS ANTIGUOS MANUSCRITOS.

Shona estuvo encantada de encontrar a Audrey esperando en el gran salón junto con Thomas, los niños y Vegar cuando Caelis y ella bajaron a desayunar. La hija que había sido tan tímida cuando dejaron Inglaterra estaba cómoda y alegremente instalada en el regazo de Vegar, hablando con la muñeca de trapo que Shona le había hecho cuando Marjorie era un bebé. Ella le dio la muñeca a Vegar y dijo algo que Shona no pudo oír.

Pero hizo que Vegar pareciera incómodo y aquello llevó una pequeña sonrisa al rostro de Shona. Se sorprendió más allá de lo creíble cuando el arisco guerrero besó la muñeca en el andrajoso estropajo de la cabeza y pretendió alimentarla.

Audrey se rio ligeramente y Thomas dijo algo pero Vegar no parecía molesto.

O tan poco irritado como el hombre nunca se había visto en su breve relación.

—Estoy encantado de ver a nuestros niños y a su tío Vegar llevándose tan bien —

dijo Caelis con una sonrisa en su voz.

Shona se detuvo en su camino hacia la mesa principal y lo miró fijamente.

— *¿Tío*?

—Es el hermano de Audrey, la hermana-de-tu-corazón. Eso hace de él su tío, pero también es lo más cercano que tengo a un hermano.

—¿Qué pasa con Darren? —le preguntó ella, nombrando al hermano

más joven de Caelis.

Tristeza e ira emanaron de Caelis.

—Murió como lo hizo Jon, en una misión para Uven para la que no tenía la experiencia ni el entrenamiento.

—¿Fue cuando empezaste a cuestionar las formas de Uven?

—Empecé a dudar de la omnisciencia de nuestro laird cuando tú dejaste el clan.

Shona aceptó la declaración sin comentarios, reanudando el paso de nuevo. Se dio cuenta de que los guerreros que adelantaban tenían cuidado de no rozar contra ella.

Me has vuelto a marcar con tu aroma ¿verdad?, le preguntó a través de su vínculo mental.

Una rica risa sonó en su cabeza aunque su cara permanecía impasible.

La mayoría de estos soldados son humanos y no tienen idea de que llevas mi aroma.

¿Por qué son tan cuidadosos para no tocarme?

Porque soy un guerrero formidable y cualquiera que nos mire reconoce que eres mía.

Nunca he llevado los colores MacLeod, mucho menos una señal que proclame que soy tuya.

Todavía vestía sus ropas inglesas, pero Caelis caminaba tan cerca que no había duda de que estaban conectados de alguna manera.

Yo soy toda la señal que estos hombres necesitan.

—Arrogante —le dijo ella en voz alta mientras llegaban a la mesa. Esta vez su risa fue bastante alta y por alguna razón el Sinclair y Vegar se le unieron. Thomas sonreía también, como si estuviera conteniendo la risa.

Les echó una mirada a todos ellos, pero devolvió la sonrisa a Abigail y Audrey.

—Buenos días.

—Buenos días —la sonrisa de Abigail era amable—. Pareces descansada.

—Lo estoy. Gracias —miró a Audrey con ojo crítico—. Has dormido esta noche. —

Shona estaba encantada. Había estado preocupada por si su amiga podría quedarse despierta por la anticipación nerviosa de la ceremonia de emparejamiento que se aproximaba.

—Lo hice —Audrey le dirigió una mirada a Vegar que no era difícil de interpretar.

Audrey podría ser virgen pero ya no estaba completamente intacta. Shona estaba profundamente agradecida de que la experiencia hubiera sido tan obviamente positiva.

Casi podía mirar con aceptación al gruñón guerrero Éan por aquello.

—¿Estás enfadada con *pa*? —preguntó Eadan cuando Caelis ayudó a Shona a sentarse antes de unirse a ella sobre el largo banco.

—No cariño, no lo estoy.

—Papi dice que no hay budín todas las noches —anunció Marjorie tristemente.

—Tú eres lo bastante dulce para portarte bien sin postres cada noche.

Marjorie suspiró pero asintió.

—De todas formas me gusta esto porque es mejor que casa.

—Eso es bueno, porque esta es ahora nuestra nueva casa.

—¿Aquí? —preguntó Marjorie recorriendo con una mirada indecisa el gran salón.

Caelis se inclinó sobre la mesa y tiró de la trenza de Marjorie.

—Nay, *mo breagha.* Nuestra casa está en al sur. Tu mamá quiere decir Escocia.

—¿No está Inglaterra en el sur? —preguntó Eadan.

Marjorie entornó los ojos.

—Nunca más quiero volver a montar a caballo durante días y días y días.

—La cabalgata a la propiedad MacLeod no está tan lejos como Inglaterra —

prometió Caelis.

Esta era bastante larga y Caelis aprendería que para niños de la edad de Marjorie no había una diferencia discernible entre un par de tímidos días de una semana o dos semanas completas. Cualquier cosa de más de un día iba a ganarle su desaprobación.

—Vamos a la isla —le dijo Eadan a su hermana—. Tenemos que montar a caballo para eso.

—¿Cómo sabes eso? —le preguntó Shona.

¿Había tenido su hijo otro de sus sueños?

—Lo dijiste. Nuestra familia está en la isla. —Eadan la miró como si le preocupara que ella lo hubiera olvidado.

Shona se encontró riéndose.

—Lo dije. Tienes razón.

—Saldremos hacia la isla Balmoral mañana por la mañana —informó Caelis al laird Sinclair.

—Iremos contigo —dijo un hombre grande y de aspecto peligroso sentado junto a Ciara, la hija del laird.

Ciara miró a su marido preguntándole:

—Pensé que no íbamos a hacer nuestro viaje mensual a la isla hasta la luna nueva.

—Estoy pensando en llegar a conocer a la compañera inglesa de Vegar y a la mujer que domesticará al MacLeod.

—Todavía no es laird —señaló Shona, pero estaba claro que aquellos fieros guerreros veían el lugar de Caelis en el clan como algo predestinado.

—¿Dudas que lo será? —preguntó el guerrero de cabello oscuro.

—Nay.

El hombre asintió aprobando su acuerdo.

Ciara hizo un sonido de diversión muy impropio de una dama.

—Lady Heronshire, este es mi esposo, Eirik.

Es príncipe de los Éan, le dijo Caelis a Shona en su cabeza.

Shona se incorporó lo suficiente para hacerle una medio reverencia al Chrechte real.

—Es un honor conocerlo.

El príncipe entornó los ojos.

—No hay burla en tu fragancia.

—No debería haberla.

La mirada de Eirik saltó a Caelis.

—¿El vínculo de emparejamiento ya se ha formado?

—Empezó seis años atrás —afirmó Caelis.

La inclinación de Eirik fue esta vez de aprobación y pensativo.

—Ciara dijo que tu antiguo laird te separó de tu verdadera compañera.

—Mi propia idiotez y mi lealtad desacertada hicieron eso.

Shona no había querido nada más que el hombre admitiera su culpabilidad pero no disfrutó de la autorecriminación que tenía su tono en lo más mínimo.

Palmeándole la pierna, dijo:

—Hemos encontrado el camino de vuelta del uno al otro, y eso es lo que importa.

—Estoy seguro de que los miembros de los MacLeod verán las cosas de otra manera.

La confusión sobrepasó a Shona. ¿El príncipe estaba advirtiéndola de la oposición que enfrentaría al volver a su antiguo clan como

compañera de un Faol?

Está hablando de los Chrechte en el clan. Una compañera verdadera es sagrada y el hecho de que Uven te apartara de mi nos da el derecho incuestionable a desafiarlo como líder de la manada y laird.

Dirigiéndole una mirada de soslayo al hombre al que le había prometido matrimonio, Shona consideró sus palabras.

—Mi retorno a las Highlands fue casual, parecería.

—Aye, casual en efecto —estuvo de acuerdo el príncipe.

Ciara asintió con la cabeza, su expresión era pacífica, la que Shona identificaba con los consejeros espirituales que realmente buscaban llevar a aquellos que los seguían, más cerca de su creador.

—Es imperativo que Uven sea depuesto como laird de los MacLeod y creemos que hemos encontrado la respuesta en Caelis.

—¿Pero? —apuntó Shona, habiendo escuchado la duda en la voz de la *celi di*.

—En tanto el rey escocés no se involucre en los asuntos del clan, mientras que el único cambiaforma por derecho para liderar sea un MacLeod, ganarse el apoyo del clan es otro asunto completamente distinto. La traición de Uven a Caelis y la prueba de esa traición aportada por ti y tus hijos serán suficientes para influir en la mayoría.

—¿Ambos niños? —le preguntó Shona a Caelis.

—El hecho de que *mo breagha* no lleve mi sangre es una afrenta a nuestro vínculo y puede ser depositado directamente en la puerta de Uven.

—¿Qué has dicho, papi? —preguntó Marjorie en su mezcla infantil de inglés y gaélico.

—Dije que eres *mi* hija.

Marjorie le dirigió una radiante sonrisa al gran guerrero.

—Tú eres *mi* papi.

—Aye.

—Mi papi también —reclamó Eadan firmemente.

—Absolutamente —respondió Shona al mismo tiempo que Caelis decía:

—Aye —con su profunda voz de guerrero.

Feliz con sus asentimientos, Eadan volvió a su comida. Marjorie, que comía pequeños bocaditos proporcionados por Vegar, siguió jugando con su muñeca, de nuevo contenta de ignorar a los adultos que la rodeaban.

Audrey se había tornado pensativa mientras hablaban y la preocupación de Shona aumentó.

—¿Está algo mal, querida amiga? —le preguntó en un ladeado susurro.

Audrey miró a Shona, luego a Vegar y de nuevo a Shona.

—¿Qué será de nosotros?

Shona no entendía la pregunta. ¿Audrey quería decir Thomas y ella? El Sinclair había prometido entrenar a Thomas en las costumbres de los Chrechte y Audrey estaba ahora casada con Vegar.

Una repentina melancolía inundó a Shona con lo que aquellas realidades significaban realmente para ella. ¿Iba a perder al resto de su familia como había perdido primero a su madre y más recientemente a su padre?

Caelis, dijo Shona a través de su vínculo de emparejamiento, no muy segura de lo que esperaba que su compañero hiciera para ayudarla.

Pero la idea de perder a Audrey y a Thomas era insostenible.

—Viajaremos a la isla Balmoral con ellos —le dijo Vegar a Audrey.

—Después iré con Caelis a desafiar a Uven. Yo seré su primero.

La expresión de Audrey mostró tanto alivio como Shona sentía. No serían separadas.

*

*

A pesar de sus palabras previas sobre el asunto, Marjorie estaba sorprendentemente contenta de montar un caballo con Caelis de manera que pudieron hacer el viaje hasta las cuevas sagradas para la ceremonia de emparejamiento de Audrey y Vegar. No obstante su hija se resistió a cabalgar con Shona e hizo algún tipo de truco para cambiar entre las monturas de Caelis y Vegar.

Ambos guerreros eran infinitamente pacientes, asegurándose de que Eadan se sintiera tan bienvenido como su joven hermana. El muchachito de cinco años pasó tanto tiempo sobre las monturas de los guerreros como en su propio caballo. Y de alguna manera, ambos hombres recordaban vigilar los peligros que los rodeaban, incluso aunque el contingente que cabalgaba hacia las cuevas era largo.

Thomas los acompañaba, por supuesto, como lo hacía el laird con toda su familia, incluso el bebé recién nacido. Una compañía completa de soldados Chrechte los rodeaba, incluyendo cuatro vistiendo los colores de los MacLeod, asegurándose de que la ceremonia de emparejamiento de Audrey tuviera mejor asistencia que cualquier boda que hubiera tenido en Inglaterra.

Complacida por su amiga, Shona, no obstante, se sentía confusa.

Entendía que vinieran el príncipe Eirik y Ciara. Aparentemente como príncipe de Vegar y *celi di* de los Faol, ambos participarían en la ceremonia.

No obstante ni Vegar ni Audrey eran parte del clan Sinclair. Mientras Vegar era claramente bien recibido en el torreón Sinclair, no había jurado lealtad a su laird.

Así que ¿por qué habían venido el hombre y su familia? Para el Sinclair sacar a sus niños, Chrechte o no, del torreón incluso en su propia tierra, era ponerlos en peligro.

Shona le habría preguntado a Audrey si ella sabía las razones detrás de tan inesperados testigos a su ceremonia, pero la joven estaba claramente perdida en su propio lio de nervios y aturdimiento.

—Has mostrado la expresión más perpleja en la ultima hora —señaló Ciara cuando su yegua cabalgó al lado de la de Shona.

—He vivido los últimos seis años en Inglaterra, lo sé, pero aún no le encuentro sentido a que tu familia acuda a esta ceremonia de emparejamiento.

—También celebraremos una ceremonia de bienvenida a la vida para mi hermanita. En los tiempos antiguos se hacían para todos los niños nacidos de sangre Chrechte, pero hemos perdido muchas de las viejas costumbres. Estamos tratando de reanudarlos ahora que nuestra piedra sagrada ha vuelto a nosotros.

—Oh. —Aquello tenía mucho más sentido para Shona—. ¿No sería mejor esperar hasta que el bebé fuera más mayor?

—Posiblemente, pero mis sueños me han dicho que la piedra debe ser devuelta a las cuevas sagradas en las tierras MacLeod. Padre prefiere tener la ceremonia antes de que saquemos la piedra de sus tierras.

Shona no entendía toda la importancia de las piedras sagradas, pero sabía que tenían un significado especial para los Éan y los Faol.

—¿No os llevasteis la piedra sagrada de los Faol de aquellas cuevas? —preguntó Shona, más confusa que antes.

—Sí, pero ahora ambas piedras sagradas, la *Clach Gealach Gra* y la *Faolchú Chridhe* deben estar unidas en la cámara del *celi di.*

—¿La piedra de los Éan también va a ser trasladada?

—Aye, Anya-Gra enviará a su sucesor a vivir entre los MacLeod y servir como *celi di* para los Éan desde allí.

—¿Quién es Anya-Gra?

—La abuela de Eirik.

—¿Eso la hace la reina de los Éan? —preguntó Shona.

—No —respondió Ciara, añadiendo confusión a los pensamientos de Shona—.

Ella cedió su derecho para servir como *celi di,* exactamente como la hermana de Eirik, Sabrine, cedió los suyos para ser la protectora del clan.

—¿No está casada con el laird de Donegal? —Shona trató de recordar las cosas que Caelis le había revelado hasta ahora sobre su mundo.

—Lo está, pero antes fue una guerrera.

La idea de una guerrera era sorprendentemente agradable para Shona.

—¿Por qué no vive Eirik con *su* clan?

—Como príncipe de su gente, no pertenece oficialmente a ningún clan, aunque en ocasiones lleva los colores Sinclair.

Shona había notado que el hombre vestía un kilt de cuero más que un plaid.

—Como tu compañero ¿elige vivir con tu familia?

—Eligió el clan Sinclair antes de conocerme. Fue el destino —Ciara sonrió—. Mi padre y él tienen una relación que le hace posible vivir en el mismo torreón que un laird muy testarudo.

—Eso está bien —en privado Shona no podía imaginarlo.

El Sinclair no le había parecido como un hombre fácil para vivir en su vecindad, incluso si estabas dispuesto a jurarle lealtad *y* sumisión.

—Pasamos mucho tiempo viajando a los otros clanes donde los Éan han establecido sus hogares —dijo Ciara como si leyera la mente de Shona—. Ayuda.

—Ah.

Ciara sonrió.

—Sí, *ah*.

—¿No te importa viajar tanto?

—Añoro a mi familia, naturalmente, pero no tenemos niños, sino sería una gran dificultad. Disfruto de las amistades que he creado en cada uno de los clanes durante el último año. Y tengo tanta responsabilidad hacia ellos como *celi di* de los Faol como Eirik la tiene como príncipe de los Éan.

La voz de Ciara contenía una sombra cuando habló de niños.

—No has concebido, pero el príncipe Eirik y tú sois compañeros sagrados

¿verdad?

—Lo somos —Ciara hizo una mueca—. No sé si alguna vez tendré la buena fortuna de portar un niño. La *celi di* que me enseñó en mis visiones no lo cree.

—Pero ¿por qué?

—Es el pago al llamado que se me ha dado. —Ciara adoptó una brillante sonrisa que Shona no creyó del todo—. Sabrine ya ha provisto la próxima generación de la línea real de los Éan.

—Pero tu ansias la maternidad.

Ciara pareció sobresaltada por la percepción de Shona.

—Pensaba que hacía un trabajo fantástico ocultando eso.

—No llevas tus deseos como bandera, pero soy madre y conozco el centelleo de ese sueño.

—No todos los sueños se llevan a efecto.

—Este lo hará —Shona estaba segura—. Nunca darás a luz, pero serás madre.

Ciara la miró fijamente durante un largo segundo antes de que su cara se transformara en una de estupefacto asombro.

— *Eso* es lo que ella dijo. Cuando llegue el momento, Eirik y yo adoptaremos.

Exactamente como mis padres me reclamaron como propia cuando yo me quedé sin familia.

Shona no preguntó a que se refería Ciara con *ella*. Incluso una mujer completamente humana podía sumar dos y dos y obtener cuatro. La *celi di* estaba hablando sobre la anciana Chrechte que ella veía en sus visiones.

—Gracias por revelarme la naturaleza de las palabras de mi mentora. Algunas veces es criptica.

—Mi madre podía haberlo dicho así. —Los recuerdos de su madre antes y después del inesperado embarazo de Shona la asaltaron.

Las circunstancias habían cambiado mucho para ambas. Shona era la primera en admitir que no había sido fácil para su madre aceptar una nueva vida en Inglaterra, donde era cocinera en la casa donde su hija

había sido llamada baronesa.

Había adorado ser una abuela, sin importar lo que había pensado de su hija por quedarse embarazada sin un marido a la vista.

La cara de Ciara se llenó de compasión.

—Te hirió mucho con su desaprobación.

—Estoy segura de que mi madre pensaba que estaba haciendo lo correcto, protegiéndome de mi misma y mis tendencias que ella creía dañinas.

—Estaba equivocada.

Shona casi sonrió. Ni siquiera Audrey lo había declarado tan sin rodeos antes.

—Madre quería lo que era mejor para mí.

—Su amor era lo mejor para ti. Ocultarlo no cambiaría tu curso o la mujer que tenías que llegar a ser.

—Con esa actitud, serás una madre estupenda algún día. —Era lo que Shona compartía.

Con la ayuda de Dios, sus hijos nunca dudarían de su inmenso amor por ellos.

—Gracias —sonrió Ciara—. Por tu perspicacia y tu afirmación.

La *celi di* la dejó entonces, reuniéndose con su esposo. La cegadora sonrisa que llenó los rasgos intimidantes del hombre momentos más tarde implicarían que Ciara había compartido la creencia de Shona de que algún día serian padres de niños que llamarían propios.

—Eres una mujer muy especial —dijo Caelis junto a ella cuando su gran caballo de guerra hociqueó a su yegua.

Ella le devolvió la sonrisa a él y a Eadan, que estaba cabalgando esta parte del viaje en el regazo de su papá.

—Me complace que pienses eso.

Eadan le devolvió la sonrisa con orgullo, claramente contentísimo de estar donde estaba.

—No soy el único. Thomas y Audrey cantan tus alabanzas. Incluso lady Abigail es tan protectora contigo como con uno de los suyos.

Las palabras eran gratificantes, pero le llevaron otra preocupación que Shona había intentado ignorar con todas sus fuerzas.

—¿Thomas se quedará con los Sinclair cuando nos vayamos? —preguntó, con el corazón doliéndole ante la idea.

Caelis sacudió la cabeza, la profundidad de su mirada violácea le dijo sin palabras que entendía sus sentimientos.

—Ofrecí completar su entrenamiento y ha aceptado. Llevará los colores MacLeod.

La emoción cerró la garganta de Shona, pero se obligó a expresar su agradecimiento.

—Gracias.

Caelis no había mantenido en secreto el hecho de que no le gustaba la intimidad de Shona con el joven Chrechte, pero se había preocupado de que Thomas no se alejara de su vida.

Las siguientes palabras confirmaron que Caelis entendía el asunto.

—Es importante para ti.

—Como si fuera mi propio hermano.

—Tienes un gran corazón, Shona.

—Durante mucho tiempo, intenté con todas mis fuerza no conocer mi corazón.

—No creo que tuvieras éxito.

Volviendo la vista atrás, a la forma en que había aceptado a Audrey y a Thomas en su afecto así como el amor que sentía por sus niños, que aumentaba cada día, pensó que él podría tener razón.

Pero lo *había* intentado.

—Nunca amé al barón.

—¿Cómo podrías? Tu corazón estaba lleno conmigo. Además, era un bastardo.

El barón había sido todo menos considerado, pero podía haber sido mucho peor y a la vez sus padres se esforzaban por recordárselo en toda ocasión que juzgaban necesario.

—Me negaba hasta a decir tu nombre en voz alta.

—Pero nunca me olvidaste, como yo nunca te olvidé.

—¿Incluso cuando Uven te hubo convencido de mi muerte?

—Incluso entonces. No traté de hacerle el amor a otra mujer ni siquiera entonces.

Habría sabido que vivías si lo hubiera hecho.

Ella lamentaba el dolor de la perdida que había sufrido, pero no podía lamentar que nunca hubiera sido tentado por otra mujer. Incluso si no la amaba como lo hacía ella, y no estaba tan segura de aquello como lo había estado una vez, ella era definitivamente su compañera.

La única mujer que él quería. La única que *necesitaba* físicamente.

Y aquello era bastante especial, como él decía, incluso si no era exacta y precisamente lo que quería decir

*

*

La ceremonia de emparejamiento fue hermosa más allá de lo imaginable y aún más *natural* que cualquier boda a la que Shona hubiera asistido.

Tuvo lugar en las profundidades de las cavernas que los Chrechte habían denominado sagradas, en una cámara repleta del poder del valor de milenios de ceremonias espirituales de los Chrechte. La cámara brillaba con una luz inexplicable que emanaba de las paredes. La *Clach Gealach Gra* sobre el pedestal de roca situado en el centro ardía brillantemente como si estuviera encendida desde dentro por una llama tan caliente que era blanca.

La luz rieló en rojo cuando el príncipe Eirik condujo a Vegar y Audrey a apoyar las manos encima y pronunciar los votos del uno hacia el otro en el antiguo lenguaje de los Chrechte.

Shona no lo entendía, pero Caelis le tradujo los votos por su vínculo de emparejamiento. Las promesas mutuas de cuidarse toda la vida, protección, respeto, fidelidad y honor llevaron lágrimas a sus ojos cuando ella se imaginó repitiéndolas con Caelis.

Pronunciaron los últimos votos y entonces un profundo silencio cayó sobre la cueva, el aire tan inmóvil que Shona puso escuchar el latido de su corazón en sus oídos.

La piedra brilló con un rojo profundo y oscuro como un rubí de sangre y ambos, Vegar y Audrey, soltaron un suspiro simultáneo antes de mirarse el uno al otro con una conexión tan fuerte que Shona pudo sentir su poder desde donde estaba.

—Tu corazón es puro —dijo Vegar a su compañera.

Audrey bajó la cabeza.

—Es tuyo.

Debería haber sido demasiado pronto para tal declaración, pero Shona estaba segura de que no era la única testigo que sentía la absoluta sinceridad de sus palabras.

—Guardaré siempre ese tesoro —replicó Vegar en un tono solemne en cada palabra.

Ciara dio un paso hacia delante, otra piedra sujeta sobre sus manos, esta brillando como una esmeralda oscura y traslucida. Invitó a Vegar y Aubrey a apoyar las manos sobre ella antes de pronunciar una bendición sobre su unión, la cual interpretó Caelis una vez más para Shona en su cabeza.

La bendición tenía el sonido de una profecía y Shona atesoró en su corazón la alegría por su amiga.

La luz verde pareció extenderse y rodear a la pareja y la *cedi li* de los Faol, girando alrededor de los tres como una niebla brillante.

Shona se sintió atraída hacia la piedra, la urgencia por tocarla era tan fuerte que su mano se extendió hacia ellos antes de que la obligara a bajar a su costado. Con un gran esfuerzo, se mantuvo atrás, cuidando

de mantener los pensamientos de cuanto deseaba tocarla al fondo de su mente. No entendía esta necesidad, pero no se rendiría y estropearía el momento especial de su amiga.

Capítulo 22

Los dones de la piedra sagrada requieren un sacrificio por parte de quienes son bendecidos con ellos, pero el destino no puede ser negado.

—CIARA DE LOS SINCLAIR

El príncipe Eirik declaró compañeros a Audrey y Vegar, encomiándolos a ser responsables antes que nada del sagrado vínculo entre ellos.

Un gran viva se alzó, haciendo eco en las paredes de piedra de la cueva, resonando con triunfo y con felicidad.

Cuando niña, Shona había sido testigo de una boda en su clan que había recibido la misma respuesta feliz. Recordó haber pensado que un día se casaría con su guerrero y que el clan entero se regocijaría. Incluso entonces, el único novio que su mente podía conjurar era el joven Caelis, sólo unos años mayor que ella, pero a todo un mundo de distancia para los estándares de una niña.

El laird Sinclair se adelantó, llevaba una piel negra sobre su antebrazo, y se la ofreció a Vegar.

—Para tu emparejamiento.

Caelis se alejó de Shona y sólo entonces se dio cuenta que él también tenía algo en sus manos.

—Que su acoplamiento pueda comenzar y prosperar, reconocido por mí y todos los Chrechte entre los MacLeod. —Su compañero ofreció dos plaids con los colores de los MacLeod a Vegar y Audrey.

Otros soldados vistiendo esos colores avanzaron, cayeron sobre una rodilla y colocaron sus puños derechos sobre sus corazones.

—Protegeremos vuestra unión y a vuestra compañera con nuestras vidas tal como es lo correcto entre nuestra raza —dijo Caelis en un tono de voz más parecido al *conriocht* que a la del hombre.

—Aye —dijeron al unísono los soldados arrodillados.

La emoción dominó a Shona, pero ella tenía su propio regalo que ofrecer. Se acercó a la pareja recién unida y ofreció el cepillo de plata que había traído consigo entre las pocas pertenencias que juzgó absolutamente necesarias tras huir de la baronía.

—Para que ambos podáis encontrar alegría ofreciéndoos a utilizarlo en el otro.

Vegar aceptó el cepillo de pelo, la tierna mirada que le lanzó a Audrey decía que sabía exactamente cuándo le ofrecería dicho servicio. Shona también le entregó a Audrey un morral lleno con hierbas y remedios.

—Para que puedas mostrar tu cariño por tu esposo e hijos por venir, curando tanto sus raspones como sus corazones.

Los ojos de Audrey se llenaron de lágrimas.

—Estabais preparada para este momento, pero no podíais saber…

—Sabía que un día la hermana de mi corazón tomaría esposo y debía estar preparada para mostrar mi felicidad por esa unión.

Audrey abrazó a Shona, un suave sollozo sonó junto a su oreja. Se abrazaron durante un largo momento antes de que Shona se apartara y Thomas tomara su lugar. Él le ofreció a su hermana y al hombre a su lado una suave piel para cubrir su lecho de emparejamiento.

Cuando Audrey vio esto, comenzó a llorar otra vez, pero Vegar simplemente murmuró sus más sinceras gracias.

Después, todos permanecieron en la cámara para la ceremonia de bienvenida a la vida del bebé más joven de los Sinclair. La piedra volvió a brillar con luz verde, envolviendo a la gorjeante pequeña, quien empezó reír con plena alegría antes que la luz se desvaneciera.

Caelis y los otros soldados MacLeod acompañaron a la pareja acoplada a la cueva.

Unos minutos más tarde, los aullidos de varios lobos resonaron a lo largo de los pasadizos subterráneos.

Caelis regresó con Shona y los niños al poco tiempo, viéndose exactamente igual que antes de su marcha. Ella no tenía idea si es que había cambiado o no.

—¿Parte del ritual de emparejamiento? —preguntó.

—Para los Faol, aye.

Y Audrey era Faol, aunque su amiga inglesa tuviera poca noción de lo que esto significaba.

Shona sólo asintió, poco segura de querer saber los detalles, ya que enfrentaría su propia ceremonia de acoplamiento en algún momento cercano.

*

*

El viaje a la isla Balmoral transcurrió sin incidentes, si Caelis pudiera pasar por alto las miradas sentimentaloides que intercambiaban su camarada Cahir y la nueva compañera del hombre.

¿Quién habría imaginado que Vegar poseyera en su repertorio esa expresión en particular?

Y la antigua mujer inglesa había pasado tanto tiempo montando con Vegar como en su propia silla.

Por la razón que fuera, los hijos de Caelis encontraban esto sumamente divertido y sus risas tontas hacían eco a través del bosque mientras que los caballos galopaban hacia el mar.

Su partida llegó a la orilla donde los barcos eran guardados en una cueva por los Sinclair, de esta forma viajarían más rápido de lo esperado con niños y una pareja recientemente acoplada. Cruzaron el mar rápidamente, con cuatro guerreros robustos tripulando los remos. Las tres mujeres entretuvieron y vigilaron a Marjory, y Eadan, el hijo de Caelis, se entretuvo vigilando que el bote no se volcara de lado en las aguas.

Eadan tenía un sentido de la aventura que no era restringido por la precaución, algo que hacía que Caelis se sintiera orgulloso y aterrorizado al mismo tiempo.

El muchacho tampoco mostró miedo por la escarpada ladera sin protección que bordeaba el sendero zigzagueante que tuvieron que trepar para alcanzar el torreón Balmoral, algo que para él tampoco fue un simple paseo en el bosque. Caelis exhaló un fuerte suspiro de alivio cuando alcanzaron la cima y se dirigieron hacia el imponente castillo que se erguía sobre el acantilado ante el mar.

Shona se rio bajito y él se dio la vuelta hacia ella.

—¿Qué es tan divertido?

—Cuando vi por primera vez el torreón Sinclair, desee, aunque con poca esperanza, de que el de los Balmoral fuera también tan imponente y formidable.

—Está cerca de ser impenetrable.

—Puedo verlo. Mi familia, si quisieran, podría proteger con poco esfuerzo a Eadan de las malas intenciones de Percival.

—Él no necesita de su protección. Tiene la mía. —¿Es que ella todavía lo dudaba?

Shona le sonrió a Caelis, sus encantadores ojos verdes brillaron con el amor que había admitido sentir.

—Lo sé, ¿pero seguro que puedes ver la ironía?

—La veo. —Aunque no le gustaba el hecho de que ella siguiera pensando que otros pudieran proteger a su hijo.

—No pienso eso —dijo, la exasperación curvaba su sonrisa.

—No he dicho nada.

—¿No? —preguntó ella, sus ojos decían lo contrario.

Pero él realmente no había dicho nada. Ni tampoco había expresado sus sentimientos en su mente. De eso estaba seguro. Nunca antes había escuchado que la comunicación mental se pareciera a leer la mente. Eso sería lo último que unos padres ejemplares le contarían a sus hijos antes de acostarlos.

Su partida de viaje se detuvo y fueron interrogados ante el portón, pero se les concedió el paso porque el príncipe Eirik los acompañaba. Sin embargo, un pequeño contingente de soldados Chrechte los escoltaron al torreón y no se marcharon hasta que el Balmoral los

despidió.

Caelis no tenía dudas de que el hombre sería capaz de orientarlos hacia la familia de Shona. Lachlan conocía a todos los miembros de su clan desde el Chrechte más viejo al niño humano más joven, tanto de vista y como de nombre. El laird no sólo participaba en la formación de todos los soldados, Chrechte y humanos por igual, sino que también entrenaba cada semana con los Cahir.

Su esposa, lady Emily, se interesaba personalmente por todas las familias del clan, no importaba su origen, y animaba la amistad entre sus hijos y los del personal de la cocina tanto como con los de los guerreros de más alto estatus.

Momentos después de explicar que buscaban a los parientes consaguíneos de Shona entre los Balmoral, Caelis se quedó sin palabras por lo que Lachlan sabía.

Shona no estaba tan sorprendida.

—¿Sois mi primo? —le preguntó al laird, sus ojos brillaban con encantado interés—. ¿Cómo puede ser?

Sin duda estaba emocionada por descubrir su conexión familiar con uno de los lairds Chrechte más poderosos de las Highlands.

—La madre de mi esposo era humana —indicó Emily, la esposa del laird—. No es tan difícil de imaginar.

El Balmoral sonrió indulgentemente a su esposa, pero negó con la cabeza.

—En realidad, la tía abuela que dejó nuestra isla para acompañar a su compañero entre los MacLeod era Chrechte. Era la hermana de la madre de mi padre.

Lachlan miró a Shona con expectación. Ella le devolvió la mirada, sin comprender.

—¿Estás diciendo que la abuela de Shona era Faol? —preguntó Caelis, su voz era un susurro por la conmoción.

El laird Balmoral asintió con la cabeza.

—Aye.

—¡Pero yo soy humana!

—Aquellos de familias mixtas tienen las mismas probabilidades de nacer humanos o Chrechte —explicó lady Emily con una mirada de interés hacia su marido.

—Pero mi padre era humano.

—Lo era —afirmó Caelis. *Él* habría sido capaz de decirlo si no lo fuera; se lo habría revelado el olor del hombre.

Lachlan se encogió de hombros, por lo visto indiferente al hecho de que su prima fuera humana.

—Pero la madre de él era Faol.

Pero claro, el propio hermano de Lachlan había sido humano, sin un lobo con quien compartir su naturaleza. Por lo que todos decían, la reacción de su padre ante la incapacidad de su primogénito para cambiar había causado el resentimiento y finalmente la muerte de Ulf.

Esa era una lección ejemplar que no debía ser desestimada por un hombre que ya tenía hijos Faol y humanos.

—Eso explica que el antecesor de Uven designara a mi *pa* como senescal —suspiró Shona, el sonido lleno de pesado dolor—. Mi padre nunca me dijo. Nada.

La nueva traición en su voz atravesó el corazón de Caelis.

Lachlan asintió con la cabeza como si entendiera.

—Creció en un clan donde los Fearghall tenían una fuerte ascendencia. Sin duda creyó que estaba protegiéndote.

—¿Quizás le enseñaron, como a nosotros, que revelar la auténtica naturaleza de los Chrechte significaba la muerte? —señaló Audrey, la preocupación por su amiga era evidente.

Claramente sin aceptar alguna de las explicaciones, Shona alzó la vista hacia Caelis, su expresión estaba llena de la impotencia afligida.

—¿Por qué?

Ignorando a todos los que los rodeaban, él se dio la vuelta hasta quedar frente a ella, le acunó las mejillas, lamentando no tener una respuesta que le quitara el dolor.

—No lo sé, pero sé esto: esto no es tu culpa. La culpa fue de tu *pa*, no

tuya.

—Amaba a mis padres. Mucho.

—Ellos también te amaban. —Ninguno había sido efusivo en sus afectos, pero en los años que vivieron en el clan, mostraron la alta estima que tenían a su única descendiente.

—No lo parece.

Tenía demasiados recuerdos frescos que suplantaban a los de su infancia, cuando se había sentido segura de su amor y cuidado. Y tal vez eso explicaba su seguridad de que Caelis no la amaba.

—Cometieron errores, pero no dejaron de amarte.

—Mi padre tenía que saber cuán horrible sería casarme para mí y aún así me obligó a hacerlo.

Porque su padre habría sabido que Shona era la verdadera compañera de Caelis o ella no podría haber concebido a su hijo. El mismo Caelis no entendía por qué el hombre no había regresado al clan para contarle sobre su hijo.

El padre de Shona debía haber sabido que Caelis habría reclamado a su verdadera compañera embarazada de su bebé, sin que le importara las órdenes de su laird.

En cambio, el antiguo senescal del clan MacLeod había forzado a su hija a contraer un matrimonio que él sabía sería difícil, si no imposible, para ella.

Sólo porque era más humana que Chrechte su cuerpo había permitido la penetración del barón. Caelis se sentía agradecido por esto, porque *si* su cuerpo hubiera respondido como el de una Chrechte, Shona habría sufrido aún más dolor.

Estaba seguro de ello. El barón muerto había sido un sátiro y un perro callejero.

—Él creía que eras totalmente humana —le dijo Caelis a Shona, sabiendo que esto le daría poco consuelo.

—No lo creo.

Caelis no la contradeciría en eso. Había demasiadas cosas que apoyaban su suposición, aunque él nunca hubiera escuchado de

Chrechte no cambiantes que mostraran otros rasgos de su raza.

Le molestaba no poder decir si era verdad lo que Shona pensaba sobre ser parte Faol, pero tampoco podía negarlo. Su reacción a su matrimonio con el barón era mucho más Chrechte que humana y la forma extraña en que Caelis y Shona leían en ocasiones sus pensamientos podía provenir de dones Chrechte latentes.

—No tienes un lobo. —De eso estaba seguro.

Los ojos de Shona brillaron con travesura inesperada.

—Pensaba que habías dicho que eras mío tanto como yo soy tuya.

El alivio inundó a Caelis. Si podía bromear, es que no se sentía completamente desbastada.

Nunca volvería a permitirse ser sorprendido por la profunda fuerza de su compañera.

—¿Entonces él es tu compañero? —preguntó el Balmoral.

Caelis respiró hondo, sorprendido por la tensión que lo llenó y se vio obligado a ignorar. Había llegado el momento de declarar sus intenciones ante la familia de Shona.

Shona alzó la vista hacia él, sus ojos esmeraldas eran interrogantes.

Él se inclinó y besó su frente antes de retroceder y enfrentarse a Lachlan.

—Sois su pariente más cercano, ¿no es así?

El Balmoral se puso de pie, sujetándose las manos detrás de la espalda.

—Aye.

—Shona es mía.

El laird no contestó, pero su expresión desafiaba el reclamo de Caelis sin emitir palabras.

—Me *casaré* con ella.

Vegar resopló y se apartó. Caelis lo fulminó con la mirada, sólo para dirigir ese ceño fruncido a Thomas cuando de su boca salió un sonido muy parecido a una risa.

—¿Lo harás? —preguntó el Balmoral, el desafío en su voz era inequívoco.

Caelis abrió la boca para poner en su lugar al hombre cuando captó a Shona por el rabillo del ojo. Él estaba haciendo esto por ella, para mostrarle cuan valiosa era para él.

—Estoy declarando mi intención de hacer de Shona mi compañera y mi esposa.

El Balmoral inclinó la cabeza, pero no contestó. En cambio, se dio la vuelta hacia Eadan.

—¿Este soldado MacLeod es tu padre?

—No.

Caelis sintió que esa palabra lo golpeaba con el poder de una zarpa de dragón.

Tuvo que afianzar sus piernas al suelo o habría tropezado por el dolor.

—¿No lo es? —preguntó Lachlan, había sorpresa en su voz.

—Él no es un soldado. Es un laird, y pronto todo el clan lo sabrá.

—Ah… ¿y este hombre que muy pronto será laird es tu *pa*?

—Sí. —Eadan se cruzó de brazos, su boca era una línea obstinada—. Él y mamá son compañeros.

Lachlan asintió con la cabeza, su propia expresión era pensativa. Entonces enfocó su atención en Marjory.

—¿Y qué de ti, princesita, llamas a Caelis *pa*?

—Lo llamo papi —dijo Marjory con la voz aguda de una niña—. Él es un perro grande.

Caelis se encontró riéndose de la forma en cómo veía a su *conriocht*, aunque tenían que enseñarle a ser discreta en cómo se refería a él.

Ignorando aún a Caelis, Lachlan se dio la vuelta hacia Shona.

—Eres mi prima, Balmoral por la sangre aunque no hayas nacido aquí.

—Gracias —dijo Shona.

¿Qué significaba eso? ¿Por qué se lo agradecía? ¿Ella quería ser un Balmoral?

Había dicho que se casaría con él. No se retractaría de su palabra. No importaba que él lo hubiera hecho hace seis años.

Sin reservas podía admitir para sí mismo, aunque no a nadie más, que Shona se hacía mucho más fuerte de lo que incluso un guerrero Chrechte podía reclamar.

—Existe una historia detrás de que un Chrechte con honor no supiera que tenía una compañera o un hijo, mucho menos una hija a los que reclamar, la última vez que lo vi hace un mes.

Shona asintió con la cabeza.

—La hay.

—Ese mismo hombre al que he considerado un amigo y guerrero valeroso de alguna manera llevó a cabo el vínculo entre compañeros sagrados, pero es una verdad indiscutible que luego permitiste que te separaran de ella.

Caelis no lo negaría.

—Aye.

—Tenía la intención de casarse conmigo —explicó Shona, sorprendiendo a Caelis—. Pero nuestro laird rechazó la petición de permiso de Caelis.

—Y en vez de quedarse contigo, se quedó con los Fearghall. —Lachlan le lanzó a Caelis una mirada que le hizo tener ganas de retorcerse.

Pero nada comparado con el momento en que creyó que su hijo lo había negado.

—Aye —contestó Caelis, aunque la pregunta no fuera para él—. Por mi propia estupidez, perdí a mi auténtica compañera durante seis largos años.

No sería más fácil admitirlo ni aunque lo repitiera.

—Eso explicaría tu celibato. Me pregunté si no eras simplemente un guerrero más dedicado que la mayoría —meditó Lachlan.

Shona hizo un pequeño sonido de angustia. Caelis bajó la mirada

hacia ella.

—¿Cuál es el problema?

—Esa época se ha acabado. *Ahora* nos casaremos. Eso es lo que importa, no el pasado.

—¿Lo es? —preguntó Lachlan.

Shona asintió con suma seriedad hacia el laird Balmoral.

—Lo es.

—¿Aceptarás su solicitud de matrimonio?

—Ya lo hice.

—Pero aun así él expone sus intenciones ante tu familia.

Shona alzó la vista hacia Caelis, sus ojos brillaban con satisfecho placer.

—Aye.

Finalmente, él había hecho algo bien. Lachlan asintió y encontró la mirada de Caelis.

—Cambiaste de Fearghall a Cahir, asumiendo todos los sacrificios necesarios, entrenando con total dedicación para proteger a todos los Chrechte. Tus planes y destino son servir a nuestra gente con tu vida, pero nada de eso justifica que hayas desatendido las necesidades de tu compañera. Recuerda eso.

Lady Emily asintió con la cabeza, regalándole a su esposo y auténtico compañero una mirada enamorada.

Caelis no podía discrepar con el sentimiento, pero cuestionó el verdadero sentido de esto. Shona había consentido en casarse con él, pero también le había dejado en claro que no tenía deseo alguno de regresar con el clan MacLeod.

¿Podía apartarse de su destino por el bien de los demás?

La simple respuesta era que si tenía la intención de poner primero las necesidades de Shona, si debía hacer honor al sagrado vínculo con el que había sido bendecido, Caelis no tenía opción.

—¡No! —Shona giró y quedó frente a él—. Deja de pensar de esa forma, Caelis.

¡Insisto!

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Audrey, mirando con recelo tanto a Caelis y a Shona.

Shona se retorcía las manos y fruncía el ceño.

—Crees que para hacer honor a nuestro emparejamiento debes abandonar tu destino de reclamar el liderazgo del clan MacLeod, pero eso no es verdad.

Caelis esperó que Lachlan se enfadara porque él siquiera considerara algo así, pero el laird simplemente preguntó:

—¿Por qué crees eso?

—Shona no quiere volver con los MacLeod. —Y finalmente debía dejar de ignorar esa verdad.

—Eso no es verdad —discrepó su compañera inmediata y vehementemente.

Caelis se dio la vuelta hacia ella sorprendido. Nunca había sabido que ella mintiera, pero sus sentimientos no eran un secreto. ¿Entonces, cómo podía creer en sus palabras, no importaba cuanto le dijeran sus sentidos que ella decía la verdad?

—No deseaba volver al clan *con Uven como laird*. Hasta ahora, incluso en mi propia mente, no había hecho esa distinción, pero Caelis, debes creerme. Amo a nuestro clan, *amo* a nuestra gente y los serviré contigo, a tu lado.

—¿Así que te casarás con este hombre, a pesar de que en el pasado te abandonó con un hijo suyo? —presionó Lachlan.

Caelis patearía el trasero del laird, pero el hecho de que apreciara a Shona, un familiar recientemente descubierto, mostraba cuan protector se sentía hacia ella.

Shona asintió con la cabeza, su cuerpo pequeño y femenino se mantenía rígido con la sinceridad.

—Lo haré.

—Nuestro sacerdote bendecirá vuestra unión antes de la cena —anunció Lachlan.

Caelis esperó que Shona se opusiera. La tradición dictaba que las misas de matrimonio se realizaran por la mañana. A ella le gustaba hacer planes y se había sentido horrorizada por la rapidez y falta de ceremonia en la boda de Audrey y Vegar.

Pero ella sonrió ampliamente.

—Eso sería encantador. ¿Le diríais al sacerdote que también bendijera el matrimonio de Vegar y Audrey, no es así?

Audrey inhaló con emoción.

—¿Ah, en verdad lo haría?

Lady Emily sonrió, sus ojos castaños brillaban.

—Estoy seguro que lo hará. Esta completamente acostumbrado a bodas poco ortodoxas.

Tanto Shona como Audrey mostraron su placer ante esa respuesta.

—¿Por qué necesitamos una bendición? —preguntó Vegar, sonando desconcertado.

Audrey se cruzó de brazos y le lanzó una mirada furibunda que sin duda haría sentirse orgullosa a Shona.

—Para que podamos contarle a nuestros hijos otra cosa que las palabras de un laird cuando estabais listo a recurrir a los golpes ante las escaleras.

*

*

Shona estaba de pie ante el sacerdote de los Balmoral, lista para pronunciar sus votos a Caelis. La reunión con Lachlan había sido asombrosa y maravillosa. Saber que tenía una familia que la

apreciaba, saber que sus hijos habían tenido una opción de seguridad antes que el destino le devolviera a Caelis a su vida le otorgaba una sensación de paz.

Pero no deseaba quedarse en la isla Balmoral, a pesar de la belleza y la proximidad obvia del clan o del hecho que su laird la reconocía como familia.

Su futuro y el futuro de sus hijos estaban con Caelis y su destino de proteger a su gente y a los humanos en el clan MacLeod de las falsas doctrinas de los Fearghall.

Ese también era su destino. Ella podía sentir la verdad de esto en lo hondo de su alma.

Costaría trabajo para aquellos que no eran Faol cambiar la forma de pensar de los Chrechte del clan MacLeod de las enseñanzas desacertadas de los Fearghall. Los lobos cambiaformas no verían a los humanos o Éan como individuos dignos de vivir, mucho menos si Uven tenía éxito en expulsar del clan a todos aquellos que fueran Faol.

Ella y sus hijos harían que los Faol se detuvieran y pensaran en todo lo que ese mentiroso canalla les había enseñado. La fuerza de Vegar y el honor como guerrero desafiaría sus creencias de que los Éan eran seres a los que despreciar como Chrechte de menor valía.

Pero en ese momento, su destino no era lo más importante. Lo eran los votos que pronunciaría. Y todo en el interior de Shona anhelaba hacer esas promesas con su guerrero ante Dios y los hombres, para ligarlos con los lazos de la ley y el honor.

El sacerdote dirigió la misa matrimonial con cálido sentimiento, su actitud era la de un amigo aunque nunca se hubieran conocido antes de que Lachlan los hubiera presentado.

La homilía que hizo sobre el matrimonio fue tanto emotiva como graciosa, pero toda la risa se desvaneció cuando invitó primero a Caelis a decir sus votos y luego a Shona para que pronunciara los suyos.

Caelis mantuvo contacto visual durante cada palabra, recordándole a Shona que no importaba quien estaba allí como testigo, los que realmente importaban eran ella y él.

El sacerdote bendijo a ambas parejas recién casadas antes que el clan celebrara el matrimonio de la prima recién descubierta de su laird.

*

*

Shona enfrentó a Caelis en la habitación de la torre que lady Emily les había ofrecido para su noche de bodas.

Su gran cuerpo brillaba con un galo dorado bajo la lumbre, sus músculos se extendían con poder y fuerza excitándola y calmándola.

Este hombre, este *cambia forma*, era su compañero, su esposo. Y ella lo amaba.

Ahora y para siempre.

—Eres un regalo para mí —dijo él quedamente—. Una bendición que nunca merecí, pero sin la que no podría vivir.

—Pero viviste sin mí.

—Sobreviví sin conocer la felicidad, ni el placer. Cada día de los seis años que estuvimos separados, sufrí por ti. En los años que te creí muerta, perdida para mí, sólo fui poco más que una cáscara. Mi único objetivo con algún sentido era servir a mis hermanos, pero no tenía ninguna esperanza para *mí* o para el futuro. *Tú* me das un futuro lleno de alegría, lleno de placer, algo por lo que vale la pena vivir no sólo por mi gente, sino también para mi propia vida.

Las palabras de Caelis cayeron en el corazón de Shona como lluvia sobre la sedienta tierra de verano.

—Nosotros haremos nuestro futuro. El pasado ya no tiene cabida.

—¿En verdad lo crees? —preguntó—. ¿Me has perdonado?

—Sí. —Y ella lo quería decir con cada fibra de su ser.

Él asintió y se adelantó hasta estar delante de ella, el calor de su cuerpo cuando extendió la mano la abrigó como una caricia.

—Esta es la última vez que vestirás como una baronesa inglesa.

—Soy la esposa de un laird, pero ya no soy más una baronesa.

Caelis no había imaginado cuánto lo complacería eso.

Capítulo 23

Ignorar las sagradas enseñanzas y las lecciones del pasado es a cuenta y riesgo de todo Chrechte.

—ANTIGUA CELI DI

—Exactamente. —Caelis se metió de lleno a desnudar a Shona con movimientos eficientes, como si verla con el atuendo inglés fuera demasiado para soportarlo ni un minuto más—. Es un vestido precioso pero estaré muy feliz de no volver a verlo nunca.

—Todavía tengo mi plaid MacLeod. —Ella lo había conservado todos estos años y lo había llevado consigo a Inglaterra, aunque nunca lo hubiera admitido antes de esta noche.

Él se detuvo, mirándola fijamente con expresión cautivada e iluminada con una alegría interior que ella nunca quisiera ver extinguirse.

—Tú sabías.

—¿Qué?

—Que aún eras mía. —Y se dispuso a probarlo quitándole las ropas y tocándola de manera que sólo él había hecho alguna vez.

Sin embargo, esta vez, Shona estaba decidida a hacer lo mismo. Momentos después, ambos estaban desnudos en el centro de la habitación, su dureza sobresaliendo en el espacio entre ellos, el cuerpo femenino también mostrando sus obvias señales de excitación.

Sus pezones estaban duros como guijarros, hormigueando por la necesidad de su toque, de su boca. Le dolía profundamente en el vientre, y la humedad se había reunido entre sus piernas, el aroma de su necesidad evidente incluso para sus humanos —o en su mayor parte— sentidos humanos.

Él olfateó el aire, inhalando profundamente y sonriendo con un brillo salvaje en su mirada azul.

—Estás lista para mí y apenas nos hemos tocado.

—No soy la única. —Ella proyectó su barbilla hacia su púrpura y goteante erección.

—Nay, no lo eres.

—Eso es bueno. —Compartir el deseo más sorprendente que él jamás pudiera conocer.

—Esta noche consumaremos nuestro matrimonio y nuestro emparejamiento.

—Sí. —Ella se acercó para besarlo, necesitando el contacto íntimo.

Él no dudó en dárselo, asumiendo el control de la fusión de sus labios con delicada pero inexorable fuerza. La lengua de él se deslizó dentro de su boca y una imagen de su sexo invadiendo su cuerpo de similar manera pasó por la cabeza de Shona.

Sabía que la imagen no había salido de ella. Era demasiado intensa, demasiado agresiva… demasiado *masculina* en su óptica.

¿Caelis?, preguntó a través de su vínculo mental.

—Ummm… —zumbó él contra su boca.

Ella perdió el pensamiento que pretendía perseguir cuando sus grandes manos le acunaron el trasero y la alzaron firmemente contra él. La sensación de su piel desnuda tocándose por primera vez con el conocimiento que estaban comprometidos, envió escalofríos de placer por todo el cuerpo femenino, dejando atrás la piel de gallina.

Mía, escuchó ella en su cabeza. *Mo toilichte. Mo gra*.

La sensación de posesión que emanaba de él la rodeó y la colmó de inefable deleite, aumentando su excitación. Más imágenes de la cópula entre ellos, su cuerpo rodeando el de él, el de él acurrucado en el de ella, actuando como el más preciado de los sueños a través de su campo mental.

Ella no sabía que él le estaba dando esas imágenes mentales, y ahora mismo, ni le importaba. Ver lo que quería, lo que soñaba, la hacía darse cuenta que esta conexión física entre ellos era tan importante para él como para ella. Esto trascendía lo físico a almas entrelazándose.

Ella separó las piernas, rodeándole las caderas, permitiendo que Caelis

adaptara su cuerpo al de él, así su sexo endurecido se rozaba contra su carne más íntima.

Vio una imagen en su mente de su cuerpo tomando el de él en su interior mientras ella se recostaba, sus senos completamente descubiertos a su mirada, sus cuerpos moviéndose juntos en perfecta armonía. Ella se movió para que eso sucediera, ambos gimieron del profundo placer mientras se conectaban del modo más íntimo posible por primera vez en seis años.

El beso se interrumpió; ella no sabía cuál de los dos lo había hecho posible, pero se reclinó mientras veía en su mente sus pechos elevándose mientras Caelis le hacía el amor de pie.

Era la experiencia más increíble que ella hubiera podido imaginar, su pasión tan honesta y verdadera, tan caldeada por la pasión que ella nunca podría compararla al egoísta y lujurioso andar a tientas que había soportado con el barón.

—¡Eres mía! —gritó él con tono intenso, su cuerpo contrayéndose con fuerza, sus ojos brillando como lo hicieron cuando él era *conriocht*.

Él se hinchó en su interior. Ya grande, creció hasta que ella apenas podía moverse sobre su sexo, sus pliegues inflamados estirados tensos en torno a su pene *conriocht*.

—Estás cambiando.

El sudor perlaba su frente, el rostro desencajado por el esfuerzo de controlar su forma.

—Nay.

—Partes de ti, sin duda. —Sin importar lo empañado de la memoria, a ella no se le hubiera olvidado si él hubiera sido así de grande seis años atrás.

Él no contestó, simplemente la emocionaba con su enorme excitación, provocando su placer que bordeaba el dolor. Pero ningún dolor llegó y el placer aumentó hasta que estalló por ella y Shona gritó su culminación cuando él se corrió en su interior, su semilla caliente y fuerte mientras latía contra su cérvix.

—Mi compañera. Mi esposa —dijo en los tonos guturales del *conriocht*, mientras su cuerpo aumentaba de tamaño y ella sintió otro sorprendente clímax construirse sobre lo asombroso del último. No

hubo aliento para su clímax cuando se corrió esta vez.

El cuerpo de Shona se estremeció, convulsión tras convulsión le tensaba la piel mientras manos como garras la sujetaban con extremo cuidado. Su cara no cambió, no le creció el pelo… era Caelis, pero con el cuerpo de casi un gigante y el sexo haciendo juego con eso.

—Volverás a llevar a mi hijo —le prometió él—. Y estaré allí cada día de tu confinamiento.

Ella no tenía el aliento para las palabras con las que contestar pero pudo decir las únicas dos que importaban a través de su vínculo de apareamiento.

Te amo.

—Y yo a ti. Un día lo creerás.

Ella podía creerlo ahora, pero él no le dio tiempo a decirlo cuando comenzó a hacerle el amor otra vez, probando que una espera de seis años era demasiado tiempo para un hombre o un lobo para reclamar finalmente a su compañera.

Ellos continuaron haciendo el amor hasta las primeras horas de la mañana, quedándose dormidos bajo la piel de emparejamiento mientras el sol comenzaba a brillar.

*

*

Shona y Caelis no se unieron al clan Balmoral hasta la comida del mediodía del siguiente día y Shona todavía se encontraba reprimiendo un bostezo mientras se aproximaban a la mesa principal.

Audrey sonrió con complicidad.

—Buenos días, dormilones.

Shona sabía que le tomaría algún tiempo acostumbrarse a la transición de su joven e inocente amiga a mujer casada, pero sonrió de todos

modos.

—Gracias por levantarte con los niños esta mañana.

Audrey desechó el agradecimiento haciendo gestos con la mano.

—Eadan y Marjory disfrutaron conociendo a su nueva familia. Gail y Feth les hicieron sentirse muy bienvenidos.

Shona apenas había conocido al laird, a su hija de diez años y al hijo de ocho el día anterior, aunque ambos habían asistido a su boda.

Ella les sonrió ahora.

—Gracias.

—Son niños muy agradables —dijo Gail con la madurez de la femineidad en ciernes.

Ella tenía años aun de infancia, si la Providencia lo permitía, pero el reflejo de la mujer en la que se convertiría estaba allí.

Feth se encogió de hombros.

—Me gusta Eadan también. Escucha mejor que Brian y Drost.

—No hables mal de tus primos —amonestó Emily.

—No lo hago. —Feth frunció el ceño—. La verdad no es hablar mal de nadie, ¿no es cierto, *pa*?

Shona reprimió una sonrisa mientras se sentaba, contenta de no ser el padre teniendo que responder a preguntas difíciles en este momento. Estaba demasiado falta de sueño para ser tan política como esa clase de crianza requería.

—¿Cuándo vamos a casa? —preguntó Eadan—. Tenemos que irnos pronto. El hombre malo tiene que ser detenido, *pa.*

—¿Casa?—preguntó Shona, tratando de dar sentido a las palabras que su hijo había dicho.

—Nuestra fortaleza. —Eadan se volvió hacia Lachlan—. La vuestra es muy agradable, laird, pero tenemos que ir a casa.

—¿La baronía? —preguntó Shona, completamente perdida.

Sin duda, más que ver con la falta de sueño, su hijo no tenía sentido. Era un niñito muy práctico.

—La baronía no es nuestro hogar, mami. Somos MacLeod.

—Tú, tu hermana y tu madre vendréis a las tierras MacLeod una vez que haya enfrentado al laird y lo haya derrotado —contestó Caelis, demostrando que estaba más informado que Shona sobre el propósito de Eadan.

—Nay, *pa.* Tenemos que ir con vosotros ahora. Deberíamos partir hoy —dijo Eadan con gran seriedad.

Y aunque ella estaba de acuerdo que sus hijos necesitaban ser mantenidos a salvo, Shona también sentía una necesidad acuciante de partir hacia las tierras MacLeod de inmediato.

—No puedes venir conmigo, hijo. No es seguro —dijo Caelis con firmeza.

Las facciones de Eadan tomaron un terco cariz que Shona conocía muy bien.

—El dragón nos protegerá.

—¿Dragón? —preguntó Shona débilmente, muy segura de que había aún más del mundo Chrechte que no conocía.

—Él es el compañero de la *celi di*, mami.

—Eadan… —dijo Caelis amenazadoramente.

—La *celi di* debe venir también. El *conriocht* de mi sueño lo dijo.

Caelis miró a su hijo con el ceño fruncido.

—Eadan, ten cuidado con lo que dices.

—Nadie que no deba escuchar comprenderá nuestras palabras —dijo Eadan con tal certeza que Shona sintió un escalofrío de afirmación subir por su columna vertebral.

Ella miró a su alrededor y notó que nadie excepto el laird, su esposa y su pequeño grupo prestaban atención a su conversación. Ni siquiera el segundo del laird y su esposa sentados a la misma mesa.

¿Cómo era posible que fuera así?

—Lo estoy viendo, creo —dijo Audrey, viéndose asustada e impresionada al mismo tiempo—. Sentí algo extraño y maravilloso cuando toqué a la *Faolchú Chridhe*, pero no sabía lo que significaba.

—¿Cómo? —preguntó Shona.

—No estoy segura. Hay historias acerca de dones Chrechte. Madre decía que eran mitos, pero ahora he tocado la piedra sagrada y puedo *sentirlo* trabajando en mí.

—¿Pero cómo lo hiciste? —Ella todavía no entendía.

—Estaba sentada aquí deseando que nadie escuchara los deslices de lengua de Eadan.

—¿Por qué? —preguntó Shona.

Audrey se encogió de hombros, pareciéndo apologética.

—Madre arraigó en mí la necesidad de mantener el secreto.

—Por lo tanto, ¿nadie más que aquellos al tanto de la discusión pueden escucharlo? —preguntó ella, solo para confirmar.

Audrey parecía reacia a responder, pero Eadan dijo con toda la autoridad que pudiera mostrar un niño de cinco años que estaba seguro de sus hechos.

—Correcto.

—Eso es imposible.

—Así que estás leyendo las mentes —le dijo Caelis con una significativa mirada.

—Tú dijiste que era el vínculo de apareamiento.

—Lo que experimentamos va más allá del vínculo de apareamiento.

Shona se volvió hacia su hijo, renuente a considerar las implicancias de sus palabras en ese momento.

—¿Viste un *conriocht* en tus sueños?

—Sí, mami. Él es de hace mucho tiempo, pero dijo que me ayudaría cuando lo necesitara.

—Hay una anciana *celi di* que me guía —dijo Ciara, la mirada que le envió a Eadan llena de asombro—. No la había visto nunca hasta el año pasado.

—Hay mucho que hacer antes de que yo sea mayor de edad —dijo Eadan como citando a otros y sonando mucho más mayor que sus cinco años.

—Yo… —Shona no sabía si quería que su hijo estuviera destinado para este tipo de cosas, pero ¿qué otra opción tenía?

Ella era la madre, no el Creador.

—Todos pueden venir a las tierras MacLeod una vez que haya derrotado a Uven.

—No había dudas en el tono de Caelis.

—No —dijo Eadan con una autoridad en el tono de su voz que ningún niño debería tener—. Nosotros tenemos que ir contigo.

—¿Por qué?

—El *conriocht* lo dijo. —Ahora, al menos, Eadan sonaba como un niño.

—Estarás más seguro aquí, en el Balmoral.

—Nay. Debes mantener a mamá contigo o la perderás.

Caelis palideció.

—Tú no puedes saber eso.

—Tú debes proteger a mamá.

—El Balmoral no dejará que nadie se acerque a ella. Aquí en la isla… —Por primera vez que recordara, Caelis sonaba inseguro—. Todos vosotros estaréis más seguros aquí.

—Percival conoce malas personas. —Era la forma de un niño de decir las cosas, pero había tal certeza en la voz de Eadan que Shona no podía dudar de su aseveración.

—Seguramente, Percival no vendría tan al norte —opinó Audrey con más esperanza que convicción.

De repente Eadan se encogió de hombros, viéndose como el niño

pequeño que era.

—Tenemos que ir a las tierras MacLeod juntos. Mamá estará a salvo en las cavernas sagradas.

—Además, Shona debe estar con Caelis cuando él enfrente a Uven o morirán más porque dudarán de su reclamo como compañeros Chrechte. —Ciara sonaba tan segura como Eadan.

Shona también sentía una compulsión de necesidad empujándola.

—Ambos tienen razón. No lo entiendo pero estoy segura que los niños y yo debemos estar contigo para enfrentar a Uven.

—Los Chrechte serán convencidos por mi *conriocht* para que me elijan como su líder.

—Nay —replicó el Balmoral—. Algunos asumirán que tú deberías enviar el poder del *conriocht* a Uven. Deberás mostrar a la manada que Uven ha hecho caso omiso de la ley sagrada.

Caelis no parecía muy convencido pero se volvió hacia Eadan, mirándolo de manera penetrante.

—¿Hijo?

—¿Sí, *pa*?

—¿Estás seguro de esto?

—Creo que sí. —La confianza de Eadan dejó paso a la incertidumbre de un niño—.

Solo sé lo que dicen mis sueños.

—Tus sueños son un don que nunca echaremos por la borda —prometió Caelis.

Shona asintió con la cabeza.

—Iremos todos.

Entonces miró a Ciara y a su esposo, dándose cuenta que no tenía derecho a hablar por ellos.

Pero el dragón… *¿Realmente un dragón?* La mente de ella no podía comprenderlo, pero él estuvo de acuerdo con una leve inclinación de

su cabeza.

—Iremos y voy a protegerte a ti y a tu familia mientras tu padre pelea para salvar al clan MacLeod de la maldad de los Fearghall.

—Gracias —dijo Eadan formalmente.

El príncipe Eirik sonrió y extendió la mano para estrechar el antebrazo de Eadan del modo de los guerreros.

—Un día serás un buen protector para nuestra gente.

—Aye. Todo Chrechte debe serlo.

Una vez más, Eadan sonaba más como un profeta que como un niño.

Shona sintió punzadas en el corazón, pero no había nada que ella pudiera hacer acerca de la vida que estaba destinado a llevar excepto darle apoyo y amar lo que eso implicaba.

—Los hombres como Uven deben ser detenidos. Ya ha hecho un daño incalculable. Tal vez si me hubiera ido antes, muchas vidas pudieran haber sido salvadas. —Ciara suspiró, la culpa en su postura—. La *celi di* me ha estado diciendo que necesito regresar a las cavernas sagradas, pero me he resistido a ir.

—Tú no puedes culparte por las acciones de los hombres malos —le aseguró Shona a Ciara.

La otra mujer le lanzó una mirada de agradecimiento.

—¿Por qué has dudado en volver? —le preguntó su compañero.

—Tú tienes malos recuerdos de ese lugar.

El príncipe Éan acercó a su compañera de un tirón y la besó suavemente antes de soltarla.

—No me arrepiento de ese día.

—Odias echar fuego para matar.

—Es menos sangriento que mi espada. —Las palabras eran chistosas, pero Shona oyó el peso que se asentaba sobre el alma del dragón.

Un hombre podía matar en combate, pero tener la capacidad de hacer llover destrucción desde el cielo, debe ser una terrible carga para soportar.

Se sonrieron uno al otro y Shona no pudo evitar preguntarse la historia detrás de esa mirada. Pero en este momento, tenía asuntos más urgentes que atender.

Estaban regresando a las instalaciones MacLeod, y sus hijos estarían con ellos.

*

*

Shona había sobrevivido a su primer avistamiento de un dragón, pero no estaba del todo segura qué experimentaría montando uno.

Miró hacia arriba, y hacia arriba, *y hacia arriba* a la gran bestia voladora en la que se había convertido el compañero de Ciara bajo la luz de la luna.

—¿Por qué debemos montar al dragón los niños y yo? ¿Por qué no podemos traer nuestras monturas?

Caelis le rodeó la nuca con su cálida mano, su atención por completo en ella.

—De esta manera es más seguro para ti y los niños.

—¿Es más seguro *volar* sobre la tierra donde nadie está destinado a ir que montar nuestros caballos? —se burló ella.

Él sonrió con indulgencia y el corazón femenino se contrajo.

—Los Éan remontan los cielos todo el tiempo.

—Esto es diferente.

—Hay una necesidad urgente acerca de esto; debemos movernos rápidamente. Tú misma dijiste que lo presentías.

—Lo hice. Lo hago. —Aunque no lo comenzara a entender—. Pero eso no significa que quiera volar sobre el lomo de un dragón.

—Es bastante seguro, ni que decir de agradable —intervino en la conversación Ciara—. Mi compañero es una montura muy avezada.

Shona casi se atragantó con la risa brotando ante la insinuación no intencionada de Ciara. La *celi di* pareció darse cuenta en ese instante cómo podrían ser tomadas sus palabras y la risa brotó de ella como un trino, rompiendo un poco la tensión que rodeaba al grupo.

Ella sacudió su dedo hacia Shona.

—Eres una mujer muy traviesa.

—No dije nada —se defendió Shona, pero se sentía bien reír.

El dragón bufó y Caelis negó con la cabeza, pero su expresión se calentó con algo que Shona solo podía llamar amor. Si tuviera que darle un nombre.

Ella permaneció en silencio, todavía no estaba lista para hacer eso.

¿Pero el hecho de que el hombre estuviera dispuesto a renunciar a su destino para hacerla feliz? Ese convincente gesto superaba dudas y certezas que ella había pensado tenía arraigadas de por vida en su corazón.

— *Ma*, vamos. Nos tenemos que ir. —Eadan la contemplaba con la impaciencia típica de un niño pequeño.

Y ella estaba agradecida por ello.

—Está todo bien para ti. Tú quieres montar el dragón —dijo ella con un falso ceño fruncido.

Una parte de ella envidiaba la disposición de ambos niños para esta aventura.

Marjory ya estaba sentada sobre el lomo del dragón y haciendo caso omiso de sus reiteradas protestas; Eadan estaba trepando ahora que había reconvenido a su madre para que se diera prisa.

No había nada que hacer. Tenía que subir al lomo de la mítica bestia, para velar por sus hijos, aunque no fuera por más. Una vez que estuvo en su sitio, revisó para asegurarse que los niños estaban firmemente enganchados al artilugio que era como una silla de montar de cuero en el lomo de Eirik.

Ciara tomó los hatos de su madre y los amarró a unos lazos, al

parecer, para ese propósito.

—Te amo —le dijo a lady Sinclair.

Tanto el laird como la dama repitieron las palabras y luego los despidieron haciendo gestos con las manos.

Shona bajó la mirada a Caelis mientras el cuerpo del dragón de Eirik se tensaba preparándose para saltar en el aire.

—Te amo, compañero. Ten cuidado en tu viaje.

—Te amo —dijo Caelis por primera vez en seis años—. ¡Cuida de nuestros hijos y disfruta de la aventura!

Eirik levantó vuelo y la respuesta de Shona se perdió en el viento, pero ella aún no estaba segura de cuales hubieran sido sus palabras.

Caelis había dicho que la amaba, y ella pensaba que bien podría creerle.

Surcando el cielo como nada que jamás hubiera experimentado, conmocionada, asustada y alborozada al mismo tiempo. A escasos quince minutos de viaje y estaba

contentísima de que Caelis hubiera insistido en que ella y los niños se cobijaran en pieles.

Eirik volaba con vertiginosa velocidad, provocando una corriente constante de aire frío que arrollaba a sus pasajeros.

Ciara parecía amar el vuelo, acariciando y hablando a su compañero dragón constantemente mientras volaban.

Cada vez que se quedaba en silencio, Shona estaba segura que la otra mujer estaba usando el vínculo de compañeros para comunicarse con el príncipe Éan.

Cuando la luna comenzó a languidecer en el cielo nocturno, aterrizaron en un valle que Shona recordaba vagamente de su infancia.

El clan había desistido de visitar el lugar, a pesar de que estaba situado entre una corriente clara y colinas que bloqueaban los fuertes vientos que a menudo atormentaban las Highlands, incluso tan al sur. Un lugar idílico, excepto que ahora se daba cuenta que Uven y los lairds anteriores a él, lo habían mantenido a propósito para el uso

expreso de los Chrechte.

Ciara se apeó primera y luego levantó las manos hacia Marjory y luego a Eadan.

Shona esperó hasta que sus dos hijos estuvieran a salvo en el suelo antes de deslizarse del lomo del dragón.

Una vez que hubo desmontado, se alejó del dragón para dar a Eirik privacidad para cambiar a hombre de nuevo. Su atención fue inmediatamente atrapada por Ciara cuando la otra mujer sacó una daga y presionó la piedra con una agarradera impresa en el muro de rocas.

Mientras la luz de la luna daba una cierta iluminación a la zona, no era lo bastante brillante para ver la pared de roca en todo su detalle. El sonido de piedra deslizándose contra piedra llegó y entonces la ladera de la colina se abrió para revelar la entrada oscura a una caverna.

Shona no podría haber reprimido su jadeo de sorpresa aunque hubiera querido.

Los niños intentaron precipitarse con excitado asombro, que ella los sujetó con fuerza de las manos.

—Nosotros seguimos a Ciara —los regañó.

Eadan frunció el ceño, pero asintió con la cabeza. Marjory solo bostezó. La pobre chiquilla no había conseguido dormir esa noche y ni siquiera la excitación la protegería de la somnolencia durante mucho más tiempo.

Ciara levantó la antorcha y el fuego *pasó velozmente* encima de Shona para encenderla.

Ella saltó hacia atrás y echó una mirada por encima del hombro para ver que Eirik aún no había cambiado.

—No volverá a su forma guerrera hasta que estemos seguros dentro de la caverna

—le dijo Ciara.

Eso tenía perfecto sentido, sin embargo, el truco del fuego había sido realmente sorprendente y así se lo dijo ella.

Ciara se echó a reír y Shona tuvo la sensación de que a Eirik también le había hecho gracia.

—Él encuentra fascinante que te refieras a su don como un truco. Otros han quedado mucho más impresionados —le explicó Ciara.

Shona sonrió junto con un bostezo.

—Bueno, por supuesto que estoy impresionada. Después de todo el hombre cambia a una bestia mítica y exhala fuego, pero en verdad, mi capacidad de asombro y temor está disminuyendo últimamente.

Ciara asintió con la cabeza, viéndose de repente muy seria.

—Aye, imagino que sí.

Ciara los condujo dentro de la caverna y por un largo y estrecho pasadizo que llevaba a una cueva subterránea. La *celi di* inmediatamente comenzó a iluminar las antorchas de la pared que ella debió haber sabido que estaban allí. Pero entonces, había estado aquí antes, ¿verdad?

A medida que cada nueva antorcha era encendida, ésta dejaba al descubierto más de la caverna en la cual estaban paradas. El lugar era enorme, más grande que cualquier gran salón en el que Shona alguna vez hubiera estado, incluyendo el del torreón Balmoral. Bancos de piedras y butacas estaban intercalados a lo largo de las paredes y un estrado de mármol adornaba el centro de la habitación.

Otras aberturas oscuras indicaban pasadizos que llevaban fuera de lo que tenía que haber sido una sala de reunión en algún momento, en el pasado.

Shona no sabía si era su imaginación o la gran caverna se sentía tan acogedora como si hubiera estado esperándolos. Solo sabía que se sentía segura aquí, con una sensación de paz que nunca antes había experimentado.

La tranquilidad de la caverna había afectado a sus hijos también. Eadan y Marjory parecían a punto de quedarse dormidos de pie.

—¿Hay un cuarto donde pudiera preparar pieles para su sueño? —le preguntó Shona a Ciara.

—Por allí. —Ciara señaló a su izquierda—. Hay varias recámaras más pequeñas que estoy segura una vez fueron usadas como dormitorio

por la *celi di* que vivía aquí.

—¿Solo la *celi di* vivía aquí? —preguntó Shona.

—Siempre he supuesto que sí, aunque mi maestra no lo dijo expresamente.

—Ummm… —Era algo para pensar.

Más tarde. En este momento, ella necesitaba llevar a los niños a un lugar de descanso.

Shona encontró una habitación con lo que parecía ser una cama de piedra elevada que sobresalía de la pared. Una depresión poco profunda, la cual había sido tallada en la parte superior, sería un buen lugar para amontonar brezo en pos de la comodidad. Shona no tenía brezo pero tenía las pieles. Ella colocó las que había envuelto alrededor de los niños abajo y luego ayudó a Marjory y a Eadan a ubicarse encima antes de cubrirlos con la piel de apareamiento de ella y Caelis.

A pesar de la excitación de estar en un lugar extraño y maravilloso, ambos niños estaban dormidos antes de que ella hubiera llegado a la puerta de la habitación.

Volvió sobre sus pasos, para encontrar a Eirik y Ciara en la cámara principal, ahora iluminada con numerosas antorchas. Él estaba todavía en su forma de dragón.

Shona miró inquisitivamente a Ciara.

—Dormiré mejor si él permanece dragón esta noche.

—Oh.

—Los demás, probablemente no llegarán hasta después del amanecer. Tú serías más útil consiguiendo algún descanso —añadió Ciara con una sonrisa.

Shona volvió a bostezar y pensó que la *celi di* tenía una idea muy buena. Regresó a la cámara con sus niños y se acurrucó en las pieles con ellos, esa extraña sensación de paz facilitándole quedarse dormida.

Shona despertó algún tiempo después cuando fue levantada por unos fuertes brazos.

—Mmm… mmm… —murmuró contra la gruesa columna del cuello de Caelis.

—Shhh, *mo toilichte*. Sólo te estoy llevando a nuestra cama.

Ella no le preguntó a qué se refería, pero dejó que la acarreara una corta distancia a otra pila de pieles que él había dispuesto sobre el suelo. La colocó entre ellas antes de rodearla con su gran cuerpo, proporcionándole tanto calor como protección.

Shona no se despertó por completo, pero fue consciente cuando el calor de Caelis desapareció algunas horas más tarde y luego Marjory se ubicó en los brazos de Shona y otra piel las cubrió para darles calor.

Capítulo 24

No podemos quemar a todos nuestros enemigos como una patata frita, no importa cuán grande sea el deseo o la provocación.

—EIRIK, PRÍNCIPE DE LOS ÉAN

Mientras Eirik y su compañera exploraban las cuevas sagradas, Caelis y Vegar planeaban su desafío. Los otros cuatro soldados MacLeod habían venido con ellos así como Thomas.

Todos estaban preparados para luchar al lado de Caelis por el derecho de liderar la manada y el clan.

—Hoy es un día de fiesta Chrechte —explicó Maon—. Esta noche toda la manada se reunirá con Uven en el torreón. Los humanos que quedan en el clan saben que deben permanecer lejos de sus reuniones *especiales*.

Caelis sabía muy bien cuan cierto era eso.

—Entonces es allí cuando debo hacer mi desafío.

—No será fácil —suspiró Maon—. Creer una mentira es menos laborioso que luchar para perseguir la verdad.

—Quizá para unos, pero no para todos.

Thomas añadió:

—Y cuando Shona y los niños los miren a la cara tendrán las pruebas que necesitan.

A Caelis no le gustaba esa parte del plan y dejó que su ceño así lo expresara.

—No hay otra forma —dijo Vegar firmemente.

Maon asintió con la cabeza.

—Ella debe permanecer a tu lado… no sólo para demostrar las mentiras de Uven, sino para mostrar que los humanos no son inferiores a los Chrechte y que su fuerza es mayor que las amenazas y maquinaciones de Uven.

La declaración era un cambio enorme en la forma de pensar del poderoso Faol y Caelis se sintió complacido por no haber matado al hombre en su anterior batalla.

También tenía que admitir renuentemente que Maon tenía un punto, pero no tenía que gustarle.

—Mamá *es* fuerte —añadió Eadan, su muchachito tenía una confianza absoluta en su madre—. Nos sacó de la baronía cuando Percival quiso matarme y hacer que ella lo acompañara. Además se *supone* que ella debe estar allí.

Sólo pensar en qué clase de compañía había planeado Percival hizo gruñir a Caelis. Atrajo a su hijo hacia él.

—Ahora nadie puede hacerles daño.

—Lo sé, *pa*.

Caelis sabía que no tenía otra opción, salvo estar a la altura de la confianza que su hijo también posaba en él.

*

*

El sonido y los olores de múltiples Chrechte llegaron desde el interior del torreón, a pesar de la distancia a la que Caelis y sus seguidores estaban en el bosque.

Le parecía inconcebible que no lo hubieran desafiado al irse acercando a la casa del laird. El torreón MacLeod no era una fortaleza con altos muros, torres y un patio interior como la de los Balmoral o Sinclair, pero Uven siempre había mantenido un perímetro permanente de guardias.

Usualmente paranoico, el laird Faol había caído en una arrogante complacencia.

Según Maon, el hombre había adquirido la práctica de retirar sus guardias del perímetro durante las celebraciones en el último año. Después de la muerte de su lugarteniente hacía un año y la pérdida de los soldados que envió al norte para perseguir a su hija, Caelis habría creído que Uven querría aumentar su seguridad, no disminuirla.

Pero por lo visto, el laird creía que el acto de mostrar desdén a sus enemigos era una clase de protección en sí misma.

Esta noche aprendería cuan equivocado estaba.

Había sólo un guardia en la puerta y dos recorriendo el terreno inmediato al agreste torreón.

Vegar se hizo cargo de los dos centinelas con poco esfuerzo, cayendo en picada como un águila y cambiando a su forma humana, incapacitándolos sin matarlos. Los dejó inconscientes y los ató detrás del torreón antes de regresar al bosque con los demás.

Uven confiaba tanto en que los Éan vivían temerosos de los Faol, que no había entrenado a sus guardias en tácticas de guerra defensivas contra un enemigo que podía volar. Ni siquiera miraban al cielo para divisar si un posible enemigo se acercaba.

—Buen trabajo. —Caelis golpeó el hombro de Vegar antes de darse la vuelta para quedar frente a Shona—. Recuerda el plan.

Ella asintió, una pequeña sonrisa se formó en sus muy besables labios.

—Mantente fuera de vista junto con Thomas y los soldados MacLeod hasta que dé la señal. —Caelis se inclinó y la besó—. Mantente segura.

—Lo haré. —La mirada aturdida en los ojos femeninos tras el beso era más confortante que su promesa.

Y Caelis llevó el recuerdo de este beso con él mientras se acercaba al solitario centinela junto a la puerta abierta.

Excluido de la fiesta del interior, no había duda de que al joven soldado Faol se le había asignado esa posición porque Uven estaba enfadado con él. Era la forma en que el laird dirigía su manada.

— *¿Caelis?* —preguntó el hombre montando guardia en el umbral de

entrada al torreón, la sorpresa al reconocer al guerrero embargó los rasgos juveniles.

—Aye, soy yo.

—Uven dijo que el Sinclair te había matado.

—Nay.

—Pero… —El joven soldado parecía no saber qué decir.

—Hablaré con Uven.

El joven asintió y luego pareció caer en cuenta que quizás debía cuestionar la afirmación de Caelis.

—¿Tienes permiso para estar aquí?

—Soy MacLeod. Soy Chrechte. ¿Qué más permiso necesito? ¿ *Tú* cuestionas mi derecho a estar aquí?

—Yo… —El joven trago convulsivamente—. ¿Dónde estuviste? ¿Si el Sinclair no te mató, por qué regresas con la manada justo ahora?

—Tenía mucho que aprender. El Sinclair, como todo gran líder Chrechte, no me mató. Me entrenó para ser un verdadero Chrechte de honor.

—¿Qué significa eso? —preguntó el joven, sonando aturdido y extrañamente esperanzado.

—Significa que Uven sólo ha usado al clan y a la manada para lograr sus propios propósitos. Ha manipulado y ha tergiversado nuestras leyes sagradas en beneficio de sus perverso objetivos —dijo Maon cuando apareció.

Los ojos del joven se abrieron desorbitados por la conmoción.

—¡Maon! Se supone que estás en una asignación especial de Uven.

—Lo estaba, hasta que esa tarea mató a mi hermano y me reveló la verdad de las retorcidas enseñanzas de Uven.

—¿Vas a desafiar a nuestro alfa? —preguntó el joven soldado con clara incredulidad.

—Nay —dijo Caelis, apartando al centinela inflexiblemente pero sin

cólera—. Lo haré yo.

Él soltó un corto silbido bajo y unos momentos después, sus otros partidarios aparecieron. Rodeaban a Shona, interponiéndose entre ella y el peligro.

El guardia de la puerta recorrió los alrededores con la mirada, su tensión se incrementó cuando ninguno de los otros guardias vino en su ayuda.

—Puedes quedarte aquí o puedes venir y ver la derrota de Uven como laird y alfa de la manada —le dijo Caelis antes de subir los peldaños de la entrada.

Los demás lo siguieron. Caelis no se sintió sorprendido cuando el olor del portero se unió a la partida.

Caelis tenía un plan de cómo tenía intención de manejar el desafío, pero este desaparecería más rápido que un retador Chrechte bajo el fuego del dragón de Eirik si la seguridad de su compañera se veía amenazada.

De un tirón abrió la puerta del torreón y entró, sus sentidos estaban alerta de una forma que la de aquellos en el interior no se encontraban.

Uven se sentaba a la mesa principal, comiendo con las manos, riéndose con su voz fuerte de barítono tan familiar para Caelis.

Le asaltaron recuerdos de este hombre que había sido un padre sustituto, sólo para que Caelis descubriera que su verdadero padre había muerto en las manos del alfa hambriento de poder.

Robó mucho de ti, pero tú eres más fuerte que él. Aun si no fueras Chrechte, serías más fuerte, le dijo Shona a Caelis a través de su vínculo de acoplamiento.

Él permitió que sus palabras llenaran su mente y su corazón de tal forma que pudiera hacer lo que necesitaba hacer. Uven, alfa de la manada y laird, tenía que morir.

El corrupto laird y todo su círculo íntimo parecieron notar a Caelis al mismo tiempo, su griterío murió con la velocidad en que se apagaba una vela.

Uven se puso de pie, dejando caer la pierna de cordero que había

estado masticando.

—Así que el hijo pródigo regresa.

—No soy hijo tuyo. —Caelis no alzó la voz, sabiendo que sus compañeros Faol podrían escuchar cada palabra aun si susurrara.

No susurraría, pero tampoco daría al laird la satisfacción de creer que había hecho gritar a Caelis.

—¿Dices eso cuando te crié como si fueras mi propio hijo?

—Después de asesinar a mis padres tomaste el lugar que no te pertenecía. Pero parece que esa es tu especialidad.

—¿Te atreves a acusarme de asesinato?

—En innumerables ocasiones has sido culpable de eso mismo.

Los murmullos a su alrededor crecieron en volumen y Caelis se impresionó al darse cuenta que escuchaba críticas hacia Uven desde varias direcciones. ¿Qué ciego había sido a la perfidia de Uven y al número de Chrechte descontentos con el liderazgo del alfa?

Uven podía ser inconsciente de los riesgos que rodeaban su clan, pero era consciente del disgusto de su manada, tal como lo mostró la efímera mueca en su rostro.

—No es asesinato cuando matas al desleal —anunció con una desagradable arrogancia que Caelis nunca se permitiría cometer.

—Estar en desacuerdo no es sinónimo de deslealtad. Eres el alfa, no Dios.

—¿Qué somos nosotros, sino dioses entre la humanidad? —le contradijo Uven.

Caelis no contestó, el olor de su compañera acercándose estaba cerca de distraerlo.

Ella sería un guerrero terrible. No aceptaba muy bien las órdenes, pero era la compañera perfecta.

—Eres un idiota —dijo Shona desde atrás de Caelis—. Un presuntuoso mentiroso que no tiene derecho a liderar.

Caelis sintió que una sonrisa reemplazaba a la furia en su cara. Su

compañera no tenía pelos en la lengua y era intrépida a pesar de todo lo que había atravesado.

—¿Encuentras divertido el desacato de esa *humana*? —inquirió Uven, su propia furia iba en aumento.

—Mi *compañera sagrada* sólo dice la verdad.

—Es humana. No es tu compañera verdadera. Te lo dije.

—Ah, aye, me lo dijiste. También me dijiste que murió, pero ambas cosas eran mentira.

—Cualquier cosa que dije, lo dije por tu bien —reclamó Uven, sonando como si creyera sus propias palabras.

Pero claro, siempre había sido experto en mentir. Demasiado experto.

—Va en contra la sagrada ley de los Chrechte apartar a verdaderos compañeros.

Uven asestó su puño contra la mesa, haciendo que los platos repicaran y cayeran sobre los juncos.

—Yo hago las leyes para nuestra manada.

—Tú eres un Chrechte sujeto a nuestras antiguas leyes, como cualquier otro.

—Ella no es tu autentica compañera —repitió Uven.

Un *golpe* pesado sonó en el tejado del torreón.

—¿Qué fue eso?

Otros Chrechte contemplaban el techo, preguntas similares se elevaban alrededor de ellos en una contante y creciente cacofonía.

—La prueba de que Shona es mi verdadera compañera.

En una época la mirada de Uven habría impactado a Caelis, pero ya no.

Un minuto después, Eirik atravesó las puertas del gran salón, Ciara y Audrey detrás de él, cada una sosteniendo de las manos a Eadan y Marjory.

—¿Quién es ese? —preguntó Uven, pero por la forma en que sus fosas nasales llamearon señalaba que lo sabía.

—Es Eirik, príncipe de los Éan y protector de su raza. —Caelis observó a Uven para corroborar si entendía las implicaciones de esa declaración.

El líder de la manada palideció y dijo:

—Imposible.

—Es posible —discrepó Caelis.

—Matadlo. —Uven señaló a Eirik—. Él es nuestro enemigo.

—¡Es mi amigo! —gritó Caelis, sin perder el control, pero con una demanda absoluta que se escuchó sobre el barullo—. El primero que *intente* tocarlo se enfrentará a *mi* ira.

Uven trató de aparentar indiferencia, pero no pudo esconder las líneas de preocupación que plegaban su ceño.

Bien. Era tiempo de que el líder egoísta enfrentara las consecuencias de su egoísmo.

Una vez más, Caelis dejó que su voz retumbara en todos los rincones de la estancia.

—Reclamo el derecho a desafiarte por el liderazgo de nuestra manada y nuestro clan.

—Ya no eres MacLeod. —Pero hasta el bebé más joven sería capaz de decir que Uven se aferraba por seguridad a una cuerda demasiado débil.

—Visto nuestros colores. Pertenezco al clan, como todos los aquí presentes.

Y todos en esa habitación eran Chrechte. Todos podían percibir los aromas de Caelis y Shona entremezclados en Eadan, sin contar la esencia de su marca en Shona.

También podían escuchar y olfatear la verdad porque Uven en su vanidad había hecho muy poco por esconderla.

El hombre estaba tan cegado por el interés propio, que creía tener razón.

—Asumes que puedes rechazar nuestras leyes, asesinar a todos los que se oponen a ti y mentir a cualquiera que te crea sin sentir remordimiento o responsabilidad.

Caelis desvainó su espada y sostuvo el puño delante de su corazón.

—Te desafío.

—¿Crees que puedes golpearme, muchacho? Eres un estúpido. —Uven parecía ufano, pero ni siquiera su círculo íntimo dio un paso para negar el derecho de Caelis a desafiar la posición de alfa.

El hecho de que tuviera fuertes guerreros de pie como una pared viva a su espalda bien podía tener algún impacto en esto.

—¿Me matarás por esta ramerita humana? —ladró Uven.

—No soy una ramera y no estoy avergonzada por ser humana —anunció Shona, una honesta indignación teñía cada una de sus palabras.

Caelis sabía lo que Uven intentaba hacer.

Creía que desequilibrar emocionalmente a Caelis haría que actuara imprudentemente, pero Caelis no dudaba de la fuerza de su compañera o de su capacidad para mantenerse firme contra la estupidez de Uven.

A ella no le importaba para nada la opinión de su antiguo laird. Sus palabras no podían herirla aunque estás hicieran que Caelis ardiera con la necesidad de hacérselas tragar al laird.

—Lo amenazaste —acusó Shona a Uven, pero Caelis no sabía de lo que estaba hablando.

Hasta ahora, el laird había hecho poco, salvo resoplar y envararse. La afirmación de Uven de que Caelis no era bastante fuerte para golpearlo apenas constituía una amenaza.

Ella se dio la vuelta hacia Caelis.

—Uven amenazó a mi padre. Le dijo que si tú y yo nos emparejábamos, me mataría para darte tu libertad.

La furia embargó a Caelis, pero no entendía cómo lo sabía ella.

—Puedo oír sus pensamientos —dijo ella con temor reverencial—.

Yo… creo que es mi don Chrechte.

—Eso es imposible. Eres humana —dijo Uven con menosprecio.

Shona lo fulminó con la mirada, sus ojos expresaban aversión pura.

—Mató a su propia compañera verdadera porque creía que los Chrechte no debían emparejarse con los humanos. Veía a mi padre como una abominación porque era humano nacido de una unión Chrechte-humano. Violó a mi madre para enseñarles a mis padres una retorcida lección. *Allí* fue cuando ella cambió.

Shona se dio la vuelta hacia Caelis, sus ojos húmedos por las lágrimas.

—No fui yo. Fue Uven y lo que le hizo a ella. No me odiaba; me quería lejos de él a cualquier costo.

Ella me amaba, pero él la quebró. Las palabras cruzaron su vínculo sagrado. *Sus acciones casi me quebraron a mí, pero no lo hicieron.*

Ni siquiera el orgullo feroz en la voz de su compañera podía controlar el feroz apretón de rabia de Caelis, pero entonces su esposa le envió una imagen que lo empujó hasta el borde de ignorar la ley Chrechte tal como Uven había hecho.

Era un recuerdo tan hermoso que tocó su misma alma: la imagen de su hijo bebiendo por primera vez en el seno de su madre.

Caelis empujó atrás a su *conriocht* y tiró de las riendas a su lobo.

—Acepta mi desafío o ríndete y deja estas tierras para no volver nunca más —le dijo entre dientes a Uven.

Uven palideció y se estremeció, pero entonces se repuso y se jactó:

—Morirás esta noche, advenedizo.

Caelis se rio y ni siquiera se molestó en contestar.

Uven cambió y atacó sin advertencia o esperar que comenzara formalmente el desafío.

Caelis no se molestó en cambiar. Había entrenado por el mejor para luchar contra los Faol sin necesidad de cambiar a su forma Chrechte.

Evitando las mandíbulas batientes que apuntaban a su yugular, giró y luego retrocedió, aterrizando en una posición de lucha tal como Talorc

le había enseñado a hacer.

Uven gruñó, la saliva goteaba de sus colmillos, sus ojos amarillos brillaban con locura que Caelis solía confundir con poder Chrechte. La bestia volvió a embestir, pero en esta ocasión Caelis estaba listo. Hizo una finta y luego embistió, cogiendo al enorme lobo por el pescuezo y una pata delantera.

Caelis giró y esperó hasta ganar el suficiente impulso para soltarlo. La bestia de Uven voló a través del aire hasta golpear la pared con tanta fuerza, que se pudo oír el chirriar de una viga.

Los miembros del clan gritaron, pero ninguno acudió en ayuda del perverso laird.

El lobo resbaló la primera vez que intentó ponerse de pie. Sin embargo, Caelis permitió que Uven se pusiera de pie.

Mataría al viejo bastardo con honor y utilizaría el orgullo de su fuerza para hacerlo.

Reponiéndose, la bestia gruñó, rechinando los dientes mientras caminaba con paso majestuoso hacia Caelis, virando en el último segundo para arremeter contra Shona.

Caelis rugió y saltó, cerrando sus manos de guerrero alrededor del cuello de la bestia antes volver a arrojarlo hacia la pared.

Esta vez, Caelis no le dio al bastardo ninguna oportunidad de reagruparse, simplemente cruzó el salón con largos saltos para aterrizar de rodillas contra el pecho del lobo.

Agarró la cabeza del lobo y miró fijamente a los ojos de Uven.

—Por tus pecados contra nuestra gente, has sido juzgado culpable y morirás en las manos de los Cahir.

La chispa de reconocimiento en los ojos de Uven sólo duró el tiempo suficiente para que Caelis le rompiera el cuello al lobo.

Se levantó, un pie presionaba el cuello del Chrechte muerto.

—Soy vuestro laird. Soy vuestro alfa. Aceptadlo o marchaos.

—¿Y si te desafiamos? —preguntó uno del círculo íntimo de Uven.

Caelis soltó una carcajada tal como lo hizo ante la confianza

presuntuosa de Uven.

—Entonces desafiadme.

Dos lo hicieron y dos Chrechte más perdieron sus vidas. Caelis les había dado a cada uno la opción de rendirse o morir. Ambos habían elegido la muerte.

Tres Faol muertos estaban en el suelo del gran salón y Caelis se dirigió al resto.

—¿Hay algún otro que desafiará mi derecho a liderar?

—Ni siquiera ha cambiado en su lobo —dijo el joven centinela que había estado custodiando la puerta.

—Los humanos no son débiles como siempre afirmó Uven.

—Pero tú no eres humano.

—Y como un *hombre*, derroté a tres lobos Chrechte.

Un hombre se arrodilló, puso la mano sobre su corazón y juró lealtad a Caelis.

Durante los próximos minutos, cada macho en la estancia siguió el ejemplo del primer Faol. Pero las mujeres permanecieron de pie.

Shona estaba junto a Caelis y miró a todos los presentes.

—Soy humana. Soy vuestra señora. ¿Me jurareis lealtad?

Se necesitó un momento, pero uno tras otro, los hombres doblaron las cabezas ante Shona. Todos excepto uno.

El sobrino de Uven fulminaba con la mirada a Shona.

—No juraré lealtad a ninguna *mujer*.

Caelis se movió tan rápido que cuando alcanzó al hombre y golpeó su cara con el suelo, los demás Faol mostraron una expresión sobresaltada.

—Dejarás estas tierras si no sólo no le pides perdón a mi esposa, sino que también le prometes lealtad personal.

Caelis no se sorprendió cuando el hombre se negó. Caelis contempló a

Vegar.

—Mira que salga de nuestras tierras.

Vegar asintió con la cabeza, agarrando al hombre por el cuello.

—Eres Éan —escupió el sobrino de Uven.

Vegar sonrió ufanamente.

—Cuan amable de tu parte notarlo, pero no puedo decir que me impresione el tiempo que te tomó darte cuenta de ese hecho.

Dejaron el gran salón con el estúpido Faol todavía farfullando estupideces sobre los Éan, mientras que Vegar tiraba de él como si este fuera un perrito travieso.

Caelis miró alrededor del salón a las mujeres y luego a Shona. Ella sonrió y asintió con la cabeza, entendiendo.

Shona se dirigió a las mujeres Chrechte.

—¿Os negais a jurar fidelidad a vuestro nuevo laird?

—Las mujeres no hacen eso. Nuestros votos no tienen ningún valor —afirmó la Chrechte más anciana.

—Pero la lealtad de una mujer es tan importante como la de un hombre —le contradijo Shona—. ¿Por qué procuráis tener un clan débil?

—Eso no es así —dijo la propia esposa de Uven.

—No es así —afirmó Shona, pareciendo sorprendida y luego enferma durante un momento—. Sé lo que es estar casada con un hombre que no es tu compañero. Uven está muerto. El hombre que te liberó pide tu lealtad. ¿Se la darás?

La mujer asintió con la cabeza y se puso de rodillas, inclinó la cabeza y pronunció un juramento sincero de apoyar a Caelis como el alfa y laird de la manada y a Shona como su señora. Pronto las otras mujeres siguieron su ejemplo y el salón se llenó con el eco de las voces femeninas.

—Este clan cambiará. Para sobrevivir y prosperar, debemos regresar a las auténticas maneras Chrechte. Uven nos mintió a todos, pero encontraremos la forma de volver a ser un clan fuerte y honorable,

uno que respeta y aprecia a todos sus miembros.

Un *viva* se alzó, el cual se convirtió en ensordecedores rugidos cuando Caelis permitió que su *conriocht* tomara forma.

Parado ante su gente les prometió que la vida sería diferente si abandonaban las mentiras del pasado.

Llena de alegría, Shona contempló la estancia hasta que sus ojos se posaron en un hombre escabulléndose sigilosamente hacia las puertas principales del gran salón.

Había una arrogancia en él que le era demasiado familiar.

—¡Percy!

—¿Dónde? —gruñó Caelis.

La mano de Shona no tembló cuando señaló a Percival, el miedo ya no la acecharía ante la presencia de ese vil aspirante a asesino de niños.

—¡Detente y enfrenta a tu acusador, perro callejero! —ordenó Caelis.

Percival se dio la vuelta lentamente, su expresión estaba llena con más desdén que con terror.

—No tengo acusador.

—Intentaste asesinar a mi hijo —gruñó Caelis.

El barón abrió la boca para refutar esa declaración, pero Thomas estaba allí, golpeándole a la altura de los oídos y tirándolo al suelo antes que él pudiera hacerlo.

—Vino aquí buscándola —dijo la esposa de Uven, señalando a Shona —. Fuiste miembro del clan. Creía que volverías a buscar refugio entre nosotros. El barón inglés pagó a Uven generosamente para encontrarte y devolverte a él.

—¿Por qué no dijiste nada antes? —exigió Caelis, la voz del *conriocht* estaba teñida de furia.

—No sabía que era la mujer que él buscaba hasta que ella lo reconoció —dijo la esposa de Uven, suplicando con su voz y ademanes.

Shona esperó a que su marido demostrara que valoraba a las mujeres de su clan y manada lo suficiente para creerles. Ella sabía la verdad de

los pensamientos en la cabeza de la mujer, pero él tenía que creer en la esposa de Uven sin la interferencia de Shona.

Caelis olfateó el aire y luego asintió con la cabeza.

—Gracias por hablar en estos momentos.

La mujer hundió los hombros, el alivio porque le creyeran era evidente. El clan tenía un largo camino por recorrer para sanar, pero llegarían hasta allí con su marido como alfa y laird.

Percival volvió a ponerse de pie, mostrando que tenía mucho más orgullo que sentido común cuando fulminó con la mirada a todos ellos.

—Dejaré que vivas entre estos monstruos —escupió a Shona—. No tendré en mi cama a una mujer que ha yacido con un perro.

Caelis avanzó con paso majestuoso hasta erguirse sobre el hombre, quien sólo hasta ahora mostró la suficiente inteligencia para expresar miedo.

—Intestaste asesinar a mi hijo. Morirás.

—No, no puedes matar a un barón inglés.

De repente apareció un lobo blanco y Shona supo que este era Thomas.

Caelis indicó al hombre con una única garra acusadora.

—Mátalo.

Thomas atacó, arrancando la garganta del hombre y terminando con la amenaza para sus hijos de una vez y para siempre.

Caelis llamó a dos de sus soldados.

—Devolved el cuerpo a la baronía. Muerte por desafortunados animales.

Los soldados asintieron y envolvieron el cuerpo en una tela antes de llevarlo afuera. Ciara avanzó, su expresión era gentil.

—Tenemos que celebrar una ceremonia de emparejamiento.

Shona abrió la boca, pero ningún sonido salió. *¿Una ceremonia de*

emparejamiento?

¿Ahora?

—¿Cuándo mejor? —preguntó su compañero, demostrando que ella había gritado sus pensamientos una vez más.

—Cuatro hombres están muertos.

—Y debido a eso, muchos más vivirán.

La esperanza empezó a embargarla. Eso era verdad. El régimen de terror ejercido por Uven se había acabado. Esa noche también marcaba el fin de la maldad de Percival.

¿Pero una ceremonia de emparejamiento?

Recorriendo con la mirada los rostros llenos de ilusión del clan, se dio cuenta que todos ellos necesitaban este símbolo de esperanza, pero Shona aún dudaba.

Caelis cayó sobre una rodilla ante Shona, su enorme cuerpo de *conriocht* todavía se alzaba sobre ella.

—Te amo, compañera mía, con todo lo que soy y puedo esperar ser. ¿Pronunciarás los antiguos votos conmigo ante las personas que nos han prometido lealtad?

—Te creo. —Lo hacía. Creía que él la amaba Creía que nunca volvería a abandonarla. Una alegría incandescente brilló a través de ella, iluminando un corazón que había conocido demasiada tristeza—. Me amas. Siempre me has amado.

Finalmente, ella entendió. Sus errores no habían sido cometidos por una falta de amor, si no por una falta de entendimiento de cuál sería el costo a pagar. Caelis nunca ignoraría el potencial costo para su compañera en ninguna decisión que tuviera que hacer.

—Te amo. Como lobo, como *conriocht*, como hombre, mi corazón y mi vida te pertenecen.

Ella asintió con la cabeza, sus lágrimas caían por sus mejillas, su felicidad era como el aroma de la primavera alrededor de ellos.

—Lo haré.

La ceremonia de emparejamiento fue todo lo que Caelis había soñado

que sería durante las numerosas noches que había yacido solo sobre una pila de pieles deseando a la compañera que creía perdida para él. Ella hizo todos sus votos en la lengua de su gente, su mirada esmeralda estaba llena del sentido de cada palabra mientras que él usaba su vínculo mental para ayudarle a recordar.

Y compartieron su alegría con la manada MacLeod, aceptando los juramentos de sus hermanos de apoyar y proteger su unión tal como era correcto y justo.

Prosiguieron con la ceremonia, la cual llevó a la manada de la muerte a la vida en unas pocas horas, reunieron a todos los miembros humanos del clan y anunciaron la nueva posición de Caelis como su laird.

Dieron a cada miembro del clan la opción de jurar lealtad o marcharse con la alternativa de ser acogidos por los clanes Donegal, Sinclair o los Balmoral. Todos decidieron quedarse.

El peso de esa confianza pesaba a través de la más profunda alegría de Caelis.

Pero nada era más importante que la nueva vida que esa noche Caelis comenzaba con Shona, mientras que ella aceptaba su amor y reafirmaba el de ella, demostrando al clan entero cuán importante eran los asuntos del corazón incluso para el más poderoso guerrero Chrechte.

Epílogo

Al día siguiente, el mismo grupo que había viajado con ellos desde las tierras Sinclair marcharon a las antiguas cuevas secretas de los Chrechte. Caelis, Shona, sus niños, Audrey, Vegar, Thomas, el príncipe Eirik, Ciara, Maon y los soldados MacLeod que juraron primero lealtad al nueva alfa.

Ciara los guio a la recámara subterránea de la *Faolchú Chridhe* e instruyó a Shona y Caelis para que pusieran las manos sobre la piedra sagrada.

La ceremonia de emparejamiento de la noche anterior había sido una afirmación pública de su relación, pero hoy la *celi di* deseaba bendecir su unión con la piedra sagrada.

En el momento que los dedos de Shona tocaron la gran y brillante esmeralda, sintió la conexión más asombrosa. Los pensamientos y los sentimientos que la bombardearon no eran los propios, y fue consciente que estos provenían de aquellos que los rodeaban.

—Puedo escuchar los pensamientos de otros —dijo con temor reverencial. Había escuchado los pensamientos de Uven en el gran salón antes que este muriera, pero estos habían ido amortiguándose y desvaneciéndose.

Ahora, era como si pudiera entrar en la mente de los demás como si estuviera ingresando en una habitación.

—Es tu don Chrechte —dijo Ciara suavemente.

—Pero soy humana.

—Con ascendencia Chrechte. Ayudarás a identificar a los Fearghall y ayudarás a las *celi di* de los Éan y Faol a servir a nuestra gente de la forma predestinada.

—Pero yo no soy *celi di*.

Ciara sonrió.

—Lo eres. Has sido elegida.

—Pero… —Shona alzó la vista hacia Caelis.

Él le devolvió la mirada con ojos azules llenos de amor.

—Tu destino es tuyo para abrazarlo o negarlo. Te apoyaré ya sea que elijas uno u otro camino.

La felicidad cubrió a Shona.

—¿Con tu ejemplo, cómo podría no abrazarlo?

Entonces cada uno de los presentes en la recámara puso su mano sobre la *Faolchú Chridhe* con efecto variado. Pero cuando Maon la tocó, una gran luz explotó alrededor de ellos y cuando Shona pudo volver a ver, un *conriocht* que no era su compañero estaba de pie entre ellos.

Era Maon.

—Debes encontrar a los Paindeal —entonó Ciara—. Tu destino consiste en reunir a nuestras razas.

Maon no habló, su expresión era de estupefacta conmoción.

Caelis posó su mano humana sobre el brazo del *conriocht*.

—No te sientes digno. Nunca lo harás, pero has sido elegido como el protector de nuestra raza. Lo que hagas con el gran don que se te ha dado es asunto tuyo.

Caelis se volvió hacia Shona y reiteró:

—Sólo tú debes ser quien elija cuanto de ti entregarás a nuestra gente.

—Mientras que estés a mi lado, serviré a los Chrechte de todos los clanes y los humanos de nuestro clan con lo mejor de mis capacidades.

—Siempre estaré contigo. Te amo más que a mi vida, más que a mi deber.

Y ella le creyó.

Incluso en las volutas más pequeñas de su espíritu.

Fin

Glosario

Chrechte *:* La forma en que todos los cambiaformas se llaman a sí mismos. Por ser la tribu de mayor poder los Hombres Lobos usan esta palabra como sinónimos de su especie.

Compañero sagrado/Auténtico compañero: Para los cambiaforma significa emparejarse. Esta unión es más que física, pero no siempre reconocida como tal.

Compañero: La otra mitad de una pareja emparejada.

Comunicación mental *:* Conversación mental con otra persona. No es la interpretación de los pensamientos, sino escuchar la voz de la otra persona cuando sus pensamientos son dirigidos hacia el receptor. No siempre es intencional, pero en la mayoría de los casos sí. Algunos miembros de las familias de cambiaformas pueden hablar mentalmente entre ellos y algunos compañeros sagrados también pueden. Algunos cambiaformas muy poderosos pueden hablar mentalmente con alguien más.

Ean: Nombre genérico para los Chrechte ave, que incluye a los cuervos, halcones y águilas reales.

El Cambio: Cuando un cambiaforma toma su apariencia animal. Es un proceso completo sin fase intermedia. Algunos hombres lobos controlan su cambio desde la primera vez, otros no pueden hasta que tienen sexo por primera vez. Si los machos no han tenido sexo hasta los 30 años, nunca controlarán su cambio. Las mujeres no tienen ningún límite de tiempo. Las diferentes formas de ver al sexo pre matrimonial en las distintas manadas impacta de sobremanera en esto.

Emparejamiento fuera de la raza: Uno de los compañeros es humano. (Cuando son compañeros sagrados pueden tener hijos. Esos niños tienen tanta posibilidad de ser cambiaformas como no, pero el gen no se muestra hasta el primer cambio en algún momento de la pubertad).

Emparejamiento: Matrimonio eterno. Algunas manadas consideran tener sexo como una automático emparejamiento y otros no lo hacen.

El Celo *:* Se refiere a la ovulación de la mujer, cuando es lobo o totalmente humana.

Faol: Forma ancestral en que las otras tribus Chrechte denominan a los hombres lobos.

Hombre lobo: Cambiaforma masculino que toma la apariencia de lobo. También puede ser usado para referirse a la raza en general. A excepción de los lobos blancos y sus descendientes, los hombres lobos necesitan tener sexo para adquirir el control de su Cambio.

La Cacería: Durante una luna llena, los hombres lobos se reunirán en forma de lobo y cazaran. Participar en la matanza forma parte de su antigua cultura y continua hasta nuestros días.

Mujer lobo: Cambiaforma femenina que toma la apariencia de lobo. Muchas de ellas poseen el control de su Cambio desde su nacimiento.

Otherness: Puede interpretarse como el "otro yo", o la otra naturaleza animal de los cambiaformas. Es un nombre genérico para ese denominar al "alter ego" animal cuando se desconoce o no se quiere nombrar a la raza específica (lobo, ave, felino, etc.)

Pictos: La forma como son llamados los clanes de hombre lobo asentados en el antiguo norte de Escocia.

Vínculo sagrado/Vínculo verdadero: Condición por la cual, una vez que una pareja ha tenido sexo, los cambias forma(s) acoplados ya no son físicamente capaces de tener sexo con alguien más. (Para el varón significa la impotencia salvo con su compañera y para la mujer significa una contracción involuntaria de los músculos vaginales que previene la cópula con alguien más, salvo su compañero.) Cuando un vínculo sagrado se establece entre un cambiaforma y un humano, pueden tener a niños. De lo contrario, su acoplamiento será estéril. Algunos vínculos sagrados causan la capacidad de hablar mentalmente.

Bendición Matrimonial Chrechte

Pueda el Señor, que hizo del matrimonio un don

al unir dos almas, bendecirlos:

Puedan encontrarlo a Él en medio de vuestro

amor y a la cabeza de vuestro hogar.

Pueda su unión dar el fruto de los niños para nuestro pueblo y que un emparejamiento sagrado esté en vosotros.

Pueda cada luna nueva traer mayores

alegrías y añadidas bendiciones.

Pueda Jehova Magen, Dios nuestro Escudo,

proteger vuestro matrimonio de cada ataque.

Pueda Jehova Shalom, concederles la paz juntos

para que cosechen armonía donde la vida siembre discordia.

Pueda Jehova Rophe, Dios nuestro Sanador,

curar cada lugar roto y dejarlo entero.

Pueda Jehova Rohi, Dios nuestro Pastor, guiarlos

hacia verdes pasturas y llevarlos por el camino de la mansedumbre.

Pueda la Luz de la Mañana iluminar vuestro camino y

mostrarles el sendero de la fuerza al permanecer juntos.

Pueda la Roca de los Años ser un Cimiento Seguro para vosotros

cuando prosigan su viaje por la vida como uno.

Pueda el Rey de Reyes coronar vuestro matrimonio con la gloria.

Pueda Mannah el Oculto alimentar el espíritu de vuestro matrimonio de modo que sea total y completo.

Pueda la Sabiduría de Dios concederles

sabiduría en actitud, pensamiento y hecho.

Pueda Dios, Amor, bendecirlos

con amor un recíproco.

Pueda el Señor, Quien es nuestra Alegría,

infundir alegría a cada uno de vuestros corazones.

Pueda el Señor del Cielo hacer de vuestro matrimonio

un vislumbre del Cielo en la Tierra.

Marcas de los Clanes Chrechte

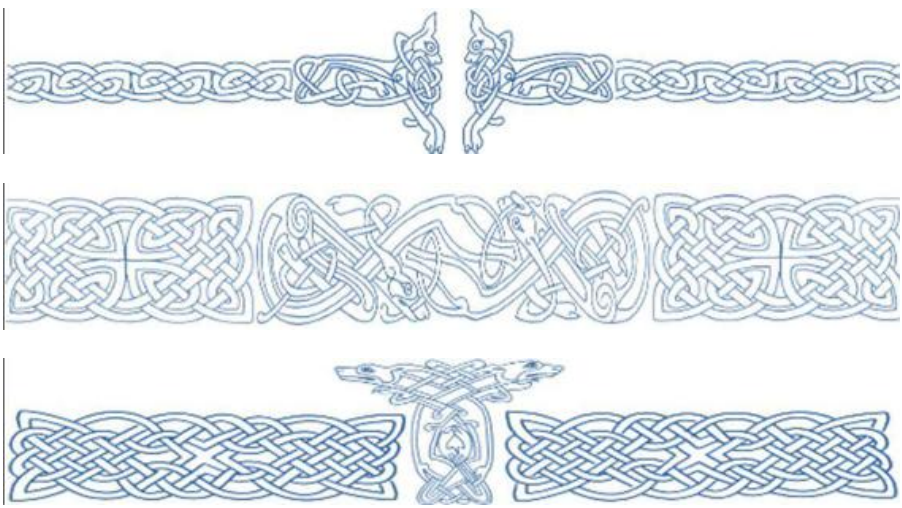
Los Chrechte han practicado el arte del tatuaje durante milenios y lo usan para marcar dos momentos de transición de gran significado en la vida. El primero es el cambio inicial a una forma animal el cual sucede aproximadamente durante la pubertad. Entonces, el tipo de animal en el que el Chrechte se convierte es tatuado en su cuerpo. Los hombres lobos poseen sus tatuajes en el omóplato derecho. Al principio, todo Chrechte usaba la misma tinta azul en un simple tatuaje pero con el paso de los siglos y al aislarse más las manadas, los tatuajes cambiaron hasta que ni siquiera todos los miembros de una manada usaban los mismos, o alguno.

El segundo momento de transición era cuando un Chrechte asumía el mando de su grupo individual. Entonces un brazalete le era tatuado en el brazo para destacar su estatus de líder. Aún hoy en día se practica, aunque los tatuajes hayan cambiado considerablemente.

Un tercer momento, aunque poco común práctica es que las parejas emparejadas posen un tatuaje común a ambos compañeros. Esto simboliza su voluntad de estar juntos por siempre.

1. Brazaletes Tatuados

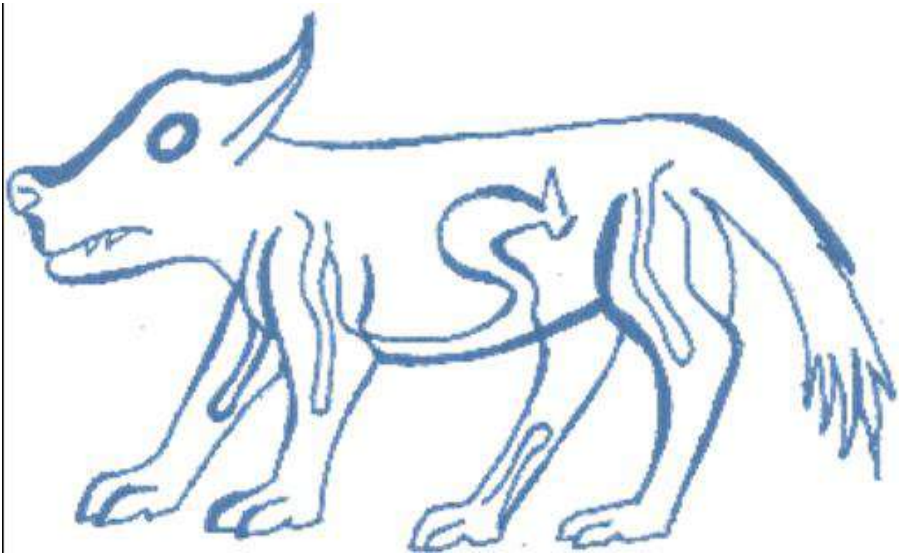
Este es el brazalete usado hoy en día por el líder de la manada McCanlup. King lo lleva tatuado en su bíceps derecho. Cuando Duke asuma el mando de la manada, él también conseguirá un tatuaje similar. El solitario lobo representa su naturaleza interna, las otras ilustraciones representan el poder y la voluntad de luchar por la manada.

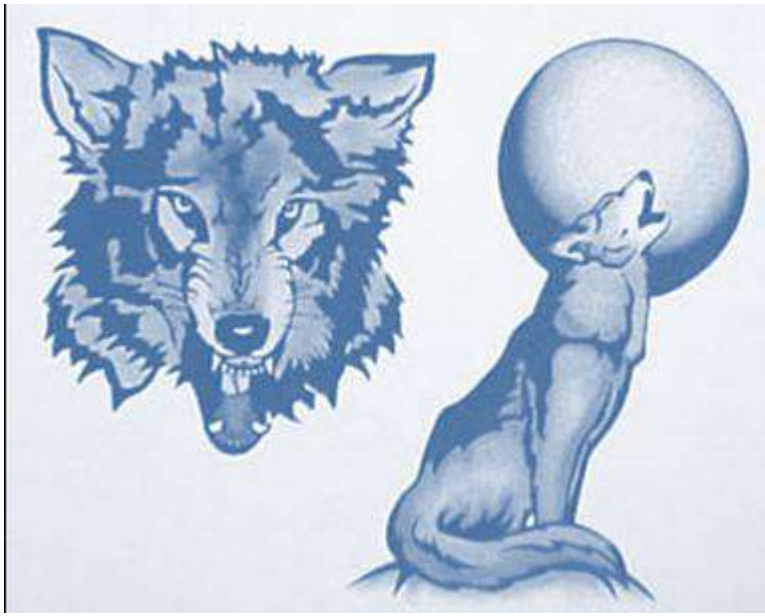


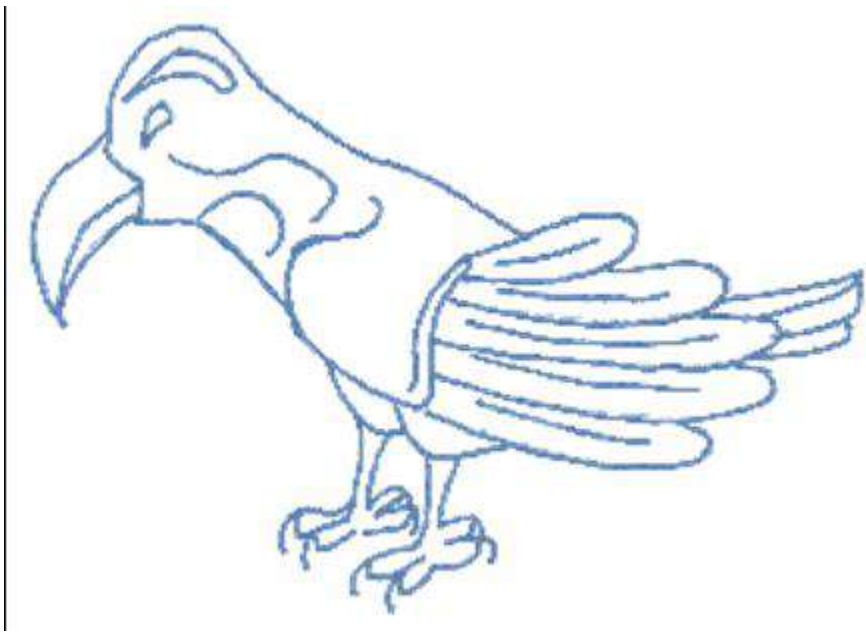
Este es el antiguo brazalete del líder de la manada McCanlup. En algún momento denotaba tanto el señorío sobre el feudo McCanlunp y el estatus del líder de la manada (que no siempre van juntos). Los dos lobos Pictos simbolizan la fuerza del número y la importancia del emparejamiento para las manadas.

Este es el antiguo brazalete del líder de la manada Balmoral. Lachlan lo lleva tatuado en su bíceps derecho. Los dos lobos pueden ser interpretados como enfrentados o emparejados, representando la naturaleza guerrera del líder de la manada así como la importancia de emparejarse para mantener viva a la manada dentro del clan. Este brazalete también representa el papel de Lachlan como el laird de su clan.

Este es el antiguo brazalete del líder de la manada Sinclair. Talorc lo lleva tatuado en su bíceps derecho. Los dos lobos en el centro están entrelazados, representando la fuerza numérica y la confianza que los Chrechte deben tener el uno en el otro. Su aspecto vigilante representa el hecho que todo Chrechte debe cuidarse de la traición tanto de un lado o del otro, que es por lo que parecen tirar entre ellos.







2. Otros Tatuajes Chrechte

Esta es la marca de los lobos
Chrechte, era tatuado en tinta
azul sobre el omóplato derecho
de todo lobo cambiaforma
durante la Edad Media. Es una
de las últimas pruebas del poder
cohesivo del pueblo Chrechte
antes de ser asimilados en otras
culturas.

El tatuaje tradicional finalmente se
transformó en diversas representaciones
de lobos como ésta que se puede
encontrar
en
cualquier
tienda
de
Tatuajes. Hoy, no todos los Chrechte se
someten al ritual del tatuaje al producirse

su primer

cambio. Muchos están

convencidos que la tradición del tatuaje

los haría fácilmente reconocibles si su

existencia fuera revelada.

Este es el tatuaje de las aves de

rapiña Chrechte, eran realizados con

tinta azul en todo cambiaforma ave de

rapiña la Edad media.

La luna en la vida de los Chrechte

Las estaciones y la Luna

Cada luna llena tiene su propio nombre según el mes y/o estación. Aquí están los nombres reconocidos por la mayoría de Chrechte para las temporadas de la luna.

Algunos asocian ciertas cosas con el tipo de luna llena, mientras que para otros todas las lunas llenas son iguales. Pero la mayoría de los Chrechte reconoce que la luna creciente y menguante, son las únicas fases de la luna que afectan sus vidas de una forma significativa.

Invierno: Luna de la Larga Noche (Diciembre), Luna del Lobo (Enero), Nívea Luna o Luna del Hambre (Febrero)

Primavera: Luna Ventosa (marzo), Luna Herbal (Abril), Luna Incipiente (mayo) Verano: Luna de Miel (Junio), Luna de Sangre o Luna del Estruendo (Julio), Luna Frutal (Agosto)

Otoño: Luna de la Cosecha (Septiembre), la Luna del Cazador (Octubre) y Luna de Escarcha (Noviembre)

1. Fases de la Luna

Luna Nueva o Novilunio: Cuando la luna no es visible desde la tierra.

Corresponde al día 0 y 29 de su ciclo.

Luna Creciente y menguante: Cuando la luna adquiere forma de guadaña o cuerno en el cielo de la noche. La luna creciente es vista del 1 al 6 día del ciclo lunar y la menguante es vista del 23 al 28.

Media luna: Cuando la mitad de la luna se muestra en el cielo (también se le llama Cuarto Creciente). Se produce los días 7 y 22 del ciclo lunar.

Luna de Gibbous o Gibosa: Cuando más de la mitad de la luna se observa en el cielo. La luna Gibbous creciente se ve del 8 al 13 día y la luna Gibbous menguante del 15 al 21.

Luna llena: Se eleva el día 14 del ciclo de la luna alrededor de la tierra.

Luna Azul: Cuando una segunda luna llena ocurre en un mismo mes. El fenómeno pasa cada 2.5 años. Existen muchas leyendas sobre los efectos de la Luna Azul.